



de

AYER ES NUNCA JAMÁS

GLORIA

Lectulandia

VIRGINIA FUENTES

Vilma Fuentes (ciudad de México, 1949) es periodista y escritora. En 1969 ingresó al Centro Mexicano de Escritores. A partir de 1975 radica en París: desde ahí, ha sido corresponsal de varios periódicos mexicanos, además de la radio y televisión. Fundó y dirigió el semanario en español *Summa*.

Las novelas que se reúnen en este volumen tienen dos temas en común: la imposibilidad del amor y la nostalgia. *Ayer es nunca jamás* es el relato de una mujer que se empeña en permanecer en una relación amorosa a pesar de que está consciente de su fracaso inminente. La historia está tejida sobre el telón de fondo de los sucesos del movimiento estudiantil de 1968. En *Gloria* una chinampa de Xochimilco, llamada la Gloria, encarna la idea del desplazamiento de la narradora desde México hasta París. Como dice Carlos Montemayor en la presentación a este libro, en ambas novelas «asoma un periodo particular de México, o un periodo particular de mexicanos fuera de México... la referencia autobiográfica forma parte del afán de comprender lo que ocurre, lo que es visible e invisible en el amor, en la ciudad o en el alma humana... alternativamente ejercen una fascinación la demencia y el alcoholismo: igualmente el abandono voluntario del amor que ata con una fuerza que pareciera no desprenderse nunca».

Vilma Fuentes es, además, autora del ensayo *Los jóvenes* (1969), y de la novela *Flores negras* (1998). También ha publicado, en traducción al francés, los libros *L'autobus de Mexico* (1995) y *King Lopitos* (2001).

Lectulandia

Vilma Fuentes

Ayer es nunca jamás. Gloria

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *Ayer es nunca jamás. Gloria*
Vilma Fuentes, 1988
Ayer es nunca jamás, agosto de 1988
Gloria, 1992
Presentación: Carlos Montemayor

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Ayer es nunca jamás. Gloria

Presentación

Ayer es nunca jamás

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI
XXXII
XXXII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI

Gloria

Primera parte. El viaje

- I. Destino: Casablanca
- II. Ciudad perdida
- III. Tequila: t'es quilà?
- IV. La fiesta de despedida
- V. La Gloria

Segunda parte. El derrotero

- I. El mercado de Oaxaca
- II. Las damas de honor
- III. La vocación de Alberto
- IV. Las profecías de Pedro
- V. Los secretos de Babel
- VI. Camino al aeropuerto

Tercera parte. ¡Tierra a la vista!

- I. El descubrimiento de América
- II. La vuelta al mundo o de vuelta de él
- III. Nido de espías
- IV. La conquista
- V. Mudanzas al Escorial
- VI. El puerto

PRESENTACIÓN

Esmero, agudeza, cadencia, son algunos elementos que convierten la prosa de Vilma Fuentes en una materia de conocimiento humano, en una luz que proviene de los interiores de la conciencia, en un espejo que sólo devuelve la imagen del que observa, sueña, reclama ser visto y al mismo tiempo permanece ajeno o distante. Por ello quizás la perspectiva esencial de su narrativa sea la primera persona. Por ello también el personaje que relata las historias mantiene una constante: una especie de alejamiento de las cosas para comprenderlas mejor, una forma de abandono de la vida para acercarse más a ella, una tenaz elección de lo imposible para hacer posible lo que desea.

Tanto en *Ayer es nunca jamás* como en *Gloria* estos rasgos se fusionan y desenvuelven a partir de la relación amorosa. En ambas el derrumbe de la relación es inevitable, aunque el amor es inmenso. En ambas asoma un periodo particular de México, o un periodo particular de mexicanos fuera de México. En las dos la referencia autobiográfica forma parte del afán de comprender lo que ocurre, lo que es visible e invisible en el amor, en la ciudad o en el alma humana. En cada una de ellas alternativamente ejercen una fascinación la demencia y el alcoholismo; igualmente el abandono voluntario del amor que ata con una fuerza que pareciera no desprenderse nunca.

La primera de estas novelas transcurre al mismo tiempo que dos sucesos de la historia política de México: el movimiento estudiantil de 1968 y la masacre de Tlatelolco. No es una novela sobre tales acontecimientos específicos, pero la perspectiva del personaje que narra la historia deja traslucir una especie de símbolo en la trama entera. La impotencia, el dolor, lo incomprensible, la imposibilidad de saber a fondo y en ese momento por qué fueron así los hechos y a quién o a quiénes pertenecieron las sinrazones de la masacre se vuelve prefiguración de otra imposibilidad, la de conocer el fondo de una cadena de hechos también incomprensibles: la conversión de un intelectual de la Facultad de Filosofía en un policía represor, la amistad fiel de

un asesino, la atracción por el suicidio en dos amantes de la narradora y, sobre todo, la ruptura voluntaria (acaso más bien inevitable) del amor con Daniel y el internamiento voluntario en un manicomio brutal.

Cada uno de los personajes que rodean a la narradora han huido o han decidido alejarse de su propia vida, de su propia fidelidad, de lo que aparecía como su verdadero destino, cual si se tratase de acercamientos oblicuos a un mismo centro, de pasos en el vacío ante el mismo asombro. La infancia, el amor, la embriaguez, la soledad, el dolor, lo inexplicable de nuestros actos son el asombro, son la vida que nos llama con voz milagrosa y remota, íntima e inexplicable. Por eso huimos, para llegar a ella.

En ambas novelas, la ciudad de París representa otra forma del distanciamiento. En *Ayer es nunca jamás* constituye la conclusión del largo periplo que narra la historia. En *Gloria*, por el contrario, la narradora cancela su retorno a París como si se apartara voluntaria, inexplicablemente, de una brumosa realidad.

En esta segunda novela, París contiene sueños, proyectos, episodios centrales de varios personajes. Llegan o parten de la ciudad, como si se tratase de una tierra de promesa, de un refugio, de una fortaleza, de un encuentro con un renovado propósito de vivir, amar o comprender. Cada uno de los personajes, a su manera, reproduce el rompimiento del amor o el distanciamiento, o pospone una y otra vez el regreso a lo que desea ser, a lo que pudo ser más suyo, indudable. Ese distanciamiento es partir de París o permanecer ahí, hundiéndose en la irrealidad intratable.

Ahora el abandono, en esta novela, el acercamiento oblicuo a las cosas no depende sólo del personaje que narra, sino de los episodios personales de Roberto y Antonieta, Daniel y Mariana, Diana y Lourdes, que van desapareciendo sucesivamente de París como los compañeros de Odiseo desaparecieron en el viaje de retorno a la tierra natal, sin volver nunca a ella. Esa inquietante realidad, abandonada reiteradamente, se integra en otro espacio custodiado por Charles, guardián de sueños, de vestigios, de vidas latentes:

Después de la partida de París de cada uno de los sucesivos amigos con quienes creí formar un pequeño mundo, desbaratado entre mis manos antes de que pudiese siquiera dejarme su huella, después de tantos años, de los recuerdos cada noche distintos, de los olvidos cada vez más numerosos que iban vaciando ese pasado en cuyos corredores se perdían hasta las señales, sí, después de todo eso, en su caserón, quedaba Charles.

Amurallado entre tantas viejas cosas, dándose y dándome la ilusión de una permanencia que no podía existir —la apariencia perenne a la cual me así tantos años—, Charles seguía luchando contra el futuro, impidiendo su llegada en las orillas de su vida, deteniéndolo con todas sus fuerzas mientras viviera. Llegaría, ineluctable como la muerte, sí, pero nunca antes que ésta.

Esa mañana, tomé la decisión de regresar a buscarlo.

Esa mañana se alejaría, se extendería en laberintos de agua, crecería como ensueño, como un día inaccesible, pero pleno.

Carlos Montemayor
Noviembre de 2002

AYER ES NUNCA JAMÁS

A Jacques Bellefroid

*Este amor que quiere ser
acaso pronto será:
pero ¿cuándo ha de volver
lo que acaba de pasar?*

*Hoy dista mucho de ayer
¡Ayer es nunca jamás!*

Antonio Machado

I

Son tan viejos esos recuerdos que a veces me parece que no son míos. Sus cenizas extravían la esperanza y, al devolverles su secreto, me olvidan. Tantas cosas terminé por creer de tanto soñarlas y cuántos sueños no tomaron cuerpo sólo para recordarme algunas mañanas quién fui. Y sí: la imagen de La Castañeda se levanta como un castillo en esa vasta tierra, hoy baldía, que es mi memoria.

La Castañeda desapareció como desaparecieron tantas otras cosas en México, pero antes fue el manicomio de la ciudad durante muchos años: su solo nombre evocaba la absoluta ausencia de esperanza de los locos. A diferencia de los leprosos y otros parias, el terror secreto unía a la impudicia de sus cuerpos las del alma. La desolación de sus parques, el abandono de sus muros, la miseria y la suciedad eran otros tantos signos para hacernos defender, al menos en la lucha contra el pecado, esa razón con la cual nos separamos de las sirenas, los faunos y otros seres inmortales, quienes ignorantes del bien y del mal carecen de acceso a la vida eterna. Esa razón que nos hace semejantes a Dios y nos permite deslindar la vigilia de los sueños, las cosas importantes de las banales, los auténticos dolores de las obsesiones y la pasión del amor, dividir en días los años, la vida en años, sabemos mortales y, sin embargo, poder olvidarlo.

No obstante, me fascinaban como un secreto esas otras razones que permitían a los locos ignorar el paso de los días, desconocer el arrepentimiento y escapar a la usura con la cual el tiempo roe el más grande amor y despoja al mayor dolor de su sentido.

Antes de que construyeran el edificio de corredores niquelados en donde, en adelante, alojarían a los locos y de que eliminaran la palabra «manicomio», seguramente para ahuyentar sus fantasmas, sustituida por el científico término de «hospital psiquiátrico». Antes, sí, antes de que despojasen a los locos del romanticismo de ver extendido en el universo circundante el laberinto de sus pensamientos: como en el laberinto de los mares, locos de otra época

encontraron, tal vez, la razón para vivir perdida. Sí, antes de todo eso, visité La Castañeda.

La suntuosa desolación de sus parques y el claroscuro impuesto sobre el viejo caserón por los altísimos árboles son casi mis únicos recuerdos. No puedo asegurar haber visto las jaulas en donde encerraban a seres cuya ira, cargada con un rencor obsesivo, no calmaba el tiempo ni el encierro. Tampoco estoy segura de haber visto a hombres y mujeres ofrecer, perdidos el pudor y la inteligencia, a las raras miradas que asoman a las ventanillas de sus celdas, la búsqueda insensata e incesante del placer como última prueba de existencia, concentradas las cenizas de su atención en ese sexo palpitante al cual han sometido el resto de su cuerpo. Ni siquiera sé si sean ciertas las bárbaras escaleras por las cuales subí detrás de la joven doctora de pelo rubio, en cuyos ojos esquivos se veían ya los gérmenes de ese género de locura que es la ausencia total de sentimientos.

Nunca volví a La Castañeda. Trasladaron a la mayoría de sus habitantes a las granjas y su imagen se me confunde con el relato que alguien me hizo del incendio del viejo manicomio de la ciudad de Guatemala: como el ahogado trata de asirse en su desesperación al agua misma que lo devora, los locos se aferraban a las rejas candentes tras las cuales habían vivido, a los muros en llamas que guardaban su pasado, a la lumbre misma en donde se consumían sus cuerpos y se extinguiría con ellos arrebatándoles sus pocos sueños dislocados, ese último sentimiento parecido al miedo de quien todavía tiene algo que perder.

Un tío de mi cuñada compró La Castañeda e hizo trasladar, piedra a piedra y vacío por vacío, muros, escalinatas, corredores, torres, sótanos, rincones, ventanas y espacios del antiguo manicomio a su hacienda en el Estado de México. Como un barco fantasma, despojada de sus locos, La Castañeda se yergue hoy en medio del desierto. Mi hermano me ha contado del nuevo esplendor del castillo, pero no deja de inquietarme la palpitación de esas piedras tantos años habituadas a esconder formas del dolor que tienen sus razones en la desesperanza.

Todavía hoy ignoro las causas que me llevaron a visitar La Castañeda. A veces dudo haberlo hecho y busco en mi memoria detalles enterrados por mí misma para siempre. Tal vez, creí escapar a su trampa olvidándolos. Hay territorios que, como las fisuras en el tiempo, debieran permanecer cerrados: parece tan fácil asomarse y es tan difícil volver de ellos.

II

Supe que Daniel intentó suicidarse y que estaba internado en el pabellón psiquiátrico del Centro Médico. La noticia me sobresaltó con la obsesiva pasión que habría de acortar la vida del amor que tuve por Daniel. No pude prestar la menor atención a ninguno de los cursos a los cuales asistí esa tarde en la facultad. Qué me importaban la filosofía de la ciencia y la ciencia de la filosofía. Sus discursos claros y sin secretos. La historia de la filosofía en México, en la cual nadie creyó cuando el país pudo haber llegado a existir. O la estética del realismo socialista con la cual nos querían hacer ver —tal vez con razón— al arte como un reflejo de la realidad y, por lo tanto, la fealdad de los dibujados por Diego como la nuestra.

Miré la luz del sol filtrarse entre el vasto espacio del cielo, formar sombras y colores, cayendo, sólo para volver a reflejarse, sobre los corredores de cemento de la gigantesca explanada que separa la facultad de la Rectoría. Sentí crecer la tristeza: si Daniel hubiera muerto, sus ojos nunca más verían todo esto. Y aquí seguía la vida con todos esos detalles que la forman y a los cuales damos a veces tanta importancia que deseamos morir por ellos: un saludo, la carrera, la invitación a una cena, una mirada, el dinero, un premio, el sueño de cada noche. Daniel había querido abandonarlo todo.

—Daniel trató de matarse —me habían dicho. La frase resonó en mis oídos sin que mi cabeza pudiera comprenderla. Todavía pregunté, cuál Daniel, tratando de entender lo que me costaría tantos años simplemente haber escuchado. Miré caer las hojas de los árboles.

No deja de sorprenderme cómo una frase, una palabra, un gesto pueden cambiar el curso de una vida. Quizás por ello vamos dejando de escuchar con el paso de los años. Otras veces termino por creer que existen leyes secretas y que esa frase, esa palabra o ese gesto, los cuales pensamos debidos al azar, están preparados desde el principio de los tiempos para decidir nuestra vida a pesar nuestro.

Imaginar en Daniel no sé qué misteriosos pensamientos, a los cuales yo carecía de acceso, bastó para trocar, en el curso de esa tarde, la inquietud en amor. Ese primer amor que quise eterno y al cual no hubiera querido sobrevivir. Esa primera forma del amor que habría de marcar, como marca una lepra o una religión, mis amores sucesivos. A los cuales sigo sobreviviendo a pesar de esa eternidad tan fugaz que se me ha vuelto una costumbre imprimirles.

Por fin conocía a alguien que voluntariamente había tocado de cerca a la muerte. Alguien cuyas razones escapaban a la lógica de sentimientos aprendidos en la infancia y que yo consideraba comunes porque era incapaz de descubrir su riqueza.

No imaginaba entonces que, más de diez años después, yo también habría de tocar voluntariamente a la muerte. Nada sabría de ella. Guardó su secreto con la misma codicia que antaño me inspiró. Y, es curioso: la buscaría verdaderamente cuando los deseos de morir pertenecían a un tiempo que tal vez resurgía indómito del pasado para recordarme quién fui. El alcohol reavivó la tentación de morir que creí perdida para siempre y, en la misma oleada, se llevó su recuerdo. Intento de salto al vacío, no deja de estremecerme la fugitiva visión de mi cuerpo estrellado contra el pavimento. Envenenada por una mezcla de alcohol y barbitúricos, sólo supe lo que de sus esfuerzos para salvarme me contó Michel.

Quise a Daniel sin conocerlo. Inventé a sus pensamientos una sustancia distinta a la de los míos. A la de todos los otros. Y lo amé con una locura que creí la suya. Precisamente aquella de la cual él huía.

Busqué a Daniel porque quizás ése era mi destino y porque la vida me condujo, a través de sus secretos senderos, a una situación irremediable: el amor que le tuve y del cual hoy queda apenas un recuerdo usado por los años hasta parecerme ajeno. Pero lo hice creyendo que buscaba el heroísmo de quienes sabiendo de antemano su derrota siguen su destino. ¿No es acaso finito nuestro tiempo como el de todo lo que nuestros ojos miran? Cuántos años no perdemos buscando el camino cuando ya la muerte nos acecha antojadiza. En realidad sólo busqué y encontré mi propia nostalgia. Daniel nunca me quiso.

Amé en él, como más tarde lo haría en otros, su forma de amar. Y lo hice sabiendo que ese amor nunca me estaría destinado.

No puedo negar que otras veces había creído amar para siempre a sombras cuyos cuerpos, como algunas imágenes de La Castañeda, ni siquiera estoy segura de haber cruzado. Simples fantasías: su realidad era incompañable.

Había hecho el amor más como búsqueda que como encuentro. Daniel pudo haber sido otra de esas tantas sombras, pero volví a verlo meses después.

Encontré a Daniel en una fiesta. Un mechón de su pelo largo le ocultaba parte de la cara. La moda del cabello largo entre los hombres era apenas un tímido titubeo. Me acerqué por detrás y le cubrí los ojos con mis manos. Cuando levantó las suyas para tratar de adivinar, por el tacto, quién era yo, vi sus muñecas cicatrizadas por los cortes de navaja por donde estuvo a punto de escapar su vida. Descubrí sus ojos y tomé una de sus muñecas en mis manos, ante el total sobresalto de Daniel. Él no veía en su acto el romanticismo imaginado por mí, sino algo absolutamente vergonzoso. Tuve que vivir el rostro adolorido de mis padres, algunos años después, cuando uno de mis vanos intentos de suicidio, también por corte de venas, para entender por qué Daniel se sentía un cobarde.

III

Ciertas noches, cuando no encuentro el sueño, me asomo al pasado. Me estremezco, entonces, al pensar en quién sería yo hoy de haberse realizado mis sucesivos deseos. Y no puedo sino agradecer a mis dioses no haberme concedido lo que en esos momentos sucesivos les pedí. Desdichadamente accedieron a mi amor por Daniel; y me otorgaron, en su extraña bondad, los tres años de locura que imploré.

Daniel mismo me lo dijo, durante esas primeras tardes de un verano amarillento y polvoso que pasamos juntos, simplemente hablando. Yo quería conocerlo, saber por qué, sí, por qué había intentado matarse y saber lo que sintió, qué vio, qué encontró al despertar de ese viaje al fondo de su tiempo. Comenzaba ese desgastante proceso en donde el más débil, o el más amante, se somete al otro y aprende a ver a través de los ojos amados. La ceguera es el menor de los males con los cuales el enamorado se va olvidando de su vida.

No me acuerdo cuándo vi por vez primera a Héctor y a Luis. Entraron en mi vida por la misma puerta por donde entró Daniel y que yo dejé abierta en esa búsqueda insensata de su amor.

Mercedes inspiraba el mismo sentimiento amoroso a Luis, a Héctor y a Daniel: teníamos esa edad durante la cual, todavía pueden compartirse los bellos sentimientos. No sé si la amistad entre ellos surgió de ese amor común o si éste la hizo perdurar; en todo caso, ella sigue uniéndolos y Mercedes, como yo, desapareció de sus vidas años ha.

Si el intento suicida de Daniel nos perturbó como una tentación fugitiva y caprichosa tanto a Héctor y a Luis como a mí, ellos hablaban de su gesto como de un misterio de oficiantes, una ceremonia y un rito. La primera vez que me referí a su tentativa, Daniel me miró con odio. Me equivoqué otra vez y tomé por modestia su vergüenza. Aprendí a espiar en las palabras de Daniel los secretos que le inventé y a esperar los que él quiso contarme. Poco a poco, a lo largo de tardes consumidas por la curiosidad y los celos, dos estilos de

espionaje, fui aprendiendo de memoria a Daniel y fui dejando, entonces, de pensarlo.

Gary, quien años después tocaría a nuestra puerta pidiendo un asilo que Daniel le negó, le salvó la vida. Acaso se puede escoger a quién hacer el bien, pero no se puede escoger quién nos lo hace. Gary comenzaba apenas sus incursiones en el mundo de la violencia a sueldo. Hasta entonces, su físico sólo le había servido para vengar su condición de huérfano e imponer su precaria existencia sobre el cuerpo magullado de los otros. Una inteligencia formada por el miedo desarrolló en él un instinto policiaco. Gary se sabía un olvidado y sabía que el olvido de los otros era su único refugio.

Ese instinto policiaco lo llevó a forzar la reja, a introducirse en el jardín y a mirar a través de las ventanas la sala de la casa de Daniel. Tal vez quiso saber por qué no se le abría la puerta, puesto que Daniel estaba ahí. Tenía la certeza. A pesar de la oscuridad, a pesar del pequeño ángulo visual que las cortinas dejaban, Gary alcanzó a distinguir la camisa, los zapatos, los pantalones de Daniel tirados en la sala. Gary conocía bastante el orden minucioso de Daniel para sentir eso extraño. Insistió con el timbre, tocó a la puerta con fuerza una y otra vez. Arrojó algunos guijarros contra la ventana de la recámara de Daniel. Del miedo al rechazo, de la cólera de no ser recibido, Gary pasó al gusto de encontrarlo con una mujer. Pero, ¿por qué no había luz? Sin pensarlo más, con una facilidad que denotaba costumbre, Gary forzó la cerradura.

Sobre el sofá, en la alfombra, manchas de sangre que Gary siguió rápida, enloquecidamente, a través de la escalera hasta la recámara de Daniel. Gary, para quien la vida ajena no tenía la menor importancia y arriesgaba la propia a diario, no pudo entender que alguien la perdiera deliberadamente. «Pendejo», murmuró. Envolvió el cuerpo cubierto de sangre en una cobija y cargó con él hasta su motocicleta. Con tanta herida como Daniel se había hecho en los brazos, en las piernas y en el pecho no se podía saber por dónde escapaba la vida. No frenó hasta las puertas de la Cruz Roja, donde entregó el cuerpo, antes de localizar a la madre de Daniel: si pudiera limpiar la sangre antes de que ella llegara, porque ese dolor, Gary sí podía imaginarlo.

IV

La distancia con la cual Daniel se defendía de mí y de sus miedos se fue acortando con el paso de los meses; comenzó a pensar en voz alta mientras yo iba sustituyendo mis recuerdos y mis sueños con los suyos. Desgraciadamente, no podía compartir su amor por Mercedes, sus diarias confidencias. Y, sin embargo, por eso lo quería: ambos amábamos sin esperanza.

No pude soportar su amistad y preferí alejarme. Sus confidencias sólo agudizaban mi obsesión y me hacían daño. Al tratar de olvidarlo, caí en mi propia trampa: buscando sus fallas, lo despojé del halo con el cual mi imaginación lo envolvía y descubrí debilidades que, al permitirme tocar otro dolor distinto al mío, despertaron en mí un sentimiento desconocido: la compasión.

Días después, ese azar cuyas leyes violamos a diario en vano puso en mis manos un libro de poemas.

No es el amor de fuego ni de mármol
Amor es la piedad que nos tenemos.

Cerré el libro y sentí los ojos húmedos. Decidí, entonces, olvidarlo.

Aún no poseía esa experiencia que consiste en sobrevivir al amor y la cual nos usa de una vez por todas porque, después, todo puede olvidarse. Y, hasta entonces, yo sólo me había imaginado enamorada.

Qué significaban para mí Daniel, Mercedes, Héctor, Luis y mi mismo amor unos cuantos meses atrás: había vivido sin ellos, sin siquiera saber de ellos, y podía seguir viviendo. Me alejé sin darme cuenta de que, al huir de Daniel, me convertía en la fugitiva. Los meses que habíamos pasado juntos lo acostumbraron a mi presencia y a un amor que, como el deseo, puede ser contagioso.

Traté de ocuparme corrigiendo las pruebas de imprenta de una primera novela que nunca se publicaría. En ella contaba las peripecias de un amor malogrado y los titubeos sexuales de una mujer, a los cuales mi falta de imaginación confundía con los míos. Precisamente porque apenas estaba descubriendo el sexo, abundaba en sus descripciones. Pero si los futuros editores parecían encantados con la frescura de un lenguaje hoy perdido para siempre, mi madre pensó, como Daniel lo haría más tarde, que estaba enferma.

Transcurridos los primeros días, el tiempo comenzó a pasar escandalosamente rápido: tres, casi cuatro semanas sin ver a Daniel. Si su imagen no dejaba de asaltarme en esas vueltas vacilantes donde el tiempo distrae su curso y nos deja a solas con el pasado, la obsesión que tenía por Daniel se fue calmando. Me convencí otra vez de que podíamos ser amigos, como él lo deseaba, y me precipité en su busca.

Encontré a Daniel sumido en esa tristeza que tanto me hizo sufrir y bajo cuya sola sombra pudo quererme. Hablamos toda la tarde entrecortadamente, arrebatándonos las palabras para no hablar de nosotros mismos. Traté de reír mientras veía venir, como una oleada, la noche que habría de separarnos y dolorosamente comprendí lo absurdo de ese reencuentro. Me levanté a mirar por la ventana el aguacero y vi caer las sombras con esa violencia que en México arroja el sol a su muerte diaria. Oí a Daniel preguntarme si había hecho el amor con un amigo. Sentí una rabia infinita levantarse contra esa curiosidad que me sonó como un escupitajo. Si no me quería, qué le importaba con quién podía yo acostarme: ¿No era yo libre como él mismo? Me di media vuelta, busqué sus ojos en la penumbra y, antes de percatarme del sufrimiento de su mirada, su voz, su misma pregunta, le dije: «No tienes derecho a interrogarme, no eres mi amante ni mi marido». «Quiero tenerlo. Ven, siéntate a mi lado.»

¿No eran los interrogatorios una condición, casi una forma, de ese amor que yo busqué? Daniel empezó a quererme y yo comencé a mentir. Como antes la fui olvidando, para mejor mirar a través de los ojos de Daniel, ahora me condenaba a negar mi vida y a reprobear cualquier acto, deseo o tentativa amorosos ajenos a Daniel.

Daniel me devolvió la pureza en la que él creía y reavivó un pudor consumido bajo otras miradas por la misma impudicia con la cual gozaba al desnudarme: mi cuerpo fue el primero que tuvo entre sus brazos. Descubrimos e hicimos juntos el aprendizaje del amor.

Pero Daniel me hacía el amor sólo acuciado por el deseo. Del placer consumido sólo le quedaban arrepentimiento y vacío. Durante las largas depresiones en las cuales Daniel se sumía al principio de nuestra relación, lo vi evocar la imagen de Mercedes en el mejor de los casos; peor era ver vacilar su tristeza hacia la repugnancia cuando imaginaba mi cuerpo acariciado por otros hombres.

Negué, mentí y dejé quemar la novela en cuyas frases más nimias Daniel se obstinaba en buscar las pruebas de mis amores pasados. Como si todo lo sucedido, como años después nuestro mismo amor, no estuviera condenado al nunca jamás del ayer. De ese ayer irrecuperable que fuimos y al cual el olvido va devorando para hacernos soportable su huida.

Hoy recuerdo esa mañana de noviembre como el presagio de nuestros amores desfigurados por el tiempo y por la lenta descomposición que me conduciría a la locura, primero, y más tarde al exilio, una forma distinta a la de la muerte de convertirse en fantasma.

Sin embargo, esa mañana yo era feliz: la proximidad de Daniel me escudaba contra cualquier sufrimiento. Le sonreí mientras quemó el original, las copias y las pruebas de imprenta de esa novela de la cual él fue el más atento lector. Pensé: si se quema de golpe es que era una mala novela. Daniel ahogó la pila de papeles con alcohol, pero el viento esparció las hojas en el parque y se llevó con él las llamaradas. Dos horas después, todas aquellas palabras que formaron una historia, transformadas en cenizas, carecían de cualquier sentido extraño a nuestro amor.

V

Si a Daniel y a Luis los unía el mismo ideal político, a Héctor y a Daniel los identificaba la pasión por autores cuyo denominador común era el exceso de vicio o de virtud, el delirio, el desarreglo de los sentidos. Los tres eran fanáticos de una música que no me atrajo sino cuando, usada por el tiempo, se convirtió en ese ayer que nunca fue.

El culto de los Beatles, y más tarde de los Rolling Stones, les permitía pasar tardes enteras juntos, escuchando una y otra vez sus discos, sin pronunciar una palabra. En cambio, los nombres de Demetrio Vallejo y de Valentín Campa, o la mención del movimiento de normalistas, y de la lucha obrera, desataban una pasión inusitada en Daniel y en Luis, mientras los nombres de Lautréamont, Pound o Rimbaud establecían una corriente eléctrica entre Héctor y Daniel. Disfrazaban así su melancolía, tal vez premonitoria, y descubrían impudicamente sus deseos más secretos al filo de un verso o de una madrugada.

Luis, con sus diecinueve años, era el mayor de los tres. Hijo de una pareja de normalistas, había crecido bajo la luz mortecina de la vieja izquierda mexicana. A la impotencia heredada de esos luchadores vencidos por tanta derrota, Luis agregaba la que le producía su imposibilidad de seguir a Mirna a Moscú: el fracaso en sus exámenes. Pensarla sola, embarazada por él, lejos de él, aumentaba su sentimiento de soledad.

Luis alimentaba su amor, o tal vez el amor por su soledad, fotografiando una y otra vez el único retrato que conservaba de Mirna. Me estremecí cuando vi una de las fotos de ella, revestida como un icono, rodeada de veladoras encendidas, especie de caja china desplegable, tantas veces fotografiada por Luis como marcos iba adquiriendo, superpuestos uno tras otro, mientras la imagen de Mirna se iba reduciendo, al fondo de la fotografía, al tamaño de una medalla. Sentí que Luis estaba enloqueciendo.

Desvié la mirada del altar así erigido a Mirna y dejé ver mi estupefacción a Luis.

—¿Te parece morboso? —me preguntó con un aire satisfecho.

—No —le contesté arrastrada por esa maldad impertinente que me haría perder tantos amigos, sin poder tolerar su complacencia—, me parece repetitivo.

El carácter de Héctor estaba hecho de claroscuros. Tan pronto comunicativo como silencioso, cercano y distante, su inteligencia poseía destellos pronto apagados por un humor sombrío. Sus frases equívocas rayaban en la demencia y en ellas, Daniel y yo, durante aquellos primeros años, quisimos ver el genio. Si su indiferencia política perturbaba su relación con Daniel, su conocimiento de autores, entonces casi desconocidos en México, secretos como la enfermedad que nos iban destilando, fascinaba el espíritu titubeante de Daniel.

Me sentí excluida de la amistad entre Héctor, Daniel y Luis. Sus conversaciones, su música, sus mismos silencios me eran ajenos como el paraíso le es a los paganos. Ni creía ni deseaba entender lo que hablaban. Sus paraísos, cuando no me parecían inaccesibles, se me hacían ridículos. Los celos me condujeron a tratar de sustituir a Mercedes, como si fuera posible usurpar un espacio o un tiempo que no nos pertenece.

No me di cuenta, entonces, de que Mercedes era una presencia y un ideal. Nada más. Hoy todavía puedo ver los diecisiete años de Mercedes atravesando a solas la gigantesca explanada de la Escuela Preparatoria de Coapa, su magnífica presencia invadiendo a su paso el patio, el aire, las miradas, sus cabellos largos que flotan como su sonrisa y como ella misma: es un hermoso recuerdo que Daniel me donó. Yo nunca vi a Mercedes.

A Mercedes la rodeaba el halo de su madre: una dramaturga devorada al mismo tiempo por sus demonios, convertidos en criaturas de sus piezas, y los sucesivos amores de donde extraía su fuerza al afirmarlos para siempre y como un algo irremediable con el nacimiento de sus hijos. Mercedes contaba con numerosos medios hermanos.

A diferencia de su madre, Mercedes aspiraba a interpretar personajes creados por los otros, a encarnar pasiones ajenas a su suave indiferencia y a modular con su voz palabras con las cuales otros exorcizaban miedos y deseos que nunca la poseyeron. La sensación fugitiva de sus penas, la ductilidad de un carácter acostumbrado a la obediencia y la calma que inspira el fondo ficticio de un espejo eran precisamente las razones que hacían de Mercedes la mujer amada.

Recuerdo un póster de los Beatles, colgado frente a la cama de Daniel, que Mercedes le regaló durante la estancia de Daniel en el pabellón

psiquiátrico del Centro Médico. La dedicatoria, muy simple, decía: «Love, love, love. Besitos, Mercedes». La primera vez que hice el amor con Daniel fue bajo las miradas de los Beatles y con el eco de las palabras de Mercedes resonando en mis oídos. Acababan de matar al Che y no podíamos siquiera imaginar que la última frase de John Lennon resonaría como un eco en los oídos de quienes aprendimos a sobrevivir entre ese cortejo de fantasmas que nos iría envolviendo hasta engullirnos.

VI

Me fui quedando a solas con Daniel y me fui sumergiéndome en su mundo como en un pantano. Lenta e irreversiblemente.

Todo lo que no tocara directamente a Daniel dejó de tener el menor peso en mi vida. Sólo existían las palabras de Héctor, las de Luis, los relatos sobre Mercedes. Los libros que Daniel leía. Las hazañas físicas de Gary: el estruendo de su risa ahogado por el paso del tranvía, su cuerpo tendido en medio de los rieles, como un desafío de la voluntad animal a esa última forma de la inteligencia que es el miedo, tal vez la única que Gary poseía. Los perfiles de Josefina o de Cecilia, mujeres a quienes yo nunca conocí, pero cuyos nombres Daniel pronunciaba, fueron borrando y terminaron por hacer desaparecer casi todos esos otros recuerdos que hasta entonces me habían permitido avanzar, sin perderme, en caminos conocidos por mi memoria.

Diez meses después, en el autobús que nos condujo a la ciudad de Guanajuato, una sensación de extrañeza me asaltó. El embarazo y una boda precipitada me devolvieron ese sentimiento limitado del tiempo sucesivo que, al arrancarme del fugitivo siempre donde habita el amor, alarga el paso de los días y hace de los años un inmenso desierto cuya lentitud nos envuelve como una mortaja anticipada. La idea de pasar toda la vida, mi única vida, al lado de Daniel me hizo verlo como a un desconocido. Mientras subíamos las escaleras del hotel hacia nuestro cuarto, en donde compartimos por primera vez una noche, sentí mi futuro tan alejado de mis sueños como a Daniel de mi vida. No pude dejar de preguntarme por esa gratuidad del amor: todo mi amor no alcanzaba a extraviarme en un destino distinto al mío.

Esa noche voló un murciélago en nuestro cuarto. Me refugié, aterrorizada, en los brazos de Daniel. Le pedí que lo matara para ahuyentar con su muerte el augurio de la nuestra. Daniel lo hizo salir de la recámara y trató, en vano, de convencerme de la puerilidad de mis supersticiones.

Días antes de la boda y del viaje de luna de miel a Guanajuato, habíamos alquilado un pequeño departamento en la calle de Pitágoras. La ubicación del

edificio facilitaba el acceso de los amigos a casa. Daniel y yo éramos los únicos, dada nuestra edad, que vivíamos separados de nuestros padres: poco a poco, Pitágoras se convirtió en el centro de reunión.

Daniel iba en las mañanas a la Preparatoria y yo iba por las tardes a la Facultad de Filosofía. Ganábamos un poco de dinero haciendo resúmenes para un profesor universitario, eminencia gris de la política mexicana de la época, quien ocupaba una amplia oficina en Palacio Nacional, como asesor del presidente. Daniel comenzaba a escribir poesía y yo inicié una novela más que tampoco habría de publicarse.

Envuelta en el mundo de Daniel, de mis amigos sólo seguí viendo a un hombre cuya bondad creí superior a su inteligencia porque, en ese entonces, no sabía que la bondad es la forma más alta del pensamiento: Andrés era para mí, y para muchos otros, un padre indulgente y comprensivo, frente a quien yo necesitaba hacer el recuento de mi vida para tratar de ponerle un orden y enterrar las dudas que iban excavando el camino a mis infiernos.

VII

Los amigos llegaban al anochecer y partían al despuntar la madrugada. En aquella época aprendí a gozar de esa profundidad que posee la noche en México y cuyo espesor nunca podría encontrar en otra ciudad. Me fui acostumbrando a vivir las noches blancas de los insomnes y a sentir, entre sus palpitaciones, el majestuoso paso del tiempo. A esperar en vela el silbido del tren de Cuernavaca, el cual rompe el silencio profundo del corazón de la noche, para anunciar su absurdo viaje de diez horas a una ciudad accesible por carretera en cuarenta y cinco minutos. Viaje sin pasajeros por esas vías construidas hace más de un siglo. Las compañías norteamericanas se hacían pagar su trabajo por número de kilómetros. Rodeos y bifurcaciones que no llevan a ninguna parte. Altos en el desfiladero de una montaña tal vez para mentirosamente inspirar la nostalgia de ciudades que no pudieron desaparecer porque nunca existieron. Altos al pie del Popocatepetl y sus cumbres eternamente blancas, su llanto congelado por la nieve y los siglos, su pasión por una mujer dormida desde siempre y su amor encarnado, esta vez, en un cónsul inglés perdido en Cuaunáhuac. A percibir, entre las olas de silencio, los ecos de los sollozos de Lowry. Su alma en pena poseída por los demonios del mezcal. Errando entre las salas vacías del gigantesco Casino de la Selva y el aire cálido en donde su cuerpo respiró la borrachera de dioses más sensuales que los suyos. A rozar el fantasma de Carlota en busca de las cenizas de Maximiliano desde las desoladas terrazas de su castillo de Chapultepec. La razón abandonada en el Vaticano para poder mirar otra vez el imperio a sus pies. A sentir, a veces, de pronto, en la oscuridad de la noche, el soplo de la eternidad.

Bebíamos taza tras taza de café hablando con Luis, con Héctor, con un muchacho oaxaqueño quien nos trajo a casa una banda de estudiantes de Economía, Derecho y Ciencias Políticas. Su líder, Alfredo, se transformó en otro habitante nocturno de Pitágoras. Íbamos a visitar a Alfonso, un joven profesor de la Preparatoria, a quien Daniel admiraba por sus expediciones en

el mundo de los alucinógenos. Algunas veces venían Jaime e Ignacio, apenas un año o dos mayores que nosotros, pero cuyas incursiones en el universo subterráneo del alcohol ya habían comenzado. Ignacio y Jaime, como Daniel, escribían poesía. La de Ignacio era clara, breve y amorosa. La de Jaime atormentada, resentida y excesiva. La de Daniel oscilaba entre ellas.

Apenas dos meses y ya habíamos estratificado la vida entre las cuatro paredes de Pitágoras, los cuantos amigos y las desveladas, incapaces de imaginar deseos diferentes a los que surgían de la misma rutina donde nos solazábamos imaginando, y tal vez deseando, un mundo sin cambios en donde el ayer y el mañana fueran exactamente igual al hoy.

Y, no puedo negarlo, cuántos sueños no poblaron esas noches, las únicas, las últimas noches durante las cuales el futuro aún se extendía, claro y vasto, como un cielo bañado por el viento, libre todavía del destino y de nosotros mismos.

Muy pronto dejarían de inquietarme las dudas que, cada vez más alejadamente, seguían asaltándome cuando miraba a Daniel embebido en su tristeza. Una tristeza en donde yo no contaba para nada. Ausente de sus sueños. Pero, más dolorosas eran las oleadas de desesperación que me sacudían cuando, contento, Daniel me hablaba de amor: «Ahora sí te quiero». «Te amo más que ayer.» Entonces, ¿qué sentía Daniel ayer por mí? ¿No era el amor un sentimiento absoluto, sin más hoy que ayer ni ayer que hoy?

Una madrugada huí de la casa. Esperé el amanecer en uno de esos cafés iluminados con luz neón. Su blanca fosforescencia pretende hacer olvidar la noche y sólo consigue subrayar la soledad de sus escasos clientes al desfigurar aún más los rasgos de aquellos que huyen del sueño cuando el sueño no los huye. Sus enormes espejos sólo agigantan el vacío de esas horas apenas ocupadas por la espera del alba.

La pesadilla comenzó a medianoche, quedamente, cuando Daniel me despertó con una voz ronca, casi inaudible, hasta entonces desconocida para mí y que parecía venir de más allá de su garganta, de sus entrañas, de un ser distinto a Daniel, que lo habitaba, ahí, en su interior, ajeno a él como a mí, agazapado en un trasfondo secreto, acechando el paso de la muerte entre el silencio de las palpitaciones.

Vi en la oscuridad el cuerpo de Daniel extendido sobre la cama, los ojos abiertos fijos en el techo, su cara olvidada de los rasgos con los cuales el tiempo va dejando su huella para recordarnos quiénes somos. Traté de preguntarle qué le pasaba, pero la voz no salió de mi garganta. Miré a través de él como de un fantasma y comencé a incorporarme con esa fuerza que

emana de la absoluta voluntad de despertarse cuando el miedo encuentra su límite en la desesperación. «¿Qué pasa, Daniel, qué pasa?», creí escucharme. «Quiero sangrar, tengo ganas de sangrarte...», repitió esa voz queda y desencarnada. Acabé de despertar sólo para sumirme definitivamente en la pesadilla. «¿Qué pasa?», volví a preguntar al cuerpo extendido a mi lado, en ese hueco de la noche, a los ojos desmesuradamente abiertos, a ese murmullo silencioso y lejano de la sangre que su voz anticipaba.

Daniel me encontró al filo del amanecer. Me sobresalté al sentir su mano en mi hombro. Miré los primeros rayos de la luz del día a través de los cristales del café, antes de atreverme a ver sus ojos. Quedaban atrás los aullidos de la noche, sus vampiros y sus fantasmas, la borrachera del sueño y las fisuras en el tiempo. Ahí estaba otra vez Daniel. El Daniel a quien yo amaba y conocía. El Daniel inquieto por mi ausencia y celoso de mi escapada.

Sí, ahí estaba el Daniel que yo conocía. Pero, qué poco, a fin de cuentas, conocía de él. Todo mi amor no alcanzaba para dejarme ver, al menos en un asomo, ese mundo subterráneo de vastas ciudades desoladas, amaneceres en ruinas, procesiones de antorchas, vacíos luminosos, muñecas de cera que cobran vida, cristales rotos, altísimos puentes inacabados, sobre un precipicio, desiertos de estrellas sin norte, sur, ni orientación posible en la inmensa bóveda de universos más fríos, pero menos crueles: ese mundo, en fin, del cual estaba construida la poesía de Daniel y cuyo acceso me estuvo vedado.

El día respiraba la luz por todos sus poros cuando volvimos a casa. Había oído mal. Daniel nunca quiso sangrarme. Sonriente, contento de su explicación al escuchar mi pregunta y percatarse de mi error ante su voz tan queda, Daniel me dijo: «Nunca quise sangrarte, ¿cómo puedes creer eso? Nunca, mi amor. Dije que yo tenía ganas de sangrarme».

El alivio se perdió en el horror. Sentí lo irremediable de separarnos al ver su sonrisa, la precipitación y la euforia con las cuales me decía que nunca se hubiera atrevido a tocarme. Me compadecí de la contagiosa ternura con la cual creía reconciliarse conmigo, con el día, con este Daniel tan lejano del otro, ingenuamente olvidado de los deseos que lo poseían apenas unas horas antes, como de algo tan extraño y distante como la agonía de una estrella. Callé ante la certidumbre de Daniel con la cual descubría en mi error las pruebas mismas de su inocencia y de un amor del cual él, como yo, trataba de convencerse que me tenía. Como si bastara con hacer creer al otro en sentimientos que sólo deseamos para infundirles vida en nosotros mismos. Sus explicaciones, su exasperante sonrisa, su ternura, fueron como una oleada de tristeza: comprendí que no sólo mi amor no bastaba para hacerlo olvidar

sus excursiones en territorios minados por la muerte, sino que nunca podría penetrar en el mundo subterráneo de Daniel, ni compartir otras superficies que las de su piel, su voz, su mirada. Nunca participaría en sus sueños. Los sueños donde yo nunca existí y nunca existiría.

Nos despertamos poco antes de que anocheciera, destrozados los horarios, ausentes de la vida real que nos rodeaba. Bajamos a cenar a una pequeña fonda. Sí: allí estaba el Daniel a quien yo conocía y amaba. El otro parecía olvidado para siempre, especie de aparición nocturna de nuestros sentidos exacerbados por las noches en vela donde boga el insomnio.

Sin embargo, no pude evitar preguntarme, inquieta, mórbidamente, poseída por una secreta fascinación, cuándo volvería a aparecer ese Daniel de proyectos eternos en donde nunca conté.

VIII

Demasiado pronto dejarían de inquietarme los silencios en cuyo seno sospechaba ese Daniel hecho de misterios. El mismo, después de todo, a quien amé en un principio porque me era un extraño. Daniel mismo creería enterradas las tentaciones secretas que lo acuciaban, desaparecidos sus antojos suicidas y sus coqueteos con esa muerte de la cual desconocíamos sus múltiples rostros.

Una realidad más fuerte que las otras, precisamente porque es la del poder, se nos impondría de manera brutal, expulsándonos de la vida que llevábamos, atrapándonos en los engranajes inhumanos de un sistema que cobra venganza, así, de la pasión desmedida que lo crea y ejerce su voracidad sobre el destino de los otros antes de roerse a sí mismo.

Una mañana supimos que el ejército había destruido de un bazookazo la antiquísima puerta de la Escuela Nacional Preparatoria. El hecho nos pareció inaudito. La indignación y la cólera se extendieron entre los estudiantes en el curso de unas cuantas horas.

—Es la revolución —nos dijo un profesor de Daniel.

—Es la revolución. Todo va a cambiar. Era imposible que continuara tanta injusticia —oí decir a uno y otro muchacho, todos tan pálidos como esa mañana.

Soñábamos con la revolución. Con minúscula. En contra de esa otra Revolución, con mayúscula, que invadía el lenguaje oficial desgastado por la usura y cuya imagen había dejado de evocar el derrumbe del porfiriato y de sus suntuosas haciendas: la aventura de una lucha, cuerpo a cuerpo con la muerte, para poder levantar la mirada de la tierra sobre ojos que sólo veían hacia una tierra extranjera. Una Revolución cuya imagen se nos había convertido en una tribuna polvorienta, precaria y precipitadamente levantada, para recibir a un grupo de campesinos, de burócratas o de escolares que deberían esperar, bajo los rayos del sol calcinante de mediodía, la llegada del séquito de candidatos a funcionarios y funcionarios de la candidatura para

escuchar el rosario de promesas y responder con la liturgia de aplausos que requiere la misa política.

Promesas o inauguraciones, la importancia del evento la daba el nivel de engolamiento de la voz del orador, proporcional a sus progresos en la jerarquía del poder. Ese poder cuya proximidad parecía prestarles la fe necesaria en sus propias palabras hasta hacerlas sonar naturales. O, tal vez, sólo iba incrustando en sus pieles la máscara que asfixiaba sus voces y les imponía ese rostro inmóvil. Esa cara de sonrisa mecánica, ajena a toda sensualidad, la cual, semejante a la que a todos termina por imponernos la muerte, les permite olvidar hoy lo que fueron ayer y mañana lo que hoy todavía son.

Pero si ellos, los políticos, tenían la voz engolada por la Revolución, nosotros teníamos engolados los pensamientos por el sueño de la revolución. Y, ¿quién sabe? Quizá de tanto oír la palabra terminábamos por sentir su verdadero significado, anticipando instintivamente todo eso que pasó, deseando no vivir lo que ocurrió, para vivir lo que no sucedió.

Como tal vez tampoco existió todo esto que, convertido en recuerdo de recuerdos, me despierta todavía un dejo de nostalgia al reavivar la vana esperanza de lo que nunca volverá. Como a veces el viento anima la tierra con su soplo en busca de las voces de sus muertos. Todo eso que viví sin querer sobrevivir. Sin desear olvidar. Pero cuya obsesión terminó por consumir.

IX

La efervescencia que reinaba en la Universidad me hizo sentir, por vez primera, solidaria de un grupo humano. Esa solidaridad, que permite escapar a la pequeñez de los temores y deseos individuales con los cuales banalmente poblamos la soledad, era una manera de compartir los sentimientos generosos y de magnificar otros más bajos. Una forma de sacar a la luz ese rencor ahogado que nos afrenta y exhibir sin recato la piedad que nos tenemos. De participar en ese festín de cólera y acceder, al menos por unos instantes, a ese despojo de sí mismo que es la condición del héroe.

Un helicóptero del ejército volaba sobre nosotros. Su estruendo hacía perder algunas de las palabras del orador quien, amenazante, levantó su puño, seguido por todos los nuestros, hacia ese cielo luminoso cuya calma perturbaba el vuelo del aparato.

Con su barba de chivo, su vientre de alcohólico, sus ojos de santo y su rostro entre fauno y semidiós, el orador nos invitó a formar pequeñas brigadas y nos contagió su pasión. Fue la primera vez que vi a José Revueltas.

Revueltas había cumplido los quince años en las Islas Marías, encarcelado desde esa edad por los esbirros de un sistema al cual nunca dejaría de combatir. La mitad de su vida en prisiones, en donde escribió gran parte de una de las obras más libres de este siglo, Revueltas pasó la otra mitad en grupos y partidos de donde fue invariablemente expulsado por negarse al sometimiento contra el cual luchaba. Revueltas era para mí, entonces, una figura tan mítica como lo es ahora, tantos años después de su muerte, ese luto que vivimos, como él nos lo pidió, como una larga borrachera: Ignacio y Alberto, sus más caros amigos, en México. Yo, sola, en París.

Alberto estaba esa tarde al lado de José Revueltas, sobre la terraza del primer piso de la Facultad de Filosofía. Su presencia física, su voz que sin ser ronca era baja, la inteligencia política que terminaría por hacerle imposible cualquier vida privada, su carisma, ese don que conceden los dioses a sus creaturas dilectas con abundancia, hacían de Alberto el hijo dilecto de

Revueltas. Elección que pagaba con el severo odio de los maoístas. Un año atrás, éstos habían conseguido escindir el «Miguel Hernández», en nombre de la virtud, el miserabilismo y la represión delatora de los fariseos; todavía hoy los veo sentados en el suelo de los pasillos de la escuela, extendida la mano a los pasantes, con el mismo gesto de mendicidad de los mutilados y los idiotas que pululan en los pórticos de las iglesias. Y, como ellos, los maoístas parecían querer mostrar sus llagas a los pasantes y hacerlos pagar el rencor acumulado como capital de una empresa.

Vi a Cirilo excavar su paso entre el gentío que escuchaba a Revueltas. Cargado de hojas mimeografiadas, las repartía a diestra y siniestra, roído por el afán proselitista de su grupo, sin importarle acusar a los unos y acabar con el sentimiento de solidaridad de los otros. Sentí un cáncer invadir la pureza de emoción que, momentos antes, nos unía a todos bajo la voz de Revueltas. Busqué con la mirada entre los círculos descritos por el paso de Cirilo y descubrí los restos de Sara, convertida en su sombra, siempre atrás, un poco más atrás de él cada vez. Me dieron rabia Sara y su carne marchita antes de tiempo, su suciedad y su ceguera, su fe desviada hacia un maoísmo reducido para ella al contorno físico de Cirilo, de quien se había convertido en la esclava en nombre de una extraña lucha por la igualdad. Recordé la Sara del collar de perlas, el vestido de seda, los tacones altos, el perfume francés, la misa de los domingos y el miedo de ensuciar su mano con el toque del barandal de la escalera. Una Sara un poco gruesa, quien había sido la mira de las burlas de la facultad, apenas hacía un año, considerada la encarnación misma de lo que llamábamos la pequeña burguesía. Una Sara mórbidamente virgen, enferma por las alusiones de una madre viuda al mundo del sexo como al de las cloacas y los subterráneos, los ávidos pliegues de su carne abundante corroídos por la usura del deseo. Sara ingenua, Sara enamorada de Cirilo, oyendo las lecciones de una ideología que, para Cirilo, era una forma del poder y, para Sara, una religión menos dura que la de su madre, pero en la cual sólo veía el cuerpo oscuro de Cirilo.

Revueltas terminó de hablar. La gente se dispersaba en pequeños grupos. Se formaban las brigadas que irían por la inmensa ciudad de México a hablar con la gente en los mercados, en las fábricas, en las calles, en las colonias obreras, en las oficinas, en los sindicatos, en los edificios en construcción.

Del hermoso sentimiento de solidaridad que había sentido al llegar a la Universidad no me quedaba un rastro.

X

La frase circulaba desde hacía algunos días entre murmullos, de oreja a oreja, con una rara emoción, secreta, ambiciosa y vergonzante: «Denme un muerto y hago la revolución». Un muerto, el otro, un desconocido, un cadáver para levantar la violencia y canalizar la enorme huelga que ya había paralizado vocacionales y preparatorias, escuelas y facultades del Instituto Politécnico y de la Universidad. Sí, ahí estaban las reivindicaciones que se exigían al gobierno, pero éste, lento de poder y desdén, retardaba una respuesta que iba usando el movimiento y la euforia. La ecuación no era matemática, pero era evidente para quienes no habíamos mirado el poder ni siquiera por el ojo de la cerradura. Parecía tan fuerte y vasto el movimiento de todos esos muchachos indignados por el atrevimiento del poder al violar la autonomía de la máxima casa de estudios del país en su hermosa puerta de San Ildefonso. Éramos tantos. No podían encarcelarnos a todos. Menos matamos.

Los autobuses habían dejado de llegar a su terminal de la Ciudad Universitaria: con el pretexto del dinero que costaba limpiar las pintas hechas en sus carrocerías por los brigadistas. Una maniobra política, también, para persuadir a los menos entusiastas, a los más perezosos y a todos aquellos que no tenían auto de quedarse en casa. Los autobuses daban vuelta uno o dos kilómetros antes de los límites territoriales de la Ciudad Universitaria. Para colmo, la época de lluvias había comenzado y la caminata hasta la Ciudad Universitaria se convertía en una dificultad para nuestros ímpetus revolucionarios.

El violento azul del aguacero a principios de la tarde, iluminado por los rayos de un sol blanco que asomaba entre las nubes, parecía excitar aún más los ánimos. Los muchachos corrían de una escuela a otra, entre los corredores de las facultades, el miedo de los truenos y del agua cayendo a torrentes sobre la ciudad de México. Había una sensación de fin de mundo, de vida paralizada por la catástrofe, de juicio y ajuste de cuentas, como en esos momentos cuando un temblor sacude la tierra y sus segundos crecen y se

abren como grietas en la existencia para dejarnos cara a cara con el vacío que van formando los sustratos del olvido. Me invadió un sentimiento físico de realidad, como sólo lo proporcionan el placer y el dolor, tal vez porque no pueden pertenecer sino al instante en el cual ocurren. Sentí un escalofrío.

Vi a Ignacio completamente empapado, los cabellos sobre la cara, venir hacia mí.

—Pero, muñequita, ¿qué haces aquí?

Lo miré extrañada, mientras sus ojos bajaban hacia mi vientre y sentí el rubor subirme a la cara. Había querido creer que mi embarazo no era visible todavía para los otros.

—¿En dónde está Daniel?

No escuché su pregunta ni mi respuesta, con la cual traté de cubrir la deformación de mi cuerpo. La imagen del amor hecho con Daniel. La consecuencia animal e irremediable de ese mismo amor.

—Quedé de verme aquí con él.

—Mira, hazte de lado. No puedes quedarte en medio de la escalera con todos estos locos corriendo por todos lados. ¿No te dijo que las mujeres embarazadas no debían venir por aquí?

La palabra estaba dicha. Su pronunciación me sonó extrañamente natural. Sentí que volvía a respirar al ritmo de los sonidos, la luz, el aire, sus palabras, las mías y el tiempo que todos compartimos. Me tomó del brazo y me hizo entrar en un salón de clases.

—Acaban de matar al Dragón y vienen para acá con el cadáver. Dicen que lo atropelló un carro de la policía. Que estaba dando mucha lata. En todo caso, siguen los rumores de que el ejército va a tomar la Universidad y más vale que te vayas de aquí por si empiezan los golpes. Quédate aquí mientras busco a Daniel.

Ignacio cerró la puerta tras él y yo volví a sentirme separada de todo y de todos. En fin, ahí estaba el muerto que todos querían; un pobre alucinado que los grandes cerebros de la facultad calificaban de lumpen. Mito para recién llegados. Fuerza de choque para un grupúsculo que le pagaba con ron su doble salario de payaso y golpeador. Su apodo provenía de una leyenda entretejida por todos y cuyo origen habría sido una discusión del Dragón con el maestro de filosofía griega más exigente de la facultad: ante el concepto de la nada, el Dragón había insistido en la existencia de un dragón aunque fuera pequeñito, pequeñito, casi nada. Como casi nada era él ahora. Apenas un cadáver que algunos iban a utilizar, como utilizaron antes la fuerza de sus

puños, su insensibilidad al dolor físico y a la burla. Y el pobre diablo hubiera estado orgulloso de servir de héroe.

Ignacio regresó acompañado por Daniel. Estudiantes de todas las escuelas venían a la facultad y trataban de entrar en el auditorio Justo Sierra para contemplar el espectáculo.

—No vale la pena —nos dijo Ignacio—. Trajeron a los hermanos, al padre y a la madre del Dragón, junto con el cadáver. Andan consiguiendo un ataúd. Los dragones aúllan de dolor mientras los oradores se suceden pidiendo venganza. Vámonos de aquí.

Esperé en el corredor, cubierto por los techos de las terrazas, mientras Ignacio y Daniel echaban a andar el viejo automóvil empujándolo entre los dos. La gente seguía llegando a la facultad y tratando de forzar su entrada al Justo Sierra. Algunos salían, hastiados del espectáculo, hambrientos o excitados por la vista de la muerte y del luto humano. Se formaban grupos aquí y allá que pronunciaban el apodo del Dragón, preguntaban quién era, por qué lo mataron, a qué hora. La leyenda del Dragón iba creciendo con su muerte. Muy pronto su cuerpo sería enterrado bajo otras decenas de cuerpos, los cuales habrían de sepultar con su desamparado anonimato cualquier leyenda personal.

Ignacio nos invitó a comer tacos en la colonia Portales. Apenas podía escuchar lo que platicaban él y Daniel, entre el ruido de la tormenta y de los otros automóviles, desde el asiento trasero.

Ciudad Universitaria quedó atrás, como todo lo relativo a ella; avenida Insurgentes festinaba su iluminación de mujer fatal, sus reflejos infinitamente repetidos por las gotas de agua que se deslizaban sobre los muros, las hojas de los árboles, el pavimento y el metal de los autos. Columna vertebral de la ciudad, Insurgentes tiritaba como un gato cuya elegancia sacude cualquier proximidad de roce ajeno. Los restaurantes, italianos, franceses, alemanes, comenzaban a invadir su parte sur. Las casas, antes residenciales, iban siendo transformadas en lugares públicos. Todavía, muchas de ellas soplaban las pequeñas luces amarillas, en una y otra ventana, de espacios habitados por familias, parejas o solitarios. Las otras resplandecían con la reverberación de sus candiles y el apogeo del champaña eléctrico capaz de atraer a clientes fascinados por su luz.

Ignacio dobló a la derecha y tomó una gran avenida silenciosa y arbolada, muy poca gente circulaba por sus aceras y nadie parecía ocuparse de la huelga que desquiciaba el sistema de enseñanza superior.

—En San Carlos —contestó Ignacio a una pregunta de Daniel que no oí.

—¿No estás en Ciencias Políticas? —le preguntó Daniel.

—Ahí estudio. Pero me entiendo mejor con los muchachos de San Carlos. En Políticas no hacen más que discursos entre ellos, en grupos, en asambleas, con los profesores, con el director, con el rector. Tal parece que necesitan papá para decidir cualquier cosa. Como si buscaran trabajo. Nadie decide y todos quieren ser líderes. En donde está bien la cosa es en Filosofía. Pero yo prefiero San Carlos, con todos los muchachos pintando, inventando, haciendo, cantando. Nadie quiere dirigir y todo mundo trabaja. Jaime se da sus vueltas por ahí, pero anda más por las vocacionales. Es su medio, ¿qué quieres?

—¿Qué está escribiendo?

—Tienes que leerlo, Daniel. Es un terremoto. Cada palabra está usada hasta en su última gota de sangre. Como si palpitará. De una riqueza formidable todo ese mundo endemoniado del Jaime. Es su origen, ¿qué quieres? Indio como él solo, con sus claroscuros y su inteligencia avanzada a ciegas, descifrando como el primer hombre este laberinto de ciudad, que tú y yo no conocemos, triste clase media, limitados a nuestras colonias grises con sus casitas de dos pisos, sin el olor a frijoles recién cocidos, las tortillas calientitas y el cilantro fresco en la salsa verde.

—¿En dónde está viviendo?

—Con Perla. Una burócrata de Educación. Abundante y morbosa como ella sola. Con los hilos de sus medias idos y el barniz rojo de sus uñas pegándolos aquí y allá. Morena como una mulata con sus cabellos crespos oxigenados y el Jaime creyéndola rubia. Un poema, Daniel. Es lo que necesitaba un indio como mi Jaime. Perla le ha hecho creer que ella es superior a él por el color de su piel y de sus cabellos. No sabe ni hablar, pero trae zapatos de charol brillante en los colores más chillones que puedas imaginar. Tienen un niño. Es decir: ella tiene un niño que tuvo de un tipo que escribía poemas. Como ves, algo tiene la Perla que le da por los poemas, aunque trabaje de burócrata en Educación. El tipo se fue a Centroamérica y mi Jaime se ha enamorado con locura del niño, al extremo de que Perla amenaza con quitárselo cuando se pelean. Y mi Jaime casi se ha convencido de que él es el padre del niño. ¿Qué les parece si pasamos por él?

—¿Vamos? —me preguntó Daniel.

Asentí con la cabeza. Ignacio volvió sobre la avenida por la cual veníamos, consiguió cruzar entre un embotellamiento en Insurgentes y se metió entre las callejuelas de Mixcoac.

Estacionó el auto frente al portón de una vecindad. Justo a la entrada, una mujer preparaba quesadillas sobre un brasero. Un niño dormitaba en sus

faldas. Había cesado de llover y todo, las casas, sus paredes y sus ventanas, los automóviles, las calles, las aceras, las hojas de los árboles, los cuales todavía existían en ese rincón de la ciudad, los faroles tiritantes de luz mortecina, todo parecía limpio y brillante, lavado por los ríos de agua clara que habían caído durante toda la tarde.

Alrededor de un patio, más de lodo que de baldosas, se acomodaban mal algunos cuartos de diversos tamaños y formas, hechos de lámina, maderas, algunos tabiques, lonas y restos de otras construcciones. De los cuartos salía la música de los radios, la voz metálica de los televisores, voces de hombres y mujeres, el llanto de un niño, el ruido brusco de un golpe, el grito de una vieja, el olor de los frijoles y de los chiles verdes tatemados. Sobre casi todos ellos lucía una antena de televisión enredada con los cables eléctricos que les llevaba energía directamente de los postes públicos de luz. Seguimos a Ignacio entre las miradas de la gente. Oí pronunciar la palabra *hippies*: les llamaba la atención el cabello largo de Ignacio y Daniel.

Jaime vivía en el último cuarto al fondo de la vecindad. Su puerta estaba entreabierta. Se oía la música de un radio, pero el cuarto estaba a oscuras. Ignacio encendió una lámpara y vimos a Jaime dormido, recostado sobre una mesa, al lado de una botella de ron en la cual apenas quedaban unos centímetros de licor. Del cenicero subía el humo de un cigarrillo casi consumido.

Ignacio bebió un trago de ron directamente de la botella y la pasó a Daniel, quien hizo lo mismo.

—Jaime, mi Jaime, vas a morir quemado por tus vicios un día de éstos. Es un bruto, Daniel, no sabe tomar y se emborracha a solas. Ayúdame a despertarlo.

En el cuarto no había más que un camastro, una mesa, una silla, un radio, dos o tres vasos, botellas vacías, un veliz con ropa, una máquina de escribir y varios libros.

—¿Vive aquí con Perla? —pregunté.

—No —me dijo Ignacio que seguía sacudiendo a Jaime—; éste es el cuarto de Jaime soltero y abandonado. Ella vive a dos cuadras. Déjame tratar de despertarlo. ¿Le echamos un cubo de agua?

—No seas bárbaro —se alarmó Daniel—. Mejor déjalo dormir.

—Jaimito, mataron al Dragón.

—¿Qué dragón? —masculló Jaime.

—Un enorme dragón que se hacía chiquito, chiquito, cuando bebía como tú.

—¿Un dragón? —murmuró Jaime, la cara contra la mesa, sin vemos ni saber con quién hablaba—. Acabo de ver a un dragón y no echaba fuego. Le hacía falta un poco de ron.

Ignacio y Daniel reían. Yo alcancé a leer algunos versos de Jaime en las hojas esparcidas sobre la mesa. Una cascada de palabras me invadió como el miedo de un crimen, la angustia del ahogado, el calor del aire tórrido del sur, el perfume de las gardenias y los nardos, el amor de Daniel.

En ese cuarto miserable, al fondo de un vecindario, entre las manchas y el olor rancio del ron barato, sí, ahí, bajo mis ojos, estaba alojada la poesía.

Sentí que todo brillaba alrededor mío, mientras seguían riendo Ignacio y Daniel.

XI

Ignacio parecía iluminado. Los ojos bañados por las lágrimas y una sonrisa en la boca, me dijo suavemente: «Murió mi padre. Enfrente de Liverpool... un autobús lo atropelló».

Habían pasado casi dos semanas desde nuestro último encuentro. Eran apenas las diez de la mañana y el calor ya estaba en su apogeo. Miré la sonrisa de Ignacio y le pregunté por ese padre de quien oía hablar por vez primera ahora que estaba muerto.

—Era un cantor. Él me enseñó el solfeo. Cantaba en la iglesia, allá, en Tlalpan. Tenía una voz magnífica. Tenor. También me enseñó a palmear. Sus días de gloria eran los domingos, cuando cantaba. Un cantor, muñequita, «un cantor», me repetía, «no un cantante de trío ni de mariachis». Ven, te invito una copa.

Lo seguí cada vez más asombrada por su euforia, la sonrisa en desacuerdo con su duelo, la dicha que transpiraba cada uno de los poros de su piel, mientras me contaba al mismo tiempo la muerte de un padre para nada odiado y del cual me hacía el relato más tierno.

—A estas horas es difícil encontrar un bar abierto en esta ciudad. Espérame, espera... Y Daniel, ¿cómo está?

Ignacio me contagiaba su alegría, ese amor a la vida que nunca lo ha abandonado. Pensé en las depresiones que Daniel sufría regularmente, sin motivo y sin rescate posible, en los celos enfermizos con los cuales me atormentaba, en los súbitos altibajos de su carácter hecho de claroscuros.

—Ya sé. Vamos a una cantina espléndidamente sórdida —me interrumpió Ignacio cuando comenzaba a responder—, disfrazada de restorán, en donde te sirven de beber con tal de que consumas en su cuenta un sandwich.

El día desapareció cuando cruzamos la puerta. Los dueños del restorán habían decidido crear, en su interior, una noche eterna al servicio de los habitantes cotidianos del bar, celosos de esa oscuridad que permite escapar a

la contabilidad de los horarios y exige el transcurso del sol y el orden de la buena conciencia.

Pequeñas lámparas eléctricas iluminaban apenas el camino hacia las mesas. El olor a alcohol y a tabaco, rancios como un perfume usado en el amor, inundaban el aire estancado de la sala. Alcancé a ver una pareja de enamorados que emergía de la noche, ignorante del paso de las horas y de todo aquello que no fuera su mutua presencia. Tres tipos discutían alrededor de otra mesa cubierta de cadáveres de botellas de ron; uno de ellos había sido asaltado por el recuerdo de su mujer e intentaba partir después de un último trago que, bajo los ruegos y bromas de sus compañeros, se convertía interminablemente en el penúltimo. La voz ronca de Toña la Negra se esparcía como un calmante a todos esos amores descompuestos que atravesaban como fantasmas la borrachera de estos tránsfugas del día.

Ignacio pidió un tequila que bebió de un trago. Siguió hablándome de su padre algunos minutos y, súbitamente, sin transición, me dijo que era feliz.

—Estoy enamorado, muñequita. Completamente enamorado de la mujer más loca que hay sobre esta tierra. Acabo de pasar una noche espantosa. Necesitaba un trago. Como tú, está esperando un bebé y no se le ha ocurrido nada mejor que tomarse un buen frasco de váliums para tratar de poner fin a la más hermosa de las existencias. Tuve que saltarme la barda y romper un vidrio para entrar en su casa. Ahora duerme, sólo por unas horas.

Miré a Ignacio entre las sombras del bar, inquieta por ese amor desbordante que lo hacía insensible a la muerte de su padre, poseído por esa obsesión del ser amado, en cuyo cuerpo se encuentra un refugio contra cualquier sufrimiento que no provenga de su ausencia. Sentí en Ignacio un cómplice de la misma locura que yo vivía. Vi en él el mismo delirio que nos arranca de la soledad, el único espacio donde existimos tal cual somos, sin remedio ni semejanza con dios alguno, sólo para sumergirnos en un espejismo que, como una enfermedad, nos es preferible a la muerte.

—Carla, tú la conoces —me dijo Ignacio quedamente.

—Pero, Ignacio, Carla tiene el doble...

No terminé la frase. Sí, Carla tenía el doble de la edad de Ignacio, cierto, pero era un mito para todos nosotros. Carla había sido la musa de varias generaciones, la pasión de muchos, la pesadilla de otros, el vasto insomnio de alguno. La más fascinante de las actrices de la época, la más loca, la más pura. Sus amores desquiciaban la crónica y las mujeres le justificaban sus pasiones. Un sentimiento trágico daba estatura a amoríos y devaneos los cuales hubieran sido vulgares en otra persona. Había en Carla una fuerza

extraña que la atravesaba como una fatalidad para mejor aislarla del resto de los mortales.

—Estaba anoche en casa de Carlos jugando ajedrez, cuando sonó el teléfono. Era Carla. El recado era para René. Tú sabes cómo lo ha querido Carla. Con ese amor que cree siempre el último y le sirve como aperitivo en el siguiente. René pertenece a otro mundo, tiene ambiciones políticas y aspira a una vida en regla, a pesar de sus sempiternas parrandas que vive con mala conciencia. Para él, Carla es una braja constrictiva, mujer devoradora, hechicera de siglos pasados y futuros, cómica de la legua, amor perdido, actriz pública, aventurera y toda la letanía de las canciones de Lara y muchos boleros más que sirven a René de telón de fondo mientras lee, estudia y trata de entender la *Fenomenología del espíritu* y *El ser y el tiempo*. Fenomenología y tiempo con los cuales Carla hace una bebida para los espíritus a quienes invoca en sus fiestas y entre sus sueños.

Ignacio se interrumpió para pedir otro tequila, tarareó la canción que entonaba Toña la Negra y, sin mirarme, sus ojos puestos en el cuerpo ausente de Carla, siguió contándome su aventura de la noche; el cuerpo desvanecido de Carla, la carrera a un puesto de socorro, el papelerío burocrático, la exigencia de un familiar presente, los intentos de Ignacio para hacer comprender que era inútil alarmar a los parientes de Carla a esas horas, puesto que no era grave su estado.

—El buen viejo estaba a punto de entender razones que lo concernían personalmente como son el sueño y los horarios correctos de un trabajador como él mismo, cuando Carlos inventó un pariente para Carla; el padre del futuro hijo. ¿A quién crees que escogió, muñequita? A tu humilde servidor. Se volvió hacia mí y, delante del buen burócrata, me dijo a quemarropa; «Tienes que reconocer tu paternidad».

Ignacio reía a carcajadas contándome el delirio de Carlos sobre la revolución y la rebelión doméstica.

—No me digas que terminaste por reconocer la paternidad de René.

—Como mi Jaime, muñequita, voy a terminar por convencerme de que el hijo es mío. La verdad, yo tenía un cierto temor de que Carla tomara mal las cosas, pero creo que el asunto terminó por hacerla olvidar su tristeza. «La cara que va a poner René», me dijo. Y me besó.

Me reí nerviosamente, angustiada por la hora, pensando en Daniel. Me despedí precipitadamente de Ignacio y atravesé la oscuridad del bar pensando que era de noche. Me deslumbró el sol radiante de las dos de la tarde al escapar de ese eclipse voluntario que se vivía en el interior de la cantina.

Cuando llegué a casa, encontré a Daniel sumido en una de esas depresiones que lo alejaban de mí y hacían imposible toda comunicación, pues eran desencadenadas por sus celos.

XII

Pegué la frente al cristal de la ventana para poder mirar la noche extenderse sobre la Ciudad Universitaria: a la izquierda los edificios de Humanidades, a la derecha los de Ciencias, al fondo, entre las brumas de la luz ciega del crepúsculo mexicano, la Facultad de Medicina. Vacía, suntuosa de silencio, con la majestad de un trasatlántico abandonado entre mar y cielo, la Universidad iba desapareciendo ante mis ojos a medida que penetraba en los confines de la noche.

Hacía dos semanas que apenas veía a Daniel. Sus días, y parte de sus noches, los acaparaban sus trabajos en una brigada. Cada vez más alejado de mí, sus ojos me evitaban cuando nos encontrábamos, durante unos breves momentos, por la noche, antes de que el sueño nos separara tanto o más que la ausencia. Su sueño. Y mi insomnio: esa anticipación de la eternidad que nos extravía del orden natural del tiempo y donde en vano intentamos reconstruir los recuerdos hechos añicos.

Los ojos cerrados, sentía a Daniel respirar a mi lado, muchas veces también él despierto. La vida se me presentaba, entonces, como un vasto desierto en donde las estrellas han dejado de servir de orientación pues no hay ruta que nos lleve a ninguna parte. El enamoramiento que apenas dos meses antes respirábamos por los poros, radiantes de dicha, parecía nunca haber existido. Daniel rehuía mi mirada y mi contacto.

Yo dormía tarde en la mañana tratando así de acortar el día que se levantaba inmenso ante mí. Sin teléfono, sin radio, sin televisión, sola en ese departamento, alcanzaba a ver desde sus ventanas el paso de los tanques por avenida Universidad. Los tanques siempre amenazantes, los cuales día a día, avanzaban un poco más su paseo en dirección de la Ciudad Universitaria. Pero no eran los tanques del ejército, pesados y lentos, los que me inquietaban; después de todo, creíamos, sólo servirían para rodear y tomar la Universidad de la ciudad de México, como ya lo habían hecho en algunos estados del país. Era el sonido de las sirenas de la policía y de las ambulancias

el cual desquiciaba mis nervios y hacía pedazos las horas sólo pobladas por la espera. Un sonido agudo que anunciaba la muerte.

De repente, el gobierno creyó encontrar la acusación clave: el estudiantado desconocía la historia de la nación e insultaba a los héroes de la patria, sin respeto alguno para los próceres que lucharon por la independencia, llevaron a cabo la Reforma, entregaron la mitad del territorio, empeñaron la otra, derrocaron al dictador Porfirio Díaz, hicieron la primera revolución socialista del mundo y fundaron un país moderno basado en la importación, la burocracia y la mano de obra barata. Por si todo esto no bastara, había estudiantes armados.

Ante tales acusaciones, el Consejo Nacional de Huelga hizo un llamado a la que sería la última y más grande de las manifestaciones de sesenta y ocho: la silenciosa.

Con los brazos en alto, en absoluto silencio, miles y miles, cientos de miles de muchachos y muchachas, de gente que la emoción decidió a unirse, de hombres y mujeres que volvieron a creer en algunos principios, caminaron desde el Museo de Antropología hasta el Zócalo. Después se hablaría de un millón, millón y medio de manifestantes. Tal vez más. Nadie podría negarlo. Las filas no terminaban de salir del punto de partida cuando otros desalojaban el Zócalo para dar cabida a quienes llegaban. Todo en silencio; en la más silenciosa de las tardes, ahogados los gritos de la emoción, apagados los más secretos murmullos. Un silencio contra otro. El silencio del estudiantado que pedía el diálogo y el silencio de un gobierno que muy pronto daría a conocer su respuesta. En silencio la más grande de las ciudades, la más ruidosa: un silencio que pesaba en los corazones, cuyo latido podía escucharse entre el paso apagado de los manifestantes, los brazos en alto, para mostrar que ningún arma amenazaba al poder. En silencio el aire. La luz. La caída de la tarde. En silencio la entrada de la noche, la cual, lejos de todos, yo miraba desde el último piso de la torre de Rectoría de la Ciudad Universitaria.

Me sentí alejada de todo ese movimiento estudiantil, encerrada por un embarazo que avanzaba irremediablemente, a lo largo de esos días que sólo interrumpía el sonido de las sirenas. Un sonido que me perseguía en las noches y seguiría despertándome, años después, en la madrugada, para recordarme lo que todos quisimos olvidar.

Incapaz de concentrarme en la lectura de ningún libro o de escribir una línea, ocupaba las largas horas de la tarde jugando de manera incesante solitario tras solitario. Sin pensar. Sin soñar. Simplemente esperando que terminara la espera.

XIII

Un balazo pasó silbando entre las cabezas de Daniel y Héctor. Luis se echó a tierra y jaló con él a Héctor. Daniel se quedó de pie, hipnotizado, con el silbido de la bala resonando en el caracol de sus oídos. No escuchó los gritos de Luis, quien le decía que se echara al suelo. Sentía pasar a sus lados muchachos corriendo en todas direcciones, lejos de la balacera, a quienes Daniel miraba fascinado a unos cuantos metros de él. Pensó: esto es la violencia, la verdadera violencia, es su ruido lo que es insoportable, y recordó su intento de suicidio. Minuciosamente silencioso, sin gritos, suave como la entrada del filo de la navaja en su carne, un pequeño cosquilleo, el brote de las gotas de sangre sin un murmullo, tibias y adormecedoras como la misma pérdida de conciencia que lo iba invadiendo, rodeado por el silencio absoluto y tranquilo de la entrada en los sueños. Un silencio distinto de éste que lo englutía ahora en su seno, en el corazón mismo del estruendo de la violencia, los gritos, la balacera y todo ese bárbaro ruido que seguía creciendo a su alrededor y que él había dejado de oír y miraba a través de un cristal. Vio venir a Gary hacia él, con una pistola en la mano, apuntándolo, feroz, escupiéndole una carcajada en la cara. «Échate al suelo pendejo», le gritó Gary en la oreja, su cuerpo contra el suyo, cubriéndolo. Daniel volvió a oír el estruendo mientras caía.

El griterío se acalló súbitamente y un secreto cuchicheo comenzó a subir de tono en el patio de la preparatoria. El sol apenas se había movido de su radiante zenit, imperturbable en su paso por un cielo arado desde miles de siglos atrás. El zumbido de las moscas parecía dislocado entre ellas como las notas falsas de un concierto sin dirección. Una sensación de irrealidad se apoderó de Daniel. Miró el patio de su escuela, la cancha de futbol a un extremo, los edificios escolares al otro lado. Igual que cualquier mañana. Grupos de estudiantes aquí y allá, de acuerdo con un orden establecido desde siempre y para siempre y el cual, Daniel tenía la certeza, continuaba rigiendo el paso del día porque nada ni nadie podría interrumpirlo. Una carcajada se

estrelló en sus oídos, una carcajada que rompía el curso normal de las cosas y osaba penetrar, con más fuerza que la balacera, hasta el fondo de su cerebro, interrumpiendo sus pensamientos. Daniel volvió la cabeza buscando con los ojos al culpable y encontró la mirada de Luis, quien se incorporaba, asombrado por la risa de Daniel.

—Todos acostados... bajo este sol... —murmuró Daniel tratando de explicar su risa, completamente fuera del orden normal de las cosas. Ajena también al orden de la violencia que se había impuesto esa mañana.

Daniel y Luis levantaron la vista sobre el patio de la escuela. Tres grupos se formaban en el patio. Héctor seguía tirado en el suelo, sacudido por sollozos secos, los ojos abiertos, sin una lágrima.

—Es el miedo —explicó simplemente—. Ya está pasando, pero tuve miedo de morir, miedo de verte, ahí de pie, en medio de las balas y de que me cayera tu cuerpo encima.

—También yo sentí miedo —dijo Luis.

Daniel pensó que había perdido la oportunidad de sentir el miedo, el mismo que inútilmente había buscado en su intento de suicidio con el secreto deseo de anticipar la imagen de su propia muerte.

—Creí ver a Gary dispararme —dijo Daniel.

—No entiendo cómo te quedaste de pie después de que pasó la bala entre nosotros —lo interrumpió Héctor, quien se sacudía el polvo del pantalón.

—Hay algunos que siguen echados en el suelo —señaló Daniel.

—Porque ya no pueden levantarse —lo cortó bruscamente Luis.

Daniel sintió, entonces, que volvía a penetrar en la realidad. Miró hacia los diferentes grupos y pudo ver, entre las piernas de los muchachos, los cuerpos tendidos, la sangre, mucho más oscura de lo que él la recordaba, escapando en hilos de la cabeza de uno de ellos. «Sangra como yo sudo», pensó Daniel, quien siguió instintivamente a Héctor y a Luis hacia uno de los grupos formados alrededor de un cuerpo. No había sido una alucinación. Era lo que Daniel llamaba la vida real. Esa vida real de la cual se sentía y quería sentirse alejado, porque estaba hecha de cifras y datos exactos, identidades verificables, fechas y horarios precisos, costos y asuntos concretos, posición social bien definida, deseos confesables, mujeres y miedos legítimos, hijos y espejos hechos a imagen y semejanza nuestra, cuenta en el banco, pensión calculada, éxito y pompas fúnebres asegurados, y un salto de circo a la vida eterna, sin ambigüedad ni escapatoria alguna del infierno.

—La vida real —murmuró Daniel.

—La muerte real en este caso —le contestó Héctor al oído.

Daniel escuchó vagamente la respuesta y la relación de los hechos que iban reconstruyendo los testigos. La imagen de Gary había sido real. Como eran reales los muertos tendidos en el suelo. Se volvió hacia Héctor y le dijo en voz baja:

—Estoy seguro de que vi a Gary con una pistola en la mano.

—¿Es tu amigo?

—Vivió en mi casa y me salvó la vida —respondió Daniel ironizando con el tono de voz la última parte de su frase—. Con ésta ya son dos veces que me la salva: fue él quien me arrojó al suelo cuando me quedé como un idiota mirando todo.

—La cuenta comienza a ser pesada. A tu favor, quiero decir —concluyó Héctor.

—Y yo comienzo a interrogarme sobre las cuentas que lleva Gary entre los que salva y los que asesina.

—Los dioses le tendrán en cuenta a quienes les envía antes de condenarlo.

—Y yo quiero aprovechar para liquidar mi cuenta.

XIV

—No sé nada, ni quiero volver a saber nada de Gary —nos dijo Lupe en cuanto abrió la puerta y antes de saludarnos.

Héctor y Daniel habían dejado a Luis en la Preparatoria, sin decirle una palabra sobre Gary. «Luis nunca entenderá tu manera de hacer las cuentas», le había dicho Héctor a Daniel, «y denunciaría inmediatamente a Gary».

Pasaron a recogerme todavía pálidos por la emoción vívida. Héctor no dejó de reír y de hacer bromas durante el camino a casa de Lupe, en la colonia Portales, un viejo barrio donde ya comenzaba entonces a dejar de ser el sur de la ciudad. Barrio de pandillas, violento, sin otra aspiración que la supervivencia, ni más historia que la de algunos viejos caserones abandonados a la usura del tiempo. Leoneras y burdeles de la época de Maximino Ávila Camacho. El hermano todopoderoso de un presidente que se vio obligado a dejar suprimirlo para salvarse él mismo y salvar al país. El origen de tres de las grandes fortunas que pasaron, a una muerte aunque prevista súbita, a manos de sus prestanombres.

Lupe era la amante de Gary desde hacía dos años. Alta, guapa y esbelta, trabajaba como aeromoza en vuelos en el interior de la República.

—Pero, pasen. Ustedes no tienen nada que ver con ese salvaje —agregó Lupe abriéndonos la puerta ampliamente.

Tenía la cara hinchada, un ojo morado, hematomas en los brazos y fuertes dolores en el pecho.

—Estoy pensando incluso cambiarme de casa. No quiero volver a verlo nunca. Ni quiero que sepa dónde vivo. A ustedes sí puedo darles la dirección, pero nunca se la den a él. Miren cómo me dejó y todo porque un tipo me echó un piropo en la calle y el bruto decidió que seguramente yo lo conocía. ¿Quieren tomar algo? Mira, Daniel, ahí está un pequeño bar, sírvanse, yo no puedo ni moverme de la golpiza que me puso. Está loco, golpeó al pobre imbécil del piropo y, luego, llegando aquí empezó a alucinar que yo tenía que ver con ese hombre. De otra manera, según él, no se hubiera atrevido a

dirigirme la palabra, acompañada como yo iba por un hombre como él. Un megalómano, ¿así se dice, no?, un megalómano que se imagina que todos conocen su enorme fuerza nomás porque lo ven en la calle, chaparro como es. No sé cómo fui a meterme con él. No. Nunca se había atrevido a tocarme. Yo era su adoración. Verdaderamente una reina para el pobre diablo. Nunca soñó una mujer como yo.

—Mira, Lupe, andamos buscando a Gary —consiguió interrumpir Daniel la cascada verbal de Lupe—, y si tú pudieras indicamos cómo o dónde encontrarlo. Se trata de un asunto personal. Una deuda.

—A mí también me debe dinero, pero prefiero que no me pague a volver a verlo.

—Soy yo el deudor —sonrió Daniel.

—Será la primera y última vez que yo vea a un deudor buscando a su acreedor para pagarle. Pero no me sorprende de ustedes, tan buenos y cultos. No sé ni cómo pueden llevarse con ese bruto. Claro que no entiendo cómo yo misma anduve con él. Pero es tan bonito sentirse adorada de esa manera... Mira, hagamos una cosa. Puesto que Gary me debe, tú me pagas a mí y yo te doy un recibo. ¿Cuánto le debes?

—No se trata de dinero —se adelantó Héctor.

Lupe se nos quedó viendo perpleja, tratando de comprender y, de repente, soltó una carcajada.

—Claro, claro: ¡Ay! Me duele el pecho al reírme, pero... Claro. Gary me contó. Se me había olvidado. Él te salvó cuando te suicidaste. Qué romántico muchacho. ¿Fue por amor, no? De veras que ustedes son increíbles. Primero te suicidas y luego quieres pagar. Pero, ¿a quién se le ocurre? Esas cosas no se pagan y, de todos modos, cualquiera que ve a alguien agonizando trata de hacer algo. Es normal. Pero, ¿no fue ya hace como un año cuando te suicidaste? ¿Cómo se te ocurre hasta ahora que tienes que pagarle? Gary ya está más que pagado con todo el tiempo que vivió y comió gratis en tu casa. Él mismo me lo contó. Lo que sea de cada quien, Gary es agradecido. Los adora a ti y a tu madre. Dice que es lo único bueno que le ha tocado en su maldita vida... «Maldita» porque así dice él mismo. Siempre que me dice eso, me enoja. ¿Y yo qué, entonces? ¿Qué, yo no valgo? No es que te tenga celos. Es la manera como me desprecia cuando me dice eso y me incluye en su «maldita» vida, ¿me entiendes? El idiota cree que yo no pienso, pero yo también tengo mis ideas y ya me estoy cansando de cómo me trata. Yo no soy una sado... sado... Bueno, eso. Antes era distinto, pero de unos meses para acá se ha vuelto muy violento.

—¿Desde cuándo? —interrumpió Daniel mirando significativamente a Héctor.

—¿Desde cuándo? Exactamente no sé. Yo no le tenía miedo porque siempre, te repito, me trató como a una reina. Pero, sí me daba no sé qué cuando empezaba a buscar pelea en la calle o cuando rompía cosas aquí en la casa. Antes no lo hacía, sí, antes de que empezara a trabajar en el aeropuerto. Fue un trabajito que yo le conseguí. El pobre andaba muy desesperado. Sin un quinto. Se sentía humillado de que yo pagara todo, las salidas, el cine, los restaurantes, los bailes, aquí, en fin, todo. De repente, él me invitaba, hay que reconocerlo, pero nunca supe de dónde sacaba el dinero. Y luego se le metió en la cabeza que yo era una mujer muy cara, que seguramente otros hombres me habían acostumbrado a todos esos paseos. Pues sí, es cierto, pero yo sí quería a Gary y no me importaba pagar. El chiste era poder divertirse.

—Pero, ¿qué trabajo, Lupe? —preguntó Héctor.

—No sé muy bien. Yo me enteré por unos amigos de la aduana que tengo, unos amigos muy amables que siempre me dejan pasar mis cosas cuando los viajes a la frontera. No son precisamente policías, son un poquito más, son casi militares. El caso es que tenían problemas con los paracaidistas...

—¿Los paracaidistas?

—Ay, qué tonta soy. Claro que no me puedes entender si te hablo de aeropuerto y paracaidistas. Me refiero a toda esa pobre gente que no tiene dónde vivir y se instala en los terrenos baldíos. Y bruta como es cree que los terrenos del aeropuerto están libres. Ven sus enormes pistas y sus campos y se dicen: ¡ya encontré dónde! Hasta sus vacas llevan cuando ven el pasto. El caso es que necesitaban tipos para barrer a toda esa gente instalada en la parte norte, la más miserable. Yo le dije a Gary que había un trabajo. Lo puse en contacto y se lo dieron. Por cierto, mejor pagado de lo que yo esperaba. Pero ahí empezó a ponerse muy violento. Nomás porque ya ganaba dinero.

—¿Qué hace exactamente Gary?

—No sé. Todo lo que te puedo decir es que barren a la gente que se instala.

—¿Cómo?

—Pues con un susto.

—Sí, hombre. Disparan con una ametralladora y la gente sale corriendo. Aunque a veces responden, me contó Gary. Son duros, ¿eh?

—¿Con una ametralladora? ¿Contra la gente?

—Ay, nada grave, cómo dice Gary. Es de noche y ni ves ni te ven. Tú nomás aprietas el gatillo de la ametralladora y te agarras bien para que no te

eche para atrás la ráfaga. Disparas al aire y, si hay algún muerto, pues ni te enteras.

XV

—No entiendo nada de lo que me dices —respondió Luis sin esconder su asombro ante los reproches de Daniel.

El movimiento estudiantil había usurpado en Luis el espacio que ocupaba su obsesión por Mirna, siempre latente, con la complicidad de los sueños revolucionarios y la tristeza heredada de sus padres. El duelo de la separación quedaba amortajado en los lienzos de una realidad que se le imponía como un deber: su cámara fotográfica era utilizada ahora como un infatigable testigo de esa historia que parecía haber pasado a nuestro lado y a la cual, sin por ello pertenecemos, teníamos por fin acceso.

—Te juro que no entiendo nada. No he visto a Héctor desde la mañana de la balacera, hace ya casi dos semanas. Hablé por teléfono con él, el domingo en la noche, pero nunca lo traté de homosexual.

Daniel había visto esa mañana a Héctor en un café y habían hablado cerca de tres horas. Héctor estaba más nervioso que de costumbre y, a juicio de Daniel, más alucinante que nunca.

—Héctor me aseguró que le telefoneabas para reprocharle su cobardía y acusarlo de homosexual —repitió Daniel.

—La única vez que hablé con él fue el domingo, durante una buena hora, efectivamente, pero ni le reproché su cobardía ni lo traté de homosexual.

—¿De qué hablaron? Si se puede saber, claro...

—Me leyó un poema que acaba de terminar. Me habló de Pound y de Eliot. De ti, de Mirna. De la locura, ya sabes, un tema que lo obsesiona. Ah, espérate, sí, yo le leí unos párrafos de Artaud, las cartas a su mujer. Eso lo disparó en una larga diatriba contra las mujeres. Me reí y le dije en broma que era un misógino. Hablamos de homosexualismo a propósito de Verlaine y me hizo escoger números para abrir en las páginas así escogidas libros tomados al azar. No sé si entre las frases que me estuvo leyendo...

—No, no. Me aseguró que lo tratabas de cobarde directamente. No está enojado, dice que tienes razón. Me estuvo hablando de su cobardía y de la

justicia de tus reproches. Me dio a entender que estaba muy avergonzado de su falta de participación en el movimiento, pero que lo tenían completamente ocupado otros asuntos, lo cual no impedía que se sintiera un cobarde vergonzante. «La ascensión del miedo», me dijo, «un miedo distinto del que Luis imagina. No es el miedo de morir ni de ver desplomarse un mundo en donde has vivido. Es precisamente el miedo de no poder morir, de no atreverse a morir, de ver continuar el mismo mundo eternamente. De ver surgir una lava más ardiente entre la lava, más y más lava, más realidad todavía de la que ya soportamos y de que todo esto se prosiga sin la esperanza de un fin. Es el miedo mismo el cual me seduce y me acobarda. Me siento perdido en sus laberintos y, al mismo tiempo, no quiero encontrar la salida y dejar de conocer sus más secretos rincones, sus más escondidos senderos. El miedo de la inminencia, ahí, a tu lado, como un demonio que gozara torturándote con tu propia espera. Y la inminencia es tu muerte. Una muerte que no llega. Es como llevar una vida paralela a la cual sólo te da acceso el miedo. Una vida que no puedes compartir con nadie pero que sabes tuya y no quieres perder. Porque el miedo es solitario. Se alimenta de tu soledad y crece con ella. El valiente vence su miedo, le cierra las puertas, lo ahuyenta de su lado. El cobarde lo asume fascinado y se sumerge en el universo que le ofrece. Soy un cobarde y Luis tiene razón», concluyó.

—Está completamente loco —se alzó de hombros Luis—. No creo que sea un cobarde. Creo, en cambio, que no deberías escucharle tanto delirio y que si asumiera su responsabilidad como estudiante dejaría de ocuparse de todas esas locuras. ¿Y cómo te dijo que lo traté de homosexual?

—Me estuvo hablando de la amistad que nos une y representa la única barrera que aún no ha podido derruir para dejar paso a una absoluta soledad. Me dijo que tú resientes el abuso que ha hecho de tu amistad, «una transgresión», fue la palabra que utilizó. Una transgresión de la amistad masculina. Y terminó: «Luis tiene razón cuando me trata de homosexual, pero debería comprender que no tiene por qué telefonearme todas las noches para repetírmelo».

—Completamente incoherente. Tú imaginas que ni siquiera tengo el tiempo para ocuparme de telefonearle con todo el trabajo de las pintas en las noches. ¿Me puedes imaginar telefoneando a Héctor, cada noche, para decirle homosexual?

—Perdón, tienes razón —dijo Daniel—. Pero esta mañana, cuando hablaba con él, pensé que eras tú quien había enloquecido. Además, te repito, me lo contó como algo que no lo había hecho enojar y como si fuera lo más

normal del mundo tratarse así entre ustedes. Incluso pensé que yo desconocía la amistad que los une, que compartían cosas que yo ignoraba. Para decírtelo en una palabra: me sentí un poco excluido.

—¿Dónde vive Héctor? —pregunté.

—Cerca del aeropuerto. Héctor dice que es imposible dormir con el ruido de los aviones, de día como de noche, despegando y aterrizando a todas horas. Ah, Daniel, por cierto y para hablar de una locura muy distinta a la de Héctor, ten cuidado con tu amigo Gary. Ya sé que te salvó la vida, pero harías bien en alejarte de él.

—¿Qué hay?

—Anda todo el tiempo con provocadores. Yo no sé por quién están pagados, pero es evidente que lo están. Seguramente ni ellos saben a quién sirven, pero es gente a la cual le gusta la violencia y vive de ella. Porros, grupos paramilitares, policías de la Federal de Seguridad, provocadores de todos los niveles buscan la represión. No les importa nada ni le tienen miedo a nada.

—Lo contrario de Héctor. Lo contrario del cobarde...

—No sé quién sea más cobarde porque es bastante cobarde asesinar personas indefensas por sorpresa y cuando se está armado —dijo Luis con la firme dignidad que adquiría cuando hablaba del movimiento.

—«Asumir tu miedo», dijo Héctor, «y comenzar a caminar a ciegas, sin saber si vas a tu derrota o a tu victoria, porque de todos modos ninguna de ellas existe. Somos inocentes y no podremos nunca perder la inocencia. Para perderla sería necesario conocerla».

—Gary no es ningún inocente aunque nunca haya conocido la culpa —terminó Luis alzando los hombros.

XVI

—Era una viejita, Daniel, una pobre viejita que apenas podía caminar — suspiró Ignacio sin tratar de justificarse, simplemente como una explicación a su relato.

Me quedé viendo sus manos blancas y suaves que nunca antes habían servido a la violencia. La oscuridad había penetrado en la pieza, lenta y sin sorpresa, como el relato de Ignacio en nosotros. Daniel encendió un cigarrillo y se quedó mirando las imágenes del relato en el humo que exhalaba de su boca, distante como un juez de su acusado.

La tarde anterior, Ignacio había llegado a San Carlos dichoso de su amor por Carla, el cual extendía a cada partícula existente en el espacio por donde avanzaba. Los comités estudiantiles se habían dividido el trabajo por grupos: redacción de lemas, visitas a los mercados de La Merced y La Lagunilla cercanos a su escuela, pintas, balances, consecución de fondos, coordinación y... fabricación de bombas Molotov. Ignacio se propuso como redactor de lemas, pero muy pronto se percató de que toda tentativa para tomar la palabra y hacer alguna propuesta era imposible: todos hablaban al mismo tiempo y el encargado de escribir los textos no hacía sino rayar comienzos de frases nunca concluidas.

—Tenía sed. Vi a unos compañeros con una botella de ron. Más silenciosos que los otros grupos, más concentrados en su trabajo. Me acerqué. Al principio no entendí lo que estaban haciendo. «Si quieres un trago», me dijo uno de ellos, «tienes que ayudar a sustituir el contenido de las botellas». Comprendí, entonces, lo que estaban haciendo: bombas caseras.

—Pero eso es una provocación —lo había interrumpido Daniel.

—Fue lo que les dije. Imagínate el número de policías que puede haber en San Carlos. Me quedé viendo a los tipos que fabricaban las bombas. Todos eran jóvenes y creí reconocer a algunos de ellos. Hubiera querido hacerles un poco de conversación, tratar de saber si eran auténticamente estudiantes de San Carlos o de alguna otra escuela. No pude asumir el papel de policía. Qué

quieres. Está más allá de mi carácter. Me pasaron la botella y, mientras le daba un trago, un tipo me dijo: «Hay que defenderse, no nos vamos a dejar matar como ratas, compañero. Ya hay muchos desaparecidos y los mártires sobran. Si no andamos buscando héroes, tampoco vamos a renunciar a nuestra condición de hombres». Sentí el calor del ron en el cuerpo y, qué quieres, me puse a ayudarles.

—Pero —aprovechó Daniel la pausa de Ignacio—, ¿la dirección estudiantil de San Carlos aprobó la fabricación de las bombas? ¿No tienen que someter su decisión al Consejo Nacional?

—En principio, las decisiones vienen de la base y, como dicen en San Carlos, no vamos a rebelarnos contra un sistema para imitarlo enseguida, ni vamos a abdicar de un derecho ya ganado en nombre de la burocracia y sus jerarquías.

—Date cuenta de que es una auténtica provocación. Justifican así cualquier acto represivo del gobierno.

—¿Tú crees, Daniel —preguntó Ignacio con su voz más suave, sonriente, como si se dirigiera a un niño—, que le falten pretextos al gobierno si quiere reprimimos? No te preocupes, tiene bastantes consejeros para encontrarlos o inventarlos al día siguiente de la represión.

»No, Daniel —continuó Ignacio sumido en las sombras que iban surgiendo de los rincones a medida que el sol desaparecía—, si quieren reprimir lo van a hacer... como ya lo están haciendo.

»De todos modos, no creo que se atrevan a reprimir en masa, brutalmente. Les preocupa mucho su imagen y actúan hipócritamente.»

—Yo tampoco creo que se atrevan a llevar a cabo una represión masiva. Después de todo, somos los hijos de la clase media —intervine desde mi total ignorancia del poder y la brutalidad de intereses que ni siquiera imaginábamos, como no podíamos imaginar la violencia de la respuesta que nos daría un mes más tarde.

—Se olvidan de las Olimpiadas —observó Daniel atento a sus propios y lejanos pensamientos—. El gobierno no va a tolerar ningún desorden durante los juegos que le pueda echar a perder su imagen ante sus invitados.

—Oh, todo mundo irá a los juegos y se olvidarán de la huelga y del movimiento —contestó Ignacio.

—Pero el gobierno tiene miedo —dijo Daniel.

—¿Miedo el gobierno?

—Sí. Miedo. Hay gente distinta de nosotros detrás de todo esto, mi querido Ignacio.

—Pues tomarán C. U. y el Politécnico, y nuestro ejército nacional se cubrirá de gloria con la operación. Si no podemos invadir Guatemala, podemos al menos invadir las escuelas.

—No sé, no sé. La historia de tus bombas Molotov, las amenazas contra las instalaciones olímpicas, la quema de autobuses... demasiada provocación para mi gusto.

Completamente envuelto por las sombras, Ignacio continuó su relato. Había trabajado varias horas fabricando bombas caseras, mientras bebían ron a pico de botella.

—Nunca supe de dónde las sacaban. Estaba eufórico. Me parecía más real que nunca mi contribución al movimiento. Por fin hacía algo tangible: ahí estaban todas esas botellas transformadas en bombas, objetos concretos, cuyo uso tendría consecuencias visibles. Todo lo contrario de la redacción de lemas, hechos de palabras cuyas consecuencias escapan de nuestras manos, pero que siempre desconocerás. La misma sensación que me causan mis poemas, ¿qué quieres? Ahí estaban todas esas bombas hechas con nuestras manos, con estas manos que no servían sólo para escribir...

—Y amar —lo interrumpió quedamente Daniel.

—Y amar, Daniel, sí. El alcohol se me había subido a la cabeza. Me sentí, por fin, del lado de los hombres que hacen la historia: de los héroes. Dejé de ser el testigo, el escribano, el soñador, el tipo que cuenta lo que otros viven. No sé por qué lo hice, pero escondí una de las bombas en la bolsa de mi gabardina. Era como poseer un amuleto, continuar el contacto con esa realidad que al fin tocaba directamente. Eran las tres de la mañana cuando terminamos. La euforia me había quitado hasta el hambre. Decidíirme caminando a casa. Tenía toda la madrugada para soñar al héroe. Caminé la ciudad durante cerca de dos horas, mirando sus calles, sus barrios, sus casas, sus árboles, sus puertas, sus escasas ventanas iluminadas, su cielo profundamente negro, sus estrellas distintas de las de otras ciudades en otros hemisferios, sus jardines, sus noctámbulos, sus teporochos, sus mendigos, sus monstruos, sus boticas amarillentas abiertas de noche, su mismo silencio. Caminé con mis dos botellas en los bolsillos. Una de ron, que sacaba para beber. Una de pólvora, que acariciaba con mi mano. Era como una manera de aproximar la violencia, como acariciar una bestia salvaje, la cual pudiera mantenerse tranquila mientras siente que la tocas con ternura.

—Hay cosas que más valdría no haber tocado —le dijo Daniel.

—Muy pronto lo sabría. Llegué hasta la avenida Taxqueña y me encontré de frente con los tanques. Estaba amaneciendo. Me quedé mirándolos

fascinado por su fealdad. Suelos, ahí, en las calles de mi ciudad. Ajenos a ella, a ti, a mí, a todo. Estaban quietos. De repente, vi uno de ellos comenzar a moverse, lentamente. Lo seguí un rato. Un soldado abrió la tapa y asomó la cabeza. Me miró. Yo saqué mi botella de ron y di un trago. El soldado, un tipo joven y raquítico, me miró con envidia. Seguramente le daba coraje verme bebiendo tranquilamente mientras él velaba a secas, encerrado en su ataúd. Seguimos avanzando, lado a lado. Llegamos al cruce con avenida Universidad, lejos de los otros tanques. El soldadito daba instrucciones a sus compañeros. El amanecer apenas comenzaba y los habitantes del día aún no nos invadían con su prisa. Vi a una viejita cruzar la calle muy despacito, sobrecargada con el peso de sus años, sus recuerdos y sus muertos. Apenas podía avanzar. El soldadito la vio y yo creí que iba a dar instrucciones a sus compañeros de detenerse. Se rio, me miró y dijo en voz alta: «No es más que una vieja, no nos vamos a retardar porque la calaca se atrasó con ella». Acaricié mi botella. La de pólvora. Encendí un cigarrillo y, con el mismo cerillo, alumbré la mecha de la botella que acerqué a mi boca, mientras me iba aproximando al tanque. El soldadito me miró sorprendido creyendo que le ofrecía un trago de ron y tendió su brazo. Todo fue muy rápido. Le rompí el cráneo con todo el coraje de mi puño y lo vi desplomarse hacia el interior del tanque, eché la bomba con la mecha encendida, oí una imprecación, y cerré la tapa antes de correr hacia la viejita. La tomé en mis brazos y corrí lo más lejos que pude. A tiempo. El tanque se agitaba con un ruido sordo. ¿Cuántos había adentro? Nunca lo sabré, no me quedé para averiguarlo. La viejita no entendía nada de lo que pasaba: me tomó por un ladrón de viejitas y me daba golpecitos en el pecho con sus manitas. La dejé sin siquiera pedirle perdón por el atropello. Todo fue tan rápido que no pude ver la expresión del soldadito cuando le tocó a él el golpe de gracia destinado a mi viejita. Le llegó puntual la calaca. Era una viejita, Daniel, una pobre viejita.

—Lo insoportable de la violencia es su ruido —sonrió Daniel después de que terminó su cigarrillo, al levantarse a encender la luz.

—Comprendes, entonces, mi enojo al sentir interrumpida una madrugada tan deliciosamente silenciosa. Al ver cortados mis sueños de borracho.

—Tus sueños de héroe —se rio Daniel junto con Ignacio.

XVII

El general Hernández Toledo, especialista emérito en invasión de los altos centros de estudios del país, dirigió la operación de la toma de Ciudad Universitaria. La llevó a cabo por la noche, como se llevan a cabo los actos vergonzosos. Como en el cuento del lobo, ya casi nadie creía en la toma pues su rumor circulaba todos los días. Los tanques nos habían acostumbrado a su presencia como a la de los árboles, las calles y la nuestra.

El movimiento estudiantil, apoyado por las autoridades universitarias y por algunos ministros de faz liberal interesados en el respeto a la autonomía y en los mismos disturbios, parecía tan fuerte como el gobierno debilitado. Olvidábamos la enorme lentitud que confiere el acceso al poder y su encamación: los escondrijos de sus vacilaciones, el laberíntico engranaje de sus miedos, la fuerza del aparato policiaco y militar puesto al servicio de una paranoia que se alimenta espionando a su propio sistema de espionaje. Los informes confeccionados a imagen y semejanza de los propios deseos. El caprichoso despotismo que emana de los largos años de espera, hechos de antesalas, caravanas, sonrisas, humillaciones y olvido de cualquier lenguaje que no sea el del eco. Años de sumisión que han asfixiado cualquier capacidad de decisión personal. Timidez ante la Historia que pisotean a diario, pero en la cual se han instalado como en un limbo ajeno a cualquier culpa y a cualquier gloria.

—El rector tratará de impedirlo hasta el último momento —nos explicó Ernesto en casa de Andrés.

Ernesto trabajaba como secretario de uno de los responsables de la Universidad. Tenía acceso a una información directa de las negociaciones con el poder, información compartida con algunos amigos, como él, egresados de la Escuela de Derecho, de donde hasta entonces habían surgido los presidentes civiles del país y la mayoría de quienes formaban la clase política.

Aunque entusiasta y alegre, Ernesto apenas intervenía en las pláticas en casa de Andrés, casi siempre literarias y lejanas, para él, como las estrellas

cuya distancia lo hacía soñar en combinaciones numéricas.

Apenas un mes antes nos había relatado las angustias que vivió durante la manifestación encabezada por el rector, la primera de las grandes marchas de sesenta y ocho.

—Los líderes estudiantiles en la antesala esperando al rector —contó Ernesto relajado por un vaso de whisky, todavía sudoroso a esas horas de la madrugada—. Miles y miles de estudiantes, ya en fila, al pie de Rectoría. Era imposible detener la manifestación. Así se lo hizo ver el rector al presidente. Era mejor para el mismo poder que él la encabezara. Luego de instantes de reflexión que nos parecieron eternos, el presidente autorizó la manifestación en los lindes de la ciudad: nada de perturbar el orden. Si el rector quería encabezar la marcha, que la controlara. Cualquier grupo que avanzara más allá de los límites prescritos sería reprimido. El rector respiró y ordenó la partida. Yo me acerqué a Ángel para preguntarle si había localizado a Palillo. Su bufonería y su prestigio eran necesarios en la parte media de la manifestación: él podría hacer dar la vuelta en la esquina convenida al grueso de los manifestantes. La Facultad de Ingeniería a la cabeza, la más fiel al rector, lo seguiría seguramente.

Ernesto tomó otro trago de whisky y, sin que lo interrumpiéramos, siguió reviviendo con sus palabras los minutos de angustia:

—El rector avanzó hacia los líderes y la marcha comenzó. Yo me había quedado un poco rezagado. De pronto vi que me buscaban de parte del rector. Llegué corriendo a su lado. Me tomó del brazo y siguió caminando imperturbable, viendo de frente, muy seguro, mientras me decía: «Use los teléfonos directos y hable personalmente con el presidente o con su secretario. Dígale que no puedo dar vuelta en el punto convenido, pero la daré en Félix Cuevas. Que no puedo responder de la manifestación si no llego al menos hasta ese punto. Córrale». Nomás. Háblele al presidente y dígale esto y aquello —dijo Ernesto imitando la voz del rector.

Oswaldo se rio de la cara que puso Ernesto y éste continuó:

—Me quedé hecho un idiota sin poder moverme. Calculé el tiempo que tardarían en llegar a los límites autorizados. Ni un cuarto de hora. Vi al rector retardar el paso. Veinte minutos. Mi auto atrapado en el estacionamiento de C. U. Los teléfonos, sí, allí estaban en mi agenda. Una cabina telefónica. Busqué en mis bolsillos: ni un veinte. Pedí a un pasante que me cambiara un billete de cien pesos por algunos veintes. Me miró como a un loco y me esquivó. Me vi correr buscando una cabina. Todas descompuestas. Vi en mi reloj que ya habían pasado cinco minutos. La manifestación venía atrás de mí,

muy cerca. Corrí a Liverpool y me metí en las oficinas de la administración pidiendo a gritos un teléfono.

Ernesto había comenzado a sudar, otra vez, mientras nos relataba su aventura.

—Evidentemente me dijeron que las oficinas eran privadas y no se prestaban los teléfonos. En ese momento salió el gerente, atraído por mis gritos. Le dije que venía hacia acá una manifestación, la cual iba a encontrarse, exactamente en la esquina de su bello establecimiento, con el ejército. El tipo comprendió enseguida y puso a mi disposición todos sus teléfonos. Marqué uno y otro, ayudado por el gerente convertido en mi secretario. Miré el reloj: habían pasado diez minutos. Por fin, me respondió una voz a la cual expliqué el asunto lo más rápido que pude. Imperturbable, la voz me informó que él era un militar del estado mayor presidencial y que iba a tratar de comunicar mi mensaje, pero que el señor presidente estaba en reunión. Esperé segundos que me parecieron horas, mientras creía ya oír la balacera. Vino al teléfono el secretario del presidente. Le dije casi gritando: faltan siete minutos para que lleguen. El secretario repitió lo de los siete minutos y esperó, él mismo, una respuesta. Al fin, me dijo: «El señor presidente autoriza lo pedido, pero no más lejos. Busque al general T. y dígame que se comunique inmediatamente con su superior. Yo voy a telefonar ahora mismo para dar las instrucciones pertinentes. Ah, apunte la clave para que le hagan caso». Colgué sin despedirme.

—Así se acaban las carreras políticas —bromeó Oswaldo.

—Salí corriendo seguido por el gerente. Y ahí nos tienen al gerente y a mí buscando a un general al cual nunca habíamos visto la cara. Alcanzaba a ver la manifestación avanzando sobre Insurgentes. Localicé al general T. y le dije como pude que estaba autorizada la marcha hasta Félix Cuevas. El general me escuchó impávido y, sin responderme, se comunicó por radio con su superior. Colgó y comenzó a dar instrucciones. Volvió la cabeza hacia mí y me dijo: «Si pasan de Félix Cuevas, disparamos, que quede claro». Volví la cabeza y vi al rector dando la vuelta, seguido por todos los estudiantes de Ingeniería, en la esquina de Insurgentes y Félix Cuevas.

Las manifestaciones se habían sucedido desde entonces, cada vez más numerosas y ordenadas, sin por ello alcanzar concesión alguna del gobierno. El rector había dejado de encabezar las marchas, pero seguía negociando con el poder una posible solución. Los mítines y las actividades de las brigadas continuaban día y noche. Las amenazas, de una y otra parte, eran sordamente lanzadas.

El tono y el peso de Ernesto habían cambiado en esas cuantas semanas. Con treinta kilos de menos, las mejillas flojas, la piel de lo que fue su papada cayendo bajo el mentón, los ojos agrandados por las noches en vela, el cuerpo nadando en sus pantalones y sacos demasiado grandes, ahora, para su cuerpo. El tono de su voz enronquecido por los cigarrillos, balbuceante, sin entusiasmo y como cargado por los kilos que su cuerpo había perdido y las preocupaciones y miedos que lo asaltaban y no quería decimos, como si temiera verlos realizarse al invocarlos.

Daniel y yo llegamos a casa de Andrés tarde en la noche. Por la mañana habíamos ido hasta los alrededores de la Ciudad Universitaria: las lágrimas me bañaron los ojos. Una tristeza ciega flotaba en el aire como la calma chicha en el mar: sólo quedaba la espera sorda de quienes han perdido la esperanza en algo más que la sucesión rutinaria de los días y sus noches. De cuando en cuando, como en el mar se escucha el grito de un pájaro extraviado, el grito de cólera de un estudiante hería el silencio como el badajo la campana cuando da el toque de queda.

—Esto es la violación —me dijo Daniel señalando hacia los territorios ocupados por la soldadesca.

—La torre de Humanidades, Daniel, la biblioteca... —le respondí pensando en esa palabra que ahora adquiriría un significado real para nosotros—. Violadas.

La gente seguía llegando a mirar de lejos la Universidad, ahora inaccesible a sus habitantes. Algunos investigadores de Ciencias trataban, inútilmente, de discutir con soldados y oficiales sobre los conejillos de indias encerrados en los laboratorios. La impotencia sucedía a la cólera.

—Todavía hay decenas de detenidos —nos dijo Ernesto con una voz cansada—. En principio los van a soltar a todos, pero nunca se sabe. El rector se la pasó telefoneando todo el día. Empezó desde anoche. Habíamos negociado una noche más, ayer. Nos retiramos temprano creyendo que íbamos a descansar. La sorpresa que nos llevamos. Apenas había llegado a casa cuando me avisaron. Directo a casa del rector. Detuvieron incluso a directores de facultad. Sin siquiera un aviso.

—No les iban a avisar para que se defendieran o se escaparan —lo interrumpió Oswaldo con ese realismo político que habría de caracterizar su concepción de la vida como sus más imperceptibles gestos. A lo largo de los años lo he oído admirar en la tradición, de la cual es incapaz él mismo, la conjunción de mecanismos del amor y la envidia. En el resentimiento las formas recónditas de la gratitud.

—El problema es ahora del gobierno —dijo Andrés—, ¿qué van a hacer con la Universidad? Algún día tendrán que entregarla. En ella tenían a todos los líderes concentrados y ahora los han esparcido.

—La van a desocupar después de los Juegos Olímpicos, cuando ya no tengan miedo de su imagen —se atrevió a decir la mujer de Andrés, a la cual rara vez oíamos hablar por su extremada timidez, su costumbre del silencio y su vieja educación de respeto a la conversación de los hombres.

—Si es su imagen la que les preocupa, la van a entregar antes, pues no pueden dejar ver a sus invitados una Universidad ocupada por el ejército —dijo Daniel—. Dense cuenta de que para acceder a la mayoría de las instalaciones olímpicas hay que pasar frente a C. U.

—Se atrevieron, Andrés, se atrevieron —dije sin poder controlarme al recordar la Universidad invadida por los tanques.

—Creo, y ojalá me equivoque —me respondió Ernesto casi al oído—, creo que se atreven a todo.

XVIII

Cada día más alejado, Daniel se iba convirtiendo en un extraño para mí. Un desconocido sin misterio, sólido y opaco, semejante a esas siluetas que cruzamos en las calles sin sentir curiosidad alguna por sus vidas. En vano trataba de recordar la sensación de enamoramiento cuya dicha había respirado unos meses atrás. Un Daniel completamente extranjero me hacía el amor en las noches, durante nuestros rutinarios y fugitivos encuentros. El deseo se me iba acabando, víctima de su propia usura, a medida que mi cuerpo se iba deformando por el embarazo. La ciega vanidad del amor, la cual me hizo creer que se puede conocer a alguien de memoria, me abandonó ahora frente a un Daniel desconocido para mí y para el amor que le tuve. Hasta sus depresiones, las cuales tanto me habían hecho sufrir, me parecían preferibles a la actitud ensimismada y tranquilamente distante con la cual ahora me trataba. Nuestra plática se redujo al intercambio escueto de los hechos del día, un saludo y un buenas noches. No me di cuenta de que yo también me había ido convirtiendo en una extraña para él y para el amor que me tuvo.

No sabía entonces que el amor, como los otros sentimientos, como los animales, las plantas, las cosas y nosotros mismos, posee una vida propia y, como la nuestra, limitada.

—No te lo puedo decir —me respondió Daniel mirándome a los ojos, seguro y decidido, con la firmeza de los débiles.

Sentí la ira apoderarse de mi ante la distancia que Daniel ponía entre él y yo con ese secreto compartido con su hermana.

—Pero es también mi casa —le dije.

—Yo mismo no los veré. Tal vez ni siquiera han decidido quién o quiénes vendrán a quedarse aquí —me mintió Daniel, apoyándose en la seguridad que se extrae de la fe y del fanatismo.

La noche anterior le había dicho a Daniel que podíamos quedarnos en casa de mis padres, pues éstos salían de vacaciones durante dos semanas. Yo me sentiría menos aislada con el teléfono, el radio, la televisión.

Daniel estuvo de acuerdo y yo, deseosa de participar de alguna manera en el movimiento, le había propuesto prestar la casa a algunos de los miembros del Consejo Nacional o de los comités.

La toma de la Universidad tomó desprevenidos a autoridades, como a líderes y estudiantes. Ninguna red de contactos exteriores a sus terrenos había sido prevista. Las desapariciones y los arrestos continuaban, a pesar de que la mayoría de los detenidos durante la toma habían sido liberados. Los más extraños y confusos rumores comenzaron a difundirse durante la semana que siguió a la invasión de C. U.

Un solo hecho era evidente: la cacería de brujas había comenzado.

Los domicilios personales de los líderes y de los participantes más activos se hallaban estrechamente vigilados por la policía. Las casas de sus familiares recibían visitas misteriosas. Las detenciones eran llevadas a cabo con lujo de violencia en contra de los parientes o vecinos que osaban intervenir. Aparecieron cruces blancas en las puertas de algunos departamentos sospechosos al olfato policiaco. El miedo iba creciendo y, con él, el clandestinaje.

Un vocabulario en clave fue puesto en marcha por la imaginación estudiantil para ponerse en contacto, telefonar, darse cita, organizar reuniones y pasar consignas. Si algunos reían de la paranoia de los demás y otros se burlaban de la ingenuidad que era ocultar bajo la palabra «fiesta» la expresión «reunión clandestina», los agentes encargados del espionaje no podían sino extraviarse en la variedad de la terminología y la multiplicidad de sus usuarios. Toda persona menor de veinticinco años comenzó a ser sospechosa para la policía.

Encontrar sitios adecuados para las reuniones del Consejo y para que vivieran clandestinamente los más perseguidos se convirtió en la principal tarea de esos días.

La idea de colaborar con el movimiento, aunque no fuera sino indirectamente, me había permitido volver a sentirme solidaria de un mundo donde no veía lugar para mí. La respuesta de Daniel me hizo, otra vez, sentirme excluida.

—Hablé con mi hermana para ofrecer el departamento —me había dicho Daniel ese fin de mañana.

Me sentí contenta al ver a Daniel acercarse a mí y reconocer mi participación, aunque fuera mínima.

—Le pareció una buena idea —continuó—, le dije que era a ti a quien se le había ocurrido.

Esperé que continuara su relato, pero sólo sucedió un largo silencio.

—Habrás que hacer doble de las llaves —le dije.

—No es necesario, basta con las tuyas. De todos modos, no vamos a venir por aquí. Es lo más prudente. Y menos tú, en el estado en que te encuentras. Si algo hace falta, vendré yo mismo.

—¿Cuándo se instalan aquí?

—Hoy mismo en la noche, según me dijo mi hermana. Prepara todo lo que te haga falta, pues prefieren que no haya ningún encuentro entre nosotros. Mi hermana se encargará de todo.

—¿Cómo se arregló todo? ¿Por teléfono?

—¡Cómo crees! Fuimos a buscarlos directamente. No te imaginas los contactos que tiene Martha. Les dijo que se trataba de su hermano y asunto arreglado. No pueden tener un ápice de desconfianza en el hermano de Martha.

—¿Y quiénes son? —le pregunté a Daniel, comenzando a sentirme excluida otra vez.

—No te lo puedo decir —me respondió Daniel al olfatear mi ira y echó marcha atrás diciéndome que, quizás, ni siquiera se había decidido quiénes vendrían a quedarse en la casa.

—Pero si acabas de decirme que fuiste con Martha a buscarlos directamente.

—No a ellos. Entendiste mal. A los que deciden quién se queda en dónde.

—¿Y cómo sabes entonces que llegarán esta misma noche? Tendrán que localizarlos, al menos. Saber si están de acuerdo.

—Hay una organización puesta en marcha. Y una disciplina. Es lo que tú no puedes entender. Se trata del claudestinidad y de protegerte a ti misma, como dice Martha, por tu embarazo. Entre menos sepas, más protegida estás.

Vi mi participación otra vez negada y traté de calmarme alejándome por mi propia voluntad. Tardaría muchos años en aprender que nunca se obtiene una respuesta a una pregunta directa y que el interrogado oculta, miente, se esquiva y huye sin remedio.

—¿Cuántas personas vendrán? —pregunté por último.

—Dos. Dos muchachos. No pertenecen al Consejo, pero se encuentran perseguidos.

En los días que siguieron pregunté a Daniel por el departamento, nunca directamente por ellos. Siempre me respondió que todo estaba en orden, que agradecían mucho la hospitalidad, que tenían mucho cuidado con nuestras cosas... Nunca supe, en aquellos años, quiénes fueron los muchachos que se

quedaron en casa. La única señal que encontré de ellos, cuando volví a la calle de Pitágoras dos semanas después, fue un pequeño jabón de ésos que dan en los hoteles y un rastrillo que no era de Daniel. Todo estaba exactamente como lo dejé: cada objeto en su lugar preciso, la cama intacta y con las sábanas igualmente limpias, las toallas en sus mismas posiciones y con sus mismos dobleces. Una taza de café que había olvidado lavar seguía en el fregadero con los restos de café un poco más difíciles de restregar. Pensé que nunca había venido nadie y guardé los restos del pequeño jabón y el rastrillo muchos años, a pesar de los cambios de domicilio, los hospitales, las rupturas y el mismo olvido que cubrió todo aquello.

Más de quince años después, cuando ya casi nadie se acordaba de lo que sucedió, Alberto me habló de uno de los dos muchachos que vivieron en mi casa. Me le quedé viendo sin saber de qué me hablaba, la teja de jabón y el rastrillo enterrados en mi memoria al lado de todos estos recuerdos cuya sustancia envejecida y hecha polvo ya no nos dice nada.

—Evaristo, Acuérdate. Tú lo conociste. Estuvo en tu casa. Daniel y tú se la prestaron.

—¿Cuándo? —pregunté tratando de acordarme qué Evaristo había vivido con nosotros.

—En el sesenta y ocho, cuando la toma de C. U.

—...

—Cuando nos vimos forzados al clandestinaje. Acuérdate. Antes de que todo acabara.

Me acordé entonces de la curiosidad que tuve por saber si efectivamente alguien había vivido en ese departamento en mi ausencia, de mis dudas, de la teja de jabón y del pequeño rastrillo. Habían pasado los años, y Evaristo, como tantos otros, salió de la cárcel, se exilió en Chile, volvió con la amnistía que otorgó el siguiente presidente, participó un poco en los hechos ocurridos después de su llegada, se casó, formó una familia y, una semana cualquiera, se fue de vacaciones con su mujer y sus dos hijos al bordo de un lago, de donde volvería solo: el agua presa de los lagos siempre me ha causado una extraña fascinación que linda con el vértigo. El lago, al bordo del cual Evaristo pasó sus vacaciones, había sido convertido en presa: altísima muralla detiene la enorme fuerza de sus aguas contenidas y cuyas corrientes subterráneas, sedientas de vida, buscan, indómitas, un nuevo espacio a su movimiento secreto. Al pie de la muralla se siente el peso infinitamente adolorido de su agua estancada.

XIX

Si la Universidad estaba ocupada por los militares, el Politécnico siguió sirviendo de centro de reunión para las actividades. A pesar de que los muchachos del Instituto eran físicamente más osados que los de la Universidad, por su origen más modesto y la violencia a la cual los acostumbraron desde la infancia barrios menos protectores, el gobierno había vacilado en ocupar sus instalaciones con el ejército. Había preferido, así, atacar primero a la sede de la inteligencia del país, tal vez porque ésta causa siempre un especial temor al poder quien la siente como una desconocida.

Durante las dos semanas que pasamos en casa de mis padres, Daniel colaboró en las brigadas de la colonia. Era la consigna: organizarse por barrios. Se iba constituyendo una especie de guerrilla urbana, bastante más peligrosa para el poder que la concentración universitaria en terrenos limitados y precisos.

—Parece que se decidieron a tomar el Casco —me dijo Daniel—. Si quieres venir, hay unos tipos que se las arreglaron para percibir la frecuencia de onda de los radios de granaderos. La cosa se les está poniendo dura. Los del Casco están dispuestos a defenderse.

Daniel me contagió su emoción. No iba a ser tan fácil la toma, pues los muchachos del Politécnico se habían preparado para sostener un sitio. Sentí revivir la indignación que me provocó la invasión de la Universidad y, aun sabiendo de antemano que la lucha se perdería, viví las largas horas de esa noche con la emoción de una batalla cuyo resultado nos es desconocido. Fue tal vez la única noche durante la cual pude compartir con mi generación todas esas esperanzas que muy pronto nos asesinarían a balazos.

Llegamos a casa de un estudiante del Politécnico. La pieza estaba recargada con la humareda de los cigarrillos y el calor humano de los muchachos, acomodados uno contra otro, en sillas, en el suelo, sobre la mesa.

—Están pidiendo ayuda al ejército —nos informó uno de ellos—. No consiguen siquiera acercarse a las puertas. Los muchachos les lanzan bombas

Molotov cada vez que se acercan.

A pesar de la intermitencia de los sonidos, podían escucharse las voces de los granaderos ordenando, indicando, recibiendo instrucciones, furiosos por la resistencia de los muchachos. En esos momentos, hablaban de un automóvil blanco. Protegido por los estudiantes del Casco, quienes arrojaban bombas para abrirles el camino, volvía a salir a toda velocidad con sus cuatro pasajeros, tres de ellos disparando hacia las fuerzas represivas para escapar entre las calles de los alrededores.

Los granaderos se preparaban a bloquear todas las calles que servían de acceso al Casco. Un automóvil, ahora negro, conseguía pasar entre ellos hasta la puerta del Casco. Se oyó al jefe de granaderos pedir nuevas fuerzas, reclamar al ejército. De vez en cuando se alcanzaban a escuchar también las respuestas de la central: injurias, órdenes, avisos, el «cómo que no pueden contra unos muchachitos» o el «no tienen ustedes orgullo del uniforme para pedir al ejército». La sirena de las ambulancias, como la de los autos de granaderos, oscurecían muchas veces la transmisión que recibíamos. Nuestra atención crecía, entonces, ansiosos de saber la continuación de esta batalla sorda que se extendía hasta nosotros a lo largo de esa noche. El ejército movilizable en la ciudad —pues el que ocupaba C. U. no lo era— seguía estacionado en los alrededores de Zacatenco, las nuevas instalaciones del Instituto, a las cuales tenía instrucciones de vigilar.

—No se esperaban que la defensa se diera en el Casco. Estaban convencidos de que el choque sería en Zacatenco —dijo uno de los muchachos sentados en el suelo.

—También los de Zacatenco están listos para defenderse. Vengo de allá y tienen todo dispuesto —le respondió un joven recargado en la puerta.

—Lo que les importa es el símbolo del Casco —dijo Daniel.

—¿Tú crees? No creo que sepan de símbolos —respondió el dueño de la pieza.

—¿Y qué son los autos que entran y salen del Casco? —pregunté.

—Les llevan armas. Compañeros que se están jugando la vida. Nada más —me contestó el mismo muchacho.

Sentí la mano de Daniel buscando la mía, la cabeza vuelta hacia los otros, temeroso de hacer ver a los demás la emoción que compartía conmigo: «Tenían razón los de San Carlos. No podemos dejarnos atrapar como ratas sin siquiera defendemos», me dijo quedamente.

—Oigan, oigan, viene de nuevo el auto blanco —gritó pidiendo silencio uno de los muchachos.

El suspenso nos mantuvo mudos, una expresión de rabia hería de repente la noche donde nos hallábamos sumergidos, como los niños que intervienen a gritos para ayudar al héroe de la película que miran en la televisión. El auto iba, muy probablemente, a ser atrapado por los granaderos. Los del Casco llevaron a cabo una salida tratando de atraer la atención de las fuerzas policiacas. Los del auto dispararon contra los policías a quemarropa. Se abrió un hueco entre las filas de granaderos y el auto se decidió a volver hacia el Casco. Un balazo hirió y mató al chofer. Otro de los pasajeros trató de tomar el volante. Demasiado tarde, dos llantas fueron reventadas y no les quedó más que abandonar el auto. Se escucharon gritos, sirenas, disparos, explosiones. No pudimos comprender nada durante varios minutos. Nunca supimos si los del auto escaparon. Los granaderos no volvieron a hablar del auto blanco.

El ejército recibió la orden de abandonar los alrededores de Zacatenco para dirigirse hacia el Casco. Se oyó una imprecación en la pieza, casi inmediatamente seguida de un grito de júbilo: los del Casco llevaron a cabo otra salida, esta vez en masa, e hicieron retroceder a los granaderos. Su jefe insistía en la ayuda, preguntaba desesperado por el ejército. Recibió la orden de resistir varias horas, tres o cuatro, el tiempo que necesitaba el ejército para llegar hasta ellos.

—¿Crees que los del Casco sepan eso? ¿No podremos hacérselos saber? —preguntó un muchacho que se frotaba las manos de emoción.

—Tienen todas las instalaciones —respondió el del radio. No son los intelectuales de la Universidad, son trabajadores técnicos —agregó mirándonos a Daniel y a mí. Turbado por su falta de hospitalidad y mi embarazo, que descubrió al verme, agregó: «No lo digo por ustedes que son buena raza, sino por todos los cretinos que sólo discuten y se dejan...»

—Deja oír, algo grave está pasando —le dijo otro joven.

La mano de Daniel apretaba la mía con tanta fuerza que empecé a sentirla acalambrada. No me atrevía a decírselo ni a separarla por temor a romper el encanto de esa noche que volvía a aproximarnos. Fue, tal vez, la última noche que volvimos a sentirnos juntos. La última en que nada nos separaba.

En el radio se oían gritos y órdenes confusas entre los granaderos, incapaces de resistir a una auténtica respuesta, acostumbrados como estaban a reprimir gente indefensa que no oponía más resistencia que la huida o el grito de dolor bajo el golpe.

—Vamos a hacer unas pintas —dijo un muchacho que se despedía con la mano—. Hay que aprovechar esta noche libre para llenar los muros.

—Ocupados como están con los del Casco podemos pintar hasta los muros de la Procuraduría —dijo otro que partió al mismo tiempo.

—¿Cuánto tiempo crees que puedan resistirle al ejército? —preguntó un jovencito que apenas tendría catorce años y expresaba su emoción con aplausos constantes.

—Ya puesto en marcha, muy poco. Pero le va a costar varias horas ponerse en marcha... una vez que consiga llegar.

Falta de coordinación entre granaderos y ejército, celosos unos de otros, o indecisión de quienes tomaban las decisiones, el ejército había sido otra vez detenido en Zacatenco: temían que se extendiera una auténtica guerrilla urbana a partir de ahí.

El suspenso nos hizo creer rápidas como el paso de una estrella fugaz las horas de esa noche. El cielo comenzaba a clarear, mientras las estrellas, cada vez más blancas, iban desapareciendo en el fondo del firmamento. Salíamos de la noche usados por una batalla que no hicimos, sin sueño alguno, perdido por mucho tiempo el sentido de los horarios en cuyo desfile no queda margen para soñar.

Daniel y yo nos despedimos poco después de que el ejército comenzaba a rodear el Casco. Los granaderos habían recibido órdenes de proteger a los carros militares, mientras éstos tomaban sus posiciones. Se oían, de vez en cuando, imprecaciones y groserías de las fuerzas policiacas. Para ellas, la noche había sido demasiado larga. Pudimos escuchar las instrucciones del ejército, pero no entendíamos sus claves. Y, de todos modos, la batalla estaba perdida. Daniel dejó mi mano. Sentí otra vez el movimiento de mis dedos adoloridos bajo su presión.

Cruzamos el jardín que nos separaba de la casa de mis padres cuando los primeros rayos del sol iban dando su forma exacta a las cosas. Busqué, sin encontrarla, la mirada de Daniel. Cuando una hora después me recosté a su lado, supe que mi batalla también estuvo perdida desde el principio. Nunca quise, yo misma, sino la fugitiva imagen que yo inventé de Daniel sin conocerlo y la cual se me escapó como una estrella fugaz.

XX

La noche había caído cuando llegamos a Palacio Nacional. La temporada de lluvias terminaba en ese final de septiembre y de fiestas patrias con las cuales el poder recrea, año tras año, el espejismo de la independencia nacional. Borrachera de palabras y alcohol para hacer estallar, como un fuego fatuo, cualquier tentativa de rebelión.

Cruzamos el portón principal entre los soldados que, anónimos y sin rostro, forman la guardia sempiterna de ese recinto del poder. El patio central vacío, la mayor parte de las oficinas a oscuras, apenas alguna ventana todavía iluminada, sus hermosas escalinatas y sus corredores ya en sombras, sus habitantes diarios habían desertado a esas horas tardías.

—Dicen que el fantasma de Benito Juárez ronda en las noches por aquí —me dijo Daniel con un tono irónico.

—Como si no le bastara con la presencia de su estatua —respondí más bien a un lejano recuerdo de infancia: tendría cinco años cuando me acercaron a su gigantesco monumento contándome que, por las noches, Juárez hablaba desde sus entrañas de piedra.

—Seguramente cela a los nuevos habitantes —dijo Daniel mientras esperábamos el elevador que nos llevaría al tercer piso de Palacio Nacional.

—Que como ánimas en pena vagabundearán por aquí llorando el poder perdido.

—Antes de que la muerte los recoja.

—Y hasta que su muerte les dé el reposo eterno.

—Para ello tendrían que haberse arrepentido.

—Entonces, por eso hay tanto fantasma por aquí —le dije riendo.

—El principal, ahí, al fondo —respondió Daniel muy serio, señalándome la puerta central al fondo del patio enrejado que veíamos a la derecha del elevador.

—Hay luz —dije en un murmullo.

—No encuentra descanso —terminó Daniel.

Al extremo derecho de Palacio Nacional, en el tercer piso, estaba la oficina a donde íbamos y en la cual tuvieron lugar varias de las negociaciones entre el poder y las autoridades universitarias. El ocupante de la oficina, para quien Daniel y yo hacíamos resúmenes de libros, servía de contacto entre los intelectuales y el poder. Considerado como uno de los sumos sacerdotes de la política nacional de la época, coordinaba la redacción de los informes anuales y otros discursos presidenciales.

Su antesala estaba muy animada a pesar de la hora avanzada de esa noche. Varios escritores jóvenes, un poeta reconocido, un célebre escritor, un historiador, dos editorialistas de prestigio y algunos personajes de la política universitaria discutían entre ellos sobre los rumores que corrían por toda la ciudad y a los cuales daban la calidad de información secreta y fidedigna. El ejército pronto desocuparía Ciudad Universitaria y Santo Tomás. El ejército habría entrado una o dos noches atrás al propio Palacio Nacional. Era posible un golpe de Estado si la situación estudiantil no se calmaba. El secretario de la Defensa habría tenido el poder del país en sus manos; hubiera podido quedarse con él, pero no supo qué hacer; su fidelidad lo habría hecho entregarlo al presidente; éste tuvo que hacer frente a las insinuaciones militares; había habido gritos terribles entre el jefe del Estado y el de las fuerzas armadas. La sucesión presidencial estaba resuelta y el presidente se habría visto forzado a ceder a las presiones. De ninguna manera: el señor presidente declarararía en unos cuantos días la necesidad del estado marcial para mantener el orden durante los Juegos Olímpicos y alargar, así, su mandato...

Como cada fin de sexenio, vivíamos los dos rumores clave de la política mexicana, la cual pone en duda, para mejor asegurarla, la sucesión presidencial desde hace ya más de medio siglo. Rumor de reelección, con lo cual coquetea el presidente saliente, quien no se resigna a la cuenta hacia atrás que, segundo a segundo, va reduciendo ese tiempo con el cual soñó toda su vida y, ya terminado para siempre, seguirá soñando después: ese tiempo que, como el del condenado a muerte, ya sólo puede disminuir y, conocido su término final, va royendo también la esperanza. Rumor de golpe militar, para crear un miedo mayor al de la petrificación del orden reinante y la repetición de los abusos: ante el fantasma de la casta militar a la cabeza del país, la violencia y el estado de sitio, las desapariciones y la tortura, es preferible el triunfo asegurado del partido en el poder, del candidato decidido en secreto, de la mínima esperanza que son la paz y la lotería sexenal de un pariente, un compadre o un amigo instalado en los andamios de la jerarquía. Más vale,

entonces, evitar rebeliones inútiles, vanas tentativas, que sólo servirán al juego de otros, pretexto para el golpe de Estado, el cual acabaría con la clase dominante sólo para dar paso a otra peor y sustituir con la guerra civil, y la consecuente intervención de los vecinos, una paz ya tan precaria.

Era ya medianoche cuando salimos de esa oficina, después de conocer la noticia de que los militares desocuparían la Universidad en unos pocos días. Un vago optimismo se dejó sentir entre nosotros. «Mucho más grave sería la ocupación militar de este Palacio», nos dijo a Daniel y a mí el asesor de la presidencia, contento de los resultados de las negociaciones. «Vengan a verme cuando el ejército haya entregado la Universidad, verán de otra manera las cosas», agregó al ver la cara de escepticismo de Daniel.

Respiré el aire fresco de la noche y comencé a caminar por el corredor tenuemente iluminado de ese tercer piso. Escuché el sonido de la presentación de armas y me acerqué al barandal para mirar hacia el patio al fondo del cual se alojaba el presidente. Vi una sombra atravesar unos cuantos metros y subir al automóvil que lo aguardaba. Los militares no presentaron armas: sólo se habían puesto de pie.

—Es Díaz Ordaz —me dijo Daniel en voz muy baja.

—No, no era el presidente —dijo el asesor, quien alcanzó a oír las palabras de Daniel.

—¿Quién era entonces? —pregunté.

—El secretario de la Defensa. Pasó toda la tarde con el presidente.

—Parece que Palacio está poblado de túneles y pasadizos secretos —interrogó Daniel.

—Algún día los haré visitar uno de ellos —nos dijo el asesor—. Nadie los usa, huelen a moho y hay murciélagos. Hasta donde sé, nadie tiene planos completos de Palacio. ¡Ah! —se interrumpió señalando hacia una majestuosa ventana del primer piso—, ahí está el presidente.

Alcancé a ver su silueta recortada tras las cortinas del ventanal. Vimos cómo se pasaba la mano por la frente.

—¿En qué pensará? —se preguntó Daniel.

Nos quedamos callados. Vimos cómo se alejaba de la ventana y echamos a andar hacia el elevador. El suntuoso vacío de Palacio nos mantuvo en silencio. Las sombras parecían crecer y caminar entre nosotros. Un ligero viento resonaba en los corredores. Pensé que la silueta del presidente no poseía más peso, ni tenía más realidad, que esas sombras que erraban por las noches en Palacio Nacional.

Cruzamos el portón principal y salimos a la Plaza Mayor: el cielo estaba poblado de estrellas, el aire claro. Dejamos atrás la sombra de Díaz Ordaz, las ánimas en pena y los túneles de Palacio.

Comenzamos a caminar hacia la casa.

—¿En qué pensaba? —volvió a preguntarse Daniel ya lejos del Zócalo y de los barrios del centro.

—En sus recuerdos —dije por decir cualquier cosa—. O en el tiempo que le queda.

—Esperemos que sea en sus recuerdos y que éstos le pesen ya bastante.

Daniel me besó y olvidamos a Díaz Ordaz. Esperanzas y actos pesaban, entonces, más que los recuerdos.

Días después me acordaría, con un escalofrío, de la sensación de irrealidad que me dejó la sombra de Díaz Ordaz.

XXI

La gente se volcó en Ciudad Universitaria. Cada uno de los miles de estudiantes se precipitó a recuperar su parcela de territorio ocupado esas semanas. Entusiasmo, ira, tristeza, deseos de venganza, esperanza, desesperanza se expresaron esa tarde con gestos, palabras, gritos, abrazos. Amigos que se habían extraviado y temían los unos por los otros se reencontraron eufóricos. Otros, se buscaban ansiosos. Algunos, nunca volverían a encontrarse. Cada uno contó su experiencia, su arresto, su pinta, su acción de brigadista. Se visitaron los salones, los laboratorios, los campos, las oficinas administrativas, los auditorios. Se encontraron botellas vacías, seguramente bebidas por los militares durante su estancia en C. U. Corrió de boca en boca la aventura de una pobre mujer, asilada en el país, quien empavorecida ante la llegada del ejército, la memoria ocupada por las matanzas y las torturas de su Uruguay natal, se había escondido en los baños de la torre de Humanidades: casi desvanecida de hambre y de miedo, la desocupación le salvó la vida.

Las reuniones se multiplicaron esa tarde y a lo largo de la noche. Se discutieron las decisiones que deberían tomarse. Para muchos, el gobierno había hechado marcha atrás al desocupar la Universidad antes de las Olimpiadas: estaba en juego su imagen ante los ojos extranjeros. La importancia de su reputación democrática no iba a ser arriesgada con la ocupación militar y, menos aún, con una represión. Era el momento para forzarle la mano, organizar nuevas manifestaciones, mítines, pintas en toda la ciudad, en las mismas instalaciones, boicotear los Juegos Olímpicos, convencer a los atletas de solidarizarse con el movimiento. Hacer saber la verdad escondida por el gobierno. Aprovechar la visita del extranjero y de la prensa mundial. No faltaban más que quince días para la inauguración. Varias delegaciones, muchos periodistas, se hallaban ya en el país. Soñábamos en voz alta sin preguntarnos adónde pasan los sueños cuando se les acaba su tiempo.

Los rumores seguían circulando apoyados, como siempre, en una fuente secreta y de altísimo nivel que los habría revelado. Para debilitar al movimiento y desviar la atención popular, el gobierno daría a conocer la muerte del anterior presidente, tan querido por el pueblo precisamente por haber conseguido la sede de las Olimpiadas para México: desde hacía varios meses en estado de coma, don Adolfo ya habría muerto y la noticia iba a ser usada unas cuantas horas antes de la inauguración de los juegos.

Escuchaba vagamente éste y otros rumores cuando vi a Sara de lejos y la saludé con la mano. Miré sus ojos buscando en el vacío, vi las formas de su cuerpo perdidas entre el exceso de carne y el costal de mezclilla con el cual se había envuelto.

—Cirilo se niega a reconocermé. No quiere que me le acerque. Finge no saber ni siquiera quién soy cuando me ve —me dijo como un secreto. Pensé que se iba a echar a llorar, pero siguió hablando, tratando de convencerse a ella misma de que Cirilo no la había abandonado, de que todo seguía igual entre ellos: igual a sus sueños.

—Es para protegerme —me murmuró al oído, volviendo la cabeza hacia todos lados—. Como estoy esperando un niño de él, no quiere que me exponga, y él anda perseguido, muy de cerca. Pretiere que yo no sepa nada sobre él. No quiere siquiera decirme en dónde duerme. Es el clandestinaje, me dice. Una auténtica revolucionaria maoísta debe saber aguantar, esperar, separarse... Es la causa, me dice.

Dejé de escucharla, más inquieta por el extravío de su mirada que por la incoherencia de un discurso del cual Sara sólo había entendido el deseo y se negaba a comprender el abandono, uno y otro envueltos, como su cuerpo, en el ropaje pretensiosamente miserabilista de un grupo de maoístas más en otro rincón del mundo.

Vi a Cirilo pasar a unos cuantos metros de nosotras. Su eterno paquete de hojas mimeografiadas bajo el brazo, seguido, muy de cerca, por otra mujer, vestida como Sara, sucia como Sara, sumisa y humilde como Sara. Miré los ojos de Sara que seguían buscándolo a diestra y siniestra sin poder verlo.

Sara, esa Sara que persiguieron los ojos enloquecedores de morbo de su madre durante tantos años perseguía ahora un espacio donde su mirada ya no podía penetrar: los ojos cegados por la misma obsesión de la imagen que buscaban y no podían encontrar porque nunca había existido.

—Va a seguir la huelga —me dijo Daniel, quien llegó acompañado por Luis.

Me alejé de Sara tratando de olvidar sus ojos, sus palabras, su imagen, su mismo recuerdo, el de Cirilo, el de sus cuerpos haciendo el amor. Intenté comprender lo que me decía Daniel. Volver a una realidad cuyo peso me tranquilizaba.

—Preparan un mitin. Probablemente en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Esperan que haya una buena participación. Todo depende de ello para saber si el movimiento sigue con fuerzas para continuar la lucha o si quedó vencido bajo el golpe de la ocupación —explicaba Luis.

—Estás pálida —me dijo Daniel.

—Es la emoción —respondí acuciada por las imágenes dispersas que formaban, para mí, la historia de Sara. Imágenes en las cuales, a pesar mío y de la repulsión que me despertaban, se me confundían su cara con mi cara, sus ojos con mis ojos, sus gestos con mis gestos, sus palabras con las mías, su amor con el mío. Me dieron náuseas. Sentí que vivía una pesadilla y quise despertarme.

—Está a punto de desmayarse —oí que decía Luis muy lejos.

—Le dije que se quedara en casa, ya no está para andar en estos trotes —respondió Daniel mientras me sostenía.

Abrí los ojos y vi a Daniel. Las imágenes habían desaparecido, pero no su sensación. Quedaba su rastro. Como probablemente quedaría el nuestro, y el de todo esto que vivimos, mucho tiempo después de que nosotros desapareciéramos. Bajo formas en las cuales quizás no podríamos reconocernos, bajo las cuales nunca sabrán otros lo que fuimos. Como ya no lo sabemos nosotros mismos.

Daniel me pasó el brazo por la cintura y yo recargué mi cabeza en su hombro. Atravesamos la vasta explanada de la Universidad. Era la misma, intacta, como si nada hubiera pasado. Como si el ejército no la hubiese allanado con toda su violencia. Sus huellas se borraban bajo nuestros pasos.

—Es tan distinto caminar por ella —me dijo Daniel, señalando con el brazo extendido todos los edificios de la Universidad que nos rodeaban.

—Volver a caminar por ella —corrigió Luis.

XXII

Parece muy difícil cruzar la línea. Es muy fácil. Lo difícil es volver —me dijo Fito con los ojos brillantes de ironía y dándose golpecitos con la uña de su índice en los dientes—. Hay quienes nacen ya del otro lado y hay quienes se ven forzados a cruzar. Pero existen también quienes cruzan por puro gusto. Curiosidad, vértigo o fascinación, a fin de cuentas, una decisión personal. Gary y Patricia ya nacieron de ese lado. No pueden volver porque ni siquiera saben que existe esa línea de demarcación la cual separa, a veces para siempre, a seres como ellos de seres como tú. Yo la transgredí porque quise. Y así lo quise porque ése era mi destino. Pero hay quienes cruzan por pura debilidad, cobardía, estupidez o vicio: ésos son los que se la pasan extrañando el mundo perdido, quienes creen en la mala suerte, los arrepentidos sin voluntad, los pobres diablos. ¿Qué quieres? Prefiero un Gary, una Patricia, un asesino de nacimiento que ignora la idea del mal y cumple su destino como una fatalidad, sin buscarlo ni huirlo: ahí lindas con los umbrales de la tragedia.

Me había encontrado unas horas antes con Gary. Iba acompañado de una joven regordeta, vulgar, maquillada en exceso, humilde como es la gente del pueblo, insolente como devienen sus criaturas cuando el acceso a un mundo menos pobre les hiere el corazón por los caminos que los obliga a recorrer.

—Es la mujer de Daniel —me presentó Gary—, de mi único amigo —dijo con un rechinado de dientes, los ojos risueños a pesar de la dureza que les quería imponer.

Patricia escupió el chicle que mascaba y me tendió su mano, las uñas largas con el rojo escarapelado de las sucesivas capas de barniz.

Tengo una cita con un tipo *chic*. Seguramente mi nuevo patrón. Me largo a Tabasco con él. Aquí las cosas se me están poniendo difíciles y más me vale poner tierra de por medio. Van a buscar sus chivos expiatorios y ya somos demasiado célebres en este asunto.

—Las cosas se están más bien calmando —le dije a Gary pensando en la desocupación de la Universidad el día anterior.

—Yo, como Santo Tomás, no creo más que en mis pupilas. Dile a Daniel de mi parte que se cuide porque no puedo salvarlo todos los días por más que me pague —se carcajeó Gary con una risa que quiso ser sarcástica y me pareció un llanto.

—¿Quieres venir con nosotros? Vamos a un buen restorán, de esos que te gustan. Tengo cita con mi patrón. Si quieres, te lo presento.

Fuimos a un restorán a la moda en una zona cuyos comerciantes han reproducido la imagen que se hacen de París. Callejuelas de peatones con mesas al exterior de los restoranes, tiendas de ropa, flores, joyas, zapatos y otros objetos de lujo para consumo de una entonces ascendente clase media; galerías de arte, grandes hoteles, comida internacional, *night-clubs*, bares de estilos diversos... todos ellos con nombres en inglés, en francés, en italiano y siempre con el deseo de hacer sentir a su clientela un cosmopolitismo capaz de barrer el polvo, la pobreza, las calles sin pavimento, el drenaje descubierto, las vecindades de otros barrios y las enormes ciudades perdidas entre las cuales ya comenzaban a perderse las colonias de lujo.

Ancha escalinata, portero uniformado a la puerta, súbita oscuridad de entrada, iluminación tenue para apreciar los tapices y los sillones de terciopelo rojo, música suave de fondo, un piano de cola, sobremesa de algunos clientes que hablaban en voz baja, varios servidores rodeándonos atentos a nuestro paso. Sentí la inhibición de Gary y de Patricia bajo la mirada atónita de los meseros poco acostumbrados a su estilo de vestimentas. Gary la expresó con rudeza y Patricia buscando un refugio atrás de nosotros.

—Un tipo *chic*, como te dije, no puede recibir sino en un lugar *chic*, de alto vuelo para altos matones, grandes rateros y putas caras —pronunció en voz alta dirigiéndose más a los meseros que a nosotros. Bajó la voz cuando vio a Fito en una de las mesas del fondo—. Allá está Fito, con permiso compañero, no tengo abrigo que quitarme ni que ponerme.

Fito saludó con un gesto a Gary y a Patricia, sin moverse de su silla, ocupado en pedir una botella al mesero. Al descubrir mi presencia se puso de pie.

—Es la mujer de Daniel —le dijo Gary—, ese amigo del que le he contado. Ella estudia en la facultad en donde usted estuvo —comenzó a balbucear Gary—, se me hizo fácil invitarla, ya le he dicho cómo aprecio a su marido. Un poeta —terminó Gary con una voz un poco más segura al pronunciar la última palabra como algo mágico.

—Un poeta —repitió Fito paladeando la palabra—. Son raros los poetas, los verdaderos poetas. Acaso uno por siglo. Demasiados los malos versificadores y excesivos quienes se dicen poetas.

Me asombré al escuchar la manera de hablar de quien Gary me había anunciado como su futuro patrón. Había supuesto un político de provincia. Un pistolero de alto vuelo. Un policía de los servicios secretos. Un vientre. Un traje de nuevo rico que revela el pasado inmediato. Un lenguaje despótico. La expresión corriente. El lugar común. El pelo grasoso. La pulsera de oro. La cruz al cuello. La corbata importada y la camisa abierta para dejar ver el vello. Había imaginado todo. Menos oír hablar de poesía.

—Está decidido, jefe, me voy con usted a Tabasco —le dijo Gary.

—Salimos hoy mismo en la noche. Les urge mi presencia allá y a ti te urge tu ausencia aquí —y sin interrupción, mirándome a los ojos—: Yo estudié un poco a los griegos, antes de meterme en todo esto: los muertos sólo están ausentes, lejos. De ahí que no me remuerda la conciencia cuando consigo comprarles un boleto para ese viaje. —Y volviéndose hacia Gary—: Te me vas ahora mismo a arreglar tus cosas y a recoger lo que te dije. Nada de mujeres, ¿eh? Usted perdonará, señorita —se dirigió a Patricia sarcástico—, pero una muestra de su amor por nuestro querido Gary será la fidelidad que le pueda guardar en esta tentadora ciudad poblada de diablos y antojos.

Gary se tomó su whisky de pie y se despidió de Fito mirándome. Comencé a despedirme, pero Fito me pidió que me quedara.

—Le sorprendió escucharme hablar de poesía —me dijo cuando Gary y Patricia se fueron—. Déjame tutearte, estás muy joven para que te hable de usted. Yo traduje algunos de los primeros poemas de Pound que se tradujeron al español en estas tierras.

—Y, ¿cómo...? —balbuceé sin atreverme a preguntarle cómo se había convertido en un asesino.

—¿Cómo traduje los poemas o cómo empecé mi carrera de matón? Eres curiosa, como todas las mujeres. Ten cuidado. Nunca se sabe bastante poco. Te voy a contar. Estoy con ganas de contarme mi pasado. Una versión más. La misma, quién sabe.

Guardé silencio y esperé que empezara a hablar. Lo vi servirse más whisky y paladearlo lentamente.

—Mira —me dijo echándose hacia atrás en el sillón de terciopelo—, si no me interrumpes, te voy a contar mi *curriculum vitae* especial para la curiosidad de vocaciones policiacas o novelísticas. Es lo mismo. Acababa de llegar de mi nostálgica tierra natal —acentuó la ironía de su voz—, ese caro

rincón donde nacimos y que nos marca para siempre con todas sus pequeñeces. Fue allí donde todo comenzó, donde comenzaron muchas cosas para mí: me tocó la mala suerte, diría la canción mexicana, de asistir a un espectáculo chillón de luces y oropel que dieron en mi pueblo. Eran las Dolly Sisters, unas espléndidas mexicanitas, teñidas de rubio, con plumas en el culo, trajes de baño de lentejuelas brillantes en mil colores, senos abundantes, labios de un rojo sanguinolento, ritmo de negras en el cuerpo, bailando un mambo como sólo las cubanas saben bailarlo. Nunca había visto mujeres así. Me enamoré de ellas, del espectáculo, de la música, de sus movimientos, de sus voces y de su mundo. Pasaron los años, llegué a México con otros amigos de mi cara provincia, me instalé con ellos en una pensión. Algunos están hoy acomodados en los acogedores brazos de la burocracia y otros en el seno del huidizo poder. El que era nuestro poeta, porque todo grupo de provincianos que se respete tiene su poeta, murió en un accidente.

—¿En Roma? —le pregunté pensando en un poeta de Tabasco que había muerto hacía algunos años.

—No digamos nombres. Yo comencé a estudiar filosofía: me convertí en la promesa, como tal nunca cumplida, de profesores y alumnos. Mi camino parecía trazado. Pero viví una historia de amor. La historia de un recuerdo. El salto al vacío del pasado. La pasión como una enfermedad mortal y la fascinación por la muerte como el único camino para acabar con todo de una vez y poder olvidar... sin vivir el final de ese amor que se te convierte en algo más caro que la vida y le da un sentido cotidiano cara a cara al vacío. Me encontré con ella una noche. Acababa de terminar un trabajito sobre lo imaginario. Unos amigos me invitaron a un antro de la colonia Doctores, el Riviere, nombre francés, ambiente de pueblo y de barrio bajo. Me sentía contento, en realidad, estaba distraído. Luz azul, burbujas de champaña, un calor voluptuoso hecho de sudor y euforia, parejitas besándose en el cuello y conversaciones sórdidas. Allí estaba ella, con quince años más, accesible, sentada a mi mesa, encamación de un Sunset Boulevard hecho a mi estatura de enano, reviviendo cada noche su pasado de gloria. Me enamoré. Pero, ¿qué quieres? Su evocación cotidianamente nocturna del pasado tenía sus condiciones. Se necesita un ambiente, una cierta cantidad de alcohol, una dosis de coca, las noches en vela, las madrugadas en blanco, las mañanas en la cama y las tardes sin esas pequeñas inquietudes que nos da el dinero cuando no se tiene gusto por el trabajo y no se ha podido ahorrar para la vejez anticipada de las grandes estrellas. Dejé mis estudios de filosofía sin dudarlos un momento y emprendí otra carrera. Crucé la línea por gusto de la aventura.

Otro tipo de soledad, la de las complicidades secretas, me esperaba. Vautrin reconvertido y al servicio de la sociedad para mejor vengar la muerte de su amigo. Entre el proxenetismo y el narcotráfico, escogí el ajuste de cuentas, el camino de las balaceras, un *western* vivido en callejones, a altas horas de la madrugada, el miedo que escondes en los ojos que te miran, el asesinato convertido en *modus vivendi* antes de que te toque a ti la misma suerte. Escogí el papel del perseguido por gusto por los héroes perdidos y, como todo perseguido, soy el perseguidor. Vivo en hoteles, escapo en las noches, me refugio en los días, cito en los bares y espero atrás de una puerta, desde un auto, al otro lado del paredón de fusilamiento. Ahora me voy a Tabasco. Tengo manos libres para preparar la represión. El ajuste de cuentas quedó atrás. No son padrotes ni prostitutas. No son asesinos. Son estudiantes fascinados por la revolución, candidatos a héroes, víctimas propiciatorias. Mi Dolly Sister dejó de existir y no hay pretexto que valga. Hay que llevar las cosas a su extremo y tocar el fondo. Si lo hay. Sentirme acosado, por los otros y por mí mismo. No dejar escapatoria alguna.

Nos quedamos en silencio varios minutos. Me turbó su mirada burlona y bajé la vista esperando que hablara. Me había mentido, estaba segura. No se podía cambiar de mundo tan fácil, tan drásticamente. Era imposible convertirse en otros cuyos gérmenes no hemos visto crecer en nosotros. A pesar de las rupturas, del dolor, de las vueltas de la fortuna, seguiría siendo la misma. Era incapaz de imaginar mi futuro distinto a ese presente que fui y del cual hoy no queda un rastro. De embeberme en sueños diferentes a mis deseos de ese entonces y a los cuales hoy miro con la curiosidad de un coleccionista por el autor de un cuadro antiguo, de un escritor por un libro del cual oyó hablar años atrás y tiene por fin en sus manos, de un arqueólogo para descifrar signos que hablan de un mundo acabado. Cómo iba a adivinar, entonces, las esperanzas de una persona que hablaría otra lengua, habitaría otro continente, tendría otros amigos, creería morir por un desconocido y perdería hasta el recuerdo de todo esto.

—¿Cree que haya represión en México? —le pregunté sabiendo que no creería en su respuesta como no había creído en su relato.

—La hay todos los días.

—Quiero decir contra los estudiantes. Que se atrevan a matar...

—Nacieron del otro lado, mi querida amiga, como la pobre Paty, la putita que nos trajo Gary, como el mismo Gary.

Se quedó viéndome, con los ojos brillantes de ironía, se bebió su copa de un trago y me dijo:

—Y hay quienes viven en la cuerda floja, en el umbral, balanceándose de uno a otro lado de la línea, coqueteando con la tentación. Parece tan fácil cruzar la línea y es tan difícil volver.

—También es difícil cruzarla.

—Pero muy triste conocer un solo lado. Sobre todo cuando se es tan curiosa como tú.

XXIII

Palacio Nacional era un hervidero de gente, de ruido, de sol y sudor. Un grupo de turistas rubios, como siempre en pantalones cortos, la noción de la playa confundida con la del valle entre los volcanes, escuchaba las explicaciones sobre los murales que les hacía de memoria un hombre cuya voz se cargaba de emoción en las palabras «pueblo», «héroe», «revolución», «soldadera», «victoria». Una emoción desteñida, monótona como sus visitas y vacía como sus ojos que sólo miraban con atención el movimiento de las manecillas de su reloj. El calor seguía subiendo y no acababa de llegar a su apogeo. Podía verse el aire envenenado que, tembloroso, levantaba el ardor de los rayos del sol. Era la una de la tarde.

—Oswaldo nos enseñó un poema en alejandrinos, mientras esperábamos que nos recibiera el asesor del presidente. Su oficina, al lado opuesto de la antesala de don Edmundo, larga y estrecha, guardaba una cierta frescura gracias al espesor de los muros coloniales.

Daniel leyó con atención, a pesar de las interrupciones de Oswaldo. Al terminar, levantó la mirada, los ojos radiantes todavía por las imágenes que acababa de ver entre las palabras.

—Nunca había visto los flamboyanes.

—Tienes que ir, tienen que ir al sureste. Son una cascada de rojo, una flor gigantesca, un géiser de sangre iluminado. Vale la pena echarse el viaje, no sólo por las pirámides y sus actuales habitantes, auténticos herederos de los mayas, sino por sus flamboyanes. ¿Sabes? —nos dijo bajando la voz, confesando un deseo cuya realización necesitaba de cómplices—. Me va a tocar corregir el informe del presidente, afinarlo, en fin, darle su forma. Si sigo aquí, claro. En ese caso, ya verán, voy a... ¿cómo diré? Voy a meterle unos alejandrinos, ya verán —terminó precipitadamente, enrojecido por el esfuerzo de su confesión. Una confesión que, apenas dos meses más tarde, haría el presidente ante la Historia, expulsado de ella, bajo la forma austera

con la cual Oswaldo vestiría de luto palabras cargadas con un rojo distinto de los flamboyanes.

—Él no escribe nada, ¿no? —afirmó dubitativo Daniel, señalando con sus ojos hacia abajo, aludiendo así al primer piso ocupado por el presidente.

—El mensaje lo hace él mismo. No escribe mal, tiene una pluma fácil y directa. Pero siempre hay que echarle su manita de gato... Y ahí está mi oportunidad de poder sonreír cuando sea viejo.

—¿Está de buenas don Edmundo? —preguntó Daniel después de un corto silencio.

—De excelente humor. Se siente partícipe de la Historia.

—¿Tuvo un buen papel en la desocupación, si no me equivoco?

—Digamos que respetable. Pero, se preparan otras cosas y creo que él anda metido.

—¿La sucesión?

—Se está decidiendo, digo, en la cabeza de nuestro vecino de la planta baja. Y don Edmundo cree que las reglas del juego han cambiado. No acaba de convencerme, Daniel. La entrega de la Universidad puede ser una trampa. Al presidente no le gustan los intelectuales y le fascina, en cambio, esa tradición del silencio que consiste en dejar hablar primero a los otros, el golpe sorpresivo, dejar venir al toro y dejarte ir tras un espejismo. No se cambian las cosas tan rápidamente en este país. Son siglos de tradición. El virrey se decidía en Madrid, bajo una corona y en secreto. No acabo de explicarme, para decirte la verdad, por qué entregaron C. U.

—No podían quedarse eternamente con ella.

—No, pero hubieran podido desocuparla después de los juegos.

—La imagen en el extranjero les es muy importante.

—No para él, Daniel, no. Su imagen ya la mira en la Historia. Son varios años de poder, soledad, silencio. Quedan atrás el maniqueísmo, el bien y el mal. No hay más eco que el de su voz, más imagen que la que le da su espejo, más compañía que la de sus pensamientos. Son ya varios años, Daniel. No es su primer año de mandato, ni su segundo año. Por eso es indispensable la sucesión, la no reelección. Y a él no le gusta la gente que habla demasiado. La deja hablar, para mejor divertirse. Quien habla deja ver su juego. Y él, como todos los que lo antecedieron, tuvo que callarse muchos años. Y, como los otros, cree que puede eternizarse atrás del que llegue, de quien él designe, por encima de su poder. ¿Qué quieres? No le queda más que creer en ello para poder sobrevivir. Es su muerte la cual se aproxima, día a día, irremediable. Como la de todos nosotros, pero él sabe la fecha y la hora en la cual deberá

entregar ese poder del cual vive. Es como saber cuándo te van a dejar de amar. El enamorado no lo podría soportar.

—O cuándo vas a dejar de amar —intervine.

—Sería ya no amar —me dijo Daniel bruscamente irritado.

—La sucesión es su funeral —continuó Oswald—. Ves en vida destrozarse a tus presuntos herederos, ansiosos por sustituirte, por usurpar tu lugar. No te queda más que tu tiempo, cada vez más corto. El resto pertenece a la Historia.

Don Edmundo nos hizo pasar a su oficina. De buen humor, satisfecho, ambicioso, creía poder ayudar a construir sus deseos.

—¿Van a ir al mitin esta tarde? —nos preguntó.

—Sí —dijo Daniel—, nos vamos a dar una vuelta.

—Todo ha cambiado, ya verán, será otra la actitud de los muchachos. El gobierno ha dado un gran paso hacia el diálogo con los universitarios. Hay que dar ahora el otro.

Salimos de entre los muros de Palacio Nacional a la reverberación del sol sobre el cemento de la enorme plaza del Zócalo. Creí que nunca terminaríamos de atravesarla, sumidos en el ardor de ese brasero que era el apogeo del calor a las tres de la tarde.

—Vamos a comer por aquí —sugirió Daniel.

Nos metimos por las calles que rodean la plaza central en busca de un restorán barato. Daniel escogió una fonda situada en una esquina por la doble ventaja de sus ventiladores y su espacio abierto a la calle. Olía bien, un trío cantaba viejos boleros de amor, las meseras corrían a una cocina cuyo interior limpio podía verse desde las mesas.

Lo avanzado del embarazo, el olor a gasolina de los autos que penetraba en el restorán, la comida aceitosa y el calor me marearon.

—Es mejor que regreses a casa. Yo iré a entregar las traducciones y a darme una vuelta a Tlatelolco —me dijo Daniel, quien agregó para consolarme—: No creo que te pierdas de nada.

Nos despedimos a la salida de la fonda. Recuerdo que volví la cabeza y lo busqué con la mirada unos metros adelante. Las náuseas habían pasado y hubiera querido acompañarlo, asistir a ese mitin, pasar esa tarde con él. No volver sola a casa. Se había perdido entre el gentío y yo sentí que sí me perdía de algo.

XXIV

Tardó mucho tiempo en llegar el autobús. La gente se iba acumulando en la esquina donde lo esperábamos. El calor comenzaba a decaer, pero no la enemistad con la cual nos mirábamos unos a otros, ansiosos, calculando las posibilidades de conseguir subir a ese autobús cuyo retardo comenzaba a ser sospechoso, más allá de horarios cotidianamente aleatorios, sujetos a los caprichos del chofer, el clima, el tránsito, los accidentes y la voluntad de los dioses que rigen a su antojo la ciudad de México.

«Es la manifestación», oí que decía la gente. «No, es un mitin.» «¿Dónde?» «Debe ser muy cerca de aquí.» «Han de haber desviado el tránsito. Con tal de que pase por aquí el camión. Deberían al menos avisar.» «¿Por qué no se calman todos estos alborotadores de estudiantes y nos dejan en paz?» «No sé por qué el gobierno no los pone en orden. Tienen la oportunidad de estudiar y se la pasan en huelga.» «¿Dónde quiere usted que estudien, si les quitaron su Universidad?» «Ya se las devolvieron, lo leí en el periódico.» «Uy, los periódicos cuentan pura mentira, capaz que no se las han devuelto.» «El gobierno tiene la culpa.» «Parece que ha habido muchos golpeados.» «Dicen que hay muertos.» «¿Qué es lo que reclaman?» «Un diálogo.» «¿Un qué?» «Una plática con el presidente.» «¿Y de qué van a platicar?» «Pues de los problemas, de los presos, de los desaparecidos, de la autonomía, dicen...» «¿Qué autonomía?» «Una que violaron.» «¿Quiénes?» «Los soldados.» «Pues que la casen y asunto acabado.» «¡Ah!, qué gente más bruta: la autonomía es como una libertad de la que goza la Universidad y el ejército la violó al entrar.» «Harían mejor en mandar al ejército a estudiar a la Universidad.»

Sentí algo anormal: la calle por la cual avanzaba el autobús parecía más amplia, como durante esos días de Semana Santa cuando las avenidas recuperan sus dimensiones justas, el aire se aclara y la visión se extiende otra vez hasta los volcanes, gracias al éxodo de los automovilistas que parten de vacaciones. Pero no era la misma sensación esa tarde: el aire olía a gasolina,

el hormiguero de gente caminaba por las aceras y esperaba un medio de transporte cualquiera en las esquinas, la vista no iba más lejos de los límites permitidos por la contaminación de un mes de octubre sin vientos, estancado en el calor. Era sólo la ausencia de autobuses la cual agrandaba la calle.

Llegué a casa poco después de las cinco de la tarde, el día abierto aún como un abanico de luz. El mitin había comenzado a esas horas. Me refugié en un juego tras otro de solitario y me puse a soñar en un futuro menos incierto. Oí el sonido de las patrullas policiacas y la sirena de las ambulancias, distantes, escasas. Algún autobús incendiado, nada más, nada fuera de lo normal. El silencio de la calle comenzó a pesarme. El crepúsculo había pasado: seguramente Daniel volvería pronto. A menos que se fuera a tomar un café con los muchachos; probablemente había encontrado algunos amigos. Me aburría la espera, ancha y vasta como el vacío donde me sumían los celos: las ganas de haber ido al mitin, la sensación de hallarme excluida y de no poder compartir emociones, pláticas, vivencias, comentarios, tardes, amigos... Me apacigué pensando que Daniel volvería acompañado y podríamos conversar, como otras noches, tarde en la madrugada, del mitin, de los oradores, de la asistencia y de todo eso que ocupaba nuestras horas, todavía tan ligeras a esa edad, cuando todavía los recuerdos son apasionantes porque ni siquiera han tenido el tiempo de usarse.

Volví a ver la hora en el reloj, el único mueble de la casa que me ligaba con la realidad exterior: la de los otros, sus idas y venidas, sus pasos. Habían pasado las nueve de la noche. Me pesaba el silencio de la ciudad: extraño, denso como una red en cuyas mallas hubiera quedado la vida en suspenso. Incluso si el mitin había comenzado con retraso, ya debería haber terminado. Hubiese querido salir de casa, ver, hablar con alguien. Pero la necesidad física de ver a Daniel me retenía en el departamento. Asilada en su espera.

Tocaron a la puerta. Me alegré ante la idea de una visita cualquiera que me hiciese menos lento el paso de esas horas. Me quedé sorprendida al ver a mi cuñada y a su marido en el umbral de mi puerta: nunca habían venido a casa. Martha consideraba un error de Daniel su matrimonio conmigo.

Mi sorpresa me dejó ver apenas la palidez del marido de Martha, el cual se mantenía siempre atrás de ella, tal vez para expresar así sus sentimientos revolucionarios bajo la forma del feminismo. Los invité a pasar y a abandonar el marco de la puerta bajo el cual parecían haber encontrado un refugio. Martha avanzó algunos pasos y, sin verme, buscó a Daniel con la mirada.

—¿Quieren sentarse? —les dije—. Daniel regresa en unos momentos.

El marido de Martha, extremadamente pálido, se dejó caer en el brazo del sofá.

—¿A dónde fue? —preguntó Martha.

—A entregar una traducción. Y se iba a dar una vuelta al mitin. ¿Por qué?

—Hubo represión —me respondió Martha bruscamente, mirando mi vientre, indecisa entre la gravedad de la información, la ansiedad de saber de su hermano y un embarazo que ponía en peligro revelarme las cosas.

—¡Oh! —le respondí—, no puede ser grave. No puede haber sido golpeado, no es un provocador... Los granaderos no atacan...

—Fue el ejército —me cortó Martha viéndome a los ojos, casi con ira ante mi incompreensión.

—¿Detuvieron a la gente?

—Los agarraron como a ratas.

—Ya lo sacaremos —le dije pensando en los otros arrestos masivos.

—Dispararon sobre la gente —me cortó Martha mis ilusiones.

—Algunos disparos —dije sin comprender todavía.

—No. No fueron algunos disparos. Hay muchos muertos. Asesinaron en masa, con ametralladoras, sin piedad: ¿Estás segura de que Daniel fue al mitin? ¿No tenía nada más que hacer?

—Que Daniel nos telefonee en cuanto llegue —terminó Martha antes de irse y dejarme sola con mi espera y un tiempo cuyos resortes quedaban rotos: su paso quedaba detenido y yo sentí que caía en un pozo sin fondo en la noche.

No recuerdo qué hice después.

Oí el ruido de las llaves en la cerradura de la puerta. Me puse de pie y vi a Daniel, salpicados de sangre el pantalón y la camisa, con la sonrisa en la boca.

—Daniel, ¿qué pasó?

—Pasé a dejar las traducciones. Se me hizo un poco tarde.

Siempre sonriendo, se acercó a besarme, sin señal alguna en el rostro que evocara lo vivido, asombrado por la angustia que leía en mi cara, por mi voz, por mis ojos que lo miraban como a un fantasma. Otra vez cercano a mí, como si lo ocurrido esa tarde lo hubiera hecho olvidar esa y otras tardes hasta devolverlo al principio de nuestro amor.

—¿Estuviste en el mitin?

—Sí, me di una vuelta. Pero, ¿sabes?, perdí el dinero y tuve que regresarme a pie. Una mujer muy amable me dio un tostón para el camión, pero no había camiones.

—...

—Por eso se me hizo tarde. ¿Qué hay de cenar?

—Daniel, estás cubierto de sangre.

Lo vi mirarse la camisa, el pantalón, las manos.

—No entiendo cómo pude mancharme —comenzó a decir al mismo tiempo que su memoria se abría sobre esos recuerdos recientes, como esas pesadillas que creímos borrar al despertar y cuyas imágenes nos asaltan, de repente, a media tarde, sólo para hacernos dudar de su pertenencia al mundo de los sueños, como si su sustancia poseyera el mismo espesor de la realidad.

Vi esculpirse en sus rasgos el miedo de los disparos, el miedo, la violencia, la carrera y el horror. Sus ojos se cerraron tratando de ahuyentar las imágenes que acababa de vivir. Se dejó caer en el sofá, las manos tapándose los oídos, volviendo a escuchar el estruendo de la balacera, los gritos, los pasos de la carrera entre los corredores.

—Vino Martha. Urge que le hables a tu madre. Quieren saber si estás bien.

Bajamos a tratar de telefonar. No pudimos encontrar ningún teléfono que funcionara. Las ambulancias seguían pasando. Daniel decidió que era mejor tomar un taxi e ir a casa de su madre para tener noticias más claras de lo que había ocurrido.

La noche estaba vacía.

El chofer de taxi que nos llevó a casa de la madre de Daniel le pidió que se agachara. No quería que lo vieran llevando a un sospechoso: un joven, pelo largo, gotas de sangre. Nos llevó porque yo estaba embarazada.

Tenía miedo.

—Ya llegamos —le dije a Daniel. El chofer insistió en que permaneciera recostado en el asiento trasero mientras le pagábamos. Que saliera corriendo.

Daniel comenzó a recordar lo vivido cuando miró las imágenes en la televisión: flotantes, la cámara había sido asomada desde uno de los balcones del edificio Chihuahua. Se oía el estruendo de la balacera, se veía correr a la gente, caer a la gente.

Daniel había corrido entre los corredores de los multifamiliares, perdido en esa ratonera dando vueltas en un laberinto cuyas salidas daban a la muerte, instalada en cada vuelta de esquina, los grupos de soldados disparando a quemarropa, los cuerpos de los muchachos cayendo adelante de la carrera desquiciada de quienes alcanzaban a dar vuelta, protegidos por la muralla de esos mismos cuerpos que se desplomaban, saltando sobre ellos en una danza macabra, a izquierda, a la derecha, de frente, un corredor, otro piquete de soldados, otro corredor y otros cuerpos que caen y sobre los cuales hay que

saltar, abandonar para siempre. La carrera había durado dos horas en el seno del miedo.

De repente, nunca supo cómo, Daniel se vio solo. Fuera de la trampa. Lejos de Tlatelolco. No supo qué hacía allí. Buscó dinero en su bolsillo. No traía un quinto. Echó a caminar, tratando de acordarse cómo había gastado el dinero. Una mujer le dijo: «Tenga este tostón, joven. Váyase cuanto antes porque andan matando. Escóndase en su casa». Daniel tomó los cincuenta centavos y buscó un autobús. Siguió caminando hacia la casa, olvidando la muerte y su ruido, respirando el silencio de la noche.

Sólo algunas imágenes de la pesadilla volvieron a su memoria esa noche. Otras no volverían sino años después, cuando las primeras habían sido enterradas bajo el polvo del cual se van llenando los rincones que preferimos no tocar. El olvido devoró para siempre esas dos horas de carrera en un laberinto cuyos corredores pertenecen a la muerte y, como ella, carecen de memoria.

XXV

Hay noches que se rasgan como un velo. En sus fisuras se escabullen, al lado de los sueños, las inquietudes, los dolores y los miedos más tenaces. El centro de gravitación del infierno al cual pertenecen, fuera de nosotros, los arrastra y recupera para siempre. El despertar es, entonces, ligero como un día luminoso cuyos confines se extienden, sin tropiezos, vastos sobre la tierra y la vida que en ella florece: la vista desborda sus límites y su vuelo acaricia espacios siempre abiertos. El durmiente ha olvidado. El alivio lo envuelve y acaso se pregunta con desconcierto, al paso de los días que suceden tranquilos, cómo pudieron obsesionarlo esas inquietudes, sin poder comprender el sufrimiento que le causó esa pérdida, el luto consumido como una brasa, sonriendo de los temores que lo acuciaron y cuyo peligro se ha desvanecido como un espejismo.

Hay despertares, en cambio, que nos devuelven en su oleada el horror de la víspera, agudizan la angustia, aumentan la tortura y nos arrebatan el futuro. Quedamos acorralados en lo irremediable. Sabemos, entonces, que los años podrán pasar, y con ellos los meses, los días y las horas, pero que nosotros hemos sido atrapados. La desesperación envuelve a su víctima y toma posesión en ella: en vano se sueña con la muerte, el condenado no tiene esperanza.

Sentí una pesadumbre oprimirme esa mañana. La atribuí a lo avanzado del día y a un calor tardío de octubre. «El embarazo», pensé.

El sonido del timbre me había asaltado a la mitad del sueño, entre cuyas fugitivas y desvanecientes sombras vi levantarse a Daniel. Recordé vagamente que nos habíamos acostado ya cerca del amanecer. Habíamos salido. Oí la voz de Luis en la otra pieza. Curioso que vinieran tan temprano...

Mi entrada interrumpió la conversación. No hubo respuesta a mi sonrisa. Los vi mirarme como a una extraña y sentía que la opresión volvía.

—Todavía no sabemos nada de Carlos, de Cristóbal ni de Paco. Mercedes está bien. Afortunadamente no tuvo tiempo de pasar al mitin.

Tlatelolco. La balacera. Los muertos. Recordé todo. Por eso estaban ahí Luis, Alfredo, Ángel y Héctor. Venían a saber si Daniel estaba vivo.

—No se puede acercarse uno a la plaza. Está rodeada por el ejército. Los vecinos están encerrados en sus casas. No respetaron a nadie. Niños, mujeres encinta, ancianos, todos cayeron bajo las ráfagas de sus ametralladoras. ¿Cuántos muertos hubo? Nadie lo sabe. Había unos cinco mil manifestantes en el mitin. Hay arrestados. Muchos. Las guardias de los hospitales trabajaron toda la noche. Siguen repletas las salas de emergencia. Y sólo se trata de los heridos que pudieron escapar de la ratonera. Dicen que algunos soldados, conmovidos por el mismo horror que crearon, tiraban al aire y que otros dejaron escapar a algunos... cuando los empujaban hacia los camiones para llevárselos quién sabe a dónde.

La noche anterior al horror nos había impedido pensar en otros que nosotros mismos. Ahora surgían esos otros que tal vez estuvieron ahí. Excepto Daniel, ninguno de quienes estábamos esa mañana en casa había ido al mitin. ¿Quiénes eran los cinco mil que sí fueron, que cayeron en la trampa, que estaban, quizás, muertos?

—La mayor parte del Consejo estaba en el Chihuahua. Los detuvieron a todos. Y va a seguir la cacería de brujas —dijo lúgubrementemente Alfredo.

—¿Para qué? Ya los tienen a todos, detenidos o muertos. Los tienen a todos —intervino Ángel con los ojos llorosos.

—Tienen miedo —nos dijo Héctor con los ojos bajos, las manos temblorosas—, y cuando se tiene miedo, se ataca.

—Pero, ¿de qué pueden tener miedo? ¿De quién? —preguntó Luis siempre escéptico ante las explicaciones nada políticas de Héctor.

—No saben de qué, ni de quién. Por eso tienen miedo. Ése es el miedo. Una ceguera que te oculta todo y te revela, al mismo tiempo, presencias insospechadas a los ojos, que te permite sentir todo de una manera distinta, más aguda, más afilada... Por eso van a seguir buscando y deteniendo y matando, hasta que crean encontrar y liquidar lo que temen —dijo Héctor muy rápido, con la voz queda, los ojos siempre bajos.

—Y entre más matan, más miedo tienen. Los enemigos se les multiplican —dijo Daniel con la voz sorda.

—O hasta que vean más miedo en los otros que en ellos mismos. ABC político: dar un golpe tan fuerte que el otro ya no pueda levantarse, ya no se atreva a levantarse —explicó Alfredo.

—Hacer sentir a los otros tu miedo, compartirlo. Es uno de los pocos sentimientos que complace compartir, que no provoca celos —ironizó Héctor imperceptiblemente, con un guiño de ojo que Daniel no apreció.

—ABC político —interrumpió Luis—, rebelión sin fuerza es igual a represión. Se atrevieron. A pesar de su imagen, ¿por qué? ¿Por sus Olimpiadas? ¿Por sus instalaciones? ¿Por qué?

—Se les acabó su imagen de país democrático. Salió la verdadera cara. Ahora no van a poder negar su barbarie —dijo Ángel.

—La van a negar, no se preocupen —dijo Alfredo asumiendo en sus palabras el cinismo del cual haría gala el gobierno—. Nunca aparecerán los cuerpos de los muertos, barrerán los cadáveres y negarán los hechos.

—Pero hay familias, hay amigos. Hay quienes van a reclamar por sus desaparecidos —le dije.

—Ya se cansarán de preguntar —me respondió Alfredo—. Ya se cansarán de preguntar cuando no encuentren respuesta.

—O cuando sientan miedo. Un miedo más fuerte que el de imaginar muerto a un hijo —señaló Héctor.

—El miedo de su bolsillo —dijo cínicamente Alfredo.

Me metí en la cocina a preparar el café mientras los oía hablar. ¿Quiénes eran los cinco mil que sí fueron? ¿Quiénes eran los otros, los que estaban detenidos, muertos, tal vez? Abrí la ventana en busca de un aire fresco que alejara esa pesadumbre. «Nos mataron», pensé. «Nos mataron a nosotros, a Luis, a Daniel y a mí.» Sí: nos habían tocado directamente. Ya no eran los otros, los desconocidos, los muertos. Éramos nosotros. Nos habían asesinado los sueños. Nos habían asesinado. Me sobresalté al sentir a Héctor atrás de mí.

—Me asustaste —le dije—, ¿qué haces aquí?

—Perdón —me respondió con los ojos febriles bajándolos rápidamente, como si no se atreviera a verme—, ya sé que no debía estar, hoy, ahora, aquí. Mi lugar está entre los desaparecidos, tienes razón. Me parezco a los buitres.

—Oh, Héctor, no quise decir eso. Me refiero a tu presencia en la cocina, tan silenciosa. Nunca he querido, no me ha importado, tu participación. Yo misma no he hecho nada. Yo no soy Luis para juzgar a nadie —traté de explicar intentando corregir la frase que parecía un reproche.

—¿Qué hago aquí? —me dijo con una voz casi inaudible—. Comparto el miedo. Vengo por mi parte de miedo. Estoy acostumbrado a él y conozco sus caminos solitarios. No me pueden arrebatar mi parte.

Sentí un aire frío y cerré la ventana. Estaba temblando. Cuando volví la cabeza, Héctor había desaparecido.

XXVI

Nos fuimos acostumbrando a la travesía de corredores donde nos extraviábamos noche tras noche, como Daniel lo había hecho ese atardecer del 2 de octubre, buscando una salida, un sentido cualquiera. Como si la muerte tuviera un sentido distinto al de la vida. Y, como Daniel, doblábamos esquinas al azar, perseguidos de cerca, en una carrera precipitada, sólo para caer en trampas que nos parecían nuevas y eran las mismas de ayer y de antier, reconocidas al sentirnos atrapados otra vez.

Se volvió una obsesión reconstruir lo sucedido y, en el laberinto donde nos movíamos, todos los caminos llevaban a la muerte. La necrofilia pobló, noche tras noche, el fin de esas veladas cuyo luto se nos hizo un vicio. Que los primeros disparos hubieran salido de una de las terrazas del Chihuahua, por encima de aquélla en la cual se encontraban los oradores; que un grupo paramilitar denominado Olimpia se hubiese encargado de la provocación de esas primeras ráfagas; que un helicóptero lanzara la señal convenida para la matanza; que el general Hernández Toledo cayese el primero, herido por detrás, es decir, por las fuerzas policiacas que obedecían órdenes de matar; que los cadáveres desaparecieran, que los muchachos estaban presos, que, que y que. Todo eso había ocurrido. En pleno centro de la ciudad. Al caer la tarde. Al lado del ministerio de Relaciones Exteriores. En la Plaza de las Tres Culturas, entre las antiguas pirámides, la iglesia colonial y los edificios modernos. Habían disparado contra cinco mil personas indefensas y asesinado a más de cuatrocientas.

Surgían, de pronto, los nombres de muchachos que tal vez estuvieron ahí esa tarde. Si a algunos los olvidamos sin poder recordarlos, de otros supimos días, meses o años después, cuando salieron de prisión o volvieron a aparecer en nuestras vidas. La madre de Sara prefirió creer que su hija había huido con un hombre. Alguien la había visto en el mitin, embarazada, corriendo atrás de la carrera de Cirilo. Nadie volvió a saber de ella.

La vida, sin embargo, seguía su paso normal entre la gente. La ciudad, sorprendida al principio por la muerte de sus hijos, había vuelto a tomar su curso. El gobierno negaba los hechos tratando de borrarlos de la memoria: unos cuantos muertos, treinta a lo más, en medio de los desórdenes estudiantiles. Las fiestas saturninas habían terminado y comenzaban las de los Juegos Olímpicos. Y, como la madre de Sara, quien prefería creer a su hija al lado de un hombre para no llorarla, mucha gente prefirió creer que no hubo muertos, que la matanza no existió, que la sangre no fue derramada, que los desaparecidos nunca existieron, que ese hijo se fugó de casa, que la hija volvería algún día.

—Nunca podrán olvidar este año —nos dijo mi madre a Daniel y a mí con la sonrisa iluminándole el rostro.

—No, nunca —le respondió Daniel sombrío.

Jamás supe si Daniel había pensado en el nacimiento de su hija al responder ese «nunca», o si, como yo, sólo le habían venido a la cabeza las imágenes que formaban, para él, el 2 de octubre.

El matrimonio con Daniel me parecía tan alejado e insólito como la posibilidad de vivir un día sin él. La vida a su lado se me había hecho una costumbre más fuerte, quizás, que el amor que le tuve. A pesar de los rostros sucesivos que Daniel iba adquiriendo, los cuales me eran tan desconocidos como los de un extraño, su presencia me era indispensable como el sueño. Tal vez ese amor insensato me protegía contra cualquier otra pena que no fuera la de perderlo y me hacía sentir lejano el resto del universo: había dejado de vivir cualquier cosa, cualquier hecho ajeno a ese amor y, arrinconada en él, la vida pasaba a mi lado y me iba viviendo sin que yo la viviese.

El nacimiento de mi hija me sorprendió como todo lo que me ocurrió en esa época. Llegué al hospital para reservar una pieza y di a luz esa misma tarde. Entré sola y salí acompañada. Para siempre. Sentí una violación a mi soledad. A esa aventura solitaria que eran mis pensamientos y mis sueños. A los riesgos que quería correr y a los cuales no podía arrastrar a otro y menos a una criatura indefensa. A mi amor por Daniel. A un Daniel distinto que se inclinaba amoroso sobre el pequeño cuerpo de su hija. Un Daniel que me miraba agradecido.

El parto terminó hacia las nueve de la noche. Había durado más de dos horas. Dos horas durante las cuales mis gritos desquiciaron el funcionamiento del hospital: desperté a otras pacientes, asusté a varias y rompí la tranquilidad que guardaban sus viejos muros grises y sus jardines arbolados, hoy desaparecidos como todo el viejo hospital, la cuadra, el barrio y tantas otras

cosas en la ciudad de México que viví en esos años y hoy ya no existe ni siquiera en la memoria de sus habitantes, quienes, inclementes con ella, sufren ahora su inclemencia.

La pesadilla la desató la estupidez de un practicante que decidió aplicarme cloroformo cuando el parto ya había acabado. Faltaba una pequeña costura de una incisión hecha para facilitar el nacimiento. Yo había asistido a todo el curso de la operación con curiosidad, los dolores anunciados por el Antiguo Testamento reducidos a la medida de paganos a quienes no puede afectar la profecía. Alcancé a ver a mi hija antes de que me aproximaran la máscara de cloroformo. La rechacé al sentir que me asfixiaba. La volvieron a aplicar. Rompí la aguja con la cual me introducían el suero, me opuse a las enfermeras, me levanté una y otra vez de la plancha de operaciones, grité, lloré, golpeé. Luché durante dos horas. Me lo contaron después. Yo vi al ejército avanzar sobre el hospital, asesinar, ametrallar, matar. Vi el fuego incendiar la ciudad, vi la tierra abrirse y los tanques surgir de sus grietas. Vi la cabeza de mi hija destrozada contra el pavimento por la brutalidad de un soldado. Vi la Plaza de las Tres Culturas en llamas y a Daniel corriendo entre los corredores de lumbre. Vi de nuevo a Daniel sonreírme. Eran las nueve y media de la noche:

—Descansa —me dijo—, ya pasó todo.

—¿Está bien?

—Perfecta. Ya la verás mañana. Trata de dormir.

Me adormecí. Cuando abrí los ojos, estaba sola. Miré los altísimos muros de la pieza, sus ventanas antiguas, muy altas. Los árboles centenarios atrás de ellas. La luz que anunciaba el canto de los pájaros en el umbral del alba.

XXVII

Comenzó un largo duelo.

Con los muchachos en la cárcel, la vuelta a clases se llevó a cabo de una manera tímida y vergonzante. El movimiento había sido decapitado y en los corredores de la Universidad faltaban caras. Rostros que habían formado parte del escenario donde nos movíamos, primeros actores de una pieza de teatro de la cual sólo quedaban las comparsas, el coro, los extras. Segundas figuras intentaron inútilmente soplar vida a un movimiento agonizante. Si algunos grupos clamaban venganza, otros hacían la revisión crítica de los hechos y erigían tribunales en nombre de vagas ideologías, troskistas, maoístas, castristas y otras, tratando de renacer de cenizas que no eran las suyas. Pequeñas reuniones clandestinas, cada vez más desertadas, eran sospechosamente dirigidas entre propuestas de actos terroristas e informaciones cuya falsedad se descubría muy pronto.

El sentimiento de derrota, de la más vana de las derrotas —la de haber sido utilizados, haber muerto sin gloria ni razones, pervertida la lucha— se iba adentrando en nosotros y devastando nuestra vida. Los cuerpos de los muertos desaparecidos, los sueños asesinados, nos fuimos sumiendo en su luto sin damos cuenta: los velos del duelo nos envolvieron silenciosamente, como las sombras que se van apoderando del día y lo vencen poco a poco, como esas enfermedades que roen lentamente a su víctima borrando cualquier recuerdo de una vida sana, como se viven ciertas pasiones cuya voracidad sólo descubrimos cuando, completamente despojados de ellas, comprendemos que terminaron hace años. Como a veces llega la vejez.

Alfredo se instaló en nuestras noches suavemente. Llegaba hacia las diez, después de la cena, cuando las obligaciones del día han terminado y el tiempo se libera del rigor de sus horarios. La conversación se extiende, entonces, como el vuelo de una gaviota sobre el mar, tranquilo y sin tropiezos, sin otro límite que el del propio capricho. Tres, cuatro veces por semana, Alfredo llegaba de los más insólitos lugares, después de recorrer escuelas, institutos,

reuniones, periódicos, cárceles y amigos, para relatarnos y analizar ante nosotros las últimas noticias. Se nos fue convirtiendo en el emisario de la vida real.

—Los muchachos no tienen esperanza más que en la amnistía... o el exilio. Date cuenta, Daniel, los cargan con delitos y crímenes que rebasan los cien años, setenta más que la cadena perpetua.

—Díaz Ordaz podría intervenir —dijo Daniel—. Él sabe perfectamente que todas esas acusaciones son falsas, que los culpables son otros.

—Es demasiado soberbio para aceptar que el gobierno se equivocó. Liberar a los muchachos equivaldría a reconocer su inocencia y dar pie a la búsqueda y juicio de los auténticos responsables de la matanza —replicó Alfredo.

—Pero ellos no dieron la orden de disparar. No son ellos los culpables, sino la víctima. Y son ellos quienes están en la cárcel —le dije.

—De todos modos, no hay muertos. Nunca hubo muertos —dijo Alfredo imitando la voz y las entonaciones de Díaz Ordaz—. ¿Cuáles muertos? ¿Dónde están los cadáveres? ¿Quiénes? Denme los nombres. Inventiones de estudiantes y de gente que sólo busca desestabilizar al país, fuerzas extrañas a la nación, enemigos del pueblo y de México, de la patria y su futuro.

—Así —dijo Daniel— no les queda más que esperar el cambio de gobierno y ver si el próximo presidente tiene a bien liberarlos.

—Exacto —respondió Alfredo—, de ahí la importancia del candidato.

—Pero no es posible que asesinen a sangre fría a cientos de muchachos, encarcelen otros tantos y nadie proteste —le dije.

—Todos dicen lo mismo que tú y nadie hace nada. La prensa de todo el mundo habló de la matanza, pero los Juegos Olímpicos se llevaron a cabo con todas las delegaciones invitadas. Las detenciones siguen, aquí y allá, secretas, aisladas. La gente tiene miedo, ¿qué quieres? Una madre que ya perdió un hijo, prefiere que no le maten un segundo. A eso, añádele que el marido ha recibido amenazas en su trabajo. Años de burocracia, de agacharse, de soportar al jefe y, de pronto, ver toda su pequeña seguridad en peligro por la desaparición de un hijo que no tenía por qué meterse en donde no lo llamaron.

—Pero no es posible que todo siga igual después de lo que pasó —repetí.

—No pasó nada. Unos cuantos provocadores, algunos desórdenes. Nada más. O si quieres —añadió Alfredo después de una pausa—, no pasó nada distinto a lo ocurrido en otros sexenios y por lo que nadie protestó tampoco. ¿Cuál es el presidente mexicano que ha salido con las manos limpias de sangre? La matanza de los ferrocarrileros, la de los campesinos en San Luis,

para decirte sólo las inmediatamente anteriores. Ésas cuyo recuerdo todavía deja dudas y puede hacer pensar que sí sucedió. Antes de que nos escriban la Historia.

—Es la vida real en toda su crudeza —dijo Daniel.

—La *real politik* —respondió Alfredo, quien no conocía la terminología de Daniel, él mismo un personaje de lo que era la vida real para nosotros.

Alfredo había crecido en la ciudad más triste del país: el polvo y la lluvia acompañaron los años de su infancia en ese pueblo grandote que era la capital del más pobre de los estados. Es raro ver sonreír a la gente que llega de allá: la tristeza parece haberles calado hasta los huesos y su piel ha absorbido el color grisáceo de las tolvaderas que recorren las callejuelas del pueblo, venidas de las inmensas tierras agrietadas y secas que lo aíslan del resto del mundo y en donde no crece nada. Alfredo nunca nos contó, entre tantas noches como pasó a nuestro lado, nada de su vida personal: surgía del fondo de la noche y se iba al clarear la mañana. Como apareció un día en nuestras vidas, venido del fondo de su provincia, partió una madrugada sin que nunca volviéramos a saber de él.

—La *real politik* obedece a otras reglas, a otra moral. La del poder, la de la lucha por esa pasión, tal vez la más fuerte de todas las pasiones —pronunció lentamente Alfredo, reconociéndose, sin quererlo, atacado por los gérmenes de esa enfermedad.

—Como la vida real. Como lo real —completó Daniel sonrojándose al descubrir en Alfredo el vicio del poder.

Me reí de la indiscreción de Daniel y pregunté:

—Y lo real, ¿es bueno o es malo?

Alfredo se nos quedó viendo perplejo, ruborizado a su vez por lo que creía una burla de nuestra parte.

—Ni de izquierda ni de derecha —dijo Daniel—, aunque los maoístas digan lo contrario.

—Entonces es inocente —le respondí.

Ajena a nosotros, la vida real transcurría. Agazapada en los rincones, atrás de las puertas, en el umbral de las ventanas. Dispuesta a saltar sobre nosotros. A atraparnos por fin de una vez por todas. A hacer de nosotros otros más de sus personajes. Y el espacio del amor se nos iba acabando roído por ella.

XXVIII

Alberto llevaba semanas huyendo del odio personal de Díaz Ordaz. Había conseguido escapar a la red tendida por sus esbirros escondiéndose en un laberinto urbano donde cualquier rastro de la vida, como la conocemos, se pierde. Sus largas borracheras le habían dado acceso al mundo subterráneo de teperochos, mendigos y prostitutas para quienes no existen el día ni la noche, el paso del tiempo se ha esfumado de sus vidas y los recuerdos se les extravían en las lagunas de una memoria que, como la de los viejos, pertenece a una persona que ha dejado de ser. La suciedad y los andrajos fueron el mejor disfraz para Alberto en ese mundo donde no pueden existir los delatores ni los espías. Alcantarillas, sótanos abandonados, edificios derruidos, fondos de bodegas son los refugios de estos hombres y mujeres para quienes la madrugada y su luz mortecina son el mejor reposo para sus nervios. Entre estos hombres del alba, Alberto pudo encontrar el escondite perfecto ante la persecución policiaca; entre ellos encontraría, muchos años después y a lo largo de una doble vida, el escondite a sus angustias, a sus sucesivos fracasos amorosos y a los recuerdos que lo asolaban.

—Me voy a Chile, no sé cuándo regrese ni si regrese algún día —decía Alberto a dos jóvenes—. Tengo entendido que el rector se encargó de arreglar el asilo con la embajada. Salgo hoy mismo. Me llevan de aquí al aeropuerto en un auto de ellos.

Me sorprendió su voz ronca, pausada y suave, a la cual nunca podría acostumbrarme y siempre me asombraría, a pesar de reconocerla inmediatamente entre cientos de otras voces, a miles de kilómetros de distancia y a través de años de separación.

Como los otros, yo iba, si no olvidando, sintiendo cada vez más lejano todo lo que había pasado. La vida retomaba su curso, acostumbrándonos con su paso aparentemente igual a soportar el duelo donde nos hundió una tarde: calmada la cólera, la desesperanza convertida en cinismo, íbamos haciendo nuestro el rostro que nos impuso.

El encuentro intempestivo con Alberto, la persecución de la cual era víctima, su exilio forzado, la vida en un país desconocido de donde no podía saber si volvería, me devolvieron de golpe varios meses atrás, antes de que comenzara la huelga. Volví a ver a Alberto sentado en el café de la facultad discutiendo sobre la poesía de Pound y de Thomas con un escritor y conmigo. Lo vi caminando en el corredor al lado de su primera mujer, todavía enamorado de ella con pasión, incapaz de tolerar la idea de la separación, sin saber que muy pronto se alejarían uno de otro por su propia voluntad, los ojos de ella habitados ya por los gérmenes de la locura que habría de consumirla. Lo recordé bailando, alegre, en una fiesta. La vida abierta, inmensa, delante de él como un tiempo sin rupturas. Riendo, seguro de su espacio: ese espacio del cual hoy se encontraba despojado, su tiempo hecho añicos, las puertas cerradas en uno y otro de los pasillos del laberinto a donde había entrado sin percatarse. Me vi a mí misma, apenas unos meses atrás, recorriendo las noches con Daniel, enamorada de él, la esperanza vasta como los sueños que forjábamos: y todo eso quedaba ahora tan lejos que me pregunté, con un escalofrío, en qué nos habíamos convertido, qué dejamos de ser, qué nos perdimos, estremecida por el exilio de Alberto, su alejamiento de todo lo que amaba, su tiempo usurpado, abandonado su lugar, rota su vida. Sin imaginar que yo misma partiría un día, lejos de esa patria que son los amigos, por mi propia voluntad, buscando el olvido de mí misma, sólo para ver surgir, más nítido, el amor que les tuve y me recuerda quién fui.

Vi caminar a Alberto hacia el ascensor. Su mirada evasiva se cruzó con la mía. Le deseé buen viaje en un murmullo.

Años más tarde, otro presidente de México me contaría cómo, de todos los líderes, Alberto era tal vez el único a quien Díaz Ordaz deseaba ver muerto. La libre insolencia de sus palabras desgarró una investidura que el presidente creía encarnar y sólo disfrazaba al liberto: todo su poder no le era suficiente para borrar un pasado hecho de sombras y ecos, silencios y antesalas, humillaciones e impotencia. Sentirse descubierto, ver su poder desmoronarse aunque no fuera sino ante los ojos de una sola persona, le era intolerable. El antiguo esclavo se aleja de sus compañeros de cadena como el criminal de sus cómplices. Se suprimen los testigos de la vergüenza, se cierran las puertas a los familiares que no olvidan, se asesina a quienes recuerdan. Pero no se puede asesinar los recuerdos.

XXIX

—Hace una semana internamos a Héctor en el manicomio.

Con un tic en los ojos, acabando apenas de saludarnos, José, el hermano mayor de Héctor, dijo la frase a quemarropa.

José pareció encantado de nuestro asombro, se sonrió y sin esperar respuesta alguna de Daniel o mía:

—Se puso muy violento y atacó a mamá. Decía que lo atacaban los aviones. Vivimos cerca del aeropuerto y todo el santo día y toda la noche se escucha el ruido de despegues y aterrizajes. Pero, la verdad, no es para tanto: uno se acostumbra. Hay miles y miles de personas que soportan perfectamente ese ruido, incluso saben la hora con los vuelos... aunque a veces te equivocan con los retrasos. En fin, calmamos a Héctor y mamá le dio unas pastillas bastante fuertes para dormirlo. No había pasado ni una hora cuando empezó a delirar de nuevo. Parece que Luis lo acusa de homosexual. Mamá no quiere que Héctor vuelva nunca a ver a Luis. Siguió el delirio y tuvimos que llamar una ambulancia. Directo al hospital, en donde lo durmieron con una dosis para elefante. Ya en la mañana, papá llamó a un psiquiatra o psicoanalista que le recomendaron y éste decidió su internamiento. Parece que es un buen hospital privado: tiene fama entre los locos de ser bastante siniestro —agregó José con una carcajada—, pero te curan. No se le pueden hacer visitas, así que yo me encargo de tenerlos informados.

José nos miró satisfecho, después de lanzarnos todas sus palabras a una velocidad que apenas le había permitido respirar. Se arregló el bigote con los dedos y trató de calmar el tic de sus ojos, mientras se acomodaba en el sillón, orgulloso de lo que acababa de decirnos y de la locura de su hermano.

Daniel se le quedó viendo, todavía aturdido por la información, incapaz de reaccionar.

—Pero, ¿cómo empezó todo? No puede enloquecer nadie, así, de repente, a la mitad de la noche —le dije tratando de comprender al mismo tiempo la

actitud de José.

—Además, Luis nunca lo acusó de homosexual. Yo hablé con Luis de ello, porque Héctor me lo había contado hace tiempo. Era parte del delirio de Héctor, José. Estoy seguro —consiguió decir Daniel.

—No lo dudo —dijo con una mayor satisfacción José—, no lo dudo. A mí, personalmente, Luis me parece un tipo razonable, pero, ¿qué quieres? Explícale eso a mamá. Ya sabes cómo son todas las madres. Siempre van a encontrar otro culpable de las locuras de sus hijos, sin contar con que Héctor es su preferido. Y en este caso se puede hablar de verdadera locura. Así lo diagnosticó el doctor, un tipo bastante caro, pero que pertenece a todas las asociaciones y escuelas psicoanalíticas y psiquiátricas de México. Un verdadero gángster, pero papá está orgullosísimo de poder recurrir a él. Y mamá lo ve como a un brujo, capaz de devolverle su Héctor sano de cuerpo y mente en las dos semanas que prometió. Le están metiendo todas las pastillas que puedas imaginarte y andan hablando de la posibilidad de unos electrochoques.

—Pero si están prohibidos —exclamó Daniel, mientras yo veía la importancia que José transpiraba por todos sus poros al informarnos de la locura de Héctor.

—Solamente en los hospitales públicos, mi querido Daniel. En los privados siguen aplicándose y cuestan una fortuna. El eminente doctor le explicó a mi padre que si no los aplican en el manicomio público es porque le salen muy caros al Estado.

—¿Y en qué hospital está?

—En una clínica. La Santo Tomás. Ahí los hacen creer lo que quieren. Tiene una antesala de lujo para los parientes de los enfermos: muebles ultramodernos de cristal y cromo plateado, plantas, cuadros, alfombra y tapices, sin contar el aire acondicionado. La recepción, igualmente elegante, con una secretaria que te da discretamente la factura antes de que terminen de internar al presunto loco al cual, evidentemente, tratan de paciente. Los consultorios, en donde nunca se habla de dinero, en caobas y cristal, con ceniceros de diseño y ramos de flores soberbios. Mamá está segura de que le van a devolver a su hijo con más cordura de la que tenía antes. La pobre no se asomó a los cuartos en donde tienen a los enfermos. Está prohibido, obviamente. Cuestiones de tratamiento. Yo me introduje diciendo que iba al baño y me hice el extraviado. Me descubrieron rápidamente, una enfermera que más parecía un gorila que una mujer, pero alcancé a ver detalles, o más bien ninguno, porque ahí ya no hay detalles de decorado: inmensos

dormitorios, con camas alineadas en vil fierro, los locos amarrados en las camas, un olor pestilente digno de las cloacas, suciedad, aullidos y focos pelones colgados del techo. Ventanas enrejadas, en fin, la parafernalia completa. Si papá hubiera visto el interior, maravillado como ya estaba con la entrada, seguro que me ordena que deje los estudios de odontología por los de psiquiatría. Un negocio redondo. Sin contar con que el doctor, con más tacto que un simple sacerdote, no sólo te da la absolución de las culpas que crees tener por la locura de tu hijo o pariente, sino que te justifica y encuentra otros responsables adecuados, por ejemplo, los amigos, la sociedad, el tipo de estudios, el exceso de lecturas, en fin, todo eso que molesta a mamá de Héctor y lo aleja de ella. Está feliz: Héctor volverá a sus brazos como un bebé, perfectamente empastillado e idiota, con instrucciones del doctor de obedecer a papi y a mami.

—Un tipo deslumbrante como Héctor, una inteligencia como la suya... No la pueden destruir de esa manera, no tienen derecho —le dijo Daniel.

—Convence de ello a papá y al doctor. De todos modos, algo tenía que hacerse: Héctor cree que los aviones lo atacan, él agrede, cree oír voces, sufre insomnios y, para decirlo de una vez, está loco —terminó José con una carcajada.

—Lo van a dejar idiota —repitió Daniel, atónito ante la actitud de José.

—Más de lo que ya está, no creo. No les da tiempo en dos semanas y el doctor prometió que en quince días lo daba de alta. Simplemente lo van a calmar. Entre nos —explicó José bajando la voz y volviendo la cabeza como para asegurarse de que no había nadie más que nosotros— con tantas benzedrinas como se tragó Héctor. Añádele un poco de marihuana y unos honguitos... Pero, quería llegar a estados alucinantes. Yo se lo advertí: las anfetaminas son peligrosas. Contra la marihuana no tengo nada. Yo mismo la fumo y mira cómo estoy. Ah, a propósito, no se les vaya a ocurrir hablar a casa. Mamá no quiere que se sepa la locura de Héctor. Ya sabes, el qué dirán. Los prejuicios contra la locura. La pobre cree que es una vergüenza familiar la enfermedad de Héctor. Una especie de lacra social. Algo peor que una lepra u otra enfermedad contagiosa.

—No te preocupes —le dijo Daniel—, confía en mi entera discreción. No comentaré con nadie el asunto y te agradezco la confianza. Ni siquiera a Luis...

—Luis ya sabe —lo interrumpió José—. Pasé hace tres días a contarle el asunto. Sólo me faltaban ustedes, pero como no tienen teléfono, uno nunca puede estar seguro de echarse el viaje en balde.

Daniel me habló esa tarde durante varias horas de Héctor. Me contó de sus exploraciones en los territorios del miedo. Me repitió algunos versos escritos por Héctor. Abrió los *Cantos* de Pound para buscar la línea en la cual se refiere a sus seis años de encierro en el St. Elizabeth. Releyó las cartas de Artaud a su mujer. Me hizo sentir culpable de mi salud mental y mi falta de melancolía durable cuando me relató las largas depresiones de Virginia Woolf. La inteligencia, soledad en llamas, confundida con la locura en cuyo umbral vacila. La incomprensión ante la aventura del pensamiento cuando alza su vuelo solitario. La aceptación de un marginamiento que da acceso a los destellos del genio. Sospeché entre Daniel y Héctor una complicidad sellada por la locura. Me sentí excluida, no por ellos, sino por mi falta de locura, mi incapacidad para delirar. Hubiera querido tener acceso. Pensé en las pobres páginas que yo escribía, donde contaba cosas que cualquiera podía vivir y entender.

La carcajada de José me despertó esa noche. Había tenido una pesadilla: Héctor estaba amarrado con cuerdas y cadenas en un rincón. Sus ojos dementes habían perdido la vista. «Sí, estoy ciego —me murmuraba en secreto—, pero veo lo que nunca verán tus ojos.» Me vi a lo lejos acercarme a una luz intensa, hecha de lumbre, que me quemaba los ojos. Descubría, entonces, con terror, que estaba ciega y sólo la más oscura de las noches penetraba en mis ojos como un silencio. Me desperté sudando al oír los ecos de la risa de José.

XXX

En esos años todavía quedaban vestigios del pasado esplendor de la colonia Guerrero. A pesar de la gris suciedad de sus muros y de sus callejuelas, podían verse, a través de los portales labrados en el más fino de los barrocos, patios de azulejos con fuentes de mármol en su centro. Si el suntuoso espacio de sus edificios había sido pulverizado por las numerosas personas que habían hecho de una pieza un multifamiliar, las amplias escalinatas evocaban años mejores. Si todavía era fácil toparse con un pequeño jardín poblado de palomas, al frente de una pequeña iglesia colonial, auténtica joya de arquitectura, el despojo y la vejez habían arrasado el lujo de antaño de esas construcciones. En sus interiores habitaban pequeños comerciantes de mercados cercanos, familias escapadas de vecindades sin electricidad ni agua corriente, gente venida recientemente del campo, personas atrapadas entre esos muros por la pobreza y el cambio intempestivo de la ciudad, algunos ancianos que no vieron llegar el progreso como no habían visto la lenta decadencia y el desplome de sus antiguos caserones.

—Quinientos pesos en efectivo y por adelantado. Además, una firmita de cada uno de ustedes en esta hoja. Puede presentarse un problemita y nunca está de más... La ley primero que nada.

Nos habíamos bajado del autobús enfrente de la iglesia de San Fernando. Temprano por la mañana, todavía podía respirarse el aire fresco de la noche. Vi el rocío sobre los rosales y los arbustos del jardín que rodeaba la iglesia.

—¿Te dijeron que quinientos pesos?

—Eso le cobraron a ella hace apenas un mes. No pueden haber subido el precio tan rápido —le respondí a Daniel mientras caminábamos buscando la calle.

Tocamos a una puerta de metal. Nos recibió una mujer malhumorada quien nos preguntó de parte de quién veníamos, revisándonos de arriba a abajo con la rapidez de los policías y los marginados de la ley, dos resultados

de la paranoia similares. Se sonrió de nosotros y nos pasó a un despacho sórdido, donde esperamos al doctor.

Daniel entregó los quinientos pesos en billetes de cien. Lo vi dudar al leer la hoja que le entregó el doctor.

—Prefiero que firmes tú primero —me dijo al oído, mientras el doctor guardaba el dinero en un cajón bajo llave.

La intervención, decía el texto, era llevada a cabo con nuestro consentimiento y bajo nuestra entera responsabilidad. Firmé y la pasé a Daniel.

—¿Cuándo me operan?

—Enseguida —respondió el médico.

Sentí un alivio al pensar que todo terminaría rápidamente. Esa misma mañana. Los últimos días habían aumentado las náuseas y sentí el paso del tiempo más acelerado que nunca, mientras mi organismo llevaba adelante su desarrollo irreversible, fuera de cualquier control de mi voluntad. Irremediable en las pesadillas que tenía por las noches, en donde el embarazo había alcanzado siete u ocho meses. Me veía cargada de hijos, habitando un pequeño departamento entre llantos de niños, olor de cocina y ropa tendida en el balcón.

—Usted se me queda aquí —dijo la mujer a Daniel señalándole una silla de plástico en una diminuta antesala donde esperaban un tipo de edad y una joven.

Seguí a la mujer por una escalera estrecha a un segundo piso. Me indicó otra pequeña sala con tres sillas y le dijo a una muchacha que la siguiera.

—Sigues tú —me dijo—, en cuanto acabemos con ésta.

Sentí las náuseas volver. Hubiera querido que dejaran subir a Daniel. Quién sabe cuánto tiempo iba a esperar en esa antesala. Sin contar con la espera en una recámara, donde seguramente me harían tomas de sangre...

—Es tu turno.

No habían pasado quince minutos. Me quedé sorprendida cuando vi en una camilla a la mujer que salió de la antesala cuando yo llegué. Pensé que apenas la iban a operar. Pero no: salía de la sala de operaciones a donde yo entraba.

Me dejaron sola un momento. Las náuseas habían pasado, pero sentía frío, el frío de las paredes de mosaico, el metal de los aparatos, el plástico de la planta de operaciones. Vi una cubeta con sangre al lado de un lavabo.

—Pero, ¿qué haces? Todavía no te desnudas —preguntó a mis espaldas la voz de un hombre.

—No encuentro la bata —balbuceé—, no sabía dónde poner mi falda. ¿Dónde me desvisto?

Otros dos hombres entraron acompañados por una mujer, seguramente la enfermera.

—Aquí mismo. Si no, ¿dónde crees? No estás en un hospital de lujo, chiquita. Pero, apúrate, hay cola afuera.

Comencé a quitarme la falda, tratando de no verlos, de no ver cómo me miraban. Hubiera querido salir, mandarlos al diablo, irme. Pero pensé en el trabajo irreversible y continuo de mi cuerpo. Me quité las medias y titubeé.

—Quítate todo.

Sentí que enrojecía.

—No te hagas —me dijo la mujer—, si así lo hiciste. Además, en cueros es más fácil el trabajo.

Oí sus risas y terminé por desnudarme bajo las miradas de los cuatro. Me enderecé completamente pálida, helada. Mi orgullo fue más fuerte que mi vergüenza. Me desnudé, sin saber que al mismo tiempo me despojaba de cualquier pudor, de su secreta sensualidad.

Abrí los ojos y vi a Daniel, de pie, junto a la cama en donde estaba acostada.

—Descansa —me dijo—, ¿no tienes frío?

—No, estoy un poco mareada.

—Ah, ya se despertó. Se me viste y me desaloja la pieza —nos dijo la mujer que había asistido a la operación—, hay otras esperando en las camillas.

Me vestí como pude, deseosa de abandonar cuanto antes la clínica y la humillación que sentía.

Estaba todavía mareada por la anestesia y la pérdida de sangre cuando volvimos a recorrer las callejuelas de la colonia Guerrero.

—Tengo hambre —le dije a Daniel.

Me sonrió y nos encaminamos hacia Reforma en busca de un Sanborn's: el apetito y los antojos me habían vuelto. Me sentía aliviada de un enorme peso: casi feliz. Libre.

No comprendí sino semanas más tarde, cuando Daniel volvió a hacerme el amor, que la vida real me había arrebatado el primer eslabón del amor: el deseo que sentía por Daniel se me extinguió en el cuerpo esa mañana de enero.

XXXI

Había pasado durante años, a lo largo de toda mi infancia, frente a ese edificio colonial, escondido tras los árboles centenarios que bordean el último río visible en la ciudad de México. Al menos en ese corto trayecto donde linda con los viveros de Coyoacán. Entre ese tramo del río Churubusco y el oasis de los viveros, se extiende la fachada, entonces color ocre, del que durante años creí un viejo convento.

«Es la cárcel de niñas: Ahí las corrigen —me dijeron— con métodos probados desde la Colonia. Están a cargo de hermanas de la Caridad quienes las forman como en cualquier internado. Si hay algunas niñas perversas, porque las hay, la mayoría son víctimas de la orfandad o de malos padres.»

Nunca había pensado que existiera una cárcel para niñas. La frase dormitó en mi cabeza durante varios días. No conseguía siquiera imaginar los interiores de ese edificio que, hasta entonces, me había parecido hermoso. Las rejas de sus ventanas, el vacío de las salas que daban a la calle, la tenue luz eléctrica de las ventanillas del último piso, en donde nunca vi asomarse a nadie, son los únicos detalles que pude imaginar porque los vi. No sé por qué me parecía inaudita la existencia de una cárcel para niñas.

No me sucedió lo mismo con el Tribunal de Menores. Tal vez porque lo vi desde chica. Quizá por lo eufemístico de su nombre. O porque me era más fácil concebir la maldad en los chiquillos, a los cuales veía jugar en los vecindarios, despiertos y maliciosos, que en las niñas en harapos, siempre tristes, agazapadas en un rincón viendo jugar a sus hermanos a las pedradas. Sentía algo obsceno en la maldad y la prisión de niñas. Apenas inquietante, en cambio, me era la visión del Tribunal de Menores: un edificio moderno ubicado en la avenida Obrero Mundial, cuyos patios y jardines interiores alcanzaba a ver desde la azotea del inmueble en donde pasé mi infancia y desde donde, fascinada, traté muchas tardes, inútilmente, de distinguir los rasgos y la expresión de los adolescentes ahí encerrados.

En la cárcel de niñas, como en la de muchachos menores de edad, era tal vez el disimulo de sus muros, la hipocresía de sus fachadas, lo que me perturbaba. Bajo la apariencia de edificios cualesquiera se escondía y se negaba, así, la existencia misma de esas prisiones de menores. Quedaban atrapados en el olvido, la más secreta de las trampas.

Muy distintas las gigantescas prisiones que, en los confines orientales de la ciudad de México, se levantaban en todo su horror de murallas, cemento, torres de control, rejas, alambrados y vigilancia armada. La cárcel de mujeres a la derecha, la de hombres a la izquierda. Más vastos los campos que aislaban esta última, más altas las paredes de la otra y más secreta su vida interna. Con la visión de las dos cárceles terminaba, entonces, ese extremo perdido de la ciudad. Ahí donde empieza la carretera a Puebla: a la mitad de su trayecto pueden verse a lo lejos las granjas para los locos, último refugio del cual sólo saldrán muertos pues, incurables, su cadena es perpetua y su encierro es doble: las puertas de su razón, como las de su celda, han sido canceladas.

La cárcel preventiva de Lecumberri, donde muchos de los presos terminan por cumplir sus condenas esperando un veredicto, estaba en el corazón de la ciudad. Sus muros carecen de ventanas y su arquitectura recuerda algunas de las imágenes de Piranesi: sus corredores y galerías conducen siempre al centro, esa torre de vigía que gira sobre sí misma. En ese edificio guardan hoy los archivos de la nación.

Los presos políticos del sesenta y ocho estaban encerrados en Lecumberri.

Habían vuelto a permitir las visitas, normalmente, después de la balacera con la cual trataron de liquidarlos arguyendo una riña entre distintas secciones de prisioneros. Las visitas se hicieron, poco a poco, costumbre y fiesta. El marginamiento que implica la cárcel, su degradación y el estatuto de paria del prisionero, desaparecieron con la presencia de los presos políticos. Un ambiente de romería se fue creando los domingos, cuando llegaban los visitantes, parientes, amigos, esposas, amantes, novias, hijos. Las visitas conyugales dieron lugar a divorcios, pues algunas revolucionarias consideraban un deber entregar su ternura a los prisioneros. Algunas historias de amor, que todavía duran, comenzaron entre esos muros.

Un domingo acompañé a una amiga a visitar a su hermano, un preso del orden común, encarcelado por droga. Me encontré con Ignacio y con Carla quienes habían tomado la costumbre de ir a comer los domingos a Lecumberri.

—Paso en la semana por Daniel y por ti, para que vengan a cenar a casa de Carla —Ignacio titubeó, antes de añadir—: ... y mía.

Vi a Carla instalarse en el patio y descubrir un enorme canasto del cual sacó todo lo necesario para una barbacoa: la carne de cordero envuelta en hojas de plátano humeantes, las tortillas calientitas, las salsas roja y verde, chiles verdes frescos, aguacates, cilantro, chicharrón. Los muchachos se gritaban de un grupo a otro, alrededor de las canastas de comida, el olor a paella, el mole de guajolote, los tacos al pastor, el lomo adobado, la tinga, los frijoles negros refritos. Circularon algunas botellas de ron que se habían introducido a escondidas o con una «mordida». La gente hablaba de su proceso, del futuro, de la salida, del exilio, de sus estudios. Se contaban los sueños en voz alta.

Sentí que salía de un largo encierro, ahí, en un patio de Lecumberri. Llevaba meses sin ver a nadie, al lado de Daniel cada vez más distante, sumergido en inquietudes que me eran ajenas y a las cuales ya ni siquiera trataba yo de ver a través de sus ojos. Un velo había sido corrido. Los sueños se me habían ido achicando a la medida de esa prisión que iba cerrando sus puertas a mis lados y no era sino mi vida durante los últimos meses: el mandado, un tapiz, un par de sábanas, una cómoda, una cuna, un televisor, más dinero y toda esa banalidad cotidiana sin más sueño que el de los objetos comprables, sin más deseo que el de las cosas, sin otro futuro que el de la vida al contado y la muerte a plazos fijos.

XXXII

—Amor sin futuro no es amor —recitó suavemente Daniel, con la voz pastosa y la mirada vaga. Las botellas vacías se iban acumulando sobre la mesa en donde quedaban los restos de los antojitos de la cena.

—Pues, entonces, mi querido Ignacio, no hay amor entre tú y yo — exclamó Carla con todo el volumen de su voz de actriz, la cara apoyada en sus manos muy largas, los codos sobre la mesa, sin más movimiento que el de su boca, los rasgos de su cara inmóviles. Se respiraba una violencia sorda en sus palabras, un deseo de herir a Ignacio y de destrozar cualquier sentimiento noble entre ellos. El alcohol había ido desencadenando en ella una furia ciega.

—Es sólo un verso, mi reina, es sólo un verso. El pobre de Neruda no supo nunca amar —le dijo Ignacio riéndose y tratando de calmar su ira.

—Y me dice esto un poeta. Se dicen poetas y luego me vienen a decir que sólo se trata de unos versos. No, Ignacio, no hay amor entre tú y yo. Y no sólo porque no hay futuro posible para nuestro amor. Sino porque gente como tú y yo no tiene futuro. Ni presente.

La voz de Carla invadía y dominaba todo el espacio. El mentón apoyado en sus manos, le pidió a Ignacio que le encendiera un cigarrillo que él puso en los labios de ella, ante el gesto imperioso de su boca.

Habíamos asistido a una pieza de teatro donde Carla tenía el papel principal. Auténtico *tour de force*, toda su actuación se llevaba a cabo en la misma posición que conservaba delante de nosotros: sentada, con los codos en la mesa y la cara entre las palmas de sus manos, hablaba, cantaba, lloraba y reía, antes de desplomarse sobre la mesa al caer el telón.

—Ella está espléndida —nos había dicho Ignacio—. Pero la pieza es un horror y el director un cursi que mantiene relaciones paternales con todos sus actores y actrices, quienes lo miran como a un dios sin darse cuenta de su atraso de cien años en técnica teatral. Me duele verla en ese medio de teatro de actores y directores subvencionados, parásitos del arte y del gobierno, sin salir nunca del cascarón universitario.

—Es un buen director y un magnífico dramaturgo —había dicho Daniel siempre conciliante cuando no se trataba de asuntos que concernieran su persona.

—Un dramaturgo de provincia, Daniel. Siempre en busca de la tradición más superficial y folklórica, incapaz de ver más allá del colorido de las plumas de nuestros pobres indígenas y los villancicos de las pastorelas a las cuales reduce tres siglos de civilización colonial. Y eso es lo que él llama tradición... Y como director, Dios mío, nadie ha conseguido acabar con tanto actor. Es lo único que puede reconocérsele. Es su medio el cual me separa de ella —concluyó Ignacio encontrando, como todos los enamorados, un culpable ajeno a los caprichos de Carla que tanto lo hacían sufrir.

Las borracheras consuetudinarias de Carla, sus escándalos, sus amenazas de suicidio, sus devaneos con el pasado, el desfile de sus amoríos, todo eso que hacía reír a Ignacio como un creador ante su creatura, iban usando su amor.

El nacimiento del hijo que había tenido de René, al cual Ignacio cuidaba como si fuera el verdadero padre, sólo era para Carla un arma más en su guerra contra René. Después de asegurarse del parecido físico del niño con René, Carla había atribuido la paternidad a los sucesivos amantes con quienes, en su delirio, se vengaba del abandono de René y de su negativa a reconocer legalmente a su hijo. Amantes a quienes despedía con la misma frase: «No eres sino un nombre más en la agenda de René».

—Cada vez que veas a uno de tus amigos, cada vez que les hables, cada vez que intentes escapar de tu inmensa soledad, te acordarás de mí —había dicho Carla a René en una de las múltiples disputas de la ruptura.

Promesa escrupulosamente cumplida por Carla, pero que si hacía daño a René, a ella la iba destrozando. Acaso el amor de Ignacio, completamente ajeno al mundo de René y al de ella misma, le permitía respirar un aire más puro. Pero como los drogadictos, el vicio de Carla por su obsesión la llevaba a confundir, en el paso por los bajos fondos de sus borracheras, la identidad de Ignacio con la de René y a reprocharle ofensas que no le correspondían.

—Carla, mi Carla. No vale la pena enojarse contra los recuerdos. Menos aún contra unos amigos que te quieren. Siéntate Daniel. No se van a ir tan pronto. Nos quedan todavía varias botellas y la función apenas comienza. A las cinco de la mañana en punto.

Carla hizo un gesto de amenaza y trató de levantarse pero volvió a caer en su silla. Bebió el ron de un trago y extendió su vaso. Ignacio volvió a llenarlo.

La casa daba vueltas alrededor mío. Seguí escuchando sus voces sin poder comprender de qué hablaban. Vi a Carla estrellar su copa contra el borde de la mesa y la oí decir que iba a suicidarse. Ignacio le quitó los restos de la copa de la mano y le sirvió un poco más de ron en otro vaso. Me dejé arrullar por sus voces y me adormecí, sentada en la mesa. Cuando volví a abrir los ojos, el sol entraba a raudales en la pieza. Eran las diez de la mañana. Tardé algunos segundos en recordar que era sábado y que mi hija estaba en casa de mi madre. Vi a Daniel tratar de intervenir en el monólogo de Carla, siempre en la misma posición, mientras Ignacio reía. Sentí que la cabeza me estallaba y pedí un vaso de agua.

—Tómame un trago de ron, es lo único que puede recuperarte de la cruda —me dijo Ignacio sirviéndome más alcohol en mi vaso aún con los restos del ron de la madrugada.

—De golpe —me dijo cuando aproximé la copa a mis labios.

Sentí que ardía por dentro y que las llamas subían por todo mi cuerpo hacia la cabeza. Respiré con todas mis fuerzas tratando de controlar el rechazo de mi organismo al alcohol. Una sensación de bienestar me invadió, mientras me deslizaba en un mundo más suave. La ansiedad quedaba muy lejos y el tiempo latía, por fin, a mi ritmo, otorgándome la sensación de un presente absoluto.

Algunos pétalos del ramo de rosas rojas, cuya fragancia se esparcía entre los rayos de luz de esa radiante mañana, caían de cuando en cuando en la mesa. Vi a Carla levantarse una y otra vez a poner el mismo disco, unos viejos boleros de Agustín Lara cantados por Rebeca, la más secreta de sus intérpretes. La música parecía servirle de sueño. Daniel dormitaba.

Ignacio seguía con sus ojos cada movimiento de los labios y de los ojos de Carla, de su cuerpo, de su respiración. Daniel despertó y comenzó una nueva discusión sobre algunos poemas que Ignacio evocaba, su prodigiosa memoria hecha de versos leídos de una vez para siempre. Carla interrumpió, despertando de pronto de la ensoñación en donde se había refugiado con las canciones que le contaban su pasado como quería oírlo.

Me di cuenta, entonces, que asistíamos a una representación, incesante y repetida, de una pieza de teatro noche a noche puesta entre Ignacio y Carla. Ritual aprendido de memoria. Con cada uno de sus gestos y palabras se reviven los recuerdos sólo para volver a olvidarlos y se rencarnan pasiones ya apagadas para mejor enterrarlas. El pasado cada vez más lejano, sus cenizas más ligeras. Un simple soplo bastaría para esparcirlas entre el viento. El ceremonial cumplía así el doble papel de invocación y exorcismo.

El alcohol engulló, voraz, las horas que vivimos ese fin de semana. Como devoraría, de un trago, los largos años en los cuales, como los sobrevivientes de una catástrofe, busqué entre sus restos lo que estaba irrevocablemente perdido.

Soñolientos, arrugados, el cuerpo deshecho por las olas de esa borrachera en donde flotábamos como en un mar, Daniel y yo partimos de casa de Carla, todavía envueltos por el hechizo de esa larga noche que había visto la luz del día. Del ramo de rosas no quedaban en el florero más que sus tallos cubiertos de espinas: los pétalos, marchitos, cubrían la mesa. Un vago perfume titilaba entre las bocanadas de alcohol y humo donde se hundía la noche.

XXXII

Era el mismo.

Ninguna nueva luz iluminaba de una manera distinta los objetos que sus ojos veían. Ninguna sombra oscurecía sus amistades, su vieja angustia, la ironía con la cual hablaba de su desapego de las cosas y los seres. Sus manos temblaban como antes. Pero el temblor no correspondía a esos dedos ahora regordetos, de cura de pueblo, sin más inquietud en su confesionario que la de su chocolate caliente en la merienda. La única diferencia eran esos treinta kilos de más que lo disfrazaban bajo el exceso de carne rodeándole el cuello, el pecho, el vientre, los brazos, las caderas, los muslos. Los ojos sumidos entre los cachetes. Era la única diferencia: su cuerpo. Un cuerpo ajeno a Héctor, distinto al que el tiempo va labrando con la edad y termina por dar a los viejos cuyos antiguos rasgos descubrimos entre las arrugas y el peso de los años. Un cuerpo extraño de donde surgía la voz de Héctor.

—Son los medicamentos. Calmantes y más calmantes. Te ceban como a un cerdo y pasas el tiempo dormitando en la cama.

Habían pasado más de tres meses desde que su hermano vino a anunciarnos el internamiento de Héctor en un hospital. El eminente doctor había tardado más de lo convenido con sus admirativos clientes, pues las dos semanas prometidas se habían convertido en tres meses.

Daniel se quedó callado mirando el cuerpo de Héctor, tratando de descubrirlo bajo ese disfraz de circo. De su silueta larga y esbelta no quedaba rastro: parecía incluso menos alto, con una gordura que no le iba, ajena como un traje prestado.

—Estuve loco, ¿qué quieren? —agregó sonriéndose como si nos hablara de una mala borrachera o de un viaje sin motivo.

Si Daniel sospechó el dolor y la decepción en la afirmación de Héctor, a mí me sorprendía esa identidad resguardada a través de su paso por la locura, oculta bajo un cuerpo nuevo, pero que correspondía con el Héctor de antes. Como si nada hubiera pasado. Una simple ausencia. Como si un resucitado

nos hablara de la muerte con la indiferencia que se da a un retraso imprevisto o un pequeño trastorno.

—Pero —balbuceé temerosa de que Daniel me reprochara mi indiscreción y de ver escabullirse a Héctor—, ¿cómo comenzó tu... locura?

—No sé. No me acuerdo. Tengo una laguna que cubre algunas semanas anteriores a mi ingreso en la clínica. Como si hubiera dormido durante todo ese tiempo y hubiesen pasado apenas unas cuantas horas. Me desperté pensando que acababa de verte, de telefonar a Luis.

—Cuando... cuando me dijiste que te acusó de cobarde —sugirió Daniel tímidamente.

—No. Yo interpreté. Ya estaba loco en ese momento, pero todavía podía coordinar. Era yo mismo quien se acusaba de homosexual y de cobarde. Me bastaron cuatro palabras de Luis para sospechar que él se había dado cuenta, para deducir de ellas acusaciones que yo me hacía. No sé ni cómo voy a ver otra vez a Luis. Tengo vergüenza.

—Él comprende que se trata de una enfermedad —le dijo Daniel.

—No, Daniel. No es una enfermedad. A veces creo que enloquecí para no asumir mis palabras ni mis actos. Que yo estaba consciente y exageraba esa locura. ¿Cómo te diré? Como si hubiese utilizado la locura para poder escapar. De alguna manera yo sabía perfectamente que Luis sólo me había hablado de Verlaine y de las cartas de Artaud a su mujer, pero el hecho de que me hablara precisamente de Verlaine y de esas cartas me pareció sospechoso. Porque yo me acusaba de cobarde y de homosexual, porque tenía miedo de que los otros se dieran cuenta, deduje de sus palabras una confirmación a mis miedos. Comencé a hacer alusiones tangenciales para ver si obtenía una respuesta y vi en las respuestas palabras que indirectamente me decían cobarde, homosexual.

—Y... ¿después? —pregunté.

—Después dejé ir las cosas demasiado lejos. Me dejé sumergir. Días y noches sin dormir, sin poder dormir y sin querer dormir. ¿Cuántas veces no caminas en las arenas movedizas de la angustia, te empantanas en ellas y el mismo miedo te hace dejarte ir, te paraliza, te impide cualquier movimiento? Quieto, vas viendo desaparecer tu cuerpo entre la arena. El mismo miedo acrecienta los temores. Cuando duermes una noche, ves las cosas distintas al día siguiente. Los terrores de la noche se esfuman con ella. Pero yo quería ver más y más. Una especie de vértigo me hipnotizaba y me atraía hacia su fondo. Es como un salto al vacío que no se lleva a cabo y te mantiene en el borde

mirando fascinado un vacío en donde precisamente no hay nada y no puede pasar nada si no saltas.

—Y en el hospital —pregunté—, ¿cómo te trataron?

Mi pregunta encubría una curiosidad que lindaba el morbo: ansiaba saber qué había visto Héctor en su excursión al mundo de la locura, sin comprender en sus palabras el vacío que había tocado.

—Los primeros días me mantuvieron dormido a base de inyecciones. Después, vinieron las preguntas de los médicos. Pero mis respuestas sólo respondían a mis propias preguntas. Me daba cuenta. Hubiera podido responderles lo que ellos querían. ¿En qué días estamos? Basta ver el calendario. Dígame los meses de atrás hacia adelante, etcétera, etcétera. Hasta que el encierro te cansa y te sometes, aceptas someterte, otra vez al orden verbal que te impone la realidad. Entonces respondes que es lunes, martes, miércoles o el nombre del día que se les pegue la gana, de acuerdo con un orden que los tranquiliza y coincide, arbitrariamente, para todos. Les recitas los meses de atrás hacia adelante para asegurarlos de que te ubicas en el tiempo y puedes rememorar tu pasado en la dirección debida y sin empeñarte en ver tu futuro como una simple repetición de lo que ya pasó. No vale la pena hablar del azar ni sugerirles que un golpe de dados no lo abolirá. — Clausurada cualquier duda sobre el orden de un universo tan inmóvil como la Tierra antes de Galileo y Cópérnico. Tu identidad bien establecida, como tu edad, tu sexo, tu condición social y tus aspiraciones. Estás curado. A condición de que aceptes que fue una locura, una invención de tu mente enferma, que tu madre te expulsó de su cama a los quince años, que dormiste con ella hasta que tu padre descubrió lo que ella no había visto: que habías crecido y no podías seguir durmiendo en su cama. Que nunca hables de ello —nos dijo Héctor irónico, tranquilo— ni de tus deseos. Simples mentiras del insomnio, inventos de un cerebro cansado.

—¿Cuándo saliste? —preguntó Daniel turbado por las confidencias de Héctor.

—Ya hace dos semanas, pero no me dejaban salir de la casa. Libertad bajo vigilancia y limitada, la caución de mi madre convertida en carcelero.

—¿Y el dictamen médico? —preguntó Daniel sumergiéndose aún más en territorios de los cuales trataba de alejarse.

—Todavía no deciden. Necesitan algunos meses de sesiones particulares en el consultorio para decidir. En fin, me espera un largo psicoanálisis, la confesión obligada y con precio, la tutela mental. Se acabó la aventura. Las exploraciones solitarias quedaron atrás. Hoy es el día que quieran y mañana el

siguiente. La hora la marca el reloj y el espacio no es ningún laberinto donde puedas extraviarte a tu gusto, pues las calles tienen sus nombres escritos en unas placas claramente grabadas. Basta con saber leer para no perderse. Sin posibilidad de extravío, la cita con la muerte al final, en una fecha desconocida, pero no hay que inquietarse por eso: es tan rica la banalidad cotidiana: podemos distraernos con ella los escasos años que nos da la fortuna. Pero, ¿qué quieres? La muerte es lo único que no me da miedo. Lo que me da miedo es no morir. Esta espera cuya apariencia es eterna.

XXXIV

Después de varios meses de espera Luis había recibido el aviso de que su expediente estaba aprobado y aceptaban su candidatura como becario en la Unión Soviética. Pasados los primeros momentos de euforia, comenzó una espera desesperante de la fecha de partida y el boleto de avión. Hechas y deshechas una y otra vez las maletas, la carta a Mirna avisándole que pronto se reunirían enviada, los adioses a los amigos, a la familia, a su cuarto, a su ciudad repetidos decenas de veces, Luis ya nada tenía que hacer.

Era ridículo telefonar nuevamente a la embajada para oír la respuesta del funcionario: ninguna carta se perdía. Era el proceso normal y Luis no tenía más que esperar y caminar a su buzón tres veces por día pensando que ahí estaría el sobre tan ardientemente esperado, diciéndose que seguramente al día siguiente.

Como un viejo en el umbral de su muerte, los días de espera convertidos en años, Luis hacía el balance de su vida en México. Sus esperanzas en el movimiento estudiantil desmoronadas y el sentimiento de derrota, vivido en su infancia como una sabiduría, dominaban su juicio y obliteraban los caminos de su razón. Las reproducciones de las fotos hechas a partir del único retrato que poseía de Mirna fueron desapareciendo una tras otra de ese altar en el cual las había erigido: las llamas devoraron una y otra vez el rostro de Mirna, engulleron su boca, incendiaron su cabello y cegaron sus ojos.

Unas cuantas horas de dicha con Mirna, dos o tres conversaciones con Héctor y Daniel, la sorpresa que le causó un tren eléctrico, regalo de Navidad de sus padres a los nueve años, doblemente apreciado por la rareza del juguete en aquellos años y la conciencia de clase de sus padres violada más por nostalgia de la propia infancia que por cariño a Luis, los paseos con Colorado, su hermoso perro inglés, algunas lecturas, uno o dos atardeceres y, sí, la vanidad del premio de fotografía obtenido en la escuela dos años atrás. A esas cuantas horas se reducían sus momentos de dicha: era todo lo que le quedaba de México antes de su partida. Agobiado por el peso de la espera,

Luis parecía un viejo a los veinte años, y el viaje a Moscú, la misma Mirna con la cual pronto se reuniría y cuya imagen formaba parte de él mismo, se le desvanecían como si pertenecieran, ya, a un pasado lejano.

La carta llegó a romper una mecánica cotidiana a la cual Luis había acostumbrado su cabeza y su cuerpo. Abrió el sobre, lo leyó y lo arrojó sobre su escritorio pensando que seguramente al día siguiente, la próxima semana. Como todos aquellos que son incapaces de poseer lo que desean, y aun teniéndolo enfrente no lo miran, Luis se negaba a salir de su espera. La soledad se le había convertido en el más vasto de los espacios. El más largo de los viajes. Sintió que todo su mundo se resquebrajaba cuando comprendió que la carta significaba su partida y la vuelta a comenzar las maletas, los libros, los adioses, el telegrama a Mirna, y todo eso que todavía le faltaba antes de llegar a Moscú, llegando a Moscú: el aeropuerto, las aduanas, la instalación, vivir con Mirna, amarla otra vez, sin las argucias de la ausencia y el decantamiento de los recuerdos. A solas, frente a frente, ¿durante cuántos años?, puesto a prueba ese amor sin cómplices ni subterfugios. Antes de poder regresar y volver a esperar la otra partida.

La tarde cuando nos despedimos de Luis apareció la noticia en los periódicos: habían arrinconado a los muchachos contra las orillas del río y sobre sus aguas los persiguió la lluvia de balas, las ametralladoras rociando los cuerpos de los ahogados. Con esta balacera en la capital de Tabasco moría el último brote del movimiento estudiantil. Todo parecía haber sido organizado de antemano por especialistas en ratoneras humanas.

—¿No me dijiste que Gary se iba a Tabasco? —me preguntó Daniel mientras caminábamos hacia el restorán en donde nos habíamos citado con Luis.

La imagen de Fito hablándome de poesía, sentado a la mesa de uno de los restoranes más elegantes de la ciudad, atravesó varias veces por mi cabeza esa tarde. Lo vi sentado a un escritorio bajo el aire y el humo de los cigarrillos removidos por un ventilador de hélices, cubierto de sudor en ese brasero que es la ciudad de Villahermosa, construida en un hoyo por abajo del nivel del mar. Lo vi jugar con la uña de su índice sobre sus dientes blanquísimos, atrapado él mismo por la persecución con la cual acosó a los muchachos, el salto a la infamia consumado, arrastrándose de hotel en hotel, escondido bajo nombres que nunca recuerden el suyo, al margen de la ley y de los parias. Expulsado de su vida pasada y de cualquier futuro. Los cadáveres de las víctimas desaparecidos y exterminados, uno a uno, los asesinos. Único sobreviviente de un recuerdo sin testigos ni pruebas, en el cual nadie creerá y

del que nadie se acordará, la trampa cerrada sobre él mismo y por él mismo, yo volvería a encontrar a Fito escondido bajo los vestidos brillantes de una mujer, el maquillaje ocultando los rasgos de su cara, apenas dos años después: de pie, en una esquina de la calle de la Soledad, la mano derecha en la cintura, la izquierda acariciándose el pecho depilado, Fito parecía una Dolly Sister en cera y, como ella, creía ver en el dinero de sus escasos clientes su única prueba de existencia.

—Para mí, aquí se acabó todo hace tiempo —nos dijo Luis—. La matanza en Tabasco es sólo el golpe de gracia. De todos modos, yo ya no tenía nada que hacer aquí. Me estaba convirtiendo en mi propio fantasma. Como esos viejos que hablan de gente que ya nadie recuerda y habitan entre objetos que, como ellos, sobreviven a épocas ya terminadas, vivos entre los muertos, arrastrándose entre las sombras de lo que nunca existió, de lo que sólo desearon. Piénsalo bien, Daniel. Tú y yo, unos cuantos más, vamos a discutir la noticia de la matanza en Tabasco, para tratar de saber, de entender. Pero sólo sabremos menos. Porque nos la van a negar como negaron Tlatelolco. Hasta hacerte dudar de todo, Daniel, de todo. De Mirna, de mi relación con ella, del amor que le tengo, de mi viaje a Moscú. De ti, del atardecer, de mis sueños, de lo que temo y lo que quiero. Necesito respirar y volver a sentir que existo. Que todo esto fue real y sigue siendo real. Encontrar otra vez mi estrella y volver a vivir entre los vivos. Despojarme de todos estos recuerdos que me hacen daño aunque deba dejar de ser quien soy. Ahora —agregó sonriente—, tal vez me vuelva un fantasma para ustedes. Te escribiré, Daniel, queda prometido. Te escribiré mientras siga siendo quien soy.

Esa tarde nos despedimos para siempre del Luis que conocimos. Tres semanas después, partía a Moscú. Las cartas que escribió a Daniel se fueron espaciando con el paso del tiempo. Reencontró su amor por Mirna y vivió con ella varios años. Tuvieron una hija. Las cartas dejaron de llegar. Alguien me contó que Mirna se quedó para siempre en Moscú. A Luis lo encontré, casi veinte años después, en una pequeña ciudad del sur de Italia. Había embarnecido. Del muchacho que conocí en aquellos años con Daniel quedaban la timidez y la humildad. De su tristeza había un cierto dejo matizado de desencanto. México y Moscú eran un puñado de polvo al fondo de su memoria. Su sentimiento de derrota había sido sepultado bajo las paletadas del escepticismo que era su pan de cada día. Fotógrafo, trabajaba para distintos diarios. Le pregunté si extrañaba México, después de tantos años sin volver.

—Todo eso está muy lejos. Su misma nostalgia quedó atrás. Los recuerdos también envejecen, mueren y terminan por olvidarse —me dijo alzando los hombros—, acaso las fotografías tienen un poco más de memoria que nosotros. Aunque también se les usa... Pero tienen la dignidad de desaparecer al mismo tiempo.

XXXV

Fui perdiendo de vista a Daniel. De vez en cuando, fugitivos relámpagos de lo que fue su imagen mientras lo amé cruzaban ante mis ojos. Volvía, entonces, a ver ese Daniel misterioso, hecho de una sustancia distinta a la del resto de la especie. Sentía, en esos escasos segundos, revivir la antigua fascinación que me condujo a atisbar sus sueños, imaginar sus más secretos pensamientos y espiar en sus ojos su mirada. Pero esas imágenes fugaces apenas alcanzaban a turbarme, su mismo recuerdo se había desvanecido tan súbitamente como ellas aparecieron, borradas bajo el peso de otro Daniel, palpable, cotidiano y demasiado conocido. Dejé de ver en su sonrisa la melancolía del desapego a la vida y descubrí en ella un dejo de satisfacción apenas oculta. Sentí la falta de valor de los cobardes en depresiones donde antes quise ver el heroísmo de quienes buscan imperturbables su destino. En los movimientos de su cuerpo donde antes respiré la sensualidad sólo percibí una indolencia. Me equivoqué otra vez.

Las discusiones entre Daniel y yo eran cada vez más frecuentes y por motivos que nos hubieran avergonzado unos cuantos meses antes. Daniel iba creciendo a mi lado y yo seguía buscando un espejo a mi medida. Eran mis ojos los que veían de otra manera: al perder de vista al Daniel amado, me había extraviado a mí misma.

Una vez más el ritmo de nuestra vida se rompió. Y al romperse se hicieron añicos los deseos y las esperanzas comunes.

Daniel comenzó a trabajar fuera de casa y a ganar dinero. Partía temprano y regresaba tarde. A dormir. Comenzó a utilizar saco y corbata. Cambió su lenguaje y su tono se hizo pausado. Hacía sus comidas con personas de la oficina donde trabajaba y sus cenas, fuera de casa, se prolongaban tarde en la noche.

Nos cambiamos de casa gracias a su sueldo. Lejos de las avenidas que facilitaban el acceso de los amigos. Las visitas de Alfredo o de Ignacio se hicieron raras. Héctor fue el único que siguió viniendo con frecuencia. Las

pláticas nocturnas desaparecieron. Yo pasaba las noches en vela y los días tratando de escribir novelas que nunca empecé. Con treinta y ocho kilos, casi en los huesos, la piel de la cara se me chupó y el espejo me devolvía el rostro de una mujer extraña cuyos rasgos me recordaban a alguien ya conocido. Perdí cualquier apariencia de edad.

Un ciprés rebasaba largamente los dos pisos de la casa. Su sombra robaba la luz del día a la sala, cuyas paredes estaban pintadas de un gris acentuado por la humedad. Aislada entre dos jardines, los muros sólidos con el espesor de las antiguas construcciones coloniales, restos del casco de una hacienda fraccionada, sus piezas vastas y frescas, la casa mantenía un silencio vivo en cada rincón.

Cuando terminamos la mudanza, a media tarde, un murciélago entró por la ventana de nuestra recámara. Revoloteó cegado por la luz del crepúsculo y se posó en una pila de libros. Le pedí a Daniel que lo matara. Se rio, lo cubrió con una toalla y lo echó por la ventana. Me recordó que habíamos visto otro en el hotel donde pasamos nuestro viaje de bodas y que nada había ocurrido. Le respondí que el hotel no era, a fin de cuentas, nuestra casa, como sí lo era ésta. «Alquilada solamente», me respondió Daniel.

El alquiler de la casa era barato a pesar de sus dimensiones. Corrían una serie de leyendas que hacían difícil rentarla. Lo ocurrido a sus dos últimos inquilinos confirmaba la creencia de los vecinos de que era una casa habitada por la muerte: el padre de uno de ellos había agonizado ahí y su mujer había perdido a los siete meses el hijo que esperaban; el otro había asesinado a su mujer de un hachazo. Eran los hechos más recientes. Pero la leyenda pretendía que la casa estaba hechizada y que sus muertos, encadenados a ella por la violencia con la cual les fue arrebatada la vida, la recorrían en las noches tratando de vivir el tiempo que les faltó.

A mí me gustó el ciprés y a Daniel la vastedad del espacio. Hice pintar los muros de blanco y nos cambiamos sin creer en su leyenda.

La humedad royó el blanco de las paredes de la sala, otra vez grises apenas unas semanas después de la mudanza. Si la planta baja era bastante húmeda, el primer piso era tan cálido como luminoso.

Con la época de lluvias, la humedad aumentó en la planta baja de la casa y se acentuó el gris de sus muros. Oscurecía, cuando creí escuchar un crujido entre las plantas del jardín. Estaba sola. Daniel había ido a cenar con unos amigos. Eché una mirada de reojo hacia la ventana. Di un grito: la cara de un hombre estaba pegada contra los cristales, las fauces abiertas en una

carcajada, los ojos brillantes de risa y de gotas de lluvia, los cabellos pegados a los tímpanos y a la frente. Reconocí a Gary.

Todavía bajo el sobresalto del miedo, me dirigí a la ventana. Comencé a hablarle a través de sus cristales, cuando me percaté de lo ridículo de mis temores. Pero Gary tenía la culpa, ¿a quién se le ocurre llamar así, en vez de tocar como todo el mundo el timbre de la puerta del jardín? Sólo un ratero o un asesino llegan de esa manera a una casa, pensé mientras le abría la puerta.

—¿Por qué no tocaste? Me diste un buen susto.

Las gotas de agua escurrían de la ropa de Gary y un pequeño charco se iba formando bajo sus pies. Sentí un malestar: la actitud de reto de Gary desquiciaba el precario orden de mi vida y hacía resurgir las enfermedades ocultas, la suciedad de los rincones, la pobreza de los muebles. El desafío estaba escrito en cada uno de sus rasgos y sus gestos, como un rencor abierto al cual ninguna venganza podía cicatrizar.

—Cuando se puede saltar una reja no se tiene necesidad de tocar, mi estimada profesora. Sobre todo cuando se anda perseguido muy de cerca y cualquier luz, cualquier ruido, están de más. Andan sobre mis huellas y no me puedo arriesgar a mundanidades de tu gusto. Sin contar que yo prefiero echar un vistazo en los lugares a donde voy antes de entrar en ellos. Para asegurarme de ser bien recibido y evitarme las malas compañías. Te estuve observando un buen momento: concentrada en tu librito, la mirada perdida en tus propios pensamientos, sin ver nada de lo que te rodea. La víctima perfecta de un asesino.

Gary estalló en carcajadas al pronunciar su última frase. Sacó una navaja de su bolsillo y comenzó a jugar con ella. Le pregunté si quería cambiarse de ropa, ponerse una bata de Daniel y dejar secar la suya.

—No vale la pena. Tengo prisa. Ando buscando a Daniel.

—Si quieres esperararlo. No sé a qué hora llegue, pero no puede tardar.

—Nones. Me tienen acosado como a una bestia feroz y no está el clima para visitas sociales, profesora. Su estimado amigo Fito está sumamente ocupado perfeccionando su crimen: desaparecidos los cadáveres, le sobran los asesinos y le pesan los testigos. Al paso que va, muy pronto hará desaparecer el mismo crimen. Un artista muy peligroso.

—Tú me presentaste a Fito —me justifiqué ante lo que sentí una acusación, traicionada mi simpatía por Fito y, con ella, mi complicidad.

Un decir, profesora, un decir. Ando a salto de mata y necesito que Daniel dé asilo a una amiga muy querida, quien nada debe en este asunto, pero que es sospechosa nada más por conocerme y haberme oído.

—Cuenta conmigo. Yo le diré a Daniel...

—No. No le digas nada. Conozco a mi Daniel mejor que tú y prefiero ser yo quien le explique la situación. Su buena conciencia se sentiría en peligro y no quiero hacer negocios con él. No quiero que me pague porque no me debe nada.

—¿Se trata de Paty?

—Nones. La pobre Paty está tras las rejas hace ya un buen mes y tiene para veinte años. Saldrá un poquito más podrida de lo que ya estaba y, sobre todo, más vieja. Tarde para hacerla de puta cara. Como Lupe —la voz de Gary se suavizó un instante al pronunciar el nombre de Lupe—. ¿Qué quieres? No es una presa política, como dicen ustedes. Cumplirá su prisión sin que nadie se acuerde de ella. Tranquilita. Bueno, profesora, me largo de aquí. No le digas nada a Daniel. Ya lo encontraré yo solo —terminó guardando la navaja con la cual había jugueteado mientras hablaba.

Lo acompañé a la puerta del jardín y lo vi partir agazapado en la oscuridad. Me distrajo el ruido del motor de un auto donde estaban dos tipos: arrancaron sin haber encendido los faros. Cuando volví la mirada buscando a Gary, éste había desaparecido.

Subí las escaleras a mi recámara pensando en Paty, en su juventud usada prematuramente: los ojos puestos en un futuro lleno de esperanzas, próximo, casi palpable. Y todo ese futuro se revelaba, ahora, como una pesadilla de la cual no saldría sino cuando todas esas ilusiones no fueran siquiera un recuerdo, cenizas de cenizas, devoradas por la espera que todo lo usa. Para Paty estaba terminado el tiempo dichoso cuando todavía se puede soñar.

XXXVI

—Ayúdame —le pedí a Daniel—, tienes que ayudarme.

Vi la luz hacerse añicos y caer hecha polvo de oro sobre la mesa, esparcida entre los platos de porcelana y las copas de cristal. El sol había dejado de calentar la terraza donde estábamos. Miré desde el balcón los autos moverse lentamente como si todo hubiera sido detenido en ese instante. Sentí el silencio poblarse de ruidos ajenos a nosotros. La cabeza me dio vueltas: acababa de jugarme la vida, los dados estaban echados y la ruleta seguía, seguiría girando quién sabe cuánto tiempo más, cuántos días, cuántos años. Y al jugarme la vida, jugué la de Daniel: sin ningún derecho, me daba cuenta ahora. Y todo esto había sucedido en unos cuantos instantes, alrededor de una mesa apacible, los manteles nítidos de blancura, los servidores discretos, la luz dorada bañándonos de dicha y Daniel, tan tranquilo, tan seguro de su felicidad todavía unos momentos antes, confiado en su amor, las esperanzas puestas en la vida, sin sospechar siquiera que sus pies ya caminaban en las arenas movedizas de la trampa donde su destino lo atraparía esa misma tarde, de improviso, a manos de su propia mujer.

Sin ninguna violencia. Habían bastado unas cuantas palabras. Las mismas palabras que llevaba repitiéndome hacia casi dos meses en silencio y, desgastadas de tanto decírmelas, había pronunciado sin medir sus consecuencias. Las cuales ahora escapaban de entre mis manos como una cascada de agua, con la brutalidad de una presa que se rompe. Demasiado tarde sentí el poder mágico de las palabras. Con más fuerza que los hechos, revelaban a Daniel su propia vida. Una vida ignorada que las palabras hacían real. Vi el rostro de Daniel cambiado: era otra vez el mismo Daniel a quien tanto amé, desconocido y distante. Creí descubrir, demasiado tarde, que Daniel seguía amándome como tal vez sí me había querido en los primeros días.

—Para esto quisiste que viniéramos a comer aquí —me dijo Daniel mirando los platos intactos, con la comida enfriándose mientras hablábamos.

Mis palabras le habían arrancado las vestiduras con las cuales Daniel se disfrazaba todavía esa mañana, a lo largo de los últimos meses: la seguridad lentamente aprendida, la confianza en las palabras cuyos dobleces creía dominar, la fe en ese pequeño trozo de dicha que éramos su hija y yo, todo quedaba desgarrado por unas cuantas frases y, bajo su efecto, yo volví a mirar el Daniel amado. ¿Por qué había sentido la necesidad de destruir todo eso? ¿Qué demonios perversos vivían en mí para empujarme a deshacer eso poco que habíamos construido?

Las visitas casi diarias de Héctor a casa, las largas conversaciones a solas, mis celos por la mutua admiración de Daniel y Héctor, mi fascinación por esa locura en la cual creímos ver destellos del genio, el distanciamiento de Daniel, el sentimiento de impotencia ante la vida que avanzaba dejándome rezagada, habían ido forjando la trampa donde creí volver a encontrar la pasión.

La enorme culpabilidad de Héctor por la traición a Daniel, la mía misma. El insensato deseo de ver terminadas las cosas, de liquidar lo que debía continuar a lo largo de una vida. El fugitivo erotismo que me despertaba el cuerpo desconocido de Héctor, sus escasos besos, me empujaron a hablar con Daniel. A tratar de compartir con Daniel, como si fuera posible compartir con el traicionado la traición o con el robado el fruto del robo, ese vago amor que sentía por Héctor y darle así un dejo de realidad.

—¿Te acostaste con él?

—No —pude responderle a Daniel, agotado el alivio que me dio mi confesión, ahora arrepentida más de ella que de la falta cometida.

—¿Y él, qué dice? ¿Te quiere? —preguntó Daniel con los ojos puestos en un espacio infinito que nos separaba.

—Sí, creo...

—¿Y qué quieren, que asista a la boda y sirva de testigo?

—No, es decir... —no supe qué decir. Vi vacilar su amor todavía vivo y sentí titubear la razón de Daniel.

Comenzó entonces el interrogatorio que no encontraría nunca su fin pues todo había sido dicho ese mediodía. Preguntas y respuestas se eslabonarían en un círculo infernal, donde se usaría hasta podrirse cualquier recuerdo, la más leve huella del amor que nos tuvimos, cualquier asomo de dicha, las vidas, las mañanas, las noches, las lecturas de los versos más queridos, la fe en los otros, el insomnio, los sueños y los sucesivos amores donde sólo buscaríamos sobrevivir porque no supimos morir.

Las preguntas incesantes en los jardines del manicomio, unas semanas después, en las salas del hospital, en el desolado esplendor del Parque Lira, en la madrugada, en Mérida, a oscuras, por teléfono, más de veinte años después, no encontraron nunca respuesta y disecaron, en cambio, cada una de nuestras palabras, cada uno de nuestros gestos, hasta otorgarles la inmovilidad de las épocas ya desaparecidas, como cada uno de nuestros sentimientos y de nuestras esperanzas de entonces, hasta darles la apariencia de las cosas ya muertas y que se nos vuelven un misterio porque no podemos entender para qué sirvieron.

Héctor negaría cualquier sentimiento amoroso hacia mí, refugiándose en los umbrales de la locura en la cual, muchos años después, yo terminaría por creer y Daniel dejaría de hacerlo cuando de toda esa historia no quedaran más que algunas dudas sin interés para ninguno de nosotros. En ese entonces yo vi en Héctor las señales de la más baja de las cobardías, parapetada en un simulacro de locura en la cual yo no podía creer porque no creía que la razón pudiera perderse. Daniel vio la enfermedad roerme al sentirme capaz de amar a un demente. Héctor, él, había enloquecido de miedo.

XXXVII

Sentí su presencia antes de despertarme. Las aceché agazapadas al final de las altísimas escaleras del caserón que llevaba meses recorriendo en sueños. Abrí los ojos y las vi: asomadas sobre mí sus miradas dementes, entre los rasgos gruesos y desdibujados de sus rostros morenos, la piel prieta, las bocas abiertas, los labios colgantes, los dientes podridos, las encías desdentadas, el pelo escaso cuando no rapado, las manos humildemente voraces escondidas entre los pliegues de sus faldas. Procazmente gordas de ansia algunas, devoradas por el hambre incesante de su angustia otras. Usados los nervios por la espera y el miedo, roídas por la desesperación, la sonrisa olvidada, las caras sin memoria, hermosas, transparentes, la expresión obediente de los niños y los viejos al instante inmediato, inocentes como el amor a Dios, la curiosidad precoz, los ojos persiguiendo el vacío horadado en ese mundo donde se les detuvo la vida, el fervor senil de los vicios como última forma de existencia de esos cuerpos que les sobreviven.

Sentadas en mi cama, en la cabecera, a mis pies. Atentas a mi sueño. Inclinas sobre mí. Silenciosas. Santamente. Las locas espiaban mi despertar.

Cerré los ojos tratando de hacer el recuento de los hechos que me habían conducido al manicomio la noche anterior. Que las locas esperaran: tenía todo mi tiempo para conocerlas. La prisa había quedado afuera de estos muros y rejas.

Respiré aliviada, casi dichosa de hallarme encerrada en un hospital psiquiátrico. Sentí la ligereza de la partida de viaje, cuando se cierra la puerta de casa y quedan en ella la rutina, el trabajo y los problemas. Ahora nadie podría negar que yo estaba enferma y no era responsable de mis actos. Mi amor por Héctor y la confesión a Daniel se convertían en los síntomas de una enfermedad. Pasados algunos días, aliviada, volvería al lado de Daniel quien ni siquiera podría reprocharme palabras y actos de los cuales yo no era culpable.

Los interrogatorios y las acusaciones de Daniel se habían sucedido interminables durante las últimas dos semanas. Héctor negó mi amor como una enfermedad contagiosa. Su rechazo hirió más a Daniel que a mí. Vi, entonces, a Daniel consumirse con el paso de las horas: como una llamarada, su inteligencia aprehendía lo ocurrido e iluminaba los caminos desiertos que seguiría sin mí. Mi presencia y la de Héctor le eran indispensables como una droga sin la cual el cuerpo se retuerce de dolor, dañinas como un veneno cuyo antídoto sólo alarga la agonía. Me daba cuenta, al verlo sufrir, que era su amor por mí el que se iba muriendo.

Daniel partía en las mañanas a un trabajo que le daba el tiempo necesario para reponerse del desgaste de la noche y sentir un alivio de donde resurgía alimentada su angustia: comenzaban, otra vez, las llamadas de auxilio a Héctor, con quien se encontraba casi a diario tratando de comprender lo que no había pasado. Tal vez la presencia de Héctor y la mía exorcizaban las imágenes que, a solas, Daniel convocaba acuciado por los celos. La calma momentánea que le procuraban nuestras respuestas se perdía, otra vez, en las preguntas que se hacía Daniel, en sus dudas, en las mentiras que creía descubrir entre palabras y palabras en donde la verdad, oculta, se defendía de los tres.

El sufrimiento de Daniel se me hizo intolerable con los días. Hubiera querido borrar de su memoria y de la mía la existencia de Héctor, mi confesión, los interrogatorios y los reproches. Volver a esa mañana cuando salimos de casa rumbo al restorán en donde le dije que amaba a Héctor. Más atrás aún, a los días dichosos cuando el futuro pertenecía a nuestro amor.

Ahora podría volver al lado de Daniel, otra vez inocente, amante y más amada aún, gracias a la locura que turbaba mi razón por su exceso y me convertía en un ser distinto al resto de los hombres y mujeres. A mí misma. A la que había sido. Al porvenir oscuro al cual me encadenaba un pasado ahora concluido para siempre. Veía mi futuro bañarse en los sueños de esa otra que yo sería, sin reflexionar en que esa otra, diferente de mí, no podría pensar ni amar como yo.

Como otras personas acumulan grados, títulos y diplomas, yo veía en la locura un ingreso en la leyenda, un título en la inmortalidad. Nunca pensé en aquella época, ni durante mi encierro ni muchos años después, que estuve loca. Que se necesitaba haber perdido la razón para creer que se puede borrar el pasado, encerrarse en un manicomio y vivir el delirio bajo una forma distinta a la de los sueños. Nunca dudé de mi razón.

Había hecho cuanto me era posible para enloquecer. Pero no se puede escapar cuando se quiere de los espacios de la razón: su imperio domina incluso los márgenes donde se refugian los deseos secretos. Sus fronteras se encuentran más allá de los territorios a donde la imaginación cree fugarse. Sus caminos, bien trazados, guían al caminante extraviado por el dolor y lo conducen a un refugio seguro. Sus rejas, a diferencia de las de la vida, sólo se abren a los sueños en donde se repone el desgaste y de donde siempre se vuelve.

Ni las tazas de café acompañadas de anfetaminas que bebí, ni las noches en vela, ni la falta de alimentos, ni las imágenes de la ruptura con Daniel en las cuales me solazaba pensándome enloquecida de amor hicieron vacilar mi razón. Ningún delirio fuera de los límites de la lógica bajo cuyas leyes crecí, creí amar a Daniel, me metí al manicomio, salí de él, he seguido amando y sigo viviendo, se declaró en mí. Entré al manicomio fingiendo una locura que nunca viví.

Sonreí al recordar los esfuerzos de Andrés para conseguirme una cama en el hospital, convencido de mi necesidad de un tratamiento, alarmado ante mi llanto, mis palabras deshilvanadas, la cara escondida entre las manos crispadas.

La bondad de Andrés, resultado de su confianza en los otros, y su desconocimiento de la locura, cuyas fronteras son tan huidizas, lo hicieron creer en mi enfermedad.

Telefoné a una de las eminencias del psicoanálisis, amigo suyo y siempre a disposición de un periodista célebre como Andrés, así como de la tambaleante razón de los intelectuales, especialidad a la cual había consagrado años de estudio. Tuve miedo: el doctor iba a descubrir la impostura y a desmontar mi pieza de teatro. Afortunadamente, el famoso psicoanalista estaba por tomar un avión, invitado a un seminario en Miami, de donde seguiría su viaje a Nueva York antes de volver a México y poder ocuparse otra vez de sus pacientes —cuya salud mental dejaba en manos de la más segura de sus asistentes, su propia mujer, la única que no iba a robarle su lujosa clientela. Estos asuntos lo ocuparon un buen rato con Andrés, pues sería muy útil para los lectores del diario en donde éste colaboraba saber cómo era apreciado el desarrollo del psicoanálisis mexicano en el extranjero. Andrés pudo al fin presentarme. El doctor aseguró que se ocuparía personalmente de mi caso a su regreso, que mi razón no corría peligro una vez en sus manos y que, mientras tanto, podía confiarme a su mujer. Un poco de reposo no me caería mal, claro, él estaba de acuerdo. Me atreví a sugerir el

Instituto de Neurología; su pabellón psiquiátrico, uno de los más modernos de México, estaba a cargo de un amigo suyo. Aunque no estaría de más una recomendación del director del diario en donde trabajaba Andrés, pues faltan camas. Pero siempre hay lugar para una persona con prestigio, sobre todo cuando es prescrito el reposo por un doctor con sólida reputación.

Casi olvidé mi locura mientras platicábamos en un restorán donde cenamos antes de dirigirnos al Instituto de Neurología. Habíamos tomado demasiado alcohol. Andrés me propuso, incluso, volver a casa: él podría acompañarme y hablar con Daniel. Ante mi llanto, más provocado por la mezcla de tequilas y vino que por la depresión, Andrés hizo algunas reflexiones sobre la intermitencia de la locura.

Llegamos al hospital poco después de medianoche. Un adormecido velador nos dejó pasar en el auto de Andrés, quien presentó su credencial de periodista. La mole del edificio se veía inmensa en la oscuridad de la noche. Penetramos en un amplio vestíbulo desierto y comenzamos a buscar quién se ocupara de nosotros. Cruzamos las puertas entreabiertas de varios consultorios vacíos. Por fin, en uno de ellos, encontramos a un hombre vestido con el uniforme blanco.

—Buenas noches, doctor —le dijo Andrés con la más segura de sus voces, la misma que utilizaba en sus programas de televisión para discutir la política internacional—. Perdone la llegada intempestiva, pero la señora está enferma y el reposo le ha sido prescrito por el doctor S..., amigo personal del director de esta noble institución.

El doctor se nos quedó viendo sin comprender a Andrés, sorprendido como ante la visión de dos santos.

—Es muy tarde. La recepción está cerrada —respondió cortante.

—No hay hora para una emergencia, doctor. La señora está enferma, usted mismo puede verlo en su cara —yo miré al vacío tratando de dar así una prueba de las palabras de Andrés—. Le urge el reposo que tranquilice sus nervios. Sin contar que nos aseguraron, esta misma tarde, que disponían de una cama para ella. Aquí traigo las cartas de recomendación, como la del doctor.

El médico tomó los papeles sin siquiera verlos.

—El hospital está completo, señores. Y el ingreso es diurno. No se puede recibir a nadie a estas horas, ustedes comprenden.

—Todas mis excusas por la hora tan tardía en que llegamos, pero asuntos dramáticos del orden doméstico nos retuvieron un poco más de lo previsto.

Quedaron de avisar a la guardia nocturna de nuestra llegada y nos dieron la seguridad de que habría una cama para la señora —insistió Andrés.

El doctor nos seguía viendo sin poder comprender, su competencia rebasada por el discurso de Andrés.

—Permítame decirle, doctor, que el director de esta institución tiene especiales atenciones con la señora y verá con disgusto que sus instrucciones no hayan sido obedecidas. Temo los reproches que usted recibirá si no acoge a la señora. Reproches que pueden llegar hasta la suspensión de sus funciones. El director del diario en donde tengo el honor de colaborar, el cual tiene usted bajo sus ojos —dijo Andrés señalando un ejemplar que el doctor leía a nuestra llegada—, se comunicó personalmente el día de hoy con el ministro de Salubridad para ocuparse de la cama de la señora.

—Si quieren una cama, tengo una en el quinto piso —nos dijo con una sonrisa maligna.

—El quinto o el cuarto, nos da igual. Hay ascensores, supongo. Lo que urge es acelerar el ingreso.

—Si así lo quieren... Siéntense. Vamos a llenar algunas formalidades indispensables. Y que conste —dijo dirigiéndose a Andrés— que les advertí que la cama es en el quinto.

—¿Qué tiene de especial el quinto piso? —pregunté sospechando en sus palabras una segunda o tercera clase de servicio.

—Son los incurables.

—¿Pero el servicio es el mismo que en los otros pisos?

—El servicio es igual en todos lados aquí —respondió con la sonrisa aún más torva en su cara.

Comenzó, entonces, a llenar una serie de formularios: nombre, apellido, edad, sexo, estado civil, estatura, peso y todos esos datos con los cuales se pretende identificar incluso a las personas que, como pronto descubriría entre esos muros, han perdido la identidad.

—Ahora me va a explicar qué le pasa, por qué le parece necesario su ingreso en este hospital. Si lo prefiere, el señor puede salir para que hable usted con confianza.

—No, no. Por favor, Andrés, quédese aquí —le dije temiendo que se aburriera a solas en el corredor, como una anfitriona inquieta por sus invitados.

—La oigo —dijo el doctor.

Me volví hacia Andrés buscando su ayuda. Me pareció absurdo poder explicar mi locura sin dejar de sufrirla.

—La señora sufre una leve crisis de nervios por problemas del orden doméstico o, para ser más precisos, conyugales —dijo Andrés con el lenguaje libresco que aprendió en su infancia, una lengua que nunca escuchó hablar a su alrededor y carecía de la flexibilidad de las frases intercambiadas. Hijo de un humilde obrero, Andrés aprendió a leer en secreto y en secreto leía en el mismo cuarto que ocupaba con sus cinco hermanos menores. Bajo las cobijas, iluminaba los libros con una linterna. Lenguaje hoy perdido bajo el tamiz de la ironía con la cual envuelve algunos giros verbales.

—¿Que se manifiesta cómo? —preguntó el doctor.

—Tiene usted sobre el escritorio el dictamen del distinguido doctor S...

—Sí, sí. Aquí le prescriben el reposo, pero yo necesito escribir en mi expediente los motivos de su internamiento.

—Conflictos con su marido motivados por los celos, ese sentimiento bastardo...

—No me importan los motivos personales. Lo que necesito saber es qué le pasa.

—Una fuerte depresión —le dije interrumpiendo a Andrés, a quien vi dispuesto a comenzar una discusión filosófica sobre el amor, antes de que el doctor dudara a quién internar de los dos.

—Fuerte depresión —repitió Andrés—, originada en el desconocimiento de la realidad. Su juventud...

—Confusión del sentimiento de realidad —murmuró el doctor mientras escribía—. Y las depresiones, ¿a qué edad comenzaron, llegan intempestivamente o son antecedidas por alguna otra manifestación? ¿Se repiten con frecuencia?

—Verdaderamente intempestivas —respondió Andrés—, pues la señora posee uno de los más bellos temperamentos que me ha sido dado frecuentar en este mundo. Sí, intempestivamente.

—¿Signos exteriores?

—Llanto.

—¿Pierde el sentido de la realidad, siente tendencias suicidas?

—La realidad es tan vasta y sus sentidos tan múltiples...

—Sí, he tratado de matarme varias veces —mentí.

—¿Cómo?

—Con barbitúricos.

—¿Cuántas veces?

—Dos, es decir, una vez seriamente. Pero, en esas ocasiones, era una profunda tristeza la que me invadía. Ahora tengo miedo, mucho miedo,

doctor, necesito que me protejan...

—Me va a contar ahora de sesenta y cuatro hacia atrás de ocho en ocho.

Me le quedé viendo sin comprender lo que me pedía.

—¿No me dijo usted que había hecho estudios superiores?

Conseguí entender qué me pedía y recité la tabla de multiplicaciones del ocho hacia atrás.

—Usted sabe lo que son los proverbios. Me va a explicar algunos de ellos. «Perro que ladra no muerde», ¿qué significa?

—«Al mal paso darle prisa» —respondí riendo hacia Andrés, quien sonrió por la broma. Cuando volví la mirada hacia el médico lo vi escribir: «No entiende. Aislada».

—¿El señor es pariente suyo?

—No, un amigo.

—Un amigo no puede hacerse responsable del internamiento. Pero la paciente misma puede firmar autorizando su ingreso.

—¿Dónde firmo? —pregunté.

Me señaló el pie de la última de las páginas. Firmé y cerré el expediente. A la cabeza de la primera página, leí «Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino de Sahagún».

—¿No es el Instituto de Neurología? —pregunté.

—No. El Instituto queda enfrente, un poco más abajo.

Andrés se me quedó viendo alarmado.

—Perdón, doctor, pero creo que se ha cometido un grave error. Un malentendido digno de... —Andrés buscó en vano en su memoria el nombre del autor o la escena adecuada—. En fin, ahora puede comprenderse su actitud a nuestra llegada. Evidentemente, usted no podía saber quiénes éramos. Lamentamos muchísimo las molestias que le hemos ocasionado, pero...

—No, no, Andrés. No vamos a haber molestado inútilmente al doctor. Este hospital u otro es lo mismo. Lo que necesito es un poco de descanso y de distancia —concluí tratando de convencer a Andrés, viendo mi internamiento alejarse, pensando en la hora, el cansancio.

—Si usted está de acuerdo, señora...

—Sí, muchas gracias, Andrés.

—Si están de acuerdo, vamos a acelerar el ingreso para que todos podamos dormir —dijo el doctor, quien tomó un teléfono y comenzó a buscar una supervisora de extensión en extensión.

—Andrés, no sé cómo agradecerle toda esta lata que le he dado.

—Estoy para servirla, señora.

—Si puede informar a Daniel y pedirle que me envíen algo de ropa, libros, el estuche de mis pupilentes...

—Inútil —me interrumpió el doctor—, aquí le damos con que vestirse.

—Los periódicos, me imagino, que puedo obtenerlos aquí —pregunté.

En ese momento entró la supervisora, una mujer grande y pesada, seguida de una pequeña asistente. Me llamó la atención la mirada huidiza de esta última.

—Señora, a menos que pueda acompañarla a su recámara, aquí me despido de usted —dijo Andrés dirigiéndose interrogadoramente a la supervisora.

—Sólo los pacientes pueden subir. Despídase aquí.

Vi a Andrés alejarse, mientras la supervisora revisaba mi expediente y hablaba en voz baja con el practicante, los ojos de la asistente espiándome. Recordé lo que había querido preguntar un poco antes.

—¿Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino, qué quiere decir? ¿Depende del Seguro Social?

—De Salubridad —dijo el doctor.

—¿...?

—Es el manicomio público —aclaró la supervisora, quien agregó al ver que yo no comprendía—. La Castañeda, hombre, La Castañeda con vestidos nuevos.

La visión del viejo caserón de árboles centenarios cruzó por mi cabeza mezclada con el St. Elizabeth de Pound, los sucesivos asilos de Artaud, los paseos de Carlota en los corredores de un palacio abandonado en Bélgica.

Seguí a la supervisora sin prestar atención, sumida en mis sueños, casi olvidada de Daniel. Apenas vi cuando abrió una puerta blindada y pasamos a un pequeño salón oscuro, la pintura de sus paredes escarapelada, el plástico de una mesa vetusta sin el calor que emana de los muebles antiguos de madera.

Cerró la puerta blindada tras nosotras y buscó otra llave para abrir la reja del fondo. Esperamos la llegada de un elevador.

—¿A qué hora es la cena? —pregunté mientras me quitaba un pupilente nublado tras un día tan largo.

—La merienda se sirvió a las cinco de la tarde —me dijo viéndome sin comprender qué hacía con mi ojo.

—Es un pupilente —dije—, está algo sucio y no veo bien.

Las vi mirarme con desconfianza. La supervisora hizo una seña a la asistente. Sentí su miedo. Terminé de ponerme otra vez el pupilente en el ojo y vi que la asistente extendía una camisa blanca con tirantes.

—No se preocupen, no estoy loca —les dije recordando dónde estaba y comprendiendo al mismo tiempo lo absurdo de mi frase.

Me eché a reír.

XXXVIII

—Elena, ¿ya no te acuerdas de mí?

Abrí los ojos y vi su cara pegada a la mía. Sus ojos fijos en mis ojos. Comenzaba a dormirme cuando oí el cuchicheo de su voz.

—Elena, soy yo —repitió su voz cavernosa—, ¿ya no te acuerdas de mí?

Vi una mujer de cincuenta años, los ojillos asomados entre la carne descompuesta de su cara.

—Nos conocimos en la primaria —me dijo pegando otra vez su cara a la mía. Traté de echarme hacia atrás. Estaba sola con ella. Vi un hilo de luz penetrar bajo la puerta entreabierta.

—Al fin viniste, Elena —formularon su lengua y su boca, acaso obedeciendo a un recuerdo olvidado por mí.

—¿Quién eres? —le pregunté buscando con mi voz la realidad. Todavía segura de no ser Elena.

—Soy Rita, Elena. Acuérdate.

—Pero yo no soy Elena, Rita —subí la voz tratando de hacerme oír por alguna enfermera.

—Acuérdate, Elena, me prometiste acordarte de mí —me dijo con un sollozo ahogado en la garganta.

El miedo desapareció. Sentí curiosidad por ese estallido de dolor bruto, sin tamices, sin vergüenza, encerrado en esa carne desamparada.

—¿Desde cuándo estás aquí?

La vi tratar de entenderme y buscar el paso extraviado del tiempo en quién sabe qué recovecos de su vida.

—¿Por qué te metieron aquí?

—Tenía mucho calor... y mucha comezón, Elena. Tenía calor y no aguanté mi ropa.

Vi su cuerpo desnudo, las uñas de sus manos gordas rascando esa carne impúdica. De pie, en uno de los corredores del mercado. Las marchantas

interrumpiendo el canto de sus legumbres y sus flores, la luz del día herida, de repente, sin remedio, por ese escupitajo a la belleza.

Había seguido a la supervisora, a la salida del ascensor, por un largo pasillo. A la izquierda podían verse las rejas de los estrechos dormitorios con sus camastros en fila. Debo haber contado unas quince piezas antes de llegar al consultorio médico del quinto piso. La supervisora se había vuelto hacia su asistente:

—Vete a dormir, ándale. Déjame sola.

Los ojos tristes de la asistente dejaron de huir. Me miraron sin recato. Muda. Convertida en una estatua de carbón. Mirándome como miraron hacia Sodoma la mujer y las hijas de Lot.

—Te digo que te vayas a dormir. La enfermera llega antes de mediodía y todo debe estar impecable.

Una especie de gruñido se produjo en el interior del cuerpo de carbón.

—Hasta pasado mañana, Hilda, hasta pasado mañana.

La estatua se descompuso y vi a Hilda aparecer bajo las costras de sumisión. Los ojos cargados de rabia, fijos en quien yo creía la supervisora. Pronto descubriría el sistema de corrupción jerárquico organizado en el hospital. El trueque entre vicios y servicios instituido en moneda. Las locas más mansas tomaban el humilde lugar de las afanadoras y realizaban la limpieza a cambio de una cajetilla de Faritos, un caramelo o una cerveza. Las afanadoras ocupaban las mínimas funciones de las enfermeras. Éstas, solamente presentes en el hospital los días de pago, llevaban los expedientes destinados a los doctores quienes, ese mismo día, al venir por su cheque, firmaban al pie de la página.

—Un Farito y agradece. Toma —dijo la supuesta supervisora a Hilda, quien arrebató de sus manos la cajetilla y se echó a correr.

—Ya me las pagará —murmuró la afanadora.

Una vieja con el cráneo rapado salió de una pieza del fondo. La afanadora gritó, sin preocuparse del sueño de las enfermas.

—No hay novedades todavía, Pedro.

—¿No es una mujer? —pregunté dudando sobre el sexo de Pedro.

—Era —me contestó la afanadora con una sonrisa maliciosa.

—¿Hay hombres aquí?

—¡Ah! Otra a la que le gustan —me dijo con el morbo pintado en los ojos—. Todas son iguales. Por eso están locas. Sí, sí hay hombres. Al otro lado de esas puertas.

No había pensado que las mujeres estuvieran separadas de los hombres. Sentí una mano de hierro empujarme y vi a Pedro inclinarse sobre la afanadora y agarrarla por el cuello de la camisa.

—Hace un mes que me cuentas lo mismo, Malena. Yo te di cien pesos como quedamos y tú no has hecho nada.

—Llevé el recado, Pedro, pero no me han respondido.

Pedro se le quedó mirando, tratando de saber si Malena no le mentía, buscando en los callejones de su cerebro cómo descubrir si Malena decía la verdad.

—¿Lo llevaste a su casa? —preguntó soltándole el cuello.

—Hasta la puerta, Pedrito.

Virginia Woolf, pensé, Virginia Woolf había pasado algunas temporadas en asilos psiquiátricos, víctima de depresiones agudas, al borde de la locura, si no recordaba mal... Nunca había conseguido leer su Diario. Busqué en mi memoria las escrituras que conocía: Sor Juana. Santa Teresa. Pero su locura nunca las llevó a las puertas de un manicomio. Apenas al convento. Comenzaba a imaginarme encerrada en un monasterio carmelita, cuando los gritos de Pedro me arrancaron de mi ensimismamiento:

—No has ido a verla, Malena. Es puro cuento. Y ya van dos meses que me sacas dinero con la mismita historia.

—Te juro que fui, Pedrito. Pero no quiere saber nada de ti. ¿Qué puedo hacer yo? Las cosas han cambiado desde que te encerró aquí. Pero no es ella la mala, es el marido. Mira, déjame terminar con ésta y hablamos tranquilas.

Pedro me miró con sus ojos pelones y esbozó un gesto de burla:

—¿Nueva?

—Nuevecita.

—¿Y por qué la metieron aquí?

—No hay camas en los otros pisos. Todo está lleno.

—Hay mucho loco suelto para que todos quepan aquí. Pero prontito va a haber camas, ¿eh, Malena?

Me les quedé viendo, tratando de incluirme en su complicidad con una sonrisa.

—¿Dan de alta a algunas enfermas? —sentí que la sonrisa me excluía.

—¿De alta? ¿Cómo de alta?

—Quiero decir que el doctor considera que pueden salir de aquí.

—De aquí no sale nadie más que al cementerio o a las granjas —se rio Pedro—, y yo prefiero el cementerio. Pero no me voy a ir sola, Malena, te lo advierto. Y a ti —dijo dirigiéndose a mí— ¿por qué te metieron aquí?

—Por mi propia voluntad.

—¿Por tu qué?

—Porque yo quise. Necesitaba descanso.

—Seguramente no por loca —dijo Malena carcajeándose.

—Pues aquí sí vas a descansar —coreó Pedro con su risa.

—Bueno —dijo Malena—, vamos a apurarnos. Con los zapatos puedes quedarte porque no tengo otros. Lástima porque están bonitos —murmuró mirándolos con avidez—, pero el vestido sí me lo das. Yo te lo guardo hasta tu salida —se rio—. Igualito que tu reloj, para que no te lo roben. Aquí no necesitas saber la hora. Es muy malo para el ansia saber la hora. Ya verás cómo te acostumbras cuando pasen los días, luego de que se te olvide el tiempo y ya ni te importe el mes o el año. Tranquilita, sin esos cuidados. Mira —dijo levantándose y sacando un uniforme de tela grosera de un armario—, aquí tienes para que te cambies. Te va a quedar un poquito grande, pero ni te fijes que aquí nadie te ve. A ver, dame el reloj.

El uniforme era demasiado grande para mí.

—¿No tiene un cinturón o algo con lo que pueda amarrar la falda?

—¿Para que te ahorques? No. Aquí están prohibidas esas cosas. Hazte un nudo.

Pedro miraba a Malena acariciar la tela de mi vestido.

—Ni te queda, Malena.

—Si no me lo voy a poner, nomás se lo guardo para cuando salga.

—Tú sabes muy bien que de aquí no sale nadie. Pero si no llevas mi recado, te acuso con Lola de que te quedaste solita con el vestido y el reloj.

—Cuídate de Lola, Pedro, cuídate que te trae entre ojos.

—A mí no me amenazas, Malena.

Había sido un largo día y la excitación que me mantuvo despierta durante sus horas había decaído. Empezaba a dormirme cuando sentí el aliento de Rita sobre mi cara. Oí sus palabras confundiéndome con una Elena que no era yo. Que no podía ser yo.

—Dejen tranquila a la seño —dijo una enfermera acompañada de dos afanadoras. Habían venido la mañana siguiente al quinto piso para ver a la «nueva». «Seño», como «madrecita», eran los apelativos con los cuales la humildad de enfermas y enfermeras se dirigía al color más blanco de mi piel, al corte de mis cabellos, a la cadena de oro que llevaba al cuello, a la calidad de mis zapatos.

Las locas me miraban de lejos, temerosas de la enfermera cuyos castigos, seguramente conocidos por sus cuerpos maltrechos, las hacían respetarla. La

enfermera pidió a una de las afanadoras la llave del armario en donde guardaban los medicamentos. Quedaban apenas dos frascos de alcohol y unas aspirinas. La administración del gigantesco hospital público extraía sus mejores beneficios del ahorro en los medicamentos, después de todo inútiles para estos enfermos abandonados por sus familias. Una economía semejante se llevaba a cabo en la gestión de los alimentos: los restos de las ya escasas comidas de otros pisos eran servidos en el quinto, el futuro de los cuerpos marchitos antes de tiempo, más precario aún que el de los cerebros de las habitantes del piso destinado a las incurables.

Ahorros jugosos que servirían al director del hospital para pagar su campaña de candidato a la gubernatura de su estado natal. Promoción tanto más codiciada pues su esposa, quien había sufrido contactos con el medio psiquiátrico, consideraba una alusión insultante al goce de sus facultades intelectuales las reiterativas referencias al puesto actual de su marido.

Recorrí esa mañana presa de un malestar cuyas causas no descubrí sino tarde esa noche, después de que fueron apagadas las luces en los dormitorios. Excepto la iluminación amarillenta del pasillo, el resto del piso quedaba sumido en una oscuridad total, interna, sin respiración: no había ventanas. En ese quinto piso del Fray Bernardino, las locas vivían el mundo subterráneo de las minas, los túneles y las cloacas: la luz del día no existía para ellas, el sol quedaba atrás, parte de un mundo anterior y desaparecido. El día había sido sustituido por la luz pareja y precisa del pálido neón que emanaba de las claraboyas a partir de las cinco y media de la mañana y terminaba a las seis en punto de la tarde.

La comida fue el segundo de los suplicios que resentí en ese universo concentracional donde el dolor palidece y la pasión se calma, su perfección alcanzada en una eternidad erigida por los hombres para anticipar con el encierro de sus semejantes la de Dios.

Un chino repartía cucharones de palo entre las enfermas sentadas alrededor de una larga mesa, algunas trepadas en ella, otras a gatas en el suelo tratando de escapar a la vigilancia del hombre que las obligaba a comer. Entre la voracidad de muchas de ellas, la mirada alerta del chino descubría la falta de apetito de algunas. Sus cerebros mal domesticados constituían una causa de inquietud para este hombre. Había seguido a los locos de La Castañeda al Fray Bernardino y para él no había más memoria que la de ese medio siglo pasado entre los cuerpos que alimentaba como un jardinero riega sus plantas. Amorosamente.

Lo vi agarrar a Hilda con una mano, su brazo alrededor del cuello de la enferma, sus dedos apretando la nariz para obligarla a abrir la boca, en donde introdujo con su otra mano el alimento.

—Tienen que comer mis niñas. Así, muy bien. Son todos esos cigarrillos los que te quitan el hambre, Hilda. A ver, tú, Carmela, ven acá —dijo descubriendo a una mujer que daba su comida a la vecina—. Si no comes, Fernando va a enojarse contigo y no vendrá el domingo.

El viejo chino se acercó a mí y se quedó mirando mi cara unos instantes. Creí que me iba a obligar a comer como a las otras y cerré los ojos, tratando de controlar el asco que me provocaba la voracidad de algunas de las pacientes más que el revoltijo de la comida. Oí su voz, muy suave:

—En chino, la palabra tranquilidad la representa la imagen de una mujer bajo el techo de una casa. Y tú has perdido tu casa, niña. Pasarán muchos años para que vuelvas a encontrarla, pobre de ti. Pero la encontrarás un día, antes de morir.

Se alejó de mi lado sin decirme una palabra más, sin obligarme a comer, inquieto por sus locas.

—Todas mis niñas tienen que comer bien. Mientras yo viva van a alimentarse correctamente. Nunca se me ha muerto de hambre ninguna y llevo cincuenta años cuidando estos cuerpos inocentes.

Inocentemente obscenos. Perdido el sentimiento del pudor y la vergüenza ignorada, sus cuerpos obedecen a los instintos que ya ninguna razón controla. Esa tarde vería a dos de las enfermas abrazarse con furia. Acariciarse mutuamente hasta el agotamiento de un deseo sin objeto ni imaginación. Los ojos abiertos buscando en sus sexos adoloridos el misterio de ese placer extenuado. Como el hambre, el deseo volvería a despertárseles unas horas más tarde bajo la forma de una irritación ansiosa cuyo único objeto era calmar.

Los días perdieron sus nombres, idénticos el uno al otro. El mundo exterior se me fue desvaneciendo y, con él, sus relieves. Seres y actos por los cuales viví y quise, a veces, morir. Fútiles detalles extraviados ahora, más que tras las rejas y los muros del Fray Bernardino, afuera del tiempo sólido e inmóvil que reinaba en ese espacio hermético. Y junto con el mundo exterior que las había despertado, fueron adormeciéndose las pasiones y sus mismos recuerdos. Como si éstos pertenecieran a otra persona y entre ellos se perdiera el mío.

Las locas se fueron acostumbrando a mi presencia y yo a ellas. Rita siguió llamándome Elena y yo aprendí a volver la cabeza al oír ese nombre que no

era el mío. Carmela me escogió como amiga y yo me dejé arrullar por sus palabras. Sus movimientos poseían el recato del pudor, esa lenta sabiduría heredada durante siglos y con la cual el cuerpo se ofrece al amor. Silenciosa y humilde, Carmela se deslizó entre los pasadizos donde yo me empeñaba en perderme y, al obligarme a mirarla, me abrió otra vez los ojos a la vida que, también ahí, seguía su curso.

—Fernando viene el domingo. Nunca deja de venir a verme. Nos queremos y vamos a casarnos en cuanto salga de aquí. Pero... tengo un problema, madrecita, no sé qué hacer, cómo decirte...

Llevaba varios días oyéndola sin escucharla. Sus palabras me servían de fondo a las escenas que me iba inventando. Imaginaba a Daniel esa primera noche de mi ausencia, celoso, caído en la trampa donde yo me había dejado atrapar para servirle de anzuelo. Los años habían pasado y, como una sombra, volvía a encontrar a Daniel, su amor siempre vivo y el mío hecho cenizas como todos mis viejos recuerdos. Publicaba los más bellos libros y una leyenda de amor y locura envolvía mi figura. Otras escenas menos agradables cruzaban de repente por mi cabeza: el regreso de mi madre con mi hija de Estados Unidos y su sorpresa al saberme internada. Daniel satisfecho de mi encierro y olvidado de mí con el paso de los meses. Escenas que me devolvían a la realidad y me obligaban a preguntarme cuánto tiempo llevaba en el Fray Bernardino y si no sería mejor salir de ahí.

La voz de Carmela seguía contándome las visitas de Fernando los domingos. La coincidencia con mis pensamientos me hizo prestar atención a sus palabras.

—En el templo de San Fernando, ése en donde las palomas picotean la yerba todo el santo día. Nadie las espanta porque el Señor las protege y todo mundo sabe que maltratarlas atrae su maldición. Yo trabajaba como sirvienta en la casa de Fernando. Su madre no quería que nos casáramos a pesar del niño que estaba esperando. Hubiera sido su nieto si no me lo arrancan antes siquiera de nacer. Fernando me llevó a la clínica y me prometió casarse conmigo cuando estuviera curada. Pero de la clínica me mandaron para acá y Fernando me trajo. Ahora, el problema es ése, madrecita, no sé si pueda casarme de blanco. Tú debes saber qué hacer.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le pregunté perdida en el laberinto de sus palabras.

—Si puedo casarme de blanco.

—Claro que puedes casarte de blanco.

Hilda nos miraba recostada contra la puerta del dormitorio.

—Está loca —me dijo señalando a Carmela.

—¿Por qué dices que está loca? —pregunté, pues Carmela no me parecía enferma. Al menos, no más que muchas de las personas conocidas afuera del Fray Bernardino. La confusión de su discurso podía deberse a la ignorancia.

Los gritos de Consuelo no me dejaron oír la respuesta de Hilda, quien murmuró entre dientes las palabras. Consuelo atravesó corriendo el pasillo hacia el baño.

—Me estoy vaciando, me estoy vaciando.

—Ya te dijo el doctor que te quedaras sin levantarte de la cama —dijo una afanadora a Consuelo.

—Tengo ganas de ir al baño —gritó Consuelo.

—Si no te quedas en la cama, el doctor no puede saber si es una hemorragia o qué demonios.

—¿Qué le pasa? —pregunté a Hilda.

—Un aborto. Por eso cree que tiene ganas de ir al baño.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Muy simple, señito, a patadas. Se agarraron el otro día de las greñas por una virgencita y la pobre imbécil de Consuelo defendió como pudo su virgencita, mientras su vientre recibía las patadas.

—Pero, Hilda, en principio todas ustedes llevan aquí al menos tres años, sin visitas y...

Hilda sólo me respondió con su risa.

Las largas horas de sueño y las pesadillas que provoca su exceso, la modorra del despertar, la falta de cualquier comunicación con el exterior, el uso de los tranquilizantes y la ausencia de espejos me impidieron ver la imagen que el encierro iba ofreciendo de mí con el paso de los días.

El pelo echado hacia atrás con las manos, las mechas en gajos por la falta de peine, la cara desnuda de maquillaje, cubierta por el uniforme de tela grosera, de pie sobre las zapatillas de tacón alto, entré en el salón donde me recibieron los doctores dos semanas después de mi ingreso al Fray Bernardino. Vi a tres hombres sentados alrededor de una mesa oval. A su lado, al fin, una ventana. Me deslumbró el brillo de la luz del día, una luz dorada y viva que vibraba en las pautas del aire.

Respiré el humo de los cigarrillos, mezclado con el olor del aire fresco. Bajé la vista hacia la mesa y vi la cajetilla de cigarros casi a mi alcance.

—Buenos días, ¿me pueden dar un cigarro? Hace días que no fumo —dije viendo a uno de los doctores. El más viejo de ellos me ofreció la cajetilla. Me dejé caer en una silla mientras alumbraba un cigarro.

Sentí, entonces, sus miradas revisándome, analizándome, haciéndose una idea de mi estado mental. Abrieron un expediente y comenzaron a hablar en voz baja entre ellos. Escuchaba, más que sus palabras, el eco de sus voces. Me di cuenta de que hablaban de mí.

—Le repito que aquí dice que se trata de una periodista.

—Pero, ¿cómo llegó aquí? —preguntó el viejo, quien no se daba el trabajo de leer él mismo los expedientes.

—Por su propia voluntad. Ella firmó su ingreso.

—¿Está seguro? —insistió el viejo.

—Lo estoy viendo aquí. Mire usted mismo —contestó el más gordo extendiendo la carta de recomendación del director del diario conseguida por Andrés.

—¿Qué diablos significa todo esto? ¿Se trata o no de una enferma?

—Sí, señor. Creo que sí, solamente que la habían enviado al Instituto de Neurología y seguramente allá vieron que el asunto no era de su competencia.

¿No será una trampa, López?

—No lo creo, señor. Basta con mirarla un poco.

—Es un testigo molesto si no es una enferma —dijo el viejo bajando la voz—. A mi compadre no le va a gustar nada el asunto, sobre todo ahora que se aproximan las elecciones y con todo ese escándalo del periodista ese.

—¿Para cuándo el destape, doc? —preguntó el más joven.

—Seis meses. En seis meses destapan al candidato. No se puede permitir ningún escándalo de aquí a entonces, Remy, usted entiende.

—No se preocupe —respondió Remy, sin dejar de verme—. ¿Quién puede criticar los magníficos servicios médicos del Fray Bernardino? Sólo un loco... o una loca.

—Además —agregó sonriendo—, si se tratara de una trampa, ésta no podría ser tan gruesa. No hubieran enviado una carta con la firma del director del diario pidiendo una cama. No, doc, no hay problema. Se trata de una enferma. Una enferma que necesita al menos seis meses de tratamiento y de reposo. Sin visitas que la pongan nerviosa y echen a perder los esfuerzos médicos.

—¿Ha venido alguien a verte? —me preguntó el viejo.

—No, doctor.

—A ver, López, llame a la supervisora.

—Doctor, yo... quisiera decirle... —oí mi voz lenta, desconocida, como si otra persona hablara en mi lugar. Mil y una ideas me cruzaban por la cabeza. Traté de poner orden en ellas, de hilar un discurso coherente y me oí

trastabillar, repetir el «quisiera decirle» sin encontrar la continuación. Sentí el miedo en la boca del estómago, violento, atroz, y comencé a ver en cámara lenta lo que pasaba a mi alrededor, mientras se me escabullían las ideas. Eran los medicamentos: me tenían idiotizada, completamente dormida todo el tiempo. Sentí la lengua pesada, la voz pastosa.

No podía decirle que no estaba loca y echarme a reír otra vez. Contarle de Héctor y los destellos del genio atisbados en su conversación con Daniel, de Lautréamont, la belladona y la búsqueda de la alucinación. El desarreglo de todos los sentidos y el exceso de virtud o de vicio. Mi impotencia para escapar a las reglas de la razón y acceder a los caprichos del genio. Explicarle que, desgraciadamente, no estaba loca. Que no podía estarlo. Que simplemente me había equivocado.

—Decirle que no estoy enferma...

—Sí, sí, hijita. Aquí te vamos a curar. Mira, vas a pasar un momentito a la otra pieza. Llévate la cajetilla —me dijo ofreciéndome los cigarrillos a cambio de mi razón.

Sentí la torpeza de mis pasos. La visión del exterior me detuvo un instante frente a la ventana: bajo el cielo azul inmenso, la ciudad de México respiraba su vida, ferviente, eufórica, olvidada de la muerte, sus habitantes corriendo hacia ella. Vi a lo lejos los autos atravesar sobre una avenida. Seguramente Tlalpan. Sentí las ganas devorarme por ese afuera, de respirar el aire libre de la ciudad. De respirar otra vez con ella.

No podía permanecer seis meses encerrada sin volverme loca. Un resto de humor me hizo sonreír ante esta idea. Vi el baño y entré en él.

La cara que me devolvió el espejo era evidentemente la mía. Mal peinada, el pelo endurecido por la falta de shampoo, los cabellos en gajos, los ojos pálidos... era la falta de maquillaje en las pestañas. ¿A quién me recordaba esa cara? Se parecía a alguien. Le sonreí y vi una mueca formarse con lentitud en la boca, los labios caídos, temblorosos por el esfuerzo. Me miré a los ojos y encontré la mirada perdida, abúlica, de las otras habitantes del quinto piso. Comenzaba a parecerme a ellas. Ahora sabía a quién me recordaba mi cara. Tenía que salir del Fray Bernardino.

Cuando volví al salón donde me habían recibido los tres doctores, sólo quedaba el gordo en él.

—Necesitás descanso, hijita. Éste es un buen hospital. Ya verás, en seis meses estás recuperada y lista para reiniciar tu vida. El Fray Bernardino es un establecimiento con las más modernas instalaciones en materia psiquiátrica, su cuerpo médico es...

Dejé de oírlo. Tenía que convencerlo de mi salida. Podía volverme loca verdaderamente. Ya no se trataba de una broma.

—Doctor, no puede encerrarme aquí seis meses. No puede. Yo no estoy enferma, pero me van a enfermar...

—Tienes que descansar. Ponerte en nuestras manos.

—Pero, doctor, usted sabe que en el quinto piso sólo están las incurables, que no hay ningún servicio médico...

—Te equivocas, hijita, te equivocas. El hecho de que no veas a los doctores no quiere decir que no se ocupen, que no estudien los casos. Tú verás...

—Ya vi todo —grité sin poder controlarme—, ya vi todo. Y si no autoriza mi salida inmediatamente, le prometo que esto se va a saber, que voy a publicar en los diarios todo lo que he visto... Yo soy...

—Sí, sí, hijita. Señorita —dijo dirigiéndose a la supervisora, quien entró a su llamado—, llévesela a su cuarto y dele algún calmante.

Viví adormecida los días siguientes. Apenas me despertaba para comer e ir al baño. Me sentía pesada e idiota. Oía hablar a Carmela de su vestido blanco y de las visitas de Fernando.

—Algo urgente tuvo que hacer. Pero vendrá el próximo domingo. Quiero que lo conozcas.

—Está loca —dijo Hilda otra vez.

—¿Por qué dices que está loca? Va a salir pronto de aquí.

—Sí. Para las granjas.

—¿Para las granjas?

—El mes que entra.

—No puede ser.

—Pregúntale a la afanadora. O a la enfermera. Todo mundo lo sabe. Tú eres la única que no se da cuenta —terminó riéndose y tocándose la cabeza con la punta del índice mientras me miraba.

Me acerqué a la enfermera, ocupada en la pintura de sus uñas.

—¿Qué quieres? —me preguntó al verme junto a ella.

—Carmela...

—¿Qué tiene Carmela? ¿Te hizo algo? Tú tienes la culpa. Te la pasas horas platicando con una loca rematada como ésa, que ya ni se da cuenta de nada.

—¿Es cierto que la mandan a las granjas el próximo mes?

—Claro que sí. Ya lleva demasiados años aquí y se necesitan camas libres.

—¿Y ella lo sabe?

—Claro que lo sabe.

Volví a mi cama. Ahí estaba Carmela esperándome.

—Carmela, dime una cosa —le dije suavemente, temiendo causarle un choque con mi pregunta—, ¿tú sabes que te mandan a las granjas?

—Sí. El mes que viene. Ya prontito, madrecita.

—Pero, ¿no me dijiste que te ibas a casar en cuanto salieras de aquí?

—Sí, madrecita, así es. En cuanto salga.

—Pero si te mandan a las granjas, no veo cómo puedes casarte —dije temiendo que Carmela no supiera lo que significaban las granjas.

—En cuanto salga de aquí. Fernando me lo dijo. No hay problema.

Era su Fernando quien la engañaba, quien le prometía un matrimonio que no tendría lugar.

—¿Y cuándo te dijo eso Fernando? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Qué te dijo?

—Que ya pronto nos casamos.

—Pero, Carmela, yo creo que va a ser difícil que te cases si te mandan a las granjas.

—No. No hay problema —me respondió Carmela volviendo la cabeza hacia atrás de ella y mirando en el vacío a alguien—; ¿verdad, Fernando, que no hay problema? Ya ves, madrecita, él dice que todo está bien.

Esa noche soñé con la risa de Hilda persiguiéndome por los corredores del hospital, gritándome que no me daba cuenta de nada. Como Carmela. Exactamente como Carmela. Me pregunté, en el sueño, si era yo quien había querido entrar en el Fray Bernardino, si no me habían traído por la fuerza, si todo eso que yo recordaba como mi pasado era cierto. Vi a mis amigos pasar sin reconocermé. En un espejo vi la cara de Carmela mirarme. ¿Quién era yo? ¿Cuál era mi nombre? No podía acordarme. Desperté: Respiré aliviada al recordar mi nombre.

Dos enfermeras se acercaron a mi cama esa mañana. Sonrientes, afables, me dieron una toalla y un peine.

—Te vas a bañar y a vestir rapidito porque tienes una visita. Arréglate un poquito para que no te veas tan mal. Ándale, haz un esfuerzo.

Todavía bajo el desasosiego de la pesadilla, me pregunté quién era la visita. Pensé en Daniel. Hacía ya un mes que no sabía nada de él. Y, por vez primera, sentí miedo de su presencia. Miedo de que me viera.

En el salón donde me había entrevistado con los doctores vi a un desconocido.

—Rápido —me dijo—. Me concedieron sólo un cuarto de hora. Me ha costado mucho trabajo conseguir esta entrevista. Andrés te metió en un buen lío. Sería para reírse si no fuera tan siniestro el asunto. Mira que ir a emborracharse a Los Guajolotes y luego venir a dejarte en el manicomio.

—Perdón, pero no recuerdo cómo te llamas.

—No te acuerdas porque nunca nos hemos visto. Pero yo he oído hablar mucho de ti, sobre todo últimamente. Soy Miguel Alarcón, un amigo de Andrés.

—Claro, claro que sí —respondí acordándome que Andrés me había hablado de él como de un buen psiquiatra.

—Mira, me tuve que presentar como tu viejo doctor, de vuelta de vacaciones, inquieto por mi paciente. Como tú firmaste la autorización de tu ingreso y los doctores de este hospital han decidido que careces del juicio necesario para tomar decisión alguna, quedas bajo su responsabilidad. Te dan seis meses de encierro. Es decir, los seis meses que faltan para la designación oficial del director del Fray Bernardino como candidato a la gubernatura de su estado. Tienen miedo de un escándalo. Imaginan que te metiste aquí para hacerles un reportaje. Sobre todo porque Andrés ha armado un escándalo de todos los diablos tratando de sacarte de aquí. Como tu doctor, yo puedo reclamarte y llevarte a la clínica que yo escoja, a petición de tu marido. El cual, por cierto, nos ha dado unos dolores de cabeza espantosos. Pero él es tu tutor legal, puesto que estás casada con él y no eres responsable de tus actos. Así, Daniel vendrá por ti, pues él tiene que firmar los papeles. En cuanto se le baje la borrachera que se ha puesto para celebrar su soltería. Vamos a pasarte al Floresta, un hospital privado de donde saldrás cuando quieras.

—Gracias, Miguel.

—Quien tiene que agradecerme es Andrés. No sabes lo preocupado que anda. Pero, ¡qué idea de internarte aquí por una pelea con tu marido!

—No fue la pelea, Miguel, fue la estúpida y romántica idea de genio y locura. Maupassant, Van Gogh, Artaud, Pound...

—Aquí los únicos locos famosos son el Chango Casanova y el doble de Tarzán.

Vi quebrarse en añicos mis sueños de locura: el Chango Casanova, un boxeador, un campeón de lucha libre idiotizado por los golpes, el doble de Tarzán soñándose en la selva y repitiendo el grito de guerra de los gorilas, un Tarzán de celuloide para las escenas peligrosas, más falso aún que el primero, obsesionado por el personaje que sólo encarnó durante los instantes del salto al vacío.

Vi a las locas mirarme cuando volví a mi cama. No me imaginé, porque nunca pude compartir su complicidad, que ya sabían mi partida. Rita se acercó, amorosa y triste, su cuerpo pesado violando los límites fijados por ella misma:

—E... le... na, vas a decirle a mi tía... que estoy aquí, E... lena. Ahí, junto a la Are... na Mé... xico. Donde jugábamos. La tercera casa del vecin... dario. Rosa. Dile que venga. Que Rita la llama. Dile.

Prometí a esas pobres olvidadas que daría sus recados. Todas y cada una se acercaron a pedirme que llevara un mensaje que era su última esperanza, una esperanza en la cual, de todas maneras, no creían, ni podían ni querían creer. Porque su realización significaba enfrentarse a una vida con la cual ya nada tenían en común. Prometí todo lo que me pidieron. Excepto a Carmela. Me pidió que fuera su madrina de bodas. No sé por qué me dio miedo mirarme imaginada por ella, siempre a su lado, hablando de ese vestido blanco que vestiría en su boda. Prometí a Margarita, a Pepa, a Martha, a Virginia...

Hilda se me acercó al día siguiente. Me miró con toda la carga de rencor acumulado desde antes de entrar al Fray Bemardino. Desde su lejana niñez.

—¿No querías saber por qué estoy aquí? —me preguntó refiriéndose a mi curiosidad por los motivos de su encierro.

—Sí —respondí, sin prestar atención a sus palabras, alejándome segundo a segundo de ese universo del Fray Bemardino en donde tampoco había encontrado cabida.

—Tú, señito, eres una catrina. Yo no soy más que una lavandera. Fui lavandera toda mi vida, desde que me acuerdo hasta que me metieron aquí. No me quejo, señito, me daba gusto ver la ropa limpia y sentir el agua clara corriendo entre mis brazos. Ver los encajes y los satines de las pantaletas y los sostenes de las señoras, otra vez limpiécitos, más suaves que cuando estaban nuevos. Ver revivir los colores del algodón y la seda. No, señito, no me quejo. Las patronas me querían, me quisieron siempre. Igual que mi hombre. Le llegué completita y él así lo entendió. Si no se casó conmigo fue porque nunca nos alcanzó el dinero para la fiesta y luego... luego vinieron los hijos, más hijas que hijos. Siete seguiditas. Y seguiditas se me fueron yendo por el camino de la vida. Llegó el machito y como llegó se nos fue, recién nacido. Siguieron llegando las hijas hasta que el doctor me amarró las trompas, mi hombre sin trabajo y bebiendo lo poco que yo ganaba, como si el alma se le hubiera perdido en el pasado. Yo me llevaba a las hilas a ayudarme y no era tanto porque necesitara de ellas, sino para que comieran en casa de las

patronas. Pero siempre estaban rezongando: querían ser como las señitas de las casas a donde íbamos y a mí se me rompía el corazón al verlas trabajando y de verlas tan envidiosas. Siempre pensando en los vestidos de las otras, y en los zapatos, y en las muñecas, y en la televisión y en tantos sueños tan caros. Ése fue el problema: que veían más y de tanto ver se les fue secando el corazón. Así dejaron de querernos a su padre y a mí. Menos Lola, igual de holgazana que las otras, pero más lista. Se puso a estudiar con el cura y aprovechando su cara de mustia se ganó al padrecito porque cuando le convenía era rete servicial. Así se fue acercando a Dios, quien terminó por llamarla. El padrecito dijo que era una gracia para toda la familia y sobre todo para Lola quien, con sus oraciones, nos llevaría a todos derechito al cielo. Yo no le creí nada y yo creo que por eso Dios me castigó. Pero Lola era floja y convenenciera y a mí se me hizo, porque una madre conoce a sus hijos y una vieja les adivina los pensamientos, que Lola se metió de monja como las otras de putas: para escapar al futuro de criadas que era el suyo. Y yo no podía luchar contra el curita a quien Lola se había echado al bolsillo con sus zalamerías y sus ojos bajos de mosca muerta. Siempre rezando. Tuve que juntar los veinte mil pesos de la dote. Así dicen que se llama lo que me costó su entrada de monja. Imagínate, madrecita, yo ganaba siete pesos por docena de ropa lavada y planchada. ¿Cuándo iba yo a juntar veinte mil pesos? Pero las patronas me ayudaron cuando supieron que una de mis hijas se iba de monja y nomás me decían: «Qué suerte tienes, Hilda, una hija de monja, una santa». Yo de santa no le veía más que lo inútil. Y luego me fui quedando sola, con mi hombre cada vez más borracho y asomándose siempre a los días pasados, cuando éramos jóvenes y él tenía un trabajo que lo ocupaba y lo hacía sentirse hombre. Porque los hombres no pueden estar sin hacer nada, señito, no son como nosotras que podemos pasárnosla soñando, sin hacer nada y siempre inventando cosas en la casa. Y luego vino el accidente. El padrecito parecía un pavo real cuando me dijo que se llevaban a Lola a las Europas que porque había ganado un concurso. Le pregunté: «¿Dónde es eso?» «En otro continente, más lejos que los Estados Unidos, al otro lado del mar.» «Se la llevan a Suiza», me dijo, «muy cerca de Roma, adonde irá después y verá al Papa». «Y a mí, ¿cuándo volverá a verme, cuándo la veré yo otra vez?» Que tuviera fe en Dios. Que de todos modos Lola pertenecía a Dios desde que entró al convento. Otra hija menos. La última, me dije. Y la acompañé a Veracruz, en donde tomó el barco que para mí era, cuando se iba alejando y haciendo y haciendo chiquito, como la tierra cuando cae sobre el ataúd a paletadas. De regreso nos ocurrió el accidente y a eso le llaman la

gracia de Dios: el chasis del camión les sirvió de tumba a casi todos y yo me quedé llorando durante muchos días. Me llevaron a la ciudad de México y yo seguí viendo a los muertos hasta en los sueños. Se me quedaba la mente en blanco y sólo así encontraba el descanso, señito, porque dormida también lloraba y las lágrimas me despertaban ahogándome en la garganta. Mi hombre no supo qué hacer conmigo más que darme de beber. Pero a mí ni me gustaba el alcohol, ni él podía comprarlo si uno de los dos no trabajaba. Aquí se me calmó la pena, pero me llené de rencor. Y por eso quiero que un día lleves el recado a Lola para que le cobre a Dios lo que nos debe.

Hilda me entregó un papel arrugado, en él estaba escrita la dirección de un hotel en Suiza. Yo prometí sin pensar cumplir.

Varios años después, cuando ya nada tenía que ver con la muchacha que estuvo internada en el Fray Bernardino y menos aún con sus pobres locas de aquel entonces, me detuve una noche en Lugano. Revisé la lista de hoteles y me detuve en uno cuyo nombre era Hotel del Lago. Su nombre removiό en mí ese perfume que tienen los recuerdos muertos hace mucho y que nos sumerge en la ensoñación pues no sabemos de qué nos hablan. Escogí el hotel buscando en su encuentro más una evocación que una sorpresa. Me sentía dichosa.

Un pequeño hotel con vista sobre el lago de Lugano, sus pequeños jardines colgantes entre los cuartos modernos y confortables, el cielo claro de una noche de verano sobre la terraza donde se extendía mi recámara en ese espacio obediente al orden humano que es Suiza.

La gigantesca masa blanca del Fray Bernardino y sus corredores eléctricos surgirían, súbitamente, la mañana siguiente, bajo la luz blanquísima del sol y entre las callejuelas arboladas que veía subir desde el lago hacia el hotel.

Pregunté esa mañana si vivía ahí una hermana religiosa de origen mexicano. Su nombre de laica era Lola.

—Sí, sí. Claro que sí. ¿Es usted mexicana? Qué gusto le va a dar verla. Es la hermana Benita. Ahora la llamamos.

La misma cara de Hilda sin el rencor: Hilda antes de que los años esculpieran tantos resentimientos en su rostro. Un poco más gruesa, quizás. Lola había olvidado el español y hablaba apenas el italiano. Sentí su disgusto al saludarme. Su enojo cuando le hablé de su madre. Del viejo recado que, me di cuenta entonces, no tenía el menor sentido, pues Hilda estaba probablemente ya muerta y Lola sólo vivía para olvidar lo que fue y lo que no quiso ser. Traté de inventarle una madre feliz, sin hablar, desde luego, del manicomio. Pero hubiera tenido que ser francesa para darle gusto y venir de

parte de una madre neoyorquina y rica para no removerle la vieja envidia. Me vio como a las hijas de las viejas patronas de su madre, quienes seguramente pasaron por Lugano, años antes, para llevarle algún mensaje de la pobre lavandera antes de volverse loca y de enterrarse en el Fray Bemardino. Otra vez me robaba un recuerdo ajeno, como años atrás robé los de las pobres locas, los de Daniel y los de tantos otros buscando en ellos un refugio contra su olvido.

Lola se levantaba a las cinco de la mañana para hacer sus oraciones antes de comenzar el trabajo de todos los días: la limpieza de los cuartos, los baños y las escaleras de ese hotel tres estrellas atendido por hermanas religiosas traídas a Suiza desde países lejanos. Lola pronto iría a Roma.

XXXIX

Apenas veinte años atrás, Tlalpan era un pueblo cercano a la ciudad de México. Sus casas blancas y bajas, su plaza central poblada de sauces llorones, su pequeña iglesia barroca y el colorido de las flores, los chiles, las frutas y las legumbres de su mercado atraían a los habitantes de la capital hacia este pueblo, donde se conservaban las costumbres de la provincia y al cual podía llegarse en los viejos tranvías amarillos que partían del Zócalo. El paseo a Tlalpan era para el pueblo lo que el paseo a Cuernavaca era para los ricos: un lujo saboreado de antemano, un largo día extendido como un puente de luz y color entre la vida opaca de la semana, la cual recomenzará mañana pero, al menos durante esas horas, aparece como una costa muy lejana.

A pesar de que ya en esos años la ciudad de México había devorado a Tlalpan como a tantos otros pequeños pueblos, convertidos así en otros más de sus barrios, Tlalpan conservaba su encanto, defendido por el orgullo de sus habitantes, quienes nunca han aceptado considerarse capitalinos.

Los tlalpeños tienen otro orgullo: en su pueblo guardan a los locos. Ahí se encuentran la mayoría de los manicomios. En las antiguas haciendas y en los viejos caserones, antaño propiedades de campo de la corte del virreinato, se instalaron los hospitales psiquiátricos de la ciudad de México. Sus nombres, que causan escalofrío a los capitalinos, son pronunciados por los tlalpeños como una canción: Lavista, San Rafael, Floresta, en cuyos sonidos respiran la poesía. La tranquilidad que emana de las murallas de los manicomios acrecienta el silencioso hechizo de ese pueblo blanco perdido, hoy, en el extremo sur de la ciudad de México.

La opulencia de las bugambilias cubría las bardas color mamey que delimitaban el territorio del Floresta. Tras los viejos muros espesos de los cascos coloniales se extendían sus jardines, vastos y sombríos, poblados de árboles centenarios. Alrededor de ellos, se levantaban pequeñas construcciones que formaron las distintas alas del hospital.

Daniel vino por mí al Fray Bernardino. Tembloroso, crudo, los ojos huidizos tratando de esconderme su resentimiento, vestido impecablemente, distante. Intenté hacer olvidar las arrugas de mi vestido y la falta de maquillaje con la conversación: caí en frases de salón completamente fuera de lugar en ese espacio y en esos momentos.

Antes de llegar al jardín, en cuyos senderos vi pasear a algunos enfermos, atravesé un edificio en donde se encontraban los consultorios médicos, una gran biblioteca y las salas de archivos.

Esa tarde platicué con uno de los doctores del Floresta, un psiquiatra canoso, al cual rodeaban varias locas tratando de persuadirlo de sus deseos respectivos: una pronta salida, derecho a visitas, acceso al teléfono, permisos dominicales, una mayor dosis de tranquilizantes...

El doctor Fernández me describió la distribución del hospital: tres secciones para hombres y tres para mujeres. Me omitió esa cuarta sección en donde algunos padres ricos podían enterrar, sin asesinarlos, los monstruos que habían engendrado: seres equívocos en cuyos cuerpos los dioses olvidaron soplar un alma y, aunque pertenecientes a la especie humana, se emparentan con creaturas del reino vegetal. Su presencia entre los hombres perturba el orden, levanta dudas y hace sospechar gérmenes de locura en la inteligencia divina, sobajando así el orgullo del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. No queda sino esconder esos seres a las miradas del mundo y esperar su más pronta desaparición para sentir el alivio de saberlos, como el resto de la especie, mortales.

—La tercera sección —me dijo el doctor Fernández con la voz pausada de un hombre acostumbrado a hablar para sí mismo— es donde está usted: recámaras individuales, baño privado, atenciones médicas particulares, servicio de restaurante a la carta. Las personas hospedadas en la tercera sección salen pronto de aquí. Perdone usted —me dijo interrumpido por una mujer de unos cincuenta años.

—Doctor, sigue usted haciéndole caso a Yolanda. Es mi enemiga. Deje de escucharla o déjeme salir.

—No, Gloria, no. Ya te dije que no puedes salir mientras no recuerdes lo que pasó antes de septiembre. Anda, déjame platicar con la señora —dijo el doctor continuando su paseo a mi lado—. Enfermas como Gloria se hallan en la segunda sección. Grandes dormitorios colectivos. Sus habitantes provienen de medios modestos y no pueden pagar una atención particular. El Floresta los recibe gracias a un contrato con el Seguro Social. Tardarán en salir de

aquí, si salen, pues sus casos son más graves y requerirían cuidados especiales. Algunos de ellos tienen aquí diez, quince, veinte años.

Una mujer rubia, los rasgos descompuestos por el dolor, se retorció. El doctor Fernández se acercó calmadamente a ella:

—Luisa, tienes que dominarte si quieres seguir saliendo al jardín.

—No soporto la comezón, doctor, no puedo soportarla.

—Piensa en otra cosa, Luisa. Mira nomás cómo te has sangrado. Voy a ordenar que te amarren si sigues maltratándote de esa manera.

Vi su piel blanca, cubierta por las heridas que ella misma se había hecho.

—Son los efectos del electrochoque. Le pasarán en unos cuantos días; entonces podrá pasar a la tercera sección antes de salir de aquí.

—¿Todavía se ponen electrochoques?

—Personalmente, no creo en su eficacia. Pero el hospital deja una entera libertad a los doctores que atienden en él a sus pacientes. Luisa tiene su doctor, escogido por su familia. Su caso es difícil y la familia quiere verla pronto afuera. El doctor hace lo que puede. Es una mujer de una inteligencia extraordinaria, desgraciadamente atrapada por la esquizofrenia. Ésta es su tercera recaída. Y seguramente volverá... en algunos meses o en algunos años.

El doctor dio la vuelta en una de las avenidas del parque y vi la reverberación de la luz levantarse de la yerba húmeda. Nos encaminábamos hacia las oficinas del hospital, cuando un hombre alto y flaco, imagen del Quijote, se acercó a Fernández.

—Doctor, perdone usted que lo moleste pero mi hermano ha infiltrado aquí a sus agentes.

—Mario, ya ves que estoy ocupado.

—Es grave lo que le digo, doctor, es grave. Usted conoce el poder de mi hermano.

—Sí, Mario, no te preocupes. Aquí estás bien protegido. Nada puede hacerte.

—No temo por mí, doctor, yo sé que estoy protegido y él mismo no se atrevería a hacerme nada, aunque no fuera sino por el recuerdo de nuestra madre. Pero el país, doctor, el país corre peligro —dijo bajando la voz.

—Mañana hablaremos, Mario. Lleva aquí más de veinte años —me contó el doctor alejándose de Mario—, llegó al principio del alemanismo. Su inteligencia sería perfecta si no sufriera esa obsesión que ocupa casi todas sus facultades. Cuando se consigue hacerlo hablar de otros temas, Mario es verdaderamente notable en sus observaciones. Estuvo mezclado en un

escándalo político durante la época de la candidatura de Miguel Alemán: una historia de amor, terminada trágicamente. Ella murió consumida por el dolor al saberse traicionada por el hombre con quien hubiera debido casarse y que fue asesinado en casa de su amante. Ésa fue la versión oficial. Un ajuste de cuentas político. El muchacho pertenecía a una de las familias en el poder. En realidad, el muchacho pudo escapar a la muerte, pero no a la locura. Así, mi pobre Mario se cree el hermano del presidente en turno. Una inteligencia frágil y una gran sensibilidad. Sigue atentamente los asuntos políticos y espía los recovecos de la vida privada de la gente en el poder. Nada se le escapa. Ya verá usted, si se queda algunos días entre nosotros —agregó Fernández alegre—, hay personajes muy interesantes aquí y a usted no le caería mal un poco de reposo, lejos de toda esa agitación que reina fuera de estos muros.

—¿Y la primera sección, doctor? —dije preguntándome qué pensaba realmente Fernández de mí.

—Ahí está —me señaló una construcción baja—. En ella se encuentran los enfermos demasiado agresivos, algunos incurables cuyos cuidados son difíciles, pacientes que acaban de sufrir tratamientos cuyas consecuencias deben vigilarse de cerca. Y usted, ¿cuánto tiempo piensa quedarse aquí?

—Una o dos semanas, doctor.

—Ya verá cómo le agrada el Floresta. Tenemos todo tipo de actividades: teatro, bailes los viernes por las tardes, tenis, ping-pong, incluso un periodiquito que hacen los enfermos. Dos semanas es muy poco tiempo. Pero, en fin, ya volverá usted.

Me le quedé viendo preguntándome qué había querido decir. Se sonrió y me respondió:

—Todos volvemos, hija, todos los que hemos entrado a él, volvemos algún día al Floresta.

Al día siguiente vino Daniel a verme. Sus visitas habían sido autorizadas por Miguel Alarcón todas las tardes. Llegaba al final de ellas, tembloroso y hostil, respirando alcohol por todos sus poros, desesperado, espionando en mis gestos y entre mis palabras el amor y la locura. Se iba al oscurecer, decidido a olvidarme, dispuesto a romper conmigo, sólo para volver a la tarde siguiente, emergiendo de las olas de alcohol entre las cuales se hundía a cada noche. Estaba hecho polvo. Su dolor me hacía pensar que era él quien tenía necesidad de reposo en el Floresta y yo quien debería venir a buscarlo.

Le pedí que me trajera algunos libros, ropa, la máquina de escribir. Él leía con fruición mis tentativas de escritura hurgando en ellas lo que pasaba entre nosotros, lo que pasaba en mí.

—Estás enferma —me dijo una tarde calmadamente, mirándome a los ojos por vez primera desde mi entrada al manicomio—, estás enferma.

Sentí todo el peso de la repulsión que Daniel tenía por la enfermedad.

—No quieres a nadie, no puedes querer a nadie. Eres una mujer hecha de palabras.

—Daniel, yo te amo —le respondí pensando que lo amaba, compadecida por su dolor, ese dolor que hubiera querido apaciguar y sólo aumentaba al tratar de compartirlo.

—Yo aspiraba a un mundo de luz, a una vida clara entre nosotros, luminosa... Y todo está lleno de sombras, de telarañas en donde se empantana tu cabeza. Sucio, feíto, como tu amor.

Sentí la ira invadirme muchas tardes al escuchar las acusaciones y los reproches de Daniel. ¿Cómo explicarle que mi excursión al mundo de la locura, la misma entrada en el manicomio, no era sino una tentativa de acercarme a él? ¿Que incluso mi enamoramiento de Héctor no era sino una manera de buscarlo a él? Daniel rehuía la locura, y yo no me di cuenta cabal en esa época, como se huye de la lepra pues, como ésta, la locura es contagiosa: Daniel había amado en mí la alegría de vivir, la salud en él tan precaria: alegría y salud que sentía, con horror, perdidas en mí.

Alguna tarde quise contarle lo que había visto en el Fray Bernardino, lo que vivía en el Floresta, mis pláticas con los locos. Daniel huyó de mi lado. Dejó de venir a visitarme varios días.

Cuando volvió, me trajo algunos libros: *Pornografía* de Witold Gombrowicz, *Alicia en el país de las maravillas*, *La crítica de la razón pura*.

No pude escapar ni siquiera entre los locos a ese mundo de la política, bajo cuya lucha por el poder vi asesinar a mi generación: el universo concentracional de los manicomios me puso otra vez frente a esa realidad que todo lo invade y a la cual no escapa el destino de la más secreta de las vidas. En los largos días que pasé en el Floresta, como al acordarme de las pobres enfermas del Fray Bernardino, descubrí que si en un sentido estricto la locura es un problema del lenguaje, en otro más amplio es político.

Atrapadas entre las escasas palabras cuyo sentido se les escapa, fugitivo, las humildes locas del Fray Bernardino no podían, no podrían nunca, formular para ellas mismas y, menos aún, expresar a los otros los orígenes y el tamaño del dolor que las roe. Las modestas enfermas y los pobres locos de la segunda sección del Floresta no podían comprender ni responder a las preguntas de los médicos: su reducido vocabulario no tenía las palabras necesarias para designar los miedos y fantasmas que los aplastaban con su peso.

De la terraza de mi recámara podía ver las ventanillas del corredor en donde se paseaban las locas de la segunda sección. Desde esas claraboyas espiaban la esperanza de enfermas menos desafortunadas, a las cuales el futuro no estaba vedado puesto que podían anticiparlo con sus propias palabras.

Recorrí una tarde el universo crepuscular de la segunda sección: en sus largos dormitorios se alineaban las camas en donde se sentaban y dormían hombres y mujeres repitiendo los mismos gestos incesantes que habían terminado por domar su cuerpo y enmohecer su mente. Viejos trabajadores de la administración de correos, dos conductores de tranvías quienes habían tenido accidentes cada vez más frecuentes y cuyas víctimas seguían persiguiéndolos.

Un chofer de autobús foráneo me dijo: «Alcancé a saltar cuando vi que ya no podía frenar el camión y que la velocidad no me daba para ganarle el paso a la locomotora. De los sesenta adultos ni me acuerdo, pero las cuatro caritas de los niños no puedo olvidarlas. Están aquí. Enfrente de mí. Todavía con los ojitos abiertos: no sé por qué se me ocurrió comprar el periódico en donde venía la foto. Había escapado a la justicia de los hombres, pero no pude escapar a la mía».

La hermana de un viejo vigilante encargado de controlar la circulación ferroviaria me contó del enfermo al cual seguía visitando cada semana desde hacía diez años: «Treinta años siguiendo los foquitos que le indicaban por donde iban los trenes, él, quien nunca tuvo un trenecito de niño, quien nunca jugó a estrellar las diminutas locomotoras, un niño calmado, vio los dos foquitos avanzar por la misma vía, uno hacia el otro, cada vez más cerca y la fascinación lo atrapó, no reaccionó ni cuando vio estallar y fundirse los dos foquitos».

Ancianos y ancianas sin sexo, confundidos por la carga de años donde se les habían perdido las ganas de vivir y de morir, estatuas de piedra que el viento abandonó porque no se los pudo llevar con un soplo.

Dos pintores y un poeta alcohólicos pasaban en el Floresta periodos de desintoxicación. Un periodista a la moda afirmó que estaba preparando un reportaje: el doctor Fernández me dijo que había sido internado a pedido de su familia durante un acceso de violencia. Luisa me relató, al pasar a la tercera sección, sus trabajos en el tribunal Bertrand Russell.

En la tercera sección vi histéricas sedientas de atenciones y elogios, quienes pasaban las mañanas maquillándose y culpando de su suerte al marido, al hijo o al amante. Otras, roídas por la culpabilidad, emergían de

fuertes depresiones a donde las había conducido el engaño al esposo o la infidelidad del amado.

La nieta de un expresidente vivía en el cuarto contiguo al mío: la opulencia de su familia le permitiría habitar toda su vida en ese asilo. Los rasgos de su abuela y la cara redonda, achatada y canina de su pariente impedían cualquier duda sobre sus orígenes, los cuales, por otra parte, la tenían sin cuidado. La ansiedad la hacía devorar pasteles, bocadillos, caramelos y chocolates a toda hora. Un monstruo de obesidad, tranquila y sin más obsesión que el gato de una de nuestras vecinas.

El gato pertenecía a una vieja señorita histérica, quien pasaba sus días acariciando al animalillo mientras rezaba Aves Marías y Padres Nuestros, obsesionada por el pecado que veía florecer en cada centímetro de la piel del resto de la raza humana. La actitud insolente del ama hacía antipático al gato, el cual ronroneaba a su lado durante el día y corría los tejados por las noches.

Una madrugada, Maximina Alejandra tocó a mi cuarto. Vi las lágrimas escurrirle en la cara.

—¿Qué te pasa? —le pregunté adormecida.

Abrió los brazos y vi en ellos el cuerpo del gato ya muerto.

—Tengo miedo. No sé qué hacer.

—¿Tú lo mataste?

—Sí —me dijo en un murmullo—, sin querer. Lo aplasté al tratar de acariciarlo. Fue sin querer. Ya no aguantaba sus aullidos. Y ahora me van a descubrir y me van a estrangular a mí para que me vaya al infierno.

—Si no dices que fuiste tú, nadie podría saber quién lo mató.

—Pero el ánima del gato se lo va a decir a Irma y ella se va a vengar. Quería tanto al gato.

—Los gatos no tienen alma, no te preocupes.

—Pero Irma habla con las ánimas del purgatorio y ellas se lo van a contar.

—Nadie le va a decir nada, Maximina, deja al gato por ahí y vete a dormir tranquila.

—¿En dónde lo dejó? —me preguntó.

—Donde quieras, hombre, cuélgalo de un árbol si se te pega la gana —dije sin pensar acurrucándome entre las cobijas buscando el sueño.

Estaba amaneciendo cuando comenzó una fiesta de brujas que terminaría con su cacería. Las locas, apenas cubiertas con sus camisones, gritaban con todas sus fuerzas: el cadáver del gato, amarrado por las patas, colgaba de una de las ramas del único árbol del jardín interior de nuestra sección. Las enfermeras se precipitaron por la puerta tratando de calmar el delirio cuyo

contagio iba poseyendo a los mismos vigilantes. El gato seguía colgado del árbol. La luz del alba iba subrayando su perfil entre las hojas y las ramas. Irma trataba de escalar el árbol, olvidada de sus pudores de señorita quedada y beata.

Las enfermeras dejaron la puerta abierta y locos y locas de otras secciones llegaban a unirse a ese coro de aullidos que inauguraba el día con un festín de risa y llanto, rompiendo en pedazos el silencio de la noche.

Vi a Alejandra Maximina escurrir su cuerpo entre ese baile macabro y llegar a mi lado.

—Me van a mandar a la primera —me cuchicheó—, me van a encerrar en las celdas.

—No te preocupes, no te va a pasar nada —respondí conteniendo la risa al ver que enfermeras y doctores gritaban como locos.

—Son los agentes de mi hermano, pero yo se lo advertí a Fernández —decía Mario a quien quisiera oírlo.

Luisa exigía un tribunal de guerra y un grupo de defensa contra los criminales de especies distintas a la nuestra. Gloria comenzó a acusar a Yolanda de la muerte del gato, pero ésta clamaba con más fuerzas el crimen de Gloria. Uno de los pintores alcohólicos dijo al poeta:

—Esto amerita un trago.

—Si usted quiere, tengo una pequeña anforita escondida para ocasiones graves —respondió el poeta.

Algunos de los enfermos de la segunda sección aprovecharon para husmear en las recámaras y apoderarse de una mascada, un prendedor, una revista. Los alaridos parecían calmarse en ciertos momentos, sólo para mejor recomenzar con mayor volumen, coreados por los gritos lejanos, fuera de escena, de los enfermos retenidos en sus celdas, quienes daban golpes contra las puertas, rompían cadenas y se torcían de desesperación contra las rejas en donde su ansia buscaba inútilmente apaciguarse.

Uno de los enfermeros descolgó al gato. Irma se lo arrancó de los brazos y, perseguida por dos enfermas, se refugió en su recámara, dispuesta a sostener un sitio antes que entregar el cadáver del animal.

Horas más tarde, restablecida una apariencia de orden y calma, el terror reinaba entre los habitantes del hospital. Los doctores interrogaban a sus enfermos tratando de saber, seguros de poder saber, quién había estrangulado al gato. Curiosamente, los locos se fueron tranquilizando y olvidaron el asunto con él paso de las horas, otra vez acorralados por sus manías y obsesiones habituales. La paranoia crecía, en cambio, entre enfermeras y

doctores con la entrada de la noche. Uno de estos últimos, de guardia esa semana, tuvo una crisis en la madrugada y hubo que encerrarlo durante algunos días en una celda.

En el pequeño teatro del Floresta, los locos imitaban los gestos y sonidos de algunos animales. Los doctores creían en las cualidades terapéuticas de la dramaturgia así concebida. Tres enfermos se movían sobre el escenario al aire libre, apenas cubierto con un techo de tejas: una mujer flaca cacareaba en cuclillas tratando de aletear con sus brazos temblorosos y lentos; un anciano había preferido representar un asno y los rebuznos agonizaban en su garganta; un muchacho joven, en cura de desintoxicación de drogas, bromeaba imitando a una culebra arrastrándose en el suelo.

Desde las bancas de cemento, protegidos del ardor del sol por el follaje de los árboles, mirábamos sin atención los devaneos de estos aprendices de actores.

Una mañana, Fernández nos anunció la visita de una directora de teatro, quien montaba una pieza en la cual una actriz debía representar un ataque de epilepsia. Los dos pintores y el poeta se refugiaron en sus recámaras, avergonzados de encontrarse en un asilo de alienados.

La directora teatral entró al parque del Floresta acompañada de la actriz y de un doctor. Después de dar una vuelta por el jardín, siguiendo las explicaciones del médico, la dramaturga se acercó a nosotros. Me levanté a saludarla.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con asombro.

—Encerrada —le contesté riendo. Me miró con desconfianza, volviendo la cabeza hacia el doctor para asegurarse que era una broma y mirándome otra vez de reojo sin saber cómo tratarme. La actriz miraba hacia todos lados, protegiéndose del miedo tras las faldas de su directora.

Acompañé a las dos a las diferentes secciones, pero no pudimos encontrar a ninguna enferma con un ataque de epilepsia justo en esos momentos.

El joven que dirigía a los locos sobre el escenario propuso una rápida improvisación: la mujer flaca representó un ataque de epilepsia hasta caer al suelo, mientras el viejo y el muchacho trataban de calmarla y de evitar que su columna vertebral se quebrara bajo los efectos de la epilepsia. El viejo imitaba de manera extraordinaria el desapego del doctor Fernández y el muchacho se movía ironizando con su paso y sus gestos a diversos enfermos. El escaso público reía y aplaudía con delirio.

Uno de los enfermos se acercó a enseñar a las visitantes el periodiquito del hospital.

—Como usted verá, se llama *La razón*. Fue el nombre escogido por la mayoría de los pacientes. Votamos entre *El ocote* y este otro título.

Locos actuando de locos. Histéricas fingiendo la epilepsia. Enfermos satirizando a doctores más graves que ellos y cuya locura esconden en los manicomios. Un falso hermano del presidente explicando el juego político a sus eminencias grises. Una auténtica nieta de un expresidente estrangulando gatos. Una beata en comunicación con las ánimas del purgatorio. Una secretaria de Bertrand Russell erigiendo tribunales de guerra en defensa de los animales. Dos pintores célebres haciendo olvidar su nombre y su fama en los corredores de un hospital psiquiátrico. Un poeta perseguido por su mujer quien no soporta «verlo sin hacer nada y contando cuentos». Un periodista asido a su profesión para disfrazar su locura. Un demente a quien tortura su pasado y una loca que no puede acordarse qué pasó más allá de septiembre. Un doctor encadenado en las celdas y una enfermera sustrayendo a sus pacientes los medicamentos con los cuales se droga. Viejas y viejos muertos hace años, sus cuerpos removidos por gestos que les sobreviven. El futuro cancelado tras las puertas del Floresta en un juego de máscaras y disfraces con el cual consiguen escapar en el interior de sus muros.

Una luz violeta se filtró entre los árboles y el aire tibio del ocaso. Podía escucharse un antiguo vals en el pequeño teatro al aire libre, con ese sonido nostálgico que producen los discos viejos entre sus surcos abiertos. Unas cuantas parejas, aisladas, solitarias, se movían sobre el escenario tenuemente iluminado. Ancianas y ancianos bailando abrazados ritmos distintos a la música, melodías que seguramente resurgían en sus oídos y remontaban a los tiempos lejanos cuando todavía no habían caído en la trampa que les tendió la vida. Sus brazos y sus piernas se resbalaban de sus cuerpos debilitados por los años, sus frágiles cerebros incapaces de coordinar al mismo tiempo el mentón colgante, la boca abierta y el pie que se desliza sin poder alzarse, los brazos que sienten otra vez un cuerpo ajeno palpar entre ellos y el cual les evoca, en un destello, quién sabe qué sueño, qué esperanza o qué deseo que al fin encaman un instante.

Sus herederos vendieron el Floresta varios años más tarde. Ninguno de ellos creía en los métodos psiquiátricos que ahí se practicaban. Los locos fueron trasladados a otros hospitales. Para algunos, los años pasados entre sus muros eran toda su existencia. Sus recuerdos quedaban ahí. Había ya comenzado la demolición del Floresta, el nuevo propietario urgido por el fraccionamiento del terreno, cuando los médicos organizaron un pequeño coctel para despedirse de los locos y permitirles despedirse entre ellos.

Alfonso, uno de los herederos, me contó que oscurecía cuando subieron a los enfermos a los camiones para llevarlos a su nuevo e inusitado destino. No hubo tiempo ni ganas para mudar los archivos del Floresta: algunos de los locos pudieron ver volar miles de hojas entre los árboles del jardín ya invadido por la maquinaria de demolición.

XL

Tardé varios días en acostumbrarme otra vez al ritmo de la vida fuera del Floresta. Me sentía agredida por el ruido, la velocidad y el movimiento de la ciudad que mueren a las puertas de los hospitales, los monasterios y los conventos.

Vi de lejos mi casa como los viajeros que vuelven después de una larga ausencia y se sorprenden del tamaño que recordaban distinto, a veces más grande, en ocasiones más pequeño, de la calle donde vivieron. Descubren, poco a poco, detalles olvidados, los cuales les devuelven, con su presencia, perfumes, olores, sabores y sentimientos abandonados entre las horas polvorientas de la ausencia. Sensaciones que corresponden más a la memoria del cuerpo que a un recuerdo preciso del pasado.

Sentí un primer signo de desvarío en el orden que había dejado al ver, rala y amarillenta, la yerba del jardín, el ciprés tambaleante podrido por la sed.

Una fila de botellas vacías de ron, whisky, tequila y cerveza se alineaba en el corredor de entrada a la casa. Ceniceros desbordados de colillas, vasos con restos de alcohol en las mesas y en el suelo, el olor rancio de los bares encerrados, libros abiertos, discos fuera de sus sobres, cuadros y muebles llenos de polvo, los focos encendidos en toda la casa, el tocadiscos dando vueltas.

Una enana recomendada por la florista de mi madre se ofreció a trabajar como sirvienta. Acepté acuciada por la urgencia que tenía en devolver el orden a la casa, tan necesario para recuperar el mío. Me sorprendió su fuerza física, la cual le permitía levantar los muebles más pesados. Reí cuando la vi sacudir los más altos sólo en su mitad inferior. Sus bracitos trabajaban sin descanso y sus piernitas regordetas la dejaban escurrirse por toda la casa a una velocidad inusitada. Tuve tiempo para preparar la cena, bañarme y vestirme antes de empezar a esperar a Daniel.

Había querido darle una sorpresa con mi regreso.

Llegó cerca de medianoche acompañado por Héctor.

—¿La señora de la casa podría invitarnos una copa? —me dijo Daniel con la voz balbuceante por la borrachera.

La enanita asomó su cara achatada por la puerta de la cocina y nos miró con sus ojillos diminutos, muy separados en medio de su cabeza, brillantes de malicia e inteligencia.

—¿Puedo irme a dormir? —me preguntó.

—Claro, claro que sí —respondí. La enana atravesó el pasillo y subió las escaleras muy despacio mirándonos a uno y otro a los ojos, revisándonos, adivinándonos con todo el tamaño de un rencor que no le cabía en el cuerpo. Desapareció al fondo de la escalera y oímos el mudo de la puerta de su cuarto.

—La princesa y su enana —dijo Daniel burlón.

Héctor comenzó a reírse a carcajadas señalándome con la mano.

—Como las locas —me dijo—, como las locas.

—¿Qué? —le pregunté sin saber qué era lo que señalaba en mí.

—Te raparon como a las locas —repitió sin poder controlar una risa que lindaba los umbrales de la locura.

Había pasado esa mañana, a la salida del Floresta, a un salón de belleza para hacerme arreglar el cabello con un corte a la moda.

—Estás loco —le respondí furiosa y me volví hacia Daniel—. ¿Para qué lo trajiste? No quiero volver a verlo nunca. Me hiciste prometerte que nunca más lo vería y lo traes a la casa. Sácalo de aquí o vete con él. Váyanse los dos.

—Es mi amigo, querida maestra. No va usted a correr a mis amigos. ¿Qué? ¡Ya no lo quieres! ¿No te pasaste todo el verano hablando con él? Pláticas literarias, claro. Una manía. ¿Sabes que la maestra organizó un salón literario con los locos? —dijo dirigiéndose a Héctor.

—Yo me voy —dijo Héctor bajando los ojos, la risa agotada.

—No, no. Tú te quedas. Tenemos muchas cosas que aclarar entre nosotros y ninguno de los dos se me va a escapar otra vez al manicomio.

—Daniel, por favor, déjalo que se vaya. Hablaremos mañana o cuando tú quieras, pero no hoy. Has bebido demasiado. Apenas hoy salí del Floresta, comprende.

—Y a mí, ¿quién me comprende? —dijo Daniel con la voz ahogada por un sollozo.

Héctor partió y Daniel se quedó mirándome, sin hablar, durante la hora más larga que creí pasar en mi vida. En ella se agotaron los recuerdos y ahí comenzaron ellos a olvidarme.

Cuando subí las escaleras vi la sombra de la enanita alargada por la luz. Estaba de pie bajo el marco de su puerta. Nos había estado oyendo respirar el

silencio. Creí que iba a huir al verme y a tratar de ocultar su espionaje. Se me quedó viendo impávida, sonriente, despojándome de cualquier máscara con sus ojillos vivos.

Pasé los días siguientes envuelta en una bruma semejante a la de los sueños. Procuraba no pensar en nada fuera de ese presente en donde me iba deslizándose casi en secreto, a escondidas. Acompañada de la enana y de mi hija, quien había aprendido a caminar, pasaba los días sin hablar, a solas, temiendo un nuevo viraje del futuro.

Daniel había decidido, aconsejado por su madre y por la mía, continuar su relación conmigo y salvar el matrimonio. Yo no debería nunca volver a ver a Héctor. Otra vez la vida pareció encontrar un orden y tomar su curso.

Sin embargo, las imágenes que vieron mis ojos en el Fray Bernardino y en el Floresta, tan ajenas cuando las viví de cerca, comenzaron a asaltarme por las noches en los sueños, levantándose de repente en medio del desierto del insomnio, en las tardes, a la vuelta de una esquina, al amanecer, en el metro, en los ojos de la enana que me perseguían a donde quiera que yo fuera en mi casa, a mediodía, sentada enfrente de Daniel.

Me sentí sometida al espionaje de la enana y a la vigilancia de Daniel, quien volvía inesperadamente a casa, entraba en las diferentes piezas en silencio, aparecía súbitamente a mis espaldas, descolgaba la extensión del teléfono cuando me oía marcar un número. Pero, en la vigilancia de cada uno de mis actos y de mis palabras, en mis miradas, Daniel no buscaba sólo enterarse de una cita secreta o de un encuentro amoroso: perseguía adivinarme y encontrar las pruebas de la enfermedad que lo alejarían de mí. Y en el espionaje de la enana traslucía la suficiencia de quien observa lo que ya ha descubierto: sus ojillos abiertos y sinuosos respiraban la superioridad del verdugo, triunfantes, incapaces de asombro y de hipocresía, como si desconocieran la vergüenza de los actos infamantes.

Aprendí a mirar de reojo y a espiar la mirada esquiva de los otros. Marcada por la estancia en el manicomio, observaba en las caras de los otros —en la calle, en el mercado, en el metro— la locura que los iba royendo. Daniel me hizo ver varias veces que me quedaba viendo fijamente a desconocidos a quienes turbaba con mis ojos fijos.

XLI

Era la primera vez que vería a Héctor a solas desde mi confesión a Daniel, cinco meses atrás. Una vez más precipité las cosas buscando un destino que no era el mío. Sólo vería su derrumbe.

Necesitaba saber qué pensaba Héctor. Qué sentía. Qué hablaba con Daniel.

Héctor volvió a carcajearse al verme: una risa desquiciada y desquiciante, ajena a él.

—Como las locas —me dijo—, miras como las locas.

—Tú eres quien está enfermo, Héctor, ¿qué le contaste a Daniel? ¿Por qué le dijiste que no me querías?

—Porque no te quiero. No puedo querer a nadie.

—Pero tú me dijiste...

—Creí. Quise creer que te amaba, pero no pude. Soy incapaz. Me dio miedo. Eres demasiado, demasiado... ¿cómo diré? Eléctrica. Eso es. Como un electrochoque.

Seguí preguntando sin querer oír sus respuestas. Me herían. Como Daniel, yo esperaba respuestas que no existían y, como él, me torturaba al torturar al otro con mi interrogatorio.

Héctor me dijo esa tarde que había prometido a Daniel nunca más ocultarle un encuentro entre nosotros. No puse atención a su frase. Pasé la tarde con Héctor tratando de recuperar el breve pasado que tan caro nos había costado haciéndolo pagar con el dolor de un tercero. Volví a ver en sus desvaríos caminos desconocidos para mí. El deseo, latente durante todos esos meses, más tentador aún por la posesión pospuesta y las prohibiciones, volvió a despertarse entre nosotros. Caminamos varias horas sintiendo la presencia del otro, al lado, fugitiva y decisiva, viendo acabarse un día más en nuestras vidas, sin saber si volveríamos a vernos, buscando un hotel sin decirlo al otro y sin decírnoslo a nosotros mismos.

Entramos al bar de un gran hotel de Reforma. Apenas si bebimos los whiskies que pedimos. El humo fue un pretexto para buscar otro lugar. Más tranquilo, en donde pudiéramos platicar lo pasado, comprenderlo y dejarlo atrás para siempre.

Héctor se acercó a la recepción del hotel y pidió una recámara doble. El conserje se nos quedó viendo unos instantes y nos dijo que nos fuéramos a la escuela. Éramos demasiado jóvenes.

Volvimos a recorrer las calles, perdiéndonos en barrios más anónimos, acechando los bajos fondos de la ciudad, decididos a encontrar un hotel en ellos, la sordidez formando parte de nuestros amores.

Caía la noche cuando entramos en un viejo hotel de paso: un estrecho pasillo conducía a la ventanilla tras la cual dormitaba el conserje.

—Su nombre —le dijo a Héctor después de revisarnos y hacernos pagar.

—Daniel —contestó Héctor—, Daniel —volvió a balbucear antes de agregar precipitadamente mi apellido de soltera.

Subimos varios pisos hasta llegar a la recámara indicada. Una cama, un buró, una lámpara en éste, un pequeño baño al fondo, sin toallas ni jabón.

—¿Por qué, Héctor? ¿Por qué hiciste eso?

—¿Qué? —se me quedó viendo sin saber qué le preguntaba.

—¿Por qué mencionar el nombre de Daniel aquí, ahora?

—No sé, no sé. Fue lo primero que me vino a la cabeza. No había pensado. Sólo pensé que no debía dar mi nombre, que no se da el nombre verdadero en un hotel de éstos.

Nos abrazamos durante minutos que se convirtieron en horas. El deseo se extenuó antes de usarse: Héctor no pudo hacer el amor. Era tarde en la noche cuando me senté en la cama y encendí un cigarrillo intentando consolarlo y buscando justificaciones en su culpabilidad, en la mía, en la presencia de Daniel invocada por los dos.

—Sí voy a poder. Espera. Ya verás. Apaga la luz otra vez. Cierra los ojos. No me veas. Espérame.

Lo escuché moverse en la pieza y entrar en el baño. Seguí fumando a oscuras, con los ojos cerrados, buscando el cenicero a tientas. Volvió a la cama y se recostó a mi lado.

—No abras los ojos —me murmuró pasando su mano sobre ellos.

Sentí la suavidad de la seda.

—No abras los ojos. No me toques. Déjame hacer.

Sentí sus caricias y lo dejé hacer sin tratar de pensar, consumido el deseo, sintiendo la angustia despertarse al pensar en la hora y en Daniel.

—Daniel... —oí decir a Héctor.

Guardé silencio esperando que continuara su frase.

—No puedo, Daniel, no puedo —gritó.

Encendí la luz y vi sus labios pintados de rojo, una línea azul en los párpados acentuando la raíz de las pestañas. Bajo mi vestido, demasiado estrecho para su cuerpo, el cierre abierto en su espalda, la tela restirada, mi sostén colgaba de sus hombros.

—No puedo, no puedo. Necesito la ropa de mi madre, ¿entiendes?

Al día siguiente Daniel me preguntó cómo había pasado esa tarde con Andrea.

—Bien, le contesté —el miedo me dio un vuelco en el estómago. Daniel nunca se había interesado en los paseos con mis amigas.

—¿Qué hicieron tanto tiempo?

—Fuimos a tomar un café y se nos fue el tiempo platicando —agregué a mi primera mentira, tratando de convencerme de que Daniel no podía saber nada, presintiendo que sabía todo.

—¿No te encontraste con Héctor, de casualidad?

—No. ¿Por qué? Qué cosas se te ocurren.

—¿No estuvieron en un bar del María Isabel?

Pensé que alguien nos había visto. Tal vez el mismo Daniel. Que Daniel estaba enterado de la copa en el bar y nada más.

—No quería decírtelo porque no tiene importancia. Estaba esperando a Andrea cuando pasó Héctor y se sentó a mi mesa. Le pedí que se fuera —mentí preguntándome si podría advertir a Héctor. Si Daniel no había hablado ya con él.

—¿Y no estuvieron en un hotelillo sórdido en donde Héctor dio mi nombre?

Héctor había contado las cosas a Daniel. Sentí un golpe en el estómago y vi que la casa daba vueltas. Comprendí el sentido de la frase de Héctor: nunca más ocultaría un encuentro entre nosotros. Yo había sido advertida.

—¿Te habrá contado entonces que no hicimos nada, que se disfrazó de mujer y me llamaba Daniel?

—Mientes. Todo lo ensucias.

—Te mentí, sí. Pero necesitaba saber lo que ustedes hablaban...

—¿Y para eso fueron a un hotel?

—Pero no pasó nada, Daniel. Te juro que se vistió de mujer. No puede hacer nada —dije dándome cuenta de que así reconocía el hotel, los abrazos, los besos, los cuerpos desnudos.

—No inventes más, no inventes más —dijo Daniel quedamente, aplastado por lo que Héctor le había contado, por lo que yo le decía, por lo que él ya no quería seguir imaginando.

Todavía vería a Héctor gozar otras veces del mal provocado, antes de comprender que había pisado territorios más peligrosos. Buscando los de la locura había tocado los de la maldad. Héctor quería hacernos mal. Nos lo había hecho. Había gozado hiriendo a Daniel.

Al día siguiente despedí a la enana.

XLII

Ignacio se veía demacrado. Con una pila de libros en los brazos, sin rasurar, los ojos enrojecidos, me detuvo en medio de avenida Insurgentes.

—Te invito a comer, quiero que veas mi librito de poemas.

Nos metimos en un restorán italiano, el primero que encontramos.

—¿Qué te tomas? Un tequila para celebrar mi libro y brindar por la dicha y los amores de la mujer a quien está dedicado —se respondió Ignacio llamando al mesero.

—¡Ah! —me dijo riéndose—, le diste un buen susto a Nelly. Qué idea de meterte en el manicomio. La pobre no podía creer que iba a encontrarse entre conocidos cuando fue a buscar su epiléptica. Eres formidable, muñequita. Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás triste?

—Terminé con Daniel. Es decir, él rompió conmigo. Se acabó todo entre nosotros, Ignacio. Me pidió el divorcio.

—Pero no es para ponerse así. Daniel te adora. Lo vi hecho pedacitos cuando estabas en el Floresta, verdadero polvito. Ya va a pasarle. Te quiere.

—No, Ignacio. Ya no me cree. No puede creerme, le he mentado demasiado y acabé con su confianza.

—Amenazas. Te sigue queriendo y volverá contigo. El amor no se acaba así. Ya verás.

—¿Y Carla? —le pregunté cambiando de tema, casi celosa del amor de Ignacio por ella, mientras trataba de controlar el temblor de mis párpados para no llorar.

—Se va a Veracruz en una semana. Espérame: mesero, otros dos tequilas y la carta.

—¿De vacaciones? ¿Te vas con ella?

—No. Se va al mar a vivir su nuevo amor. Se enamoró de un buen tipo, un cantante. Eso le ayudará a olvidar su amor por René. Yo no pude hacer nada.

—Oh, Ignacio, no sabía...

—Y la perversa anda contando que me fui a comprar aguacates y que todavía no regreso —me dijo Ignacio riéndose, con el brillo del amor otra vez en sus ojos—. Tuvimos una pelea muy violenta un domingo por la mañana. Siempre supe que no me quería, pero conservaba la ilusión. Esa pequeña esperanza que te permite seguir viviendo, pensando que un día. Tal vez. A fuerza de quererla. Comencé a darme cuenta de que yo no era sino parte de su final con René y que nunca podría amarme. Después de la disputa, más calmada, Carla me pidió que fuera a comprar aguacates. Salí y respiré el aire puro. ¿Qué quieres? Tenía que aceptar que nunca podría quererme y tomar la decisión yo solo. Librarla de mi presencia y de los recuerdos de su final con René a los cuales me ligaba. Aceptar que ella podía amar a otro. Contra el amor no puede atentarse y Carla amaba de nuevo y qué bueno... Ya había comprado los aguacates cuando decidí no volver. Los arrojé por ahí y seguí caminando ese domingo pensando que había conocido y amado a la mujer más bella.

—Enséñame tu libro —le pedí.

Me entregó un pequeño volumen con estampas separadas, las pastas duras atadas con un listón azul.

—Un listón azul —le dije.

—Como una ojera de mujer —canturreó Ignacio rememorando una canción que había obsesionado a Carla.

—«... amiga, que te vas al mar sin mí», leí en voz alta.

—Acabo de recoger estos ejemplares. Son los primeros. Eres la primera persona en leer esos versos impresos. Iba a su casa a llevarle un ejemplar.

—¿Es edición de autor?

—Sí. Empeñé mi carro. Me alcanzó para imprimir un volumen mío y uno de Jaime. Tenía que hacerlo. Se lo prometí a Carla. Le dije que le dedicaría mi primer libro y ya está hecho.

Ignacio amaba a Carla. Amaba en ella sus manos, sus ojos, sus pies, su cabello y cada parte de su cuerpo. Amaba sus gustos, sus vicios, sus frases, su perfume, sus miedos y su locura. Sonreía al verla. Era dichoso al recordar uno de sus gestos, una palabra suya, una sonrisa. Reía de sus mentiras y encontraba una explicación a sus devaneos. Daniel había comenzado a quererme por costumbre y por celos. Hacer el amor conmigo lo entristecía al imaginar mi cuerpo en brazos de otro. Le parecía enfermo lo que yo escribía. No soportaba mis recuerdos ni mis sueños. Sus reproches sobre mis vestidos eran constantes. Hubiera deseado que yo me limitase a ser una presencia, sin dar mi opinión ni escuchar más palabras que las suyas. Si bien amaba en mí la

alegría, veía con horror mi imaginación y mi delirio le parecía una enfermedad. Hubiera tenido que ser otra para ser la amada, tantos reproches me hacía sobre mi voz, mis ideas, mi acento, mis palabras, mi maquillaje, mi ropa, mis manos, mi cabello y todo cuanto vivía sin él. Y yo misma, ¿qué había amado yo en Daniel sino pensamientos, deseos y sueños imaginados por mí a partir de un acto del cual él se arrepentía? Sí, Ignacio había amado, amaba a Carla. Daniel nunca había querido lo que yo era y yo nunca amé sino lo que imaginé en él y él no poseía.

Me quedé pensando en silencio. Conmovidada por ese amor de Ignacio que le permitía seguir amando a Carla. Sin esperanza y sin retomo posible. Sin nunca haber podido siquiera hacerse la ilusión de ser querido. Habiéndolo sabido siempre. Alcé la vista y vi sus ojos brillantes iluminar de lejos el camino oscuro que, para Ignacio, sería la vida de Carla ya sin él.

XLIII

Daniel pareció olvidar durante los días siguientes la decisión de separarse de mí. Las discusiones entre nosotros se apaciguaron y nuestra hija ocupaba los momentos que pasábamos juntos. El pasto volvió a reverdecer en el jardín y la yedra a cubrir la reja. Hice atar a la pared de la casa el ciprés tratando de salvar su vuelo.

Pasamos, así, casi tres meses de calma. Aliviándonos lentamente. Recuperándonos de esa guerra en la cual nos habíamos desgastado hasta dejamos vacíos. Sin energía siguiera para terminar. Aprendimos a arrastrarnos.

Sabía que Daniel y Héctor continuaban viéndose de vez en cuando: los ojos huidizos de Daniel, los sollozos con los cuales me despertaba en las noches, sus preguntas esquivas, detalles ciertos que sólo Héctor había podido decirle me revelaban sus encuentros.

Distantes. Como dos autómatas. Recorriamos la casa, los días y las noches sin vemos. Convertidos en un fantasma el uno para el otro: Daniel me reprochó un día ver a través de él, asustarlo, sintiéndose él mismo un desaparecido y buscando atrás de él qué veían mis ojos.

De vez en cuando, muy alejadamente, venía un amigo a la casa. Si las visitas se habían espaciado con el cambio de dirección de un año atrás, mi estancia en el manicomio los hizo huir. Los amigos temían ver en qué nos habíamos convertido. Descubrir lo que había dejado de ser, tal vez para siempre, en nosotros. Encontrar en mi lugar a una desconocida en la cual no podrían dejar de recordarme sin sentirse perturbados.

Encontré una mañana a Alfredo en los corredores de la facultad. Lo vi sorprenderse al verme. Lo sentí espíarme, buscando la otra, la extranjera, y respirar aliviado al percatarse de que, al menos aparentemente, el manicomio no me había cambiado.

—¡Qué milagro! —le dije con sorna—. ¿Por qué no has venido a casa?

—He tenido muchas cosas que hacer. Se acerca la amnistía de los muchachos y podrán regresar del exilio.

—Mientes, Alfredo, mientes —le dije suavemente—, antes venías diario a casa, a cualquier hora de la noche, a contarnos tu día.

—Tienes razón —me respondió tocando mi mano—. Tenía miedo de verlos. De verte distinta. Otra diferente a la muchacha que yo conocí. ¿Qué pasó? Explícame. Daniel sólo me dijo que te habían internado. Ven. Te invito un café aquí cerca. O mejor: vamos a mi casa, aquí cerca, así platicaremos tranquilamente. Nunca los he invitado, pero tienes que conocerla.

Salimos de la Universidad. Alfredo me mostró de lejos los edificios a sus orillas. Allí vivía: un pequeño cuarto con su cocina diminuta y su baño.

Le conté mi versión de los hechos.

Al narrar lo sucedido me percaté de que era imposible contarlo. Mentí. Deformé. Era otra cosa lo que habíamos vivido. No era eso que decían mis palabras. Tan poco. Tan dramático. Tan lejos de esa verdad que se me escapaba al tratar de mostrarla, de asirla en su vuelo. Huidiza. Púdica. Cubierta de velos. Los mismos con los cuales se ocultaba su mismo recuerdo. Fugitivo y ya tan lejos.

—Pero tú también tienes derecho a amar a quien quieras, a ser feliz —me respondió Alfredo.

Lo vi acercar su mano a la mía y tratar de tocarme.

—Deja a Daniel. Yo te quiero.

—Pero te acabo de explicar que creí querer a otro, pero sigo amando a Daniel.

—Te engañas: ni él te quiere, ni tú lo quieres. Me di cuenta hace mucho. Tienes que ser valiente y aceptar la separación...

Comencé a comprender el malentendido y casi grité al ver que me acariciaba la mano.

—Estoy hablando de Héctor, Alfredo, de Héctor.

—Pero... es un loco, está loco —balbuceó Alfredo dándose cuenta de su error, humillado al descubrirse sin ser aceptado, furioso al sentir mi rechazo, odiándome ya.

—Héctor es un pobre loco —repitió.

—A quien no puedes compararte —respondí levantándome y buscando mi bolsa para irme. Sentí su excitación. Ahora me daba cuenta: me había ido deseando todos esos meses durante los cuales le permitimos compartir nuestras noches.

—Cambiaste. Es cierto. Eres otra. Distinta a la muchacha que conocí. Otra que prefiero no volver a ver. Una loca igual a Héctor —se vengó desmoronado en un sillón.

Sí. Era otra a la cual ahora cualquiera se atrevía a desear. Al alcance de las imaginaciones más pobres, de sueños sin otro erotismo que el de mi cuerpo.

Esa noche Daniel me contó que Gary lo había buscado para pedirle ayuda:

—Quiere que escondamos aquí a una tipa de quien está enamorado. ¡La hija de un general! Después de todo lo pasado. Y él mismo anda perseguido por la gentuza que le pagó para asesinarlos. Y Gary es una prueba viva de su crimen. Todavía.

—¿Qué le respondiste? —le pregunté jugando a la lotería mi suerte en su respuesta, pensando en la deuda que Daniel tenía con Gary.

—¿Qué hubieras respondido tú en mi lugar? Desde luego que no. Hemos cambiado. Nos obligaron a cambiar a balazos. No somos los mismos: Gary no es el mismo que me salvó la vida, ni yo soy el mismo a quien salvó de morir. Cada uno tomó su camino y acepta las consecuencias. Cuando se toma una decisión no queda sino seguir adelante. No hay marcha atrás más que para los cobardes —terminó alzando los hombros antes de sumergirse otra vez en la lectura.

Para Daniel no había duda. Me estremecí al sentir ese carácter duro y decidido que le desconocía, que no había querido ver. Como muchas personas aparentemente débiles, como casi toda la gente que se reserva sus respuestas y va acumulando sin exteriorizar sus resentimientos, Daniel había tomado una decisión de la cual no había retomo. Ninguna palabra lo haría cambiar, ningún remordimiento lo despertaría en las noches para hacerlo volver atrás.

Y Daniel había tomado una decisión cuyo cumplimiento era irremediable. Adiviné, al verlo dormido respirando otra vez sus sueños, que el fin estaba cerca, que Daniel estaba esperando, buscando tal vez enamorarse. Comprendí, entonces, por qué habían cesado sus preguntas. Supe por qué Daniel ya no sufría.

XLIV

Un amanecer verde limón se levantó de la noche cálida y estrellada, el aire mecido por el susurro de una vegetación voraz y el canto de los grillos. Los gritos de los pájaros irrumpieron entre las últimas oleadas de la noche para augurar el alba que abrió de un tajo el día. Un verde radiante y lujurioso se extendió sobre la tierra y, con la misma fuerza de su soplo, se levantó hacia el cielo. El sol aún no salía. Pequeño, redondo y verde apareció, casi una hora después, en ese cielo cuya luz anticipaba.

Había huido de la ciudad de México la mañana anterior. Después de la calma chicha en la cual habíamos vivido los últimos tres meses, la tormenta había estallado barriéndonos con su furia: recuperados del desgaste, habíamos acumulado fuerzas, agravios y yerros durante ese periodo de convalecencia.

En sus fugitivos encuentros con Daniel, Héctor parecía empeñado en hacerlo sufrir: sus insinuaciones reabrían las heridas de Daniel aún sin cicatrizar. Las dudas y los celos reavivaron las últimas llamas del amor que Daniel creyó tenerme. Su pasión por mí se iluminó esos días con la belleza de la muerte.

Dos días antes, Daniel, atento y cariñoso, me invitó a tomar una copa en un bar. Quise creer que las cosas mejoraban entre nosotros y sentir que todo podría recomenzar.

—Arréglate —me dijo con ternura—, ponte guapa, elegante. Quiero verte bonita otra vez. Olvidar las caras tristes. Sentirte la más bella de las mujeres. Que ningún hombre pueda rechazarte.

Sentí un reproche en su última frase, pero no sospeché en sus palabras la trampa tendida: Héctor nos esperaba en el bar.

—¿No saludas a tu amante? —me dijo—. ¿No te da gusto verlo? Abrácese como si yo no estuviera aquí. De todos modos, pronto serás libre y podrás casarte con Héctor. ¿Cuál es el problema? ¿El dinero? ¿Que Héctor no tiene trabajo? Yo los voy a ayudar. Despreocúpense.

Nunca supe si Héctor estaba de acuerdo con Daniel y sabía mi venida o si Daniel jugó con ambos como el gato con los ratones.

Daniel habló ininterrumpidamente durante horas y horas imaginando nuestro futuro, su participación en él, la dicha de Héctor y mía, la suya propia, la de nuestra hija. Serio, sarcástico, burlón, melancólico, pasó por los más distintos estados de ánimo contándonos un porvenir que los tres sabíamos imposible y en cuyos caminos sin dirección ni salida se complacía en paseamos. Héctor dejó su risa varias veces. Yo me dejé usar el cuerpo, los recuerdos y las esperanzas sin participar ni buscar refugio alguno.

Comenzó después el interrogatorio cuyas respuestas nunca podrían satisfacer a Daniel. Se acabó la tarde y empezó la noche. Llegaron la madrugada y el alba. Volvió el día y seguimos hablando y hablando hasta extenuarnos, buscando la fuerza para seguir despiertos en las mismas palabras, en sus vicios, en la tortura cuyo dolor, mientras sigamos sintiéndolo, se nos vuelve la última prueba de estar vivos.

—«Que tanto y tanto y tan increíble amor se pudra, ¡oh!, dioses, un amor capaz de convertir al sapo en rosa» —pronunció Daniel parodiando unos versos que lo habían obsesionado los últimos meses.

Yo partí para Mérida sin saber que ese amanecer Héctor trataría de suicidarse, atrapado por su propio juego. Me arrepentí de partir antes siquiera de haber dejado la ciudad. El viaje me pareció largo y lento, devorada como estaba por el ansia. Fue el viaje más lejano que hice. Podría atravesar el Atlántico, cambiar de continente, llegar al otro extremo de la Tierra, nunca iría tan lejos.

Mi primer acto al llegar a Mérida, cuyas casas blancas y bajas no vería sino en otros viajes, sumida como me hallaba en mi angustia, fue telefonar a Daniel.

—Héctor trató de matarse ayer por la mañana, poco después de tu partida.

Daniel había ido a dejarme a la terminal de autobuses, aconsejándome ese viaje, arguyendo una separación necesaria para mejor reencontrarnos, asegurándome que todo iría bien a mi regreso: «Todo se arreglará», me dijo al despedirnos.

—¿Lo salvaron? —le pregunté a Daniel.

—¿Te interesa?

—Como cualquier vida. Es decir, es alguien a quien conocemos.

—Sí, en el límite.

—¿Cómo fue?

—Barbitúricos.

Tres días más tarde yo telefoneaba de Mérida a Héctor, ya en su casa de regreso del hospital. Héctor vio a Daniel ese mismo día para decirle que yo le había hablado.

Me quedé en Mérida un mes. Mi cuerpo agobiado por el calor del trópico, mis pensamientos en la ciudad de México: vi su plaza, sus pirámides y sus flamboyanes a través de la cara de Daniel. Hablé con su gente oyendo el eco de la voz de Daniel. Respiré su aire cálido temblando de frío al irme convenciendo de lo irreparable. Daniel insistía, por teléfono, en que me quedara más tiempo: «Descansa, todo va bien, todo irá bien, no te preocupes».

Cuando entré a la ciudad de México, cuatro semanas después de mi partida, venía dispuesta a aceptar el final. Como toda la gente mientras ve a la muerte a lo lejos, yo ignoraba que su llegada es insoportable.

Cuando la tenemos enfrente, nos defendemos de ella como condenados. El encarnizamiento con el cual luché para alargar la agonía de mi amor por Daniel apenas encubría la desesperación con la cual miraba morir esa muchacha que fui.

XLV

El ciprés se había partido en dos, quebrado en el nacimiento de su tronco, y en la tierra resquebrajada por la falta de agua sólo crecían algunas briznas amarillentas de pasto. En el interior de la casa me esperaba el mismo espectáculo de mi regreso del manicomio. Pero, a diferencia de la ocasión anterior, el desvarío no era sólo una presencia, sino una agresión.

La luz del comedor estaba encendida. Sobre la mesa, abierto, un cuaderno anotado con la letra de Daniel: era su diario. Un diario escrito en mi ausencia y dirigido a mí.

De pie, todavía con un maletín en la mano, lo hojeé rápida, precipitadamente, devorando las líneas, queriendo saber más y sabiendo que las palabras me iban asesinando las esperanzas. «La Maestra habló», «la Maestra quiere volver», «la Maestra pretende quererme», «merodeo, pobre caballero errante, alrededor de su casa, sin atreverme a tocar, piltrafa humana sin esperanza, ¿quién puede quererme?» ¿De quién hablaba? Sentí la violencia de los celos. Las líneas se movían bajo mis ojos, mientras yo pasaba las páginas de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás. Comprendí, de repente, los pasos de Daniel durante los últimos meses: su desesperación por volver a amar, por seguir amando, por no hundirse, por poder amar, estaba ahí, escrita, para mí, la última de las mujeres, el ser más lejano y ajeno. Un ser que formaba parte de su vida, parte de él mismo, de sus recuerdos, de ese tiempo que arrastraría con él en cada uno de sus movimientos, a través de los años, pero que, como una enfermedad, como un cáncer, quería arrancar de su cuerpo y olvidar como si nunca hubiera existido en él. «Nunca la quise», «caí en una trampa», «me dejé atrapar», «¿osaré amar todavía?», «¿alguien querrá de mí?» Negar como esas vergüenzas que no nos atrevemos a pensar a solas y hundimos en el fondo de la memoria como algo que nunca pasó.

Subí las escaleras poseída por la ira, desesperada, celosa, todavía en busca de una palabra que pudiera devolvemos a los tiempos dichosos del amor, a la vez agotados y presentes, ahora bajo una forma dolorosa para el cuerpo,

convirtiéndose en recuerdos para vengar su abandono con el nuestro. Unidos, así, para siempre.

Daniel estaba dormido. Dejé el maletín en el suelo y me senté en la orilla de la cama.

—Lárgate —me dijo sin abrir los ojos. Me estaba esperando.

—Daniel, ¿qué te pasa?

—Lárgate. Vuélvete al lugar de donde vienes: a Mérida o al infierno. Déjame en paz —gritó incorporándose y lanzándome un golpe que esquivé.

—¿Qué es ese diario que me dejaste abajo? —pregunté sin poder contenerme, sabiendo que al reconocer mi lectura le evitaba el trabajo de la confesión.

—Ah... ¿ya lo leiste? Entonces, ya sabes todo.

—No entiendo.

—Entiendes perfectamente. ¿Quieres que te lo repita? No te quiero. Nunca te quise. Quiero a otra. Ahora ya lo sabes. Me equivoqué contigo. Lárgate.

Quise morir esa mañana y hubiera querido matarme. Vi desaparecer, ante mis ojos sin llanto, a la muchacha que creyó amar para siempre a Daniel y hubiese deseado no sobrevivir a su amor. Empecé a morir esa mañana.

Daniel se fue de casa dos semanas después. Volvió muchas noches, deshecho, cayéndose de borracho, sólo para mostrarme en qué lo había convertido y herirme diciéndome que amaba a otra. Ignacio me contó que Daniel bebía seco y tupido buscando caerse. Varias veces vi heridas en su cara.

José, el hermano de Héctor, vino a verme casi dos meses después de la partida de Daniel. Héctor estaba otra vez en un hospital psiquiátrico.

—Estoy adquiriendo práctica, ¿sabes? Dejo mis zapatos acomodados al borde de la cama. Me duermo con los calcetines puestos. Gano así varios segundos. Dejo listos el pantalón y la camisa. La última vez batí cualquier récord. En vestirme no tardo más de dos minutos por adormecido que esté. Tengo que dejar el auto adentro del estacionamiento, pues si me lo roban perdería más tiempo buscando un taxi y ya no digas llamando una ambulancia. Pero dejo sin pasar la aldaba. Lo más difícil es cargar a Héctor quien pesa como un muerto. Y mi mamá, pues se pone difícil de repente y me hace perder tiempo. Tengo el camino a la Cruz perfectamente ensayado y conozco ya una entradita a la sección de emergencias en donde puedo meter el auto casi hasta la sala de operaciones. Sin contar con que ya nos conocen y

hasta amigos me he hecho. Ya ni declaraciones tengo que hacer: nomás nos ven llegar y comienzan a llenar los formularios.

—¿Siempre con pastillas?

—Cuando no las consigues, se corta las venas. Mucho más peligroso y sucio. Hay que limpiar la sangre y por más que frotes quedan huellas en los tapices del auto. Por eso le dije a mamá que le dejara mal escondidas las pastillas, unas cuantas, así ni riesgo corremos. La penúltima vez, cuando se cortó las venas de nuevo, por poco y le falta oxígeno al cerebro. Ya le advertió su eminente psicoanalista, quien sigue aumentando sus honorarios a papá, que puede quedar idiota en una de éstas. Para mí que ya lo está y si el doctor inventa la esquizofrenia es para seguir cobrando. En fin, ahora que salga del hospital, si quieres vengo por ti para que vayas a verlo. No lo reconocerías. Ni él a ti.

Me cambié de casa un mes más tarde: fui cerrando las puertas de las diferentes piezas, una a una, a lo largo de varios días, dejando en ellas muebles, ropa, libros, basura, recuerdos, sueños y polvo acumulados, acorralándome contra la salida. Pasé la última noche en la sala mirando sus paredes grises y agrietadas, carcomidas por la humedad. Cuando salí de esa pieza no me quedó más que cruzar el umbral de la puerta hacia el jardín. Di vuelta a la cerradura por fuera y arrojé las llaves en el lugar donde antes creció el ciprés.

XLVI

Vi a Daniel muy pocas, escasas seis, siete veces, durante los años siguientes. Como no supimos morir, aprendimos a sobrevivir. Daniel se ha enamorado tantas veces que ya ni él mismo cree en sus sucesivos amores. Yo me inventé un amor con el cual recupero el sentimiento de pasión y muerte cuando vuelvo, muy raras veces, a México. Para mí, quizás la única tierra en donde la vida de los dioses y los hombres aún se confunde. Un amor que como el tiempo abandonado, cuando partimos de viaje muchos años, el polvo va cubriendo y descubrimos, intacto, a nuestro regreso. Que nuestro cuerpo extraña a veces, ajeno como todos esos viejos recuerdos en cuanto el avión despegaba para hundirse en cielos menos espesos y radiantes, más transparentes y claros.

En uno de mis últimos viajes a México, tuve que deshacerme de varias cajas en donde guardaba papeles viejos. Releí dos cartas que Daniel me envió antes siquiera de casarnos, con la curiosidad con la cual se leen las cartas de amor de un desconocido a una extraña. Encontré, completamente olvidados, los recibos de pago al Floresta y el expediente que hicieron sobre mí en el Fray Bernardino y el cual Miguel Alarcón sustrajo para entregármelo. «Veinte años», «casada», «esquizofrenia, maniicodepresiva». Los hice pedacitos, antes de echarlos a la basura, pensando que tal vez todo fue cierto: el amor, el sesenta y ocho, los cientos de cadáveres que negaron, la locura, los manicomios y la muerte. Que todo eso existió, realmente, y desbordó los estrechos espacios de la imaginación. Conservé el acta de divorcio por mutuo consentimiento que Daniel me entregó una tarde resplandeciente de luz; me acordé que me eché a llorar y que las lágrimas formaron la visión de un arcoiris. No sabía qué hacer. Estaba divorciada y libre de hacer lo que quisiera. Daniel se había ido para siempre. Lloré, entonces, hasta cansarme y olvidar por qué lloraba. Los recuerdos huían con la velocidad de la luz, cada vez más lejos, más lejos, envejeciendo como esas estrellas que terminan por devorar su espacio y atraen hacia ellas los cuerpos distraídos que pasan por su

campo magnético y engullen en el hoyo negro con el cual su vacío va creciendo.

Algunas noches, en las zonas prohibidas del insomnio, titilan los umbrales de lo eterno, a donde asoman esos viejos días que, como los astros muertos, su luz sobrevive en un viaje de siglos antes de llegar a nosotros.

Son tan viejos esos recuerdos que a veces me parece que están a punto de volver.

París, 22 de noviembre de 1985

GLORIA

Para mis padres, Roberto y Vilma

PRIMERA PARTE

EL VIAJE

I. DESTINO: CASABLANCA

Es raro que los muertos se despidan. Se van sin decir adiós, sin que nos demos cuenta, un poco a escondidas, como esos invitados a una fiesta que de pronto recuerdan una cita más importante y se escapan por la puerta trasera. Pasa el tiempo antes de que notemos su ausencia: se fueron haciendo invisibles antes de desaparecer, disimulándose entre los muebles, acostumbrándonos a una presencia vaga, intermitente, difusa, apenas perceptible. Es tal vez su forma de cortesía.

La última vez que nos vimos, Alberto se fue sin decirme adiós. Aprovechó que estaba dormida y terminamos, así, por separarnos sin siquiera darnos cuenta. Ocurre a menudo con los seres más cercanos, ésos a quienes uno cree poder seguir viendo toda la vida. Simplemente, su vida tiene otras medidas. Sucede lo mismo con los deseos: duran a veces más que los recuerdos. Surgen, de súbito, ligeros, solitarios, sonrientes y nítidos en medio de un desierto donde ya no queda más que la arena, fina y dorada, volátil e infinita, que tantos siglos de labor cuesta al tiempo. Son lo único que sigue vivo. El resto, los recuerdos que evocamos a nuestro antojo, aniversarios, flores disecadas, fotografías amarillentas, fechas, cartas, viejos amores, pertenece al pasado. Es invención pura. Por ello ahora me digo, después de tantas noches como pasé acordándome de Alberto y preguntándome qué me perdí de ser fuera de México, que más me hubiera valido dejar al viento barrer con todo eso. Aprender a olvidar para ver aparecer, alguna vez, otra vez, lo olvidado. Lo único que sí fue.

Algunas mañanas, cada vez más escasas, cierro los ojos y vuelvo a ver, a pesar de los diez años transcurridos, los rayos de luz vibrar en el aire cayendo sobre la mesa de madera de un bar de San Ángel: la música de una sinfonía se pasea entre el viento cálido que llega de la calle y mece las imágenes que brotan con su ritmo. Los meseros vienen y van entre las mesas, cargados con charolas donde descansan los platos humeantes y olorosos, los vasos con los cubos de hielo que tintinean unos contra otros, la botella de ron, las copas de

tequila y sangrita, los limones verdes. Otra vez, el tiempo, ajeno al ansia de la espera, hostil al juego de las apariencias, olvidado de su propio paso, insomne, se detiene y me rapta a cualquier futuro: el amor sonríe y me oculta sus otros rostros. Alberto me cuenta, con los párpados cerrados, la voz ronca, buscando las palabras en su propio eco, a la manera de esas historias que siguen vivas a pesar de los años, lo que nos ocurre en ese instante.

La angustia se fue en el avión que pasó hace ya una hora sobre nosotros y muy pronto, después de cruzar la frontera mexicana, har a una escala en Houston, antes de continuar el viaje larguísimo y extraño que robar a un día al tiempo en su vuelo contra el sol: ese día del que no puede haber recuerdo y en cuya mañana decidí quedarme en México.

Había vigilado la hora, visto cada segundo pasar, calculando si todavía era tiempo, si aún podr a alcanzar ese avión antes de su partida. Imaginé mi asiento vacío cuando las manecillas del reloj me indicaron que era imposible llegar al aeropuerto antes del embarque. Fue una hora larga: despoblada como el lugar que me esperó hasta el último instante, antes de que otro tomara mi asiento en ese avión. Como ahí, en esa ciudad de México, otros ocuparon mi espacio durante todos esos años que viví fuera. Como en aquellos momentos yo misma usurpaba un lugar que ya no era el mío. Mientras Alberto me hablaba de todos esos ayeres que ocurrieron sin mí y nos alejaban, separándonos el uno del otro, del día en que partí a París.

Con la angustia se fueron las últimas dudas. Respiré aliviada cuando el reloj indicó el despegue del avión. Se esfumaron el ansia y la pena: la tristeza que me causaba pensar en Charles, seguramente dormido a esas horas que en París pertenecían a la noche, pero quien ir a al aeropuerto al despertarse sólo para esperar en vano verme llegar entre los otros pasajeros. Mañana a mediodía, Charles regresar a solo a un París ordenado como sus estaciones, sus calles, sus horarios, sus edificios y sus borrachos. Un París pálido y glacial en ese mes de enero, cuyas imágenes me escapaban con la misma velocidad del avión y desaparecían entre la vida que palpitaba alrededor m o. Miré los ojos cerrados de Alberto, callado en ese instante, balanceando la cabeza al ritmo de la música, entonando en silencio las palabras de esa canción: *Tu voz se adentró en mi ser y la tengo presa...* La habíamos oído veinte, treinta veces, en el curso de la noche anterior, tratando ingenuamente, con la obsesión de la ebriedad, de borrar con esa repetición incesante lo efímero de todos los actos y negar un futuro que todo lo termina.

Ese futuro que, todavía esa mañana, era mi partida a París: la separación de Alberto una vez más. Pero también el reposo de esa obsesión que me

atrapaba en cuanto ponía un pie en México, de la cual había intentado huir diez años atrás partiendo a París, creía agotada en París, y renacía a cada uno de mis regresos, idéntica y violenta, en cada uno de mis retornos, como si el tiempo vivido en París no hubiera pasado en México.

—Debiste partir. Ir a Casablanca con Charles, ¿así se pronuncia? —dijo Alberto imitando el acento francés—. Sí, irte a Casablanca, olvidarte de París, de México y de mí. Dejarme en paz. ¿Por qué diablos te quedaste? Te irás de todos modos. Tendrás que irte un día.

—¿No me dijiste esta mañana que sentías que me fuera?

—Si te vas a Casablanca, soy capaz de tomar el avión para ir a decirte «adiós».

Sonreí al verlo imitar el gesto de Bogart cuando dice «adiós» a la mujer amada. Qué me importaba en ese momento, junto a él, que Casablanca fuera para Alberto una manera de decirme adiós si su sonrisa decía todo lo contrario y era una invitación a quedarme a su lado.

—Dijiste que sentías que me fuera.

—Una frase, una simple frase ante tu partida que sólo tiene sentido si te vas, no si te quedas. Eres capaz de hacer perder el sentido a cualquier palabra. Por eso fui a tu fiesta anoche: porque te ibas. Esa maldita costumbre que tienes de interpretar y de sacar conclusiones de cada frase. No puede uno decir nada contigo enfrente. No dejas hablar nunca.

La fiesta de despedida había terminado con los rayos del sol indiscretamente metidos en cada rincón de la sala, iluminando los pliegues de nuestras ropas y las arrugas de cansancio de nuestros cuerpos maltrechos por la noche en vela, evaporando subrepticamente los restos de alcohol que habían quedado en las copas regadas sobre las mesas, la alfombra, el piano, el quicio de las ventanas y que, esa mañana, flotaban embriagando el aire, despertándome bruscamente a un nuevo día, distinto a la noche ya acabada, porque a esa mañana, como a las otras que ya pasaron y a las que vendrán se agregan nuevos ayeres, cada vez más lejanos, los cuales van haciendo de cada quien un ser tan viejo que termina por confundir su vida, vuelta rutina, con los recuerdos, olvidándose hasta de haber nacido, como si estuviera aquí desde siempre y fuere a quedarse para nunca jamás.

II. CIUDAD PERDIDA

Alberto vino a la fiesta contra mis más secretos presentimientos. Había creído no volver a verlo en ese viaje a México.

Cuando desapareció cinco días atrás, lo busqué por toda la ciudad, más para ocuparme y olvidar así la angustia provocada por su ausencia que con la esperanza de encontrarlo. Ignacio me acompañó en esa búsqueda insensata. Nadie mejor que él conocía a Alberto y, sobre todo, los territorios de Alberto: lugares ajenos a la geografía y al nombre de las calles; espacios errantes, sujetos al capricho de quienes se refugian en ellos; escondites que la vergüenza ingenia para escapar a la magia de la luz y a sus perpetuos reflejos; últimos rincones donde el tiempo fluye, todavía, libre, sin arrastrarse raído por la usura entre las doce cifras que lo encadenan a un horario impuesto desde siempre y donde la luminosidad de cada mañana cesa, al fin, de evocar los viejos días para aparecer, en su precariedad, como el milagro que es; laberintos donde el olvido va cerrando sus pálidas puertas tras las sombras que lo cruzan.

Recorrimos cantinas y estanquillos clandestinos de los barrios bajos, hurgamos en las callejuelas de La Merced y entre las caras sin nombre de sus huidizos habitantes nocturnos. Seguí los pasos de Ignacio en el lodo de los terrenos resbaladizos que cientos de albañiles excavaban de sol a sol para crear los túneles del metro, lo esperé mientras se trepó en las escaleras de los andamios de edificios en construcción. Después de abrir puertas y puertas de los viejos caserones de la colonia Guerrero, echar un vistazo en sus patios de azulejos cuarteados y sucios, de cuyo antiguo esplendor no queda sino el vacío a la talla de sus espacios, Ignacio enfiló hacia los barrios más recientes de la Escandón y la Portales, donde cuadrículó sus plazas y sus jardines, rodeó los mercados y husmeó en las vecindades escondidas tras los edificios modernos.

—Vamos a dar un salto a Coyoacán y otro a San Ángel. Si no encontramos ahí a mi Alberto será inútil seguir buscándolo.

—¿Crees que se haya ido a provincia?

—No, mi reina. En provincia sería fácil localizarlo. Cuando deja la ciudad, para de beber y le avisa a su padre. No, Alberto está aquí. El viejo está demasiado inquieto pues sabe que su hijo anda en el agua. Cuando hablé hoy por teléfono con él, me pidió que le avisara en cuanto lo encontráramos.

—¿Entonces?

—Entonces quiere decir que no quiere que lo encontremos.

—Pero tú sabes dónde se mete, Ignacio. Necesito verlo antes de irme...

—Sí, yo sé, en la Netzahualcóyotl o en la Gertrudis Carrasco. Millares de escondrijos y millones de habitantes con la misma cara, idéntica, anónima. Barracas y casuchas sin puertas ni ventanas, sólo agujeros, hoyos, huecos: paredes de llantas usadas, bardas de alambres entretejidos, un terreno baldío entre dos vecindades y un simulacro de calle con una colina de basura en medio.

—Inténtalo, Ignacio. Tú conoces...

—Nadie conoce. Es peor que Santa Úrsula. Para entrar ahí, el ejército tuvo que destruir, demoler, incendiar. Para hallar a alguien, hubo que hacer salir a todos y minar incluso las galerías subterráneas, arrancar de su lugar el último ladrillo, barrer los restos acumulados ahí y borrar cualquier huella de lo que fue Santa Úrsula. Dejar otra vez desierta la tierra. Lo que hemos recorrido, los barrios bajos de la vieja ciudad, el laberinto de escondrijos de un México que ni siquiera se imagina la gente que conoces, es simplemente un limbo para las buenas conciencias.

—Vamos, Ignacio, antes de que anochezca.

Ignacio desvió sus ojos de los míos, se quedó mirando frente a él los árboles verdes de la plaza de San Ángel, las manos en el volante.

—Quítate el collar. Más vale no despertar tentaciones. Puedes echarlo en el cofre. Ponte mi chamarra y ciérrala bien, que no se vea tu vestido.

Arrancó y sólo se detuvo a comprar una botella de ron blanco, de a litro. Me la pasó después de echarse un trago a pico de botella: «Es el mejor disfraz», murmuró, «bebe tupido». No me dijo una palabra más.

Atravesó las colonias residenciales del sur por sus avenidas arboladas. Ese sur de la ciudad que me parecía tan vasto y tan poblado, el cual vería reducirse hasta desaparecer, extraviado entre las enormes ciudades perdidas que crecen de noche y van devorando el campo y las montañas a su paso, sus casuchas y sus habitantes surgidos al mismo tiempo de la tierra en una lucha bárbara de la vida para llenar cualquier vacío.

Los árboles se fueron escaseando a medida que avanzábamos hacia barrios más pobres. Las casas se fueron haciendo más bajas, más estrechas, más parecidas entre ellas. El cemento iba ganando el terreno a cualquier asomo de pasto. Las ventanas se fueron reduciendo al tamaño de agujeros, el cristal cada vez más escaso. Apenas algunas macetas en los quicios de esos hoyos en las construcciones idénticas por donde desfilamos. Colonias grises como la pobreza de sus moradores: acaso el color de la ropa tendida en las azoteas de un primer piso o de una ventana a otra en las callejuelas donde jugaban los niños a esas horas taciturnas de la tarde.

Ignacio dejó atrás las calles de casas bajas por donde había zigzagueado para evitar los baches con los que la tierra pelea su paso al cemento. Comenzó a aparecer, aquí y allá, el brillo usado de un foco amarillento. La luz de los faroles parpadeaba en esa hora ciega del atardecer y no hacía sino acentuar la vaguedad de los contornos, de por sí difusos, de las paredes escarapeladas y sin color. Cruzamos al lado de gigantescos terrenos baldíos donde jugaban decenas de muchachos en imaginarios campos de fútbol. Siluetas de arena, los últimos rayos del sol bañaban sus sombras esparcidas entre el polvo y la luz mortecina del crepúsculo, en cuyos confines aparecían como los fantasmas que ya comenzaban a ser.

Terrenos de donde habían sido evacuadas extensas vecindades que surgirían más allá, siempre un poco más allá. Grúas y camiones de carga estacionaban en esa tierra de nadie a la cual cubrirían, en unos cuantos meses, los cubos de varilla y asbesto huecos, nuevas construcciones semejantes a las centenas de edificios donde otros hombres, mujeres y niños dormían ya cada noche y respiraban los mismos olores conocidos de frijol y tortilla, tomate verde, chile y cilantro. Olor a vida, sin dudas ni anticipaciones, los recuerdos bien ordenados en un álbum de fotografías, las vanidades colgadas en las paredes, la muerte en su pequeño lugar, presente, familiar y cotidiana, sin hacer más ruido que las manecillas de un reloj.

Atravesamos por las calles todavía sin pavimentar de un conjunto de inmuebles recién terminados, pero donde ya comenzaba a pulular la vida. En sus interiores vivían amontonados hombres y mujeres, niños y viejos, hermanos y tías, primos y concubinas, arrimados y recogidas, perros, pericos y gatos. Por las ventanas abiertas de par en par escapaban hacia el cielo, flotando en círculos, las voces que rezaban desde el fondo del valle donde la esperanza era engañada con el paso mismo de los días. Vaivén de música en sordina, la filigrana del susurro de las voces entretejía con el sonido mecánico de un radio, una canción, un sollozo, los gritos de una pareja, la risa de un

niño, la carcajada de una vieja, el murmullo de las cacerolas de donde brotaban el vapor y el aroma de los guisos: restos aún palpitantes del tiempo inmemorial que dejaron atrás, en los espacios libres del campo, donde el ritmo armonioso de los días y sus noches sustituía, entonces, los recuerdos.

La noche cayó con esa violencia que, en lo alto de las montañas, entre sus faldas, al pie de sus picos, tiene el ocaso: la ciudad de México no conoce otro atardecer. Ignacio se abrió paso entre los camiones de carga, los autobuses y los autos que circulan sin cesar en la avenida Ermita-Ixtapalapa. Le pasó la botella de ron después de darle un trago. El ruido de los claxons, los tubos de escape abiertos, los rechinos de los frenos oxidados poblaban ese comienzo de la noche, como si los hombres hubieran decidido, así, robarle su silencio y extender el bullicio del día al no poder detener, en su huida, al sol y a su luz.

—Si no me equivoco, por esta calzada entraron, hace más de cuatro siglos, Hernán Cortés y sus tropas, los ojos maravillados ante el esplendor de la ciudad azteca. Me gustaría verlos mirar el horror en que su hazaña convirtió esta ciudad.

Ignacio salió de la avenida y tomó una callejuela que trepaba hacía una colina. Bruscamente se detuvo en lo alto de su cima, apagó los faros del auto, pasó su brazo por encima de mi cuerpo y abrió la puerta de mi lado. Me hizo señas de que saliera. Lo acompañé unos cuantos pasos, antes de seguir su mirada: abajo, a mis pies, se extendía un mar de luces sin orden, un océano en medio de otro océano. Sus límites, semejantes a los de un huracán, crecían desde su centro, se dilataban como el corazón del viento, se abrían sobre un precipicio tentador cual un vértigo, inalcanzables como un espejismo.

El día despuntaba cuando, el tanque de gasolina casi vacío, decidimos salir de ese remolino de luces y caminos sin sentido. Nunca pudimos tocar, aproximar siquiera, su centro. Casuchas, bardas, colinas, vecindarios y alambrados impidieron nuestro paso. Dimos vueltas en las orillas del ciclón durante toda la noche. Creímos reconocer un callejón seis, siete veces, y estar dando vueltas en un pequeño perímetro. Paredes y entradas nos parecieron idénticas, unas a otras, como las caras de la gente en la estación de ferrocarriles de un país desconocido nos parecen todas iguales simplemente porque sus rasgos son distintos de los nuestros. De repente, un detalle al fin perceptible nos permitía comprender que se trataba de otra barda u otra pila de costales de grava y arena, bajo el mismo cielo, negro e inmóvil, donde las estrellas se multiplicaban en el fondo de la noche para perdernos en los resquicios infinitos que se abren entre ellas, cada vez más alejadas unas de otras.

En los cientos de oscuras siluetas que cruzaron a nuestro lado, creí ver a Alberto varias veces: el abismo de esa noche estaba poblado de decenas de sombras insomnes, para quienes ha cesado la vana búsqueda del reposo eterno y ven con terror el descanso del sueño, cuyas pesadillas sólo pueden perfeccionar el dolor. Nadie como el prisionero sabe que los recuerdos sólo agravan la pena y que, de todos modos, a su salida, los otros, como él, no serán los mismos.

III. TEQUILA: T'ES QUILÀ?

Hice mis maletas esa tarde.

Metí en ellas los escasos objetos con los cuales inútilmente tra taba, si no de alargar mi vida en México, al menos de continuarla en París. Los añicos que creía poder llevarme. Piezas separadas del resto de un rompecabezas y puestas por el azar bajo los ojos. Recuerdos vueltos ajenos cuando el tiempo ha terminado su obra, o cuando ya estamos lejos del lugar donde ocurrieron.

Los discos de Agustín Lara, Pérez Prado, los Panchos, Toña la Negra, Pedro Vargas, cuyas canciones terminaría por escuchar algunas noches en París, cuando la fiesta al fin acabada, los amigos al fin ausentes, sola, comenzaba al fin ese otro festejo tan esperado, con el cual creería reproducir el espesor de la noche en México y dar cuerpo a los vagos recuerdos que, de todos modos, ya no existían aquí y nunca existieron allá, pero que yo inventaba a partir de un huidizo y precario presente. Música de origen popular, de por sí anticuada en México, se había ido refugiando en los pueblitos de provincia, las vecindades de la ciudad, sus mercados, los cuartos de criadas, alrededor de los lavaderos en las azoteas, y en esas horas de la madrugada, las más silenciosas, cuando el tiempo descansa.

Canciones que no decían ya nada a muchos mexicanos, menos aún a los franceses a quienes inútilmente martirizaba traduciéndoles las letras de amores desdichados entre el susurro de las palmeras, pasiones malditas en noches tibias, hastíos hechos de luz y pavorreales, traiciones con ritmo de mambo, mientras la nieve cubría las calles y los techos de París, y el frío obligaba a la gente a quedarse en sus departamentos y a cerrar sus ventanas para conservar el calor artificial frente a la inclemencia de un aire helado, hostil a cualquier aventura.

Frascos de mole con los cuales prepararía platos siempre incompletos, que mis amigos franceses apreciaban sólo con la punta de la lengua, pues el resto de ella, como la garganta y seguramente el esófago, cuando no el estómago, les ardían bajo el fuego del picante de una cocina imaginada para transpirar

entre el aire cálido del trópico, los alcoholes fuertes y la cruda. Latas de salsas verdes y rojas absurdamente dispuestas en la mesa para acompañar un *coq au vin*, un filete a la pimienta o algún otro plato francés que el picante sólo destruía. Chiles jalapeños o serranos que meses más tarde, cuando las imágenes de México ya se me habían esfumado y de mi propia vida ahí no me quedaban sino los fragmentos dispersos de una frase, la existencia en París dominándome con la fuerza de la presencia cotidiana, una memoria tal vez menos infiel o más profunda, distinta a ésta a la cual confiamos, acertadamente quizás, la duración de sentimientos cuya desaparición no puede traer sino el alivio, me obligaba a buscar en el fondo de las alacenas las latas olvidadas. Entonces, en medio de la noche, bruscamente despierta por el antojo de esos chiles, como si la fuerza del débil deseo me hiciera obedecer a un horario y a un lugar hacia los cuales mi cuerpo corría a pesar mío, me precipitaba a la cocina y me veía preparando el arroz y la carne que acompañarían la salsa verde y los chiles jalapeños, disponiendo la mesa de ese festín solitario y silencioso de las cuatro de la mañana.

El insomnio nunca ha dejado de compensar con otros sueños los que así me roba: la suavidad de la noche incita a deslizarse en ella con abandono y, envuelta con sus velos, la atención distraída por la uniformidad de las horas que huyen así sin dejar huella, emprendo un viaje del cual vuelvo al amanecer, cuando la luz del día restituye su forma a las cosas, pone en orden la vida y cierra las fisuras donde, en la precipitación con la cual me sorprende, se me queda a veces todo recuerdo.

Después de todos esos meses, durante los cuales, la pimienta, el laurel, acaso el ajo, perfumaban apenas las carnes rojas, las piernas de cordero, las vísceras o las aves, cuyo gusto se conservaba así intacto, el gusto sabroso y picante de los chiles me devolvía —con una precisión que nunca alcanzaría el mayor esfuerzo de la memoria, como tal vez esos mismos chiles gustados a diario, y por ello mismo sin magia, no podrían hacerlo imágenes tan lejanas cuya súbita aparición me hacía dudar de mi edad y preguntarme si el día de hoy no era acaso una broma de los sueños.

Ahí, en el fondo de la madrugada, entre el aire enrarecido por la calefacción y el encierro, las ventanas empañadas por el vapor de la cocina, los ángulos de sus vidrios cubiertos con una capa de hielo en el exterior, la vista de los techos parisinos de un blanco inmaculado, veía fundirse la nieve, abrirse las ventanas y entrar el aire tibio y pegajoso de una tarde iluminada por un sol ardiente, sus rayos cayendo verticales como cae un plomo sobre las hojas quemadas de los árboles. Oía el zumbido de las moscas en su vuelo

indolente entre el pentagrama de la luz. Me llegaba el eco de una canción cuyas palabras se perdían entre el sonsonete mexicano de las voces nasales. Caminaba otra vez en el laberinto de pasillos del viejo mercado de La Merced, guiada por los olores frescos del limón verde, el cilantro, la papaya, las guayabas, las jícamas, el aroma más penetrante de las carnitas, los moles, la barbacoa, el perfume embriagador de las gardenias, los nardos, las orquídeas y las rosas rojas todavía cubiertas con las gotas de agua de las chinampas.

Como el avaro en su agonía se aferra a sus riquezas y quisiera poder enterrarse con ellas a sabiendas de que, sin las hipocresías del más astuto de los ladrones, la muerte lo despojará de todos sus bienes, el exiliado llena sus velices de objetos inútiles que de nada le servirán en su destierro. Ninguno de los dos cree en otra vida. Coleccionistas meticulosos, ponen toda su fe en las cosas que poseen tratando de llevárselas, de continuar a través de ellas una vida acabada.

Las maletas hechas, la reservación confirmada, sólo una noche me separaba del vuelo a París. Allá quedarían atrás, sin nadie con quien compartirlos, todos estos días, sus noches, las historias y las palabras que los poblaron, la risa de Ignacio ante los sainetes vividos con Alberto, las cóleras de Pedro, los bares con música de fondo y comida a cualquier hora, los tacos de carnitas en la madrugada, los ramos de rosas rojas comprados en la calle a las cuatro de la mañana, mi misma obsesión por Alberto, y todo aquello que me hacía daño oír y vivir tan de cerca: las querellas entre amigos, el viejo chisme que me escupían a la mitad de la tarde y me echaba a perder la sobremesa, el rostro que hubiera querido olvidado de una vieja aventura sin mañana y sin ayer, los reproches, los celos, las quejas de un país que se desmorona, las tolvánicas de marzo, los aguaceros de agosto. Uno a uno se irían desvaneciendo los conocidos, la familia, los íntimos y los seres más amados: todas esas personas que, al llegar a México y en cada uno de mis viajes, iban apareciendo al filo de los días, surgidos de otros años, acostumbrándome otra vez a ellos, como si nunca nos hubiéramos separado, borrando con su presencia mi vida en París. Y, sin embargo, el retomo al origen y al momento de la partida ocurre demasiado tarde: el abandono ocupa cada rincón de esos viejos días, cubre de polvo los sentimientos ahí dejados en suspenso, congela la luz detenida en su viaje solitario y entierra su reflejo en el vacío de los segundos donde nadie ni nada pasó. El regreso devora los años y me devuelve a la época de la partida, ahora habitada por fantasmas. Los sentimientos que me expresan quienes me quisieron son los mismos que

se tienen por los desaparecidos: ni odio, ni pasión, ni enojo, apenas un recuerdo tamizado de todo ello y una vaga nostalgia por lo que fueron ellos mismos. Sólo la certeza de saberme de paso, de la brevedad de mi viaje y de mi próxima ausencia, nos concedía el milagro de esos encuentros donde el tiempo desaparece y volvíamos a mirarnos como fuimos.

Convencida de que no volvería a ver a Alberto, la sensación de haber terminado mi viaje a México me invadió con la fuerza de las imágenes de París: me vi caminando al lado de Charles, oyendo las noticias que me daría de lo ocurrido en Francia durante mi ausencia, entrando al restorán conocido, escogiendo mi mesa, leyendo el menú sabido de memoria, saboreando la copa de *Sauterne*, pidiendo unos caracoles y un curry de cordero, un vino rojo, lejos del bullicio de la ciudad de México, mi vida y sus recuerdos otra vez en orden. Silenciosa y anónima, extranjera. Sin nadie para recordarme quién era, libre de evocar a mi antojo las imágenes cuyas asperezas eran limadas por la distancia y la ausencia de testigos.

Sin más pasado que el ocurrido desde mi llegada a París, en donde no había cabida para las historias de mi vida en México y menos en esa otra lengua ajena a la mía: a la del país donde transcurrieron aquellos años. Ese francés cuyas palabras, durante los primeros meses de mi estancia en París, debía traducir mentalmente para poder mirar en ellas el reloj, la hora, el color, el campanario, el jardín, la flor, el pan, el humo, un cenicero, una niña, el cristal, una ventana. Todos y cada uno de los innumerables objetos a los cuales sus nombres en español hacían presentes con la ligereza y la gracia de la magia, aparecían bajo sus más diversas formas, en un movimiento armonioso, coordinado desde los primeros días de esa memoria que se extiende un poco más lejos, más atrás, a cada despertar. Allí, frente a mis ojos, la palabra *cuaderno* evocaba el primer cuaderno de mi infancia, mi mano trazando, ayudada por una regla, el primer margen: los múltiples primeros márgenes de cada principio de año escolar. Esos márgenes donde la vida, entonces, podía comenzar otra vez, sin despojos ni vagas nostalgias, cuando otros nuevos cuadernos, con su olor a papel recién salido de la fábrica, abrían las perspectivas de un nuevo año y me ofrecían, en su bondadosa virginidad dispuesta a otorgarse, la promesa de nuevos enigmas a los cuales —así lo creía a esa edad— las letras y las palabras que poco a poco cubrirían las páginas de esos cuadernos propondrían, si no la respuesta, sí otros misterios aún más tentadores, donde mi imaginación se complacía creyendo

rozar el secreto de esa vida que miraba venir, extensa como ese nuevo año donde todo era aún futuro. Como las hojas de los árboles, reverberantes de luz, arrastradas por el viento fresco del mes de febrero, me sentía volar hacia la cita que me proponía el cuaderno blanco de principios de año.

IV. LA FIESTA DE DESPEDIDA

Alberto me telefoneó poco antes de las ocho de la noche. Reconocí su voz ronca, espaciada, la sonrisa burlona al final de sus palabras. Una voz extraña y la cual, a pesar de los años pasados, siempre tardé unos cuantos segundos en reconocer, tan fuerte es la sensualidad que de ella emana. Una sensualidad que Alberto escondía, defensivo y púdico, mientras permanecía sobrio, tal vez porque la culpa causaba menos temor a su lucidez que la inocencia: en su infancia nunca aprendió otra cosa que a escapar al castigo del placer prohibido y a saltar entre las barreras de la culpa.

Cuántas veces, durante las largas conversaciones que poblaron noches y noches en vela, no vi a Alberto ver de cerca su tierra prometida, reprocharse no hacer lo que quería, saber qué quería, tomar la decisión de, al fin, hacer lo que deseaba, en cuanto dejara de beber esta vez. Le parecía tan fácil en esos momentos: tan absurdo haber dejado pasar tanto tiempo sin decidirse. Sus ojos abiertos en la oscuridad donde dejábamos venir muy despacio, lo más lentamente posible, un nuevo día, miraban el cumplimiento de esa promesa que se hacía a sí mismo. «Hacer lo que quiero, ¿por qué no? Por qué diablos seguir viviendo ese pasado que ya se acabó, Silvia, Clelia... Todo eso quedó atrás. El amor y el rencor. Ellas se las arreglan perfectamente sin mí. Y, de todos modos, no podría hacer nada por ellas. Nadie puede hacer nada por otro. Por ejemplo, tú no puedes hacer nada por mí. Querirme, me dices. De qué me sirve. De nada. Mis hijos están bien, tienen la vida por delante. Son más ricos que tú y yo: no cargan con ningún pasado... Todavía... Mi madre se ocupa de su hija y nunca ha tenido necesidad de nadie, como no sea para sentirse indispensable... haciéndole la vida infernal al prójimo. Para los indispensables será el reino de la vida eterna en este mundo. Bienaventurada ella. Mi padre, él, el viejo, ya vivió lo suyo. No le quito nada a nadie. No tengo a nadie a quien rendirle cuentas. Por qué diablos, entonces, preocuparme, seguir rumiando un pasado del que no queda nada y del cual me expulsaron cuando no me fui por mi propia voluntad. Y si algo queda no son

sino los restos, los tristes restos. No vale la pena. Y por qué demonios angustiarme por un futuro que no sé ni puedo imaginar cómo será. Después de todo, soy yo quien va a vivirlo y no los otros, madre, padre, hijos, mujeres. Yo solo. Un futuro que quién sabe cuánto dure, que ya está contado y al que llevo toda la vida dejando para mañana en lugar de comenzar a vivirlo. Decidirse, es todo. Es tan fácil, parece tan fácil en estos momentos, como si ya estuviera pasando.»

Se le abrían, así, de pronto, las puertas del presente, durante esas noches de las cuales a la mañana siguiente, durante la cruda y antes de volver a embriagarse, no le quedaba ni un recuerdo. Quizás porque la única manera de recordar los momentos de ese rapto de sí mismo que se hace al paso del tiempo, cuando se goza un placer intenso, cuando se accede al éxtasis, como cuando se sufre un dolor agudo, es repetirlos. Tratando de acordarse, Alberto deseaba revivir esos momentos y de tanto desearlos terminaba por acordarse y por volver a vivirlos. Sin poder recordarlos a la mañana siguiente, la culpa borraba cualquier huella de esos instantes durante los cuales, su embriaguez convertida en éxtasis, lo vi jugar, libre, con las imágenes de un presente al fin alcanzado. Tal vez por ello las recaídas de Alberto, cada vez más largas, menos espaciadas, en el alcohol: como si el recuerdo le despertara el deseo. Acaso, me preguntaba entonces, esos extraños impulsos que llamamos deseos no son sino las fugitivas victorias que los recuerdos obtienen sobre el olvido.

—¿Conque tu fiesta de despedida es esta noche?

—¿Quién te lo dijo?

—Ignacio.

—¿Cuándo lo viste?

—No lo vi, hablé con él por teléfono. Me imagino que no estoy invitado.

—Claro que lo estás. ¿Quieres que pase por ti? Dime dónde estás.

—Tal vez esté dentro de una hora en el bar del Sanborn's de San Ángel.

Colgó sin una palabra más.

El «tal vez» incierto de su cita y la ambigüedad de su frase me devolvieron con toda su fuerza la obsesión por Alberto, el deseo de verlo una última vez antes de la partida, las ganas de hablar con él otra vez, apaciguadas durante las horas en que lo busqué con Ignacio.

Desde mi despertar, las imágenes de París, tan próximas, vívidas, me habían mantenido en esos terrenos vagos de la instancia de partida, donde no se está ya en el lugar que pronto se dejará y no se puede todavía recordar lo

que se dejó porque no se ha llegado al término del viaje. Incluso, la primera frase de Alberto, ese instante en que reconocí su voz y comprendí que volvería a verlo, me había causado un desasosiego parecido a la pereza, semejante al que causa a veces una fiesta repentinamente convertida en deber cuando queremos quedarnos otra vez solos para continuar la lectura de un libro o porque vemos en esa fiesta dificultades inesperadas que impedirán el placer de simplemente no hacer nada. Pero bastó ese «tal vez», la duda de no verlo —la lejana proximidad de su voz venida de quién sabe dónde, cortada bruscamente— quizás de manera definitiva, para borrar completamente las imágenes de París, de volverme a la ciudad de México, ver mi próxima partida como un atentado que me hacía el paso del tiempo, sentir París demasiado lejano, ajeno, extraño como el destierro obligado con que la injusticia viola el curso de una vida.

La misma fiesta de despedida, con la cual contaba terminar tranquilamente mi viaje y me ofrecía la oportunidad de decir adiós a amigos queridos, se me volvió una obligación. Hubiera querido tener libre esa noche y poder pasarla con Alberto, solos los dos, en un bar, en su recámara, en un cuarto de hotel, con una botella de whisky, en una cama, extendidos en ella, hablando otra vez, Alberto contándome lo que yo sabía de memoria pero que el amor me permitía ver como algo novedoso, descubrir nuevos detalles, interesarme en un hecho al cual descubría inusitadas perspectivas. Discutir por enésima vez con Alberto por qué no me quería, por qué me quería, por qué toda nuestra breve historia había sido imposible, por qué había sido, por qué no podía haber amor entre nosotros dos, por qué hubo amor.

No pude ver nada durante la hora que transcurrió entre su telefonazo y el momento de la cita. Otra vez comencé a vivir al ritmo que me imponía la obsesión por Alberto cuando estaba lejos de él en esa ciudad de México donde él vivía, en donde era posible encontrarlo y la cual se me reducía al lugar por él ocupado y que él encamaba en todo su inalcanzable tamaño. Ni siquiera lo vi cuando llegué al bar de San Ángel, convencida de que tendría que esperarlo, de que tal vez no iría a la cita, de que lo esperaría en vano antes de partir sola a esa fiesta, ahora sin atractivo.

—¿Ves cómo no me quieres? Ni siquiera me ves, ciega como estás por tu propio amor.

Los ojos brillantes de ironía tras los anteojos, bañado, con traje y corbata, reconocí en Alberto a ese extraño que me era cuando estaba sobrio. Traté de imitarlo sonriendo burlonamente ante su disfraz.

—Vengo como un amigo y no en plan de guerra. Hagamos las paces por esta última noche, mi tierno amor. Tengo una cruda espantosa. Paré de beber esta mañana para ir a tu fiesta y no tengo fuerzas para nada. Calma, un poco de calma sobre todo. Evítame los excesos de tu amor. Voy a tu fiesta como uno de tus cientos de amigos. Nada más. Así que intenta tratarme con la buena educación que recibiste en tus escuelas de monjas y que debes a todos y a cada uno de tus invitados.

—De acuerdo, Alberto. Vámonos. Ignacio nos espera en su carro.

Ignacio, que estaba muerto de risa de vernos otra vez juntos y no escondía su gusto ante la posibilidad de vernos vivir un nuevo sainete.

—Aquí doña Inés del Alma Mía prometió conducirse como una parisina civilizada y evitarme cualquier escándalo ante sus prestigiosos amigos. Eres testigo, Ignacio.

—Mi Alberto, mi Alberto, no la provoques que es una fiera salvaje... Ignacio estalló en carcajadas tan cristalinas que nos contagió a los dos.

—Le aseguré que vendrías a su fiesta, pero no podía creerme. La martirizas demasiado, mi Beto. Te cree todo.

—Lo único que quiero es que pare de edificar mi mina. Es ella quien me provoca y se queda con el buen papel. Es injusto, Ignacio.

—No la conocen como tú y yo, Alberto. ¿Qué quieres? Se hace querer y le disculpan todo.

—¿Quiénes van a tu fiesta?

Fuimos los últimos en llegar porque Ignacio se perdió en el camino tratando de hallar un atajo a través de una ciudad perdida. Como la noche anterior dimos vueltas y vueltas sin poder reconocer las mismas bardas de basura y alambre, sin distinguir una barraca de otra, sin siquiera saber si, entre una y otra vuelta, entrábamos o salíamos de ese inmenso vecindario.

—Mi Alberto, ¿cómo diablos salir de esto? Ayúdenos a orientarnos. Usted conoce.

—Cuando bebo, Ignacio, solamente cuando estoy borracho. Y en estos momentos lo único que tengo es una cruda espantosa y los nervios de punta. Con gusto me echaría un buen trago. Pero trajeado como me puse para quedar a la altura de los invitados de la condesa ni siquiera puedo bajarme a conseguir por ahí un farolazo.

—¿Cómo puedes orientarte en estos laberintos cuando estás borracho y no puedes decirnos cómo salir ahora que estás a secas?

—Un secreto que se me olvida cuando paro de beber. ¿Qué quieres, mi Nacho? Cuando ando en el agua formo parte de ellos, de sus calles, de sus tapancos, de su ciudad que se vuelve la mía. Sobrio no soy sino un extraño más, exactamente como ustedes dos. Dejo de reconocer el sentido de sus callejuelas y no distingo una residencia señorial de un estanquillo: porque hay sus diferencias, aunque no me crean. Los dulces ojos de la princesa pueden asombrarse todo lo que quieran, siguen ciegos, son incapaces de mirar otra cosa que una montaña de basura. Por mi parte, creo que lo más indicado en las actuales circunstancias históricas, como diría el maestro y catedrático Pedro Lugo y Bracho, sería olvidarse de tu fiestecita y, una vez fuera de aquí, buscar un buen bar donde pasar la noche.

—¡Oh, no! No puedo hacerle eso a la mujer de Paco, Alberto. Invité amigos míos que ella no conoce. Tengo que estar ahí para presentar a unos con otros.

—Ya me imagino la mezcla explosiva que has de haber organizado. Luego te quejas de no ser la adorada mujer de mi vida y la pupila de mis ojos, cuando eres tú la que no se deja querer. ¿Cómo quieres que alguien, pobre y decente como tu servidor, se enamore de una mundana? Has de haber invitado al presidente, ¿o no? Y vas a estar más ocupada de tus relaciones sociales que de aquél a quien pretendes amar por encima de cualquier vanidad en este bajo mundo y, sobre todo, de la tuya —acompañar en la pobreza, visitar en la cárcel, seguir como una sola mujer...

—Y sobre todo en sus borracheras.

—Ya oíste, mi Alberto, sobre todo en tus borracheras. Nunca encontrarás una mujer mejor sobre la Tierra.

—Mis otras mujeres...

—¿*Mis*?

Tiene usted razón, compañero. Pero crudo como estoy hasta el feminismo se me olvida. Quise decir: las otras mujeres que decidieron compartir un trecho en el camino de su vida conmigo... ¿Contento, Ignacio? En fin, mis otras mujeres, para acabar pronto, se escandalizaban cuando me veían beber, lloraban, se iban a la casa de sus respectivas madres, me escondían las botellas, me suplicaban que no bebiera y...

—Y te representaban el bellísimo papel de la víctima: la mujer enamorada que ve destruirse al esposo, roído por demonios que le son desconocidos, a quienes teme y ahuyenta tratando en vano de salvarlo, si no en este mundo al menos en el otro, gracias a sus oraciones diarias y piadosas. Muchas gracias, no me va el papel. Las víctimas me aburren.

—Eres testigo, Ignacio. Eres el testigo de su maldad. ¿Qué hace cuando me emborracho? Me compra botellas. No puedo negarlo: de excelente calidad, eso que ni qué. Whisky: Chivas, vodka: Wyborowa, vino: francés. El colmo, Ignacio, el colmo: no sólo no me esconde el alcohol, sino que me lo sirve y se sirve a sí misma dizque para acompañarme... Para emborracharse conmigo. Y luego, ahí nos tienes delirando juntos toda la noche, y en la mañana, cuando yo me estoy muriendo de la cruda, ella se levanta fresca como una rosa, se baña y desaparece mientras yo apenas puedo levantarme de la cama, las manos temblorosas. Pero ya verás a mi edad. Los años te vencerán, como tan claramente nos augura el catedrático Pedro Lugo y Bracho. Desaparece, Ignacio. Me deja a solas con mi soledad y mi cruda, y se va a sus actividades mundanas. Has de haber reunido un bello mundo en casa del representante de Trotsky en la Tierra.

—El único y el legítimo. Después de todo, ningún otro hombre estuvo a su lado cuando Siqueiros y el capitán Sangre Fría, que en paz descansan, asaltaron la fortaleza a caballo. Lo que sea de cada quien, lo hicieron de frente. Nada qué ver con el cobarde asesinato de ese traidor de Mercader. Pobre diablo, ¿no guardó el silencio durante sus no sé cuántos años de cárcel? Y a su salida ya ni para la Historia valía la pena que hablara.

—Culpa de las mujeres, mi Alberto, si Trotsky perdió la vida fue por haber cedido a una mujer. Diego cerró los ojos y dejó que lo asesinaran cuando supo la grosería que Frida le había hecho con él.

—Que todo es culpa de las mujeres, no puedo ni quiero negarlo. De eso a calumniar la Historia, Ignacio, no te queda. ¿Quién te contó tanta mentira? Ha de haber sido la princesa aquí presente, quien seguramente cenó con Frida antes de nacer y recibió sus confidencias. No, Ignacio, no puedo enamorarme de una mujer tan mundana. Las otras compañeras...

—Te abandonaron, Alberto, simplemente te dejaron por otros.

—¿No te digo? Ya empezó a remover el cuchillo en la llaga. Tan contento que estaba, a pesar de esta maldita cruda, y ella que quiere recordarme la perfidia de las mujeres. *Me abandonaste, mujer, porque soy muy pobre...*

Ignacio entonó sobre la voz ronca y desafinada de Alberto: *Qué culpa tengo si soy borracho, mujeriego y jugador.*

—Creo que ya di con una salida —interrumpió Ignacio su canto y su risa—. Empiezo a reconocer otro estilo... Salvados, queridos amigos. Vamos a llegar a la fiesta a medianoche, justo a tiempo, como la Cenicienta.

—Al revés, Ignacio, al revés de la Cenicienta.

—Vamos a ver el revés de las cosas: todos deben estar ya perfectamente ebrios y nosotros, por una vez, sobrios.

—Estás edificando mi ruina, Ignacio.

—La estoy demoliendo, mi Beto. Después de todo, no puedes olvidar que si otras mujeres te abandonaron por hombres más ricos, la aquí presente dejó a un secretario de Estado, y no el menos poderoso, por ti. El revés de una carrera política, social y diplomática.

—Mitómana como es, no le creí cuando me lo dijo. Tuvieron que contármelo otras personas, más dignas de fe, para que lo creyera. ¿No me contó otra vez que fue la favorita de Mazarino, Richelieu y Benito Juárez? Mira que calumniar a un héroe nacional...

—Está orgullosísimo, mi reina. Míralo qué contento de saber que dejaste a Benito Juárez por él.

Llegamos cuando la fiesta estaba en su apogeo. La anfitriona era la única persona que todavía se acordaba del motivo de la reunión de toda esa gente en su casa. Me presentó con mis amigos, quienes ya hablaban de mí como de una ausente. Me platicaron mi vida en distintas versiones, cada uno convencido de conocerla con más exactitud que el otro y, sobre todo, que yo misma. Me relataron mi existencia en París: el viejo y decadente conde que me mantenía, las buhardillas acogedoras de los techos parisinos, los *strip-tease* en los cabarets de Pigalle, las incursiones a la *Bella de día* en el elegante burdel de *madame* Billy, «en el número dos de la calle Paul Valéry» —me precisó el informado interlocutor—, mis amores sáficos con una joven marquesa, mis viajes secretos a Praga y mi labor de espía, las extrañas pero evidentes coincidencias de la estancia de dos ex presidentes mexicanos en París al mismo tiempo que yo, la miseria, las depresiones, los intentos de suicidio, los castillos, las *partouzes* y las canciones en los corredores del metro para poder comer.

Poco a poco se olvidaron de mí y de sus propios e imaginarios viajes a París. Como si nunca me hubiera ido, volví a formar parte de ellos y de las viejas historias que nos contábamos en el fondo de la ciudad de México, bajo su cielo negro y espeso, donde las estrellas brillan ya sólo para los ojos de los muertos. Como si nunca hubiera vuelto, más ausente que si ya me hubiese ido, sin necesidad de despedirme y repetir cuánto nos vamos a extrañar lejos unos de otros. Invisible, al fin, volví a vivir entre ellos y me quedé ahí

soñando con la transparencia de cristal de la noche, los reflejos de la luz hipnotizándonos tiritantes y helados.

De esa noche no quedarían sino unas cuantas huellas impresas por la luz, atrapada ella misma en su juego, cuyas reproducciones fotográficas recibí meses después en París. Allí estaba Paco Zendejas, todavía vivo, la carrera hacia su muerte detenida para siempre en ese instante, gigantesco, trepado en la cima de sus setenta años, los miles y miles de días y noches, los millares de horas y minutos por él enterrados, sobreviviente a ellos, acechado ya por los cientos de espectros que dejó atrás de él para seguir vivo y que volvían, amantes despechados, para vengarse de su olvido imponiendo su recuerdo y atrapándolo entre ellos. El pelo blanco de sus últimos veinte años, la cicatriz que le cruza la frente y se pierde en el cráneo, la risa congelada en su boca, su voz resonando como esos campanazos que seguimos oyendo en la mente sin saber si el mismo eco no se ha acallado y es sólo su insistente recuerdo el que sigue sonando en el oído. Al lado de Paco Zendejas, una mujer mira atrás de ella y trata de perpetuar momentos ya acabados rejuveneciéndose bajo el maquillaje meticuloso de sus arrugas, de ocultar el paso del tiempo con la pintura de sus canas, escondiendo su edad solamente al espejo que le devuelve la imagen de un cuerpo disfrazado de joven. No se da cuenta de que sólo facilita el trabajo de las sombras que cree ahuyentar cerrándoles el paso a otras mañanas.

En varias de las fotografías, Alberto aparece al lado de diferentes personas. Se puede establecer una cronología gracias a sus ojos: su mirada se va perdiendo poco a poco tras los velos invisibles y vidriosos de las noches de alcohol. En la última de ellas, Alberto tiene los ojos cerrados y sonríe seguramente a ese sueño que de tanto contarse le parecía inminente. Una mujer duerme con la cabeza apoyada en sus piernas. Quizás su abandono colabora un poco al rapto de dicha que Alberto expresa en ese instante. Las luces del candil parecen menos brillantes, en realidad, si se observa el cambio de color de una ventana, negra en las fotografías anteriores, gris claro en ésta, se comprende que el despuntar del día opaca la luz de las lámparas eléctricas. Deben haber sido las seis de la mañana.

Seguramente la angustia que provoca, más que la partida, la precisión de la hora a la cual ha de partirse, la cuenta hacia atrás de las horas, los minutos, los pocos segundos que quedan, sobre todo cuando se trata de un avión, me produjo una pesadilla. La revuelta del condenado a muerte nace tal vez de ese conteo arbitrario, sujeto a las manecillas de un reloj, de un tiempo que los hombres arrebatan a Dios y del cual despojan a ese miserable. El milagro de

la existencia, que la muerte completa al revelarnos su fugacidad, se desvanece cuando la esperanza deja su lugar al vacío y el condenado se pierde en esa ausencia de cualquier otro tiempo que el del conteo regresivo, asiéndose desesperadamente al hilo frágil de los segundos que le huyen.

Me quedé dormida poco antes del amanecer. Me había despedido de todos: otra vez entré en ese espacio de la instancia de partida, limbo del viajero, cuando ya no hay nada que hacer y uno se deja vivir al ritmo de las horas que el viaje detiene al correr contra ellas y, desde la ventanilla del tren o del avión, ve pasar con tranquilidad. Desde el asiento trasero de un taxi, al lado de un hombre en quien tengo esa absoluta confianza que da el abandono, veo los árboles centenarios que bordean la avenida Clichy, frondosamente verdes, la luz reverbera entre sus miles de hojas. Es un día de verano en París. Alguien llora al lado del hombre al que amo. En el espejo retrovisor reconozco a su exmujer. Vuelvo la cabeza para tratar de verla directamente, pero ella ha desaparecido y, atrás de los troncos de los árboles, descubro edificios que no son los de París: evidentemente estamos en México. Hace calor, todas las ventanillas están bajadas y siento la brisa que entra cuando el auto avanza. «Esas casas son de México, ¿no?» Nadie responde. La confusión crece. Veo el edificio del Moulin Rouge, pero oigo un mambo en el radio del taxi. Los árboles desaparecen: el regente los hizo cortar para construir sus carreteras en el interior de la ciudad. Son casas y edificios de la colonia Narvarte. Si no reconozco la avenida Eugenia es porque cuando dejé México había un camellón arbolado. Trato de acordarme cuándo salí de París. Una laguna me oculta el vuelo. Creo recordar el pasillo del aeropuerto, pero nada del vuelo. Camino en los corredores de Roissy. A pesar del esfuerzo violento que hago para tratar de reconstruir las últimas horas, no consigo saber en dónde estoy, cómo llegué allí. Ciertas fallas me hacen sospechar que estoy soñando. Voy a despertarme y a descubrir que todo esto es un sueño. Basta con que abra los ojos. ¿Por qué no puedo acordarme del vuelo? La angustia crece. Necesito ayuda. No sé si hice la pregunta en francés o en español y ese detalle me angustia aún más. «¿Estamos en México?» «Sí, claro que sí, ¿no reconoces los edificios?» «¿Se trata de un sueño o de la realidad? Dime, por favor, ¿dime si tú estás despierto o estás soñando?» Al mismo tiempo que hago la pregunta, quién sabe en qué idioma, me percató del dilema en el que me dejé atrapar: si él es parte de mi sueño no puede responderme. Si estoy soñando nadie puede ayudarme. Trato de despertarme cuando oigo su voz y su respuesta me da un alivio en el cual me sumerjo suavemente como en un

sueño: «Hace tiempo que dejé de hacer distinciones entre los sueños y la realidad. No tiene importancia. Deja de inquietarte».

Abrí los ojos y, todavía envuelta por las dudas de la pesadilla, vi a Alberto y a Ignacio: el rompecabezas de las últimas horas se acomodó casi instantáneamente. Estaba en México, al término de un viaje, la fiesta de despedida acabada y lista para subir al avión que partía en unas cuantas horas. Despierta. La realidad bañaba con la luz clara de la mañana toda mi vida. O casi: quedaban esos pequeños rincones oscuros donde el olvido se agazapa, los corredores de la noche por donde la imaginación y los sueños escapan al orden de la memoria, los hoyos negros que dejan los astros consumidos.

—Al fin se despertó la Bella Durmiente.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana. No hay nada más hermoso que levantarse temprano si no son las noches en vela. Vayámonos a recorrer el día que despunta. Aquí se acabó la fiesta. Los invito a desayunar una pancita en Portales, mi Alberto. Unas cervezas para restablecerse de la cruda y acompañamos después a la princesa a su avión.

—Y yo que había jurado no beber y despedirla sobrio. Hubiera querido deshacerme al mismo tiempo de ti y de mi borrachera. Ahora te vas y me dejas ebrio. Me provocas la recaída y me abandonas. Deberías quedarte otros días, unos cuantos, una semana o dos, en lo que paro de beber. En serio, mi amorcito, siento que te vayas.

—Eres testigo, Ignacio: él quiere que me quede. Y los otros, los invitados, los anfitriones, ¿dónde están?

—Se despidieron de ti con un gran beso, vencidos por el sueño. Como de costumbre somos los últimos. Como diría el maestro y catedrático Pedro Lugo y Bracho: que nos compre quien nos conozca. Hasta dormida edificas mi ruina. Yo hubiera querido partir como la gente decente, pero Ignacio se opuso a que te dejáramos aquí.

—Me opuse a que te echara agua en la cabeza.

—Con el excelente argumento de que era descortés de mi parte mojar la alfombra de nuestros anfitriones.

Salimos a una mañana fresca y luminosa. Ya nada tenía que hacer en México. Ningún compromiso, ninguna visita, ninguna despedida, ningún deseo: me sentía dichosa. El día se extendía vasto y claro como en las viejas mañanas de mi infancia a principios de año. Y, como en esa época, sentí que la vida se me ofrecía con toda su bondad y me sentí libre de avanzar hacia ella.

Todavía, antes de dormirme, estaba convencida de la inminencia de mi partida. Pero el viento fresco de la calle acabó de despertarme: supe que no me iría.

V. LA GLORIA

En lugar de ir a Portales a comer una pancita, decidimos ir a pasearnos entre las chinampas de Xochimilco simplemente porque pasamos enfrente de la avenida que conduce al pueblo.

—No podías irte a París sin una visita a Xochimilco, mi reina. Imagínate que le cuentas a los franceses que no cumpliste con tus deberes turísticos. Una vuelta a Xochimilco: el último gringo, por poco que se respete, la lleva a cabo.

—Excelente idea, mi Ignacio. Vamos a pasear a mi respetable señora esposa, mi mujercita adorada, en una chalupa que lleve el nombre de la Virgen de Guadalupe, la reina de México, la madre de todos los mexicanos, para que te proteja bajo su manto en tus andanzas parisinas.

La visión de Nôtre-Dame, la primera vez que la vi, apagó las palabras de Alberto. Entre los claroscuros de la luz que dejaban filtrar los árboles de ese camino a Xochimilco, se levantaron, una a una, las piedras de la catedral: sus apóstoles, sus santos, sus vírgenes, sus ángeles, sus arcángeles, sus cristos y sus torres. La luz blanquísima de París penetraba tamizada por el colorido de sus vitrales hasta el pequeño altar de la Virgen de Guadalupe, a donde cada doce de diciembre un grupo de mexicanos —descendientes de viejos porfiristas instalados en París por sus padres ya muertos en el exilio, algunos jóvenes estudiantes que sí dejan traslucir su nostalgia a pesar de su ateísmo, unas cuantas secretarias de la embajada que de tantos años en Francia han olvidado su español y mezclan los galicismos a los españolismos sin siquiera percatarse— canta «Las mañanitas» a la Guadalupana.

—Le prometerás serme fiel como estoy seguro que hasta ahora lo has sido, ¿tienes alguna duda, mi Nacho? ¿Sugieres algo insidioso con tu risa? Tus pérfidas insinuaciones van a conducirme a una pronta consulta sobre el honor de la mujer de César con el maestro y catedrático, el profesor Pedro Lugo y Bracho. Será el testigo de mi duelo. Tu honor quedará lavado, mi vida. Con su sangre o con la mía. Pero si me has traicionado, lo será también

con la tuya. Prepárate a morir y a ser enterrada junto con tu adorado esposo como cualquier viuda que se respete, si algo de respeto queda en ti. Tienes dos minutos para confesar tu crimen, arrepentirte y pedir perdón porque ni Afrodita te salvará del infierno. Confiesa.

—Detente, oh tiempo: soy feliz porque mi señor se digna darme la muerte de su mano. Reposar eternamente a su lado, ser aceptada en su lecho de muerte, colma mis más grandes esperanzas.

—No pongo en duda su honor, mi Beto, lo único que dudo es que pueda reposar eternamente con tus ronquidos.

—Música de ángeles para mis oídos.

—Aprende, Ignacio: eso es amor. Un momentito, un momentito, ¿estás sugiriendo que ronco, yo, que ni siquiera duermo velando tus dulces sueños?

—Pesadillas que me separan de ti. Odio al sueño que nos aleja.

—¿Sueñas con otro, no conmigo? ¡Infame! Prepárate a morir.

—Pero antes vamos a comprar un litro de ron y unos cigarrillos.

—Justo y necesario, querido Ignacio. Tus palabras me deciden a otorgarle una tregua, no la gracia.

—Un golpe de gracia será bienvenido de tu mano.

—Agoniza, pérfida, agoniza largas horas, años enteros, siglos legendarios, milenios sin confines.

Ignacio se estacionó al lado del pequeño templo blanco del pueblo de Xochimilco. En el atrio, un sauce llorón y dos pinos ocultaban el movimiento circular de la parte derecha de la fachada. Dos hombres colgaban los adornos de flores blancas, gladiolas, azucenas y gardenias, de una ceremonia nupcial.

—Vamos a casarnos, Alberto.

—No puede, está casado.

—Divorciándome, por el momento, mi querido Ignacio. En trámites. ¿Y usted?

—Se están divorciando de mí. ¿Te conté que la muy perversa levantó un acta de robo contra mí? Le dejé todo: departamento, que era suyo, muebles, que eran de ambos, tocadiscos, que era mío, cuadros, que eran de todos. Me dijo que me llevara mis libros, ese germen de corrupción, brote y géiser de toda maldad, manantial del crimen. Le rogué que los guardara mientras conseguía un departamento. Nada, ninguna piedad. «Llévatelos a casa de tu madre, esa mujer que se atreve a sugerirme que te bata la leche, te hierva la leche, te haga tu nata. Sólo falta que diga que te de el pecho.» Conseguí una camioneta y fui a recogerlos. Mientras sacaba los cartones, el ángel de bondad se fue a la Delegación a decir que estaban robando su casa. Volvió

acompañada de una patrulla, fingió no conocerme y hete allí a tu servidor escoltado por las dignas fuerzas del orden. «Pinches rateros, ya no saben qué inventar.» «Es mi mujer, mi legítima», les juré. «Hablo de los libros, joven, mire nomás que robar libros.» Perdí la mujer, los libros, una noche en la Delegación y tres mil pesos que tuve que darles de mordida: «Para que no ande robando libros... Imagínese nomás que empiezan a robar las bibliotecas, a dónde vamos a dar. Un banco, de acuerdo. Una joyería, está bien, uno puede comprender. Pero, ¡las bibliotecas! Con tanto analfabeta como hay».

Después de comprar una botella de tequila, una de sangrita y varias cajetillas de cigarrillos, nos dirigimos hacia el más próximo de los embarcaderos.

Las filas de chalupas, a esas horas de la mañana, se extendían a lo largo y a lo ancho del embarcadero formando una corona de flores de donde surgían, aquí y allá, entre el vaivén flotante de las barcas, las letras hechas de claveles, margaritas, rosas y siemprevivas que formaban nombres de mujeres: Carmencita, Conchita, Adela, Valentina, María, Estela, Rosa, Laura, Lupe, Silvia, Pepita. Ignacio negoció la hora y media del paseo con la maestría que él tenía para hablar con la gente del pueblo y Alberto con los vagos, los teporochos, los delincuentes y las prostitutas, esos marginados del día que desaparecen al alba confundidos por la luz con el resto de los hombres.

—Te creen puta, vida mía —me dijo Alberto muerto de risa al ver mi turbación ante las miradas de reojo de los lancheros hacia mi vestido de satín negro y escotado, mi collar de oro y ópalos, mis sandalias de tacón alto, los restos de lápiz labial, el sombrero de plumas.

—El hábito hace al monje aunque el simio mono se quede. Explícales que la princesa trae un vestido que es el último grito de la moda en París y no el uniforme de trabajo de las excelentes obreras de Garibaldi, que su collar no es de pacotilla y sus zapatos son de marca.

Me quité las sandalias para cruzar entre las chalupas hasta llegar a la nuestra.

—La agilidad del chimpancé, Ignacio, mírala cómo salta entre las barcas, mientras yo no hago más que tropezarme con la borrachera que traigo.

—Ándele, mi Alberto, un poco de valor y llegamos a nuestro buque para emprender el descubrimiento de América, probar que la Tierra es redonda y sentir la gravitación que nos mantiene unidos.

Al fin instalados en nuestra chalupa, la cual llevaba por nombre «Gloria», Ignacio pidió al lanchero que nos trajera un cartón de cervezas heladas, una

olla de pancita bien picante, tortillas, una docena de sopos con salsa verde, un kilo de carnitas con su cilantro y su cebollita picada, y limones.

—Ya párale, Ignacio, ¿quién se va a comer todo eso? Ya sabes que cuando bebo no puedo comer.

—Para la cruda, Alberto. Después de una noche en vela, nada como un buen almuerzo. Si aprendieras a comer mientras bebes, verías que el alcohol no te hace nada.

—¿Para qué beber, entonces, mi Ignacio?

—Conozco una marchanta en el camino, joven. Su pancita es la más limpia y sabrosa de Xochimilco. Ella le preparará sus sopos recién hehecitos, igual que las tortillas. Pa' las carnitas es muy temprano, pero a ver cómo se las consigo. Todavía no abren el mercado.

—Ha de ser tu parienta. Pero si me engañas y sale mala la pancita, te la hago comer con hielo para que disfrutes la grasa. Vámonos.

La chalupa comenzó a deslizarse entre los lirios acuáticos y los nenúfares que se abrían a su paso. La fragancia de las rosas nos llegaba de las chinampas entre las cuales pasamos hacia canales más alejados.

—Sírreme un tequila, mi amor. Apúrate antes de que me atrape la cruda. Es el maldito problema de dejar de beber. Si no fuera por la cruda, podría desembriagarme fácilmente, pero no se puede con ella.

—A propósito —me preguntó Ignacio—, ¿a qué hora sale tu avión?

—A las cinco de la tarde, vuelo de Air France 006. El embarque es hora y media antes.

—Lo que quiere decir que tenemos la mañana libre. ¿Tienes hechas las maletas?

—Las maletas están hechas, la reservación confirmada y los adioses dichos, pero no pienso irme.

—¡Ay, ay, ay, ay! Socórranme, dioses y ninfas. No estoy para bromas en estos momentos. ¿Cómo que te quedas? ¿Dónde, con quién?

—Contigo, Alberto.

—Abusa de mí porque estoy borracho, Ignacio. Ya la despedimos anoche. La traemos a pasear a Xochimilco para que se lleve un último recuerdo y nos sale con que no se va. No, Ignacio, yo no me hago responsable de ella. ¿De veras te quieres quedar?

—Sí.

—Que la voluntad de los dioses se cumpla. Eres libre de decidir lo que quieras, incluso tus más insensatos caprichos. Pero no quiero reproches

después. Yo soy un hombre del pueblo, Ignacio. Un hombre sencillo del pueblo.

Ignacio reía a carcajadas viendo las caras que ponía Alberto, mientras me exorcizaba con la señal de la cruz hecha con los dedos de su mano derecha.

—No, Ignacio, no. Después me va a hacer un drama y ni quién la aguante. No debí haber ido a su fiesta. Tú tienes la culpa, Ignacio. Te dije que era una mujer imprevisible, una criatura inconsciente. No sabe qué inventar para construir mi ruina. Mejor hubiese hecho en seguir escondido.

—¿En dónde estuviste?

—Ya empezó con sus interrogatorios policiacos. Qué te importa. Lejos de ti, lo más lejos posible. Escondido. Tranquilo. Y ya supe la odisea que organizaste con Ignacio tratando de encontrarme. ¿No puedes esperar a que yo te busque y quedarte en paz como una buena mujercita? ¿Quieres saber en dónde estuve? El lugar no te dice nada. Tú no conoces mis barrios. Barrios de vagos que nada tienen que ver contigo. Qué diablos tenías que ir a husmear en ellos. Y tú de Celestino siguiéndole la corriente a la loca esta, Ignacio. De milagro no los asaltaron. Se lo hubieran merecido: que le roben su collar y la violen. Bien merecido. Para que no se meta en barrios que no le corresponden.

—Calma, calma, mi Beto. Échese un trago y respire este aire fresco.

La Gloria se deslizaba por un canal más estrecho entre la cascada de hojas de los sauces llorones que bordeaban las chinampas. El canto de los pájaros, ensordecedor en esos instantes, parecía celebrar el brillo de esa luz otra vez recuperada a las sombras de la noche donde los miedos la ahuyentan. La voz de Alberto, más ronca después de su cólera, apaciguada por su propio silencio, comenzó quedamente a decirme en dónde estuvo. Pero comenzó desde mucho tiempo atrás, cuando nos conocimos, cuando me vio por primera vez, una tarde más de veinte años antes, cuando me enamoré por primera vez de él.

—Era una chamaquita, Ignacio. ¿Qué edad habrás tenido? Doce o trece años cuando mucho. Una niña todavía. Púber, tal vez. Una Lolita de cierta edad. Yo acababa de entrar a la Facultad de Filosofía. Había pasado dos años en Derecho. ¿Qué quieren? Ahí, del pueblo de donde vengo, la ciudad más triste del mundo, nadie conocía siquiera la palabra *filosofía*. Mi madre nos había abandonado, a mi padre y a mí, llevándose a su hija. Yo no lo supe entonces, no podía saberlo: crecí creyendo que sólo se tenía padre. Yo me llevaba muy bien con el viejo. Ni siquiera me daba cuenta de sus borracheras. Sin mi madre, bebía muy suavemente, sin ninguna violencia, sumido

tranquilamente en sus recuerdos y pensando en ella, imaginándose que pronto volverían a vivir juntos. Así se le pasaron diez años, y con ellos se fue mi infancia en esa ciudad donde el polvo todo lo invade. Donde la luz no llega porque el polvo la devora antes y se la lleva con él en su vuelo hacia el desierto. Donde la lluvia se te vuelve lodo antes de caer en la tierra. Donde la diferencia entre los días y las noches es sólo una cuestión de matiz entre los grises porque la misma noche nunca se alcanza entre tanto polvo. Ahí la tristeza se te mete hasta los huesos y te atrapa para siempre. Pero una mañana el viejo se despertó de esos sueños que no eran más que recuerdos y se me quedó viendo. Yo le llegaba ya a los hombros. Yo creo que fue mi estatura quien le dijo que mi madre no volvería. Entonces tomó la decisión y vinimos a México.

«A buscarla», pronunció Ignacio en voz baja, dibujando las palabras con sus labios, sonriéndome. Ignacio, como yo, sabía de memoria ese relato, comienzo de un viaje del cual no conocíamos el itinerario ni el final. Alberto prosiguió suavemente, deslizándose sus palabras, con los ojos cerrados, sin percatarse de que Ignacio modulaba al mismo tiempo sus frases, en silencio, como si fueran una oración conocida desde la infancia. Cuántas veces no habíamos escuchado a Alberto contarnos esa misma historia y, sin embargo, encontrábamos siempre un elemento nuevo, un detalle desconocido, cuya presencia inusitada, ahí, en medio de ese discurso donde la repetición de las mismas frases nos otorgaba la seguridad de esos paseos caminados tantas veces que la imaginación flota libremente, nos descubría de pronto una perspectiva diferente en donde aparecía, por un instante más fugaz que el segundo en donde brotaba, la verdad. Su desaparición, esa ausencia que era la única prueba de su tímido paso, iluminaba rincones hasta entonces oscuros de las palabras de Alberto y, en el mismo lugar, en sus caminos tantas veces recorridos se dibujaba un paisaje distinto, un mundo más rico, para regalo de nuestros ojos. Comenzábamos entonces la vana persecución de esa verdad apenas entrevista, a la cual nunca alcanzaríamos, pero cuya pálida huella tratábamos de fijar en la memoria como los niños defienden un castillo de arena contra el mar durante una tarde donde luchan con todas sus fuerzas sin sentir al crepúsculo llegar.

El sentido de tantas cosas que se le escapaban, cuando no le parecían absurdas y a las cuales trataba de poner un orden para intentar comprender. Inútilmente. Sus primeros encuentros con el mundo subterráneo de sus borracheras, entonces tan alegres.

—No, Ignacio. No vinimos a buscarla. Vinimos a México cuando el viejo se dio cuenta de que ella no volvería y que todo eso se había acabado. Ustedes deben haber sido unos escuincles en esa época. Entraron a la edad de la razón —sin rozarla, claro está— cuando yo ya tenía mi primera novia. Pude haberme casado con ella y seguir mis estudios de derecho. Ahorita tendría mis tres hijos, mi casa propia pagada en abonos, un buen vientre y mi ropa planchada. Era una muchachita adorablemente cursi, excelente para calmar mis nervios y adormecer las angustias. Me quiso como tú nunca podrás quererme, amor mío. Yo era un dios al tamaño de su imaginación: me veía instalado en un despacho de notario, con un traje de High Life, casimir inglés, esas telas tan finas —me decía— que te duran toda la vida. Nunca me atreví a preguntarle cuánto dura la vida. Ella veía a nuestros hijos heredando el despacho, con el futuro asegurado. Y a mí con una corbata de seda japonesa, la más fina. Zapatos Nun Bush. Sabía las marcas de todos sus sueños. Los muebles de Sears Roebuck's y sus vestidos comprados en Laredo a donde íbamos de compras cada año, antes de Navidad. Debí haberme casado con ella, Ignacio. No sé qué locura me dio y heme aquí, con ustedes dos, veinte años después, a las diez de la mañana, en una chalupa con el nombre de Gloria tomándome un tequila.

—Perdió usted la mujer de su vida, mi Alberto. Tómese una copa para pasar la pena.

—Te ríes, Ignacio, te ríes de mi pena. Hoy sería un hombre feliz. ¿Te conté que hace unos meses decidí buscarla? La señora aquí presente estaba en París y la violencia de su recuerdo me hizo evocar la dulzura del de Tere. O Teresita, como le decían sus padres. Nada qué ver con la santa de tus lecturas: sólo su imagen a colores y bien enmarcada en un cuadro colgado a su cabecera. Fue después de una de las borracheras más duras que he pasado: perdí hasta el departamento donde vivía, los libros, la ropa, todo. Ahora sí que salí desnudo y con la firme decisión de no volver a beber un trago. Ya saben que cuando estoy sobrio me levanto temprano y me voy a un parque a oír cantar los pájaros y a respirar el aire puro. Puro es mucho decir en esta ciudad, pero ustedes comprenden. Y allí me tienen, sentado en una banca del Parque Hundido, sin energía siquiera para hacer mis ejercicios, tratando de poner un poco de orden a mi vida cuando, de repente, se me ocurre que me equivoqué de camino y decido buscar a la Teresita. Ya saben: esa curiosidad que nos da por el presente de un pasado que no sucedió. La idea me va fascinando poco a poco y me comunica la euforia que me aligera las ideas y me hace revolotear la imaginación. ¿Cómo encontrar a la Teresita?

—Salud por la Teresita, compañeros.

—Salud. Me acuerdo entonces que los padres tenían una sastrería en la calle de Yácatas y, sin pensarlo más, me levanto de mi banca, tomo un camión, otro más y llego a la dirección de mis recuerdos. ¿Qué veo? Una flamante tintorería con sus luces neón en rojo y azul. Me acerco, cauteloso como un cazador al acecho de su víctima, y descubro tras el mostrador a la madre de Tere. La misma afabilidad en su cara, gordita, bien conservada a pesar de los cincuenta años que le calculo, limpia, con una mascada de colores cubriéndole los tubos. Dudo unos instantes. El hermano de Tere, quien estudiaba en la Preparatoria conmigo, me contó cómo lloraron Teresita y su madre cuando le dije que no me casaba con ella, que yo no era el hombre de sus sueños y que otro mejor la llevaría al altar vestida de blanco, tal como se lo merecía. Pero la bondad de su rostro me decide a preguntarle por Teresita. «Buenos días, señora, no sé si se acuerde de mí...» «No, joven. Pero dígame qué se le ofrece», me responde la misma voz de Tere, su voz de hace veinte años. Me le quedo viendo y, al mismo tiempo que deseo con toda mi alma volverme invisible, veo los ojos de Tere llenarse de lágrimas. Caído en la trampa: me pago una escena extraconyugal con la novia de los quince años. Ni remedio: tengo derecho al relato completo de su vida, una telecomedia sin la interrupción de los anuncios. Tantos sufrimientos y tantas lágrimas han sido compensados y la realidad, la vida, ha superado sus sueños: siete hijos en vez de tres, el marido es un comerciante, «mejor que notario, ¿no te parece?». Si ella se ocupa de la tintorería es porque no le gusta estar de ociosa sin hacer nada. Podría quedarse leyendo en su casa, pues tiene dos sirvientas, pero para qué estar de inútil cuando se puede hacer algo... ¿Y yo? Pues no, no soy notario, dejé la carrera de derecho después de nuestra ruptura. La cara se le ilumina: «¡Oh, Alberto! No creí que te afectara tanto nuestra separación. Y yo que creí que no me querías. Tenía razón mamá, que en paz descanse: ¡creiste no merecerme porque eras pobre!» ¿Que qué hice después? Estudié filosofía. ¿Con qué se come eso, si acaso sirve para comer? No, no sirve para comer, apenas para aprender a pensar. «Siempre pensaste demasiado. Así no se llega a ningún lado. Ya ves, si en vez de pensar te hubieras casado conmigo, ahora dirigirías la tintorería, como yo y mi marido.» Enrojece. Trata de ocultarme que el marido no es el gran comerciante que me dijo. ¿Y yo me casé? Me divorcié. Lamentaciones por mi triste suerte: la sonrisa le crece en la cara. No se equivocó, la oigo pensar, hizo bien en dejarme. Porque ahora se vuelve evidente que fue ella quien me dejó. Cuando supo que no tenía siquiera en dónde vivir hasta me invitó a cenar, «para que conozcas a los chicos y a

Juancho. Yo le he contado de ti, sabe todo de nosotros, te pongo de ejemplo cuando me enojo con él y como es medio celoso... Si te ve, bien conservado como estás, no sé ni qué va a pasar». En fin, me escapo como puedo, prometo telefonar, cenar, bautizar y me voy contento. Me tardé veinte años, pero hice feliz a una mujer en mi vida. Al menos una.

—Ya llegamos, joven.

El lancharo estacionó la chalupa bajo un piral y saltó hacia la chinampa, donde había una cabaña de madera entre las centenas de rosales. La mañana avanzaba y el sol comenzó a sentirse entre el silencio donde quedamos por unos minutos. Los pájaros se quedaron quietos, extenuados por su canto matinal. Las hojas de los árboles se inmovilizaron como el agua del lago donde las corrientes subterráneas descansaban. Bruscamente, los ladridos de dos perros pusieron otra vez en movimiento al aire, al agua, a los árboles y a la misma tierra. Los gritos de una mujer gruesa, envuelta en un rebozo, acallaron los ladridos. La mujer instaló un brasero y puso a calentar sobre él la olla de pancita, mientras preparaba la masa para los sopes, las quesadillas y las tortillas. El lancharo encendió un radio portátil a todo volumen.

—Como no hay cantantes tan temprano, se me hizo que un poco de música no estaba de más.

Estallamos en carcajadas al mismo tiempo Ignacio, Alberto y yo. El muchacho se nos quedó viendo tratando de comprender el motivo de nuestra risa.

—Muy bien, mano, muy bien. Te mereces un submarino por la buena idea —le dijo Ignacio, quien se puso a preparar la mezcla de tequila y cerveza para el lancharo.

—Así que piensas quedarte. Y conmigo. Ya lo decidiste sin siquiera tenerme en cuenta. ¿Cómo quieres que alguien pueda amarte así? No das tiempo ni para enamorarse. Ya era así desde entonces, Ignacio. Apenas tenía trece años, pero ya con el cigarrillo en la boca, testaruda, dispuesta a hacer su voluntad contra todo y contra todos. Allí estaba, en medio de un grupo de rock, dirigiendo todos los movimientos, preparando su concierto para la fiesta que andaba organizando.

Alberto se equivocaba por un año. Pero qué importancia tenía decirle que nunca me vio con el grupo de rock de la colonia y que era yo quien le había contado esa escena. Un recuerdo por otro: Alberto nunca pudo acordarse de la primera vez que lo vi, enamorado de una muchacha de su edad, alrededor de una fogata en donde quemamos los pinos de Navidad a mediados de enero. Entonces él estaba a años luz de mí pues yo no era sino una niña y él un joven

de veintidós años. Yo hubiera querido tener veinte años, como la muchacha que iba con él, y ser abrazada por la cintura como ella. Los pinos ardían con fuerza y algunas chispas saltaban demasiado lejos. Alguien me dijo: «Dile a esa pareja que se aleje del fuego, no se vayan a quemar». Me dirigí hacia las dos siluetas iluminadas por las llamas. Les dije que se alejaran. Ella me miró sorprendida y se echó hacia atrás. Él desprendió su mirada de ella y volvió sus ojos hacia mí: sentí un calor inusitado envolverme. Alberto me había mirado, absorbo como estaba por su amor, con la misma mirada con la cual sus ojos veían a esa muchacha. Me alejé turbada, sin saber qué pasaba. Había perdido todo interés en la fogata. Sentí que las llamas, los pinos secos, la gente, los árboles del parque, las estrellas, el cielo, el mismo suelo, todo, todos y todo giraban alrededor mío. Me sentí flotar y vi animarse el universo hasta entonces quieto: cada una de las cosas que existían respiraba. Me había enamorado.

Fue la primera vez. Como no lo volví a ver durante dos años, el amor se me agotó al cabo de tres meses durante los cuales me escribí una decena de cartas donde Alberto me hizo las únicas declaraciones amorosas que he recibido de él.

—No, Ignacio, esta mujer no tiene remedio. Debí haberla agarrado a nalgadas cuando la encontré por segunda vez. Con decirte que estuve a punto de hacerlo, antes de llevarla de regreso a su casa y acusarla con sus papás. No te puedes imaginar dónde la encontré.

—No, mi Alberto —respondió Ignacio muerto de risa, pues no sólo conocía la historia de memoria sino que muchas veces había contribuido a tejerla aumentando detalles que, poco a poco, Alberto hacía suyos creyendo extraerlos de sus recuerdos.

—Vestida como una payasa, Ignacio. Me dio tanta risa que por eso no la nalgueé ni la regresé a su casa. ¡Ah! Cómo me arrepiento de no haberlo hecho. Como de no haberme casado con Teresita, Ignacio. No estaríamos aquí bebiendo tus submarinos y perdiendo un avión. Vestida como una payasa, te lo juro. Es decir, exactamente como hoy. Porque lo payasa no se te quita, vida mía. Debiste haber trabajado en un circo.

—Debimos.

—Tienes razón, Ignacio: debimos. Pero basta de cláusulas. Este vicio que tengo por las cláusulas es lo que me ha impedido hacer mi vida como se debe, derechita y sin curvas. Tú tienes el de los puntos, Ignacio, terminas todo muy rápido. Deberías ponerte algunas comas, alargar tus frases. Y ésta, Ignacio, esta mujer tiene el vicio de los signos de interrogación y admiración. Cuando

no está preguntando, pasa al delirio más patético que conozco. Y las comillas, Ignacio, las comillas que utiliza. Me pone en la boca monstruosidades que nunca dije.

—Para erigir tu ruina.

—Eres un sabio, Ignacio. Un adivino. Un oráculo. Prepárame un submarino y te cuento dónde la encontré.

La mujer había terminado de cocinarnos toda la comida de la que era capaz a esas horas de la mañana y que le permitían sus compras del día anterior. Nos había instalado un auténtico banquete sobre la mesa larga de la chalupa: pancita, quesadillas, sopes, chicharrón en salsa verde, tamales recalentados, frijoles refritos, tortas de romeritos... El lancharo desamarró la Gloria y otra vez nos deslizamos por los canales todavía solitarios.

—Se te olvidaron las flores, Ignacio.

—Tienes razón, Alberto, una mesa sin flores no es una mesa decente. No podemos comer sin flores. A ver, joven, consíguete unas flores.

El lancharo volvió a la chinampa donde vivía la mujer que nos preparó la comida y se bajó a cortar flores. Trajo una decena de rosas rojas.

—Tráete más, mano —le dijo Ignacio, quien terminó por seguirlo a la chinampa de donde volvieron cubiertos de rosas rojas, amarillas, blancas y rosas.

—Debes haber tenido quince años. Apenitas. Se iba de pinta, Ignacio. Su pobre madre la dejaba en la puerta de su escuela de monjas y ésta esperaba a que su madre arrancara, haciéndose la tonta, arreglándose el uniforme, escondiéndose entre los árboles, tras un tronco. Me parece que la estoy viendo. Y su madre, creyendo que la niña entraba a la escuela, partía muy segura. ¿Cómo te las arreglabas para justificar tus ausencias?

—Falsificaba la firma de mi madre. Una, dos veces por mes. Una gripe le da a todo mundo. Ni quien sospechara.

—Al delito de pinta se agrega el de falsificación, Ignacio. Nació perdida. Ni quien pueda salvarte del infierno, vida mía. Te vas a ir derecho al infierno. Pero, espérate Ignacio, no creas que se iba con sus amiguitas a jugar a un jardín. Nada de eso. La niña se escapaba sola. No entiendo cómo nadie te vio fuera del colegio, vestida con tu uniforme, a esas horas, cuando ya debías estar en clases.

—Me ponía un abrigo que me cubría el uniforme.

—Las astucias de las mujeres, Ignacio. Nacen tramposas. A un chico de su edad nunca se le hubiese ocurrido la astucia del abrigo. Lo habrían agarrado en seguida.

—A los muchachos no les ponen uniforme.

—No importa. No confíes en las mujeres, Ignacio. Es un consejo de amigo, qué digo, un consejo de padre el que te doy. Cuando te dicen que son casadas son vírgenes, cuando se hacen pasar por solteras son viudas, si parece monja es divorciada y si te cuenta que nunca ha gozado más que contigo es puta. A ver, amor mío —se interrumpió Alberto al ver cómo saboreaba Ignacio su pancita—, prepárame un plato de pancita con sus limones y su cebollita, bien picosa. Una mujercita adorable, Ignacio, una buena esposa, te presento a mi respetable señora: mírala cómo me prepara mi plato.

Hice un hueco entre las flores que cubrían la mesa para instalar el plato de Alberto.

—Como te dije, Ignacio, se iba de pinta sola. Tomaba un camión que la sacaba del fondo del Pedregal de San Ángel y, entre albañiles, lavanderas y criadas, se iba hasta la terminal, justo al pie del monumento espantoso que le construyeron a Álvaro Obregón. O a su mano: la cual podías contemplar bien momificada en una vitrina. Porque el manco le hizo los honores a su mano exactamente como Santa Anna a su pierna, la cual enterró con un fasto que ni su cabeza merecía. Una rara costumbre de nuestros gobernantes ésa de honrar los miembros que van perdiendo. Imagínate que me pongo a organizarle homenajes a cada uña que me corto. A hacer discursos y monumentos al pelo que pierdo por la patria y la culpa de la princesa aquí presente. Un gusto de rapaces, Ignacio. Como diría el profesor y catedrático Pedro Lugo y Bracho: «Dejemos a los muertos enterrar a los muertos, que no estoy yo para ocuparme de una mano o una pierna cuando es el alma la que está en juego».

—De todos modos, ni quien se pare en ese monumento.

—Lo cual te permitía utilizarlo para cambiarte de ropa y esconder ahí tus útiles y tu uniforme. Porque a los delitos y crímenes ya enumerados, mi querido Ignacio, me veo obligado a aumentar el de robo. La señora aquí presente, en esa época de su ya lejana adolescencia, había robado un vestido negro, de baile, a su pobre y digna madre. Sin contar un par de zapatillas de tacón alto sobre las cuales apenas si podía caminar. Y hela aquí, es decir en aquellos años, a las nueve de la mañana, bajando las escalinatas del monumento a Álvaro Obregón, todavía más flaca de lo que está hoy, con un escote donde le flotan los senos que apenas comienzan a crecerle, cubierta con un vestido de satín negro, exactamente como hoy. Una payasa, con la boca pintada de rojo vivo. Disfrazada de gente grande, tan evidentemente disfrazada que todos se vuelven para verla. Y así disfrazada agarra otros dos

camiones: en el primero recorre Insurgentes Sur y se baja en Reforma; en el segundo recorre avenida Reforma y se baja de él en San Juan de Letrán.

Tenía el tiempo contado, pues debía regresar antes de la hora de salida del colegio, otra vez con el uniforme de la escuela, cuando mi padre venía a recogerme. Era el momento más difícil: impedir que las monjas me vieran y hacer creer a mi padre que salía de clases. Pero si el viaje de regreso era angustiante, pues bastaba que uno de los camiones cayera en un embotellamiento para ser descubierta, el de ida me proporcionaba en germen todos los placeres que la aventura podría ofrecerme. Como tomaba el camión en la terminal, podía escoger mi asiento: atrás de la puerta de bajada, al lado de la ventanilla. Encendía un cigarrillo del cual apenas aspiraba dos o tres bocanadas, suficientes para producirme un ligero mareo que contribuía a la embriaguez producida por esas horas libres. Veía desfilar casas y edificios, centros nocturnos, restaurantes, el teatro Insurgentes, el Gallito, Los Globos: devoraba sus fachadas con los ojos imaginando los interiores en donde me veía, en unos cuantos años, viviendo, comiendo, asistiendo a un espectáculo, actuando yo misma en una pieza de Magaña, o no, de Genet. O de Brecht, mejor aún. Decidir la pieza, el decorado, mi papel, repetirme algunas réplicas, imaginarme a la salida del teatro, a medianoche, sola, me distrajo una vez al extremo de hacerme perder la bajada. Era la misma avenida Insurgentes que había recorrido cientos de veces en el automóvil de mis padres, sus edificios eran los mismos, como sus faroles y sus árboles, pero la proposición que me hacían, los árboles, los faroles, los edificios y la avenida, era distinta: no se trataba de un trayecto donde lo importante era la meta, llegar a casa de una tía, al colegio, a una sala de cine o al consultorio de un doctor, sino de un viaje donde lo importante era el recorrido. Sin lugar de llegada. Durante el cual podía detenerme cuando se me antojara. Como San Juan de Letrán era distinta a la avenida que conducía a la iglesia de San Francisco, donde se celebraba la misa anual del colegio, seguida por el desayuno en el Sanborn's de los azulejos, en la calle Madero, cada alumna acompañada por su madre, distinguible del resto de los clientes por el cuello, el cinturón y los puños blancos del uniforme azulmarino. Donde era imposible perderse entre toda esa gente anónima cuya vida me atraía como un enigma. Sin el uniforme, a esas horas de la mañana, mientras mi madre me imaginaba en la escuela y las monjas enferma en mi cama, de incógnito, yo formaba parte de toda esa gente desconocida y mi vida, al menos en el futuro, me aparecía como el más tentador de los misterios.

—Y ahí me la encuentro, Ignacio. En La Ópera. No te confundas, no hablo del culto pastel de quince años del Palacio de Bellas Artes. Me refiero al bar La Ópera. A horas en que sólo un viejo alcohólico se atreve a franquear sus puertas. Desde luego ninguna mujer que se respete o no. Las putas duermen y las señoras están en sus casas. Los hombres trabajan y...

—Y tú, ¿qué hacías allí a esas horas?

—Ya eran las once de la mañana, mi querido Ignacio, y usted sabe que a esas horas, cuando uno anda crudo, una buena copita, una cerveza, no cae mal. Sin contar, mi muy querido Ignacio, que un vago como yo no tiene por qué justificar sus actos. Total, entro a La Ópera, echo una ojeada, nunca se sabe a quién se puede encontrar en esos lares, y veo a la señora, entonces una niña, disfrazada con la ropa de su madre, sentada con la pose de María Félix en *La Bandida* o, más bien, de Rita Hayworth cuando aparece en la primera escena de *Gilda*, un poco de lado, el cuello pivoteando la cabeza para mostrar mejor los hombros escotados, un cigarrillo en la boca atrocemente pintada de rojo. Me morí de la risa. Yo la conozco, me dije. Es una escuincla. Y sentada con quién, Ignacio. Adivina con quién.

—Con el catedrático y profesor Pedro Lugo y Bracho.

—Exactamente, Ignacio. Mereces un premio: sírvete una copa a mi salud y de paso me sirves otra porque tu famosa pancita me cortó la cruda, pero me está cortando de paso la borrachera. ¡Dios mío! Con el trabajo que cuesta emborracharse. No vuelvo a comer mientras bebo.

—Salud, Alberto.

—Salud. Debo decir, para descargo de la señora, que en ese entonces Pedro no había completado su ruina. Estaba en camino seguro, pero era aún frecuentable. Desde luego no por una niña. Incluso estuvo en la cárcel poco después por haber defendido valientemente el sitio de la Universidad de Morelos. «Bebiendo un vinito», como él mismo nos dijo, «pues no se le puede negar una copa a un hombre que arriesga su vida y su libertad». Y cumplió su pena bastante sobriamente. Claro que no le quedaba otra. En fin, para tu descargo, debo reconocer que en esos años, calificados de históricos por el digno profesor Lugo y Bracho, el susodicho no era todavía el guiñapo y el hazmerreír en el cual se ha convertido. Aunque ya tenía el pelo blanco, todavía le quedaban algunos dientes y algo de razón. Mira que dejarse arrancar toda la dentadura por un estudiante de odontología para ayudarlo a cumplir con su servicio médico que exige un mínimo de dientes y muelas arrancados...

—¿Supiste lo que me respondió cuando le pregunté si no lamentaba la pérdida de sus dientes? —dijo Ignacio muerto de risa.

—Creo haberte oído regalarme con su respuesta.

—«¡Oh, pues, Ignacio! ¿Cuál de mis actos ha merecido su desprecio para que se permita usted tal pregunta? ¿Me ve usted, acaso, preocupado por un diente o una muela, efímeras vanidades, cuando de todos modos terminaremos podridos y roídos por los gusanos? ¿Qué quiere usted que yo haga de un huesecillo más o uno menos cuando estoy ocupado esperando a mi muerte? ¿Me tomas por una cómica de la legua, actriz de telenovela, vanidosa mujercilla inconsciente de la grandeza de nuestro destino? ¡Oh, pues!» — imitó Ignacio las entonaciones grandilocuentes y la voz carrasposa de Pedro, los gestos de sus labios gruesos y de sus ojos, los cuales ponía en blanco al hablar de la decadencia de su cuerpo.

—Dejo a tu juicio, Ignacio, si atribuir a la ignorancia o a una temprana perversión la frecuentación de la señora aquí presente de Pedro Lugo y Bracho. Por mi parte, me parece que la ignorancia sólo agrava el crimen. No se puede impunemente desconocer la *vox populi* y Pedro era ya la «miserable excepción» — como bien y claramente lo escribió el maestro José Revueltas — que se quedó en el Partido Comunista cuando todo mundo lo abandonó. Mira que aceptar una autocritica infamante... En pleno estalinismo. Pero, qué digo, Pedro no se quedó en el partido, se salió y volvió convertido, según sus propias palabras, en «el último bolchevique», es decir, el único militante a las órdenes del buró político del Partido Comunista Mexicano.

—Mi Alberto, mi Alberto, no hay que ser tan duro, no se puede juzgar a un miserable rico, un hijo de la burguesía, un heredero del latifundismo más arcaico, como se juzga a un hombre salido del pueblo, un pobre sin dónde caerse muerto. Los remordimientos de clase hicieron volver a Pedro al Partido. Tenía que hacerse perdonar su Lincoln último modelo, la suntuosa pensión que le pasaba su padre y los trajes de casimir inglés que entonces vestía. Sin contar su primer matrimonio con una heredera costarricense y su adulterio pequeñoburgués con una víctima colombiana de las desviaciones trotskistas.

—Tienes razón, Ignacio. El caso del catedrático merece algunos miramientos. Pero no el de la señora, quien, sin siquiera consultarme y abusando de la confianza que le di, sin respeto alguno por mi libertad, ha decidido perder su avión y compartir mi vida.

La Gloria entró al embarcadero con dificultad, pues era la única chalupa que iba en sentido contrario al resto: familias con niños y abuelas, turistas

norteamericanos, un grupo de alemanes descendido de un autobús, en el cual seguramente visitarían la ciudad de México y quienes se gritaban de una chalupa a otra, una decena de burócratas celebrando a su jefe, parejas, mariachis, tríos, marimbas, marchantas de flores y cocineras flotantes chocaban contra nuestra Gloria. Los canales de Xochimilco, como cada mañana, habían sido invadidos por ese despliegue cotidiano de fiesta y borrachera, ruido, humo y escupitajo, donde el relajo es el único orden conocido.

Alberto seguía hablando, con los ojos cerrados, ajeno al hormigueo que nos envolvía, contándonos historias que sabíamos de memoria, pero en cuyo relato encontrábamos la calma de las cosas terminadas y, por ello mismo, completas. Cuando al fin, inmóviles y herméticas, dejan a veces comprender su sentido.

La ciudad de México había despertado y la vida se manifestaba con ese apogeo que la violencia da a los actos más banales tal vez para compensar su inutilidad y distraer la atención en una carrera contra el tiempo haciéndonos creer que podemos ganarle.

—¿Por qué diablos no te vas y me dejas tranquilo?

Alberto había abierto los ojos: la violencia del día comenzaba a contagiarlo. La gente corría en todas direcciones en ese gigantesco hormiguero de la ciudad más vasta del mundo. La prisa parecía perseguirlos y huían de la noche poblando ese día como si fuera el único, como lo harían mañana y como lo hicieron ayer, sin siquiera ver sus infinitas diferencias. Había que encontrar un lugar tranquilo donde el silencio nos permitiera proseguir ese viaje sin metas ni destino que habíamos comenzado esa mañana.

SEGUNDA PARTE

EL DERROTERO

I. EL MERCADO DE OAXACA

Alberto llegó hace más de quince años por vez primera a mi casa: un vasto departamento construido en los años cuarenta en el sur de la avenida Insurgentes. Era el cuarto y último piso de un edificio donde, entre las seis de la tarde y las nueve de la mañana, no vivía nadie aparte de mí, pues el resto de los departamentos eran utilizados como despachos, oficinas y consultorios. Después de una larga sucesión de cambios de domicilio, me había instalado en ese departamento desde hacía unos meses como si fuera a quedarme allí toda la vida. Así lo creí durante el año escaso que viví en él, convencida de que había encontrado mi lugar en la ciudad de México.

Un amplio balcón iba de un extremo a otro de la fachada: lo cubrí con una fila de plantas tratando de amortiguar el ruiderazo de los claxons, los frenos, los arranques y los tubos de escape abiertos de los autos y camiones que circulaban a toda hora en esa avenida. Sobre los muros interiores, altos como desde esos años dejaron de construirse por el encarecimiento de los costos, colgué los pasteles, óleos y dibujos que hasta entonces ni siquiera había enmarcado. En la pieza principal acomodé dos salas: la primera, cerca de la entrada, con un sofá y dos sillones de terciopelo oscuro alrededor de una mesa de madera; la segunda, junto al balcón, de muebles de diseño moderno, una mesa de cristal al centro y una chimenea al lado. Puse mi recámara en la pieza del fondo y la biblioteca en otro cuarto que daba hacia la calle. No instalé comedor, pues éste siempre me ha dado la impresión de una vida de familia que, en ese entonces, yo rehuía, con toda la fuerza de mis miedos a sufrir otra vez.

Nuevamente el futuro parecía abrirse rico en promesas. Pero como los sueños, estaba contenido en su primera imagen: en ella se esconde la mano enguantada cuyas garras nos atacarán segundos después, en ella vemos crecer el vacío en el cual terminaremos por caer, en ella miramos flotar la cortina tras la cual nos acecha un asesino. No hay sorpresa, apenas suspenso. Inútilmente, al despertar, las palabras crearán la sucesión del tiempo donde

sólo ellas ocurren: en el sueño sabíamos desde el principio lo que iba a pasar, pues todo sucedió, al mismo tiempo, en la primera imagen que vimos surgir desdoblándose en distintas apariciones, cada una idéntica a la otra y a las cuales, despiertos, la palabra convertirá en una historia.

Una semana antes de esa primera vez que Alberto vino a mi casa, yo había organizado una fiesta para festejar mi cumpleaños. A pesar de que los sucesivos cambios de domicilio me habían alejado de Ignacio, Pedro y otros amigos durante el último año, Ignacio llegó a mi casa con un ramo de gardenias blancas y rosas rojas. La voz había corrido que yo daba una fiesta y, entre los invitados y los gorriones, yo deambulaba más perdida que en un corredor del metro sin indicación alguna de las direcciones. Oía, sin prestar atención, las intrigas que conocía de memoria, las rencillas que oponían a una secretaria con otra, a un licenciado con otro, a un subsecretario con otro. Los mismos elogios ditirámicos al señor secretario, los mismos rumores, la misma envidia.

Sentí una mano en mi hombro y me volví bruscamente: no soportaba que me tocaran. Vi a Ignacio con su ramo de flores y su sonrisa. El resto de los invitados desapareció como esas coreografías que se desvanecen en la oscuridad, mientras los reflectores iluminan solamente al bailarín estrella. No se trataba del amor: era sencillamente un mundo que me hablaba. Un círculo mágico donde, al penetrar, las cosas, hasta entonces inmóviles, cobran vida y, con ella, sentido. Otra vez el tiempo carecía de hora y corría libremente sin las cadenas de los horarios de oficina, de sueños, de paseos donde todo se mide. Las jerarquías y las genuflexiones se esfumaron, perdida su razón de ser en un mundo en donde los muertos también tienen la palabra: Ignacio me murmuró unos versos de López Velarde, los mismos que me había dicho en Zihuatanejo, dos años antes, frente al mar, los mismos que me dijo, cinco años atrás, en un campanario. Eran los mismos y eran distintos cada vez, como la voz que los decía, como las imágenes que sus palabras evocaban, como los guantes negros y largos que yo traía puestos esa noche.

—Vámonos de aquí, vayamos a recorrer la calle cuando la noche se tiende eterizada como un paciente...

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Hicimos la fiesta en medio de la fiesta: radiantes e invisibles. Nadie nos vio perdemos en la noche. Poco a poco se fue yendo la gente que inútilmente me buscó para despedirse. Nos quedamos solos esperando el amanecer sobre esa ciudad cuyas ruinas veíamos mientras imaginábamos el día en que un viajero pasaría por ella pensando que, de esa vida de antaño, de sus millones

de habitantes durante tantos siglos, de sus voces y sus olores, nada quedaba. Pero que allí vivieron, alguna vez, para su asombro ante ese desierto. Jugábamos.

Ignacio volvió una semana después acompañado de Alberto.

Llevaban tres días bebiendo en casa de Pedro. Ignacio le había puesto un moño rojo en el cuello a Alberto: «Es tu regalo de cumpleaños».

Cuando Ignacio partió, Alberto recorrió mi casa como lo hace un gato cuando establece su territorio en un nuevo lugar. Su recorrido duró varias horas: se fue sentando en cada uno de los sillones desde donde miraba el resto de la sala, la chimenea, los cuadros, las mesas, la terraza, los cojines, las flores, los adornos, los libros. Tocó cada uno de los objetos, se miró en cada espejo, se metió vestido en la tina del baño, simplemente para sentir sus dimensiones. Leyó los títulos de los libros, se sentó a mi mesa y escribió un verso en mi máquina. Entró a mi recámara, abrió y cerró las cortinas, tocó mis vestidos y mis sombreros, abrió cada uno de los cajones del armario, se recostó en la cama y se quedó viendo el techo. Se levantó y volvió a la sala. Vio la puerta de la cocina y entró en ella: allí estaban colocadas en filas, restos de mi fiesta, unas cien botellas de whisky, vodka, ron, tequila, oporto, gin, vino rosado y tinto, cerveza, campari, cognac, brandy, mezcal.

—No me voy a ir hasta que me acabe las botellas —se dijo tranquilamente, rompiendo el silencio en el cual había recorrido mi casa, instalándose en ella «como una visita, nada más, no soy más que una visita».

Alberto acababa de romper con Clelia. Había vivido con ella desde su regreso del exilio a Chile.

—Todo el trabajo que me di para poder casarme con ella se fue al diablo. Hice sufrir a Silvia inútilmente pidiéndole el divorcio. Le había jurado que nunca me divorciaría de ella, pasara lo que pasare. Que ella viviese con otro o yo con otra no importaba: teníamos un hijo. Tú sabes lo frágil que es Silvia. Su matrimonio conmigo le daba una pequeña seguridad y ésa era mi única manera de protegerla un poco. Cuando se lo prometí, a su salida del hospital psiquiátrico, creí poder cumplirlo: ya nadie se casa hoy día, me dije. Pero para mi pobre Clelia era muy importante casarse. Su madre nunca se casó con su padre y ella sufrió toda su infancia la condición de bastarda. Vas a decirme que eso ya no tiene importancia ahora. Pero en esa época la tenía. Y la madre de Clelia y Clelia veían repetirse la misma historia... Tanto trabajo y tanto papeleo para nada. La enloquecí de celos con mis malditas borracheras. Desaparecía de casa durante días y semanas y ella imaginándose con otra, en casa de otra. Una vez consiguió una pistola —no sé de dónde diablos la sacó

— y fue a buscarme a casa de Ignacio. La camarada que estaba conmigo salió huyendo por la ventana, semidesnuda, mientras Ignacio retenía a Clelia en la puerta diciendo que se había atorado la cerradura. Estaba como loca. La desarmé después de una escena de violencia y llanto. La pistola ni balas tenía.

Fui reconstruyendo la vida de Alberto como un rompecabezas. Lo escuché durante días y semanas, meses. Aprendí de memoria algunos de sus relatos, los favoritos, esos que lo hacían reír. O sonreír. Sus buenos recuerdos. Las cosas que hubiera querido olvidar. Conocí, poco a poco, los caminos que tomaban sus pensamientos, los giros que daban sus sueños, los senderos por donde podía deshacerse de sus ansias, los corredores por donde se perdía en sus soledades, los pasillos donde surgía su angustia como aquéllos en donde la olvidaba, los túneles en donde se agazapaban sus pesadillas, los cruceros donde dudaba. Y, lentamente, durante nuestras largas conversaciones, él también llegó a conocerme, a saber cómo hacerme enojar y cómo calmarme, cómo desatar mi violencia o hacerme reír, a contarme mis recuerdos como yo le contaba los suyos.

Algunas noches, muy lejos de él, en París, me despierto y escucho el silencio: en su espesor oigo suavemente la respiración de Alberto a mi lado, la respiración entrecortada de donde, de pronto, surge muy queda su voz, lenta y ronca, contándome otra vez las historias siempre distintas de nuestros encuentros, esas historias que siguen vivas a pesar de los años y de que ya no existen esos que fuimos y las vivieron. Otras noches, es en sueños donde surge su voz para contarme la historia sin futuro que terminó hace tantos años, y narrarme los encuentros que nunca tuvieron lugar.

Con el paso de los días y las noches, Alberto fue perdiendo el sueño y penetrando en las zonas del insomnio donde el tiempo deja de pasar y abre sus puertas a ese vasto espacio inmóvil donde se oye respirar a la muerte. El viaje que emprendimos un mes atrás tomaba un nuevo giro. Hasta entonces, yo había seguido dando algunas vueltas a la secretaría donde trabajaba. Vueltas cada vez más cortas, en la misma medida en que iba creciendo mi obsesión por Alberto. Todavía, dos semanas después de su llegada e instalación en mi casa, pude separarme de él durante dos días para asistir a la inauguración de un teatro, el Macedonio Alcalá, en la ciudad de Oaxaca.

La idea de saberlo en mi casa, de encontrarlo a mi regreso, me decidió a partir. Llené el refrigerador de arenques ahumados, sardinas en escabeche, jamón, huevos duros, ensaladas de atún y carnes frías. Me aseguré de que sería visitado por varios amigos durante esas cuarenta y ocho horas. Le pedí a

la portera que viniera a limpiar el departamento las dos mañanas de mi ausencia. Hice subir cartones de coca-colas y tehuacanes. Nada podía faltarle.

Ni hacerlo salir.

La mañana de mi partida supimos que el Fifi había atacado Honduras: cientos de muertos y miles de viviendas destrozadas por el huracán eran las primeras noticias que se tenían. Dejé a Alberto ocupado en telefonar a un muchacho hondureño, encantador como su nombre, Virgilio Enamorado, quien sufría de un cáncer, pero cuya proximidad con la muerte calmaba los nervios de Alberto.

Al llegar al aeropuerto escuché que secuelas del Fifi llegaban al sur de México y era arriesgado emprender el vuelo. El Fifi no tardaría en llegar. Pero ciento cincuenta personas, periodistas y políticos, escritores y dramaturgos, pintores y actrices, médicos y psicoanalistas, la crema de la *intelligentsia* mundana, eran esperadas en la capital de Oaxaca por el gobernador. Después de todo, en México el poder es responsable incluso de las víctimas de un temblor, ¿por qué, entonces, no se puede dar la orden al piloto de atravesar el ciclón? Partimos.

Las múltiples ocupaciones a las que nos sometieron desde nuestra llegada —fanfarria de recepción, alojamiento en los hoteles de la plaza principal, los cuales habían sido vaciados de sus turistas para poder hospedarnos, visita al palacio gubernamental, discursos y flores, banquete donde desfilaron los más variados y exquisitos platos de la cocina oaxaqueña, corrida de novillos, inauguración oficial del teatro Macedonio Alcalá, representación de una pieza de Lope de Vega, cena— me permitieron pensar en Alberto en ráfagas, sin angustias, con la certeza de saberlo en mi casa, platicando con Virgilio durante la mañana, abriendo la puerta a Ignacio, quien vendría por la tarde, oyendo un disco de Miguelito Valdés que yo sabía que le gustaba y dejé sobre el tocadiscos, mirando las fotos de Artaud en un libro que puse en el buró junto a la cama.

Cuántas veces, al despertar, no gozamos el vacío de un día donde todo se anuncia como una sorpresa. Incluso aceleramos actividades que creemos indispensables o posponemos para siempre otras cuando, alzando los hombros, nos convencemos de la banalidad y la vanidad de cada uno de nuestros actos, para regalarnos con un día libre.

Tenía todo el domingo para mí: ningún acto había sido previsto. El entusiasmo ante ese día radiante en una de las más hermosas ciudades me

sacó de la cama. Decidí dar una vuelta al mercado para comprar una caja de mezcal y visitar Monte Albán.

No me había equivocado: allí estaban mis recuerdos de hacía dos años, más vivos que nunca, en las largas y estrechas calles del mercado de Oaxaca, con sus enormes hileras de mostradores sobre los cuales se levantaban las colinas de chiles de todos los colores, de todos los tamaños, de los más dulces a los más picantes, frescos y secos, para cada salsa y cada mole, de todos los sabores, entre el canto de las voces de las marchantas anunciando sus nombres, sus calidades y sus precios. La vista se perdía en el horizonte sin alcanzar el fin de esas hileras de montañas de chiles como en una cordillera. Allí estaba también la calle de las frutas, expuestas al sol como las piedras preciosas que surgían de la lámpara de Aladino, transparentes y opacas, sombrías y luminosas, frescas, carnosas, cada una con el olor que nos hace agua la boca al anunciar su sabor y, a veces, su textura. La calle de las vajillas y las cacerolas con su tintineo de metales, porcelanas y barro. El paseo de las legumbres secas y el de las verduras frescas. La avenida de los encajes y los vestidos bordados, donde la blancura de las telas cegaba bajo la luz dorada y naranja de Oaxaca. La calle de las carnes con el olor a sangre de la vida, coagulando sus últimas palpitaciones en una promesa de resurrección. El largo corredor de los pescados y los mariscos, donde se confunden los vivos y los muertos, sobre las pilas de hielo derretidas, bajo el apocalipsis de los rayos ardientes del sol que atraviesan como dardos las telas de lona. El larguísimo y estrecho pasadizo de alcoholes y licores, donde uno puede emborracharse sin llegar nunca a su término, probando aquí y allá los distintos mezcales que los marchantes ofrecen de muestra a los probables clientes. Las callejuelas de los quesos, con sus bolas que como estambre blanco se desenredan en tiras y en hilos. La calle de los muebles rústicos, la de antigüedades, de artesanías, de juguetes y, al fin, la de los pájaros: canarios, colibríes, alondras, palomas, guajolotes, gallos, águilas, halcones, pavorreales y mil aves más, entre cuyos kikirikíes, graznidos y cantos surgían, de repente, las voces con ecos humanos de los pericos que saludan a los paseantes, chiflan un piropo a las mujeres, mientan la madre o dicen una frase de amor.

Y el paseo de las flores, fresco cual un manantial de agua pura, donde brotaban los perfumes silenciosos de las orquídeas, los hablantines de las rosas, los hipnotizantes de las gardenias, los más discretos de las azucenas, los escandalosos de los nardos, en una mezcla de fragancias que raptaba al alma cualquier asomo de tristeza en una borrachera tan súbita como efímera.

Todo estaba ahí, como hacía dos años, cuando el lujurioso fasto de su visita, de esa filigrana de aromas, colores, cantos, gustos y texturas, me arrancó a la melancolía que en esos meses me devoraba, convencida de que todo había acabado para mí, que todo quedaba atrás, en un paraíso perdido para siempre, el único que mi imaginación era capaz de concebir en ese entonces, y de la vacuidad de cualquier futuro al cual veía sin las trampas y los engaños de la esperanza. Todo estaba ahí y todo seguía aparentemente igual: sólo era yo la que había cambiado, quien miraba las mismas cosas y sentía de otra manera. En vez de alegrarme, me entristecí: me ahogó la magnificencia de ese domingo, que se me ofrecía a solas, sin poder compartirlo, lejos de Alberto.

Comenzaba la obsesión que, con el paso de los días, iría creciendo hasta hacerme imposible separarme de Alberto ya no dos noches, una sola, unas cuantas horas, una sola hora. Crecería hasta convertirme su ausencia en una falta tan intolerable como la del aire, asfixiándome y obligándome, si quería seguir viviendo, a dejar ese país en donde todo y todos me hablaban de Alberto, en busca de una ciudad donde nadie ni nada pudiera siquiera recordármelo: una ciudad donde el tiempo pareciese comenzar otra vez y donde las palabras para nombrarla no evocasen ningún pasado.

Esa tarde subí a lo alto de la pirámide mayor de Monte Albán, en el centro mismo de la Tierra. Desde su cima se ve el horizonte perfectamente circular de los mares más desiertos: el inmenso valle de Oaxaca se extiende a los pies de la pirámide y a su alrededor, hasta perderse confundido con la cadena de montañas que da la vuelta en torno suyo y cuyas cumbres, difusas por la distancia, apenas se distinguen de la esfera celeste que cubre el valle como la más vasta de las cúpulas. La gravedad de la Tierra adquiere ahí su equilibrio, en armonía con la atracción del centro de los cielos y, a semejanza de los astros en el vacío del espacio estelar, los seres y las cosas detienen su caída: cada uno y cada una encuentra un lugar, al fin apropiado, en ese aire claro donde flota la vida.

Años después, la persona con la cual platicué durante toda esa noche me repitió algunas de mis frases. Me parecieron mías, pero no pude acordarme de ellas. Habíamos hablado de la muerte de Allende y de la de Neruda. Todo lo que no se refiriera directamente a Alberto había dejado de importarme. Hablé durante toda la noche sin pensar en lo que decía ni escuchar las respuestas que me dieron, tratando de imaginar a Alberto en mi casa, temiendo no

encontrarlo a mi regreso, dejando a las dudas acrecentar mi angustia, devorando cigarrillos y uñas ante la imposibilidad de devorar al tiempo que faltaba para volver a su lado.

II. LAS DAMAS DE HONOR

Cuando abrí la puerta de mi departamento, el lunes a mediodía, el corazón me latía con tanta fuerza que ni siquiera escuchaba el ruiderazo de los autos y camiones en avenida Insurgentes.

Como en esas situaciones excepcionales cuando el cuerpo se siente amenazado por un peligro mortal, donde los ojos miran suceder las cosas en cámara lenta, a los propios movimientos obedecer con retraso las órdenes del cerebro, los oídos escuchan las voces de los otros llegar de muy lejos y mucho tiempo después de esperar su respuesta, y el sonido de la propia voz como un eco de las palabras dichas antes, mucho antes, me vi recorrer mi departamento con una lentitud desesperante. Todo estaba limpio y en orden en la sala, vacía, en la cocina, vacía, en el baño, vacío, en el estudio, vacío, en mi recámara, también vacía, la cama hecha, sin huella alguna de un cuerpo sobre la colcha lisa y bien extendida.

Alberto había partido. ¿Cuándo, desde cuándo? ¿A dónde? ¿Cómo encontrarlo? ¿Cómo hacer para que volviera? ¿Cómo hallarlo en esa ciudad de México que, por vez primera, me parecía atrozmente inmensa, cargada de trampas, enemiga? ¿Salir a buscarlo? ¿Y si él volvía? Busqué las llaves que le di de mi departamento: se las había llevado. Traté de calmarme pensando que eso significaba que Alberto volvería. Sus anteojos sobre la chimenea acabaron, si no de devolverme la razón, al menos de apaciguar mi demencia.

Telefoneé a Pedro: silencio del otro lado de la línea. A Virgilio: estuvo con Alberto el sábado en la mañana, comieron en mi casa, Alberto esperaba a Ignacio por la tarde. Telefoneé al padre de Alberto: no, no sabía en dónde estaba Alberto, pero me pedía que le avisara cuando volviese. Comenzaba el aprendizaje de las investigaciones policiacas a las cuales me sometería buscando a Alberto y que me causarían un horror de mis actos y de mí misma superior al que Alberto me tuvo, superior incluso a la obsesión que me indujo a ellas y el cual terminó por hacerme huir.

Estaba marcando otro número telefónico cuando tocaron a la puerta. Era Ignacio. No le di tiempo de saludarme preguntándole por Alberto.

—Está abajo, pregunta si puede subir.

Atrás de Ignacio venía una mujercita de un metro cincuenta, con la piel de la cara agujereada por la viruela que las capas espesas de maquillaje sólo hacían resaltar, cubierta con un vestido brillante de oropel, un suéter de nylon sobre los hombros, despeinada, tímida.

—Pero claro, que suba.

No podía entender la pregunta de Ignacio ni la actitud de Alberto.

—¿Puede pasar la compañera?

—Sí, desde luego. No entiendo qué te pasa, ¿por qué no sube Alberto?

Ignacio hizo señas a la mujercita de que pasara y me jaló hacia la cocina.

—Mi Beto tiene miedo de que te enojés. Venimos acompañados. Pregunta si pueden subir él y Pedro con otras dos personas. Y si nos puedes prestar unos quinientos o seiscientos pesos. Estuvimos bebiendo en Garibaldi, acompañados de las señoras... y hay que pagarles, ¿comprendes, mi reina?

No, no comprendía nada, pero no me importaba. Corrí a la recámara por mi bolso y saqué el dinero. Le di mil pesos a Ignacio y dejé el resto sobre la chimenea.

Mientras Ignacio bajó a buscar a Alberto y a Pedro, aproveché para cambiarme de ropa y peinarme. La mujercita vino a la puerta del baño. Yo estaba bebiendo un vaso de agua.

—No beba agua, señito, es peligroso.

—¿Cómo va a ser peligroso beber agua?

—Muy peligroso pa' la cruda, señito. Mire lo que me pasó por andar bebiendo agua.

La mujercita se quitó el suéter y me mostró su brazo izquierdo, minúsculo, un bracito más enano que ella.

—Se me hizo chiquito por andar tomando agua en las crudas.

—¿En dónde estuvieron? —le pregunté convencida de que Alberto, Ignacio y Pedro no podían haberse puesto de acuerdo con ella, tratando de saber algunos detalles que me permitirían después interrogar a Alberto indirectamente, por sorpresa, hacer las preguntas y respuestas con las cuales creía atenuar mi obsesión y sólo despertaban los celos de los cuales se nutría.

—En El Tenampa, señito. Los señores nos invitaron rete catrinos, pero uno tiene su chamba, usted comprende, si no lleva uno la lana le caen los golpes, pos no está uno sólo pa'l relajo. Y el marido de usted nos dijo que no había problema, que usted tenía rete buen carácter y hasta se iba a poner

contenta de invitarnos unas cheves aquí en su casa. Yo no quería venir, me dio harto miedo, nunca se sabe. Pero 'ora que la veo, pos está rete joven y no es una vieja gorda como ésas, malditas catrinas, que se creen rete harto y ni la miran a uno y se vuelven como si uno fuera una vomitada. Menos que ellas, si usted quiere, pero lo que uno sabe...

La voz estentórea de Pedro apagó las palabras de la chica y ambas volvimos a la sala.

—Te lo dije, Albertito, la señora es una verdadera reina. No iba a negarnos su ayuda en un momento crítico de nuestra vida. Y usted que tenía miedo de acudir a ella. Un terror sólo digno de una mujerzuela. Pánico debió darte ofenderla pidiendo auxilio en otros lares. Tocar a otras puertas hubiera sido un insulto a su generosidad. Quien no es capaz de enfrentar a una mujer, su mujer, ¿cómo puede hacer frente al mundo? Todas sus batallas estarán perdidas, pero, a diferencia de los héroes de las Termopilas, quienes continuaron su lucha sabiendo de antemano su derrota, las perderán sin siquiera haber luchado. ¿Cuándo conocerás a las mujeres, Alberto? ¡Oh, pues! Que mis cabellos blancos deban soportar la visión del mejor de los hombres tembloroso ante una mujer.

Pedro recitó su discurso de rodillas a mis pies, con su voz carrasposa, mientras Ignacio reía, las otras dos mujeres permanecían de pie mirando de reojo el departamento, y Alberto, intimidado o indeciso, seguía en el umbral de la puerta.

—Ya levántate, Pedro. Deja de hacer payasadas y explícame dónde estuvieron. Pasa, Alberto, siéntate. Siéntense ustedes también, señoras, ¿qué puedo ofrecerles?

—Yo me encargo de las bebidas —dijo Ignacio empujándome hacia el sillón en donde se sentó Alberto.

—Mi reina, te presento a las compañeras que esta noche nos encantaron con el canto de sus voces y trataron de hacer olvidar a Alberto la crueldad de tu ausencia acompañándolo en sus soledades. Marisa, Carmela y... ¿Cuál es su nombre, compañera? La memoria me falla.

—Dora —respondió una mujer marchita, quien representaba unos cuarenta años.

—Sus damas de honor, mi reina. Le trajimos a sus damas de honor.

Las damas de honor me miraban seguramente preguntándose si yo padecía la misma locura de Pedro o si las iba a correr de un momento a otro, sentadas en los bordes de los sillones, sin atreverse a mirarme de frente.

Tomé la mano de Alberto y lo besé sonriéndole. Mi gesto lo relajó y oprimió mi mano con la suya: «Fue una idea de Pedro —me murmuró al oído—, estábamos aquí muy tranquilos cuando se le ocurrió ir a Garibaldi. Se puso a invitar a las compañeras aquí presentes pensando que Ignacio o yo llevábamos suficiente dinero. Pero basta de apartes y murmullos».

—A ver, Marisa, cántanos uno de esos boletines con los que nos poblaste las horas de esta noche.

Marisa se volvió hacia mí sin saber qué hacer. Sus ojos parecían pedirme permiso.

—Cante por favor.

La muchacha entonó una canción de amor y abandono con su voz enronquecida por los años de cigarrillos y alcohol, una voz usada, gutural y triste, vencida antes de salir de su garganta. Las palabras, en las cuales seguramente veía narrada la historia de sus amores, iban dibujando las emociones en sus gestos de un dolor retenido. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le apagó en un sollozo. Se secó las lágrimas con el dorso de su mano oscura y nos miró con una sonrisa radiante. Acababa de contarnos su historia:

Años después, frente al agresivo descaro de las putas que trabajan en la me Saint-Denis, su manera de abordar a los hombres y de hacer bajar la mirada a las mujeres que se atreven a introducirse en sus territorios, frente a la belleza refulgente de las chicas de los burdeles elegantes de París, las *maisons closes* administradas por viejas alcahuetas cargadas de joyas, sus risas ante la timidez de los hombres y la rapidez de sus cálculos sobre el contenido de la cartera del presunto cliente, frente a la suficiencia de las ficheras de Pigalle, las cuales apenas esconden, cuando no exhiben, su desprecio hacia los deseos masculinos exigiendo de entrada la botella de champaña para intercambiar las primeras palabras, surgiría la imagen humilde de las tres putitas mexicanas: la modestia con la cual ejercían su oficio, su miedo ante las otras mujeres, la obediencia a los deseos de los hombres, su respeto del amor. Incluso la violencia de su borrachera y la vulgaridad de sus movimientos y sus palabras, a medida que el alcohol las iba poseyendo, eran siempre retenidas por un sentimiento ancestral de pudor de la mujer ante el hombre.

Ignacio las acompañó a tomar un taxi a mediados de la tarde: la fiesta se les había acabado y debían volver a su trabajo en unas cuantas horas.

—Unas damas, unas auténticas damas, señora mía.

—Unas putas, Pedro.

—¡Oh, pues! Una reina no insulta de esa manera a sus damas de honor. ¿Acaso no escuchaste cómo te cantaron, cómo celebraron tu belleza y tu acogida? Una reina vela por el honor y la nobleza de sus damas. Sólo una madrota trata a sus damas de putas. Un poco de respeto a mis canas, señora. Se rebaja usted al rebajarnos.

Los aperitivos me habían abierto el apetito y le propuse que fuéramos a comer. Busqué el dinero: creía haberlo dejado sobre la chimenea. Dudé, fui a mi recámara. Nada en mi bolso, nada sobre el buró. Volví a la sala.

—Mis damas de honor se robaron el dinero.

—¡Ah! —exclamó Ignacio—, por eso me dijeron que les bastaba con quinientos pesos... Y yo que creí que agradecían la fiesta.

—Prueba de que eran unas auténticas damas. Tu dinero debe estar por ahí. ¡Ya lo encontrarás! Meto mi mano al fuego por su honor. Imposible que hayan robado, yo conozco a los seres humanos y la honestidad se leía en sus caras. El pensamiento ofende más a quien lo expresa que a quien se pretende ofender. ¿Estás de acuerdo, Albertito?

—Eran unas putas y se llevaron el dinero, Pedro, déjate de historias.

—Olvidemos esa miseria, de la cual se arrepentirán cuando encuentren los billetes perdidos en los cofres donde atesoran con avaricia lo que debieran otorgar con generosidad. Y en última instancia, si esas damas tomaron el dinero, cosa que pongo en duda como a cualquier otro presunto conocimiento que pretendan tener de la vida, obedecieron instintivamente a la ley de la circulación monetaria y a su condición de obreras. Reivindicaron su trabajo. Es todo. Vámonos a comer. A Ignacio, si no me equivoco, la señora le dio un poco más de quinientos pesos, puesto que él afirma que las damas sólo aceptaron esa cantidad cuando él les ofreció galantemente una cantidad que ignoro a qué cifra exacta corresponde pero que presumo superior.

—En efecto, mi Pedro, me quedan otros quinientos.

—Y yo traigo doscientos.

—¿No que no te quedaba nada, pinche Pedro?

—Mi estimado Albertito, siempre guardo una pequeña provisión en mi bolsillo secreto para hacer frente a las emergencias como la que ahora vivimos.

—Mira quién es el avaro.

—La prudencia no es avaricia, Albertito.

—Ya basta de «Albertito», Pedrito.

Decidimos ir a pie al Ku-kú, una cantina con restorán en dos pisos, ya fuera de moda en esa época por la mala fama de sus borrachos, en donde los

domingos llegaban a comer algunas familias despistadas, venidas de provincia o de los barrios modestos de la capital, a las cuales sorprendía como un lujo lo que no eran sino los restos desolados de su antiguo esplendor: las paredes cubiertas de madera, los candiles de cristal cortado amarillento, el piano de cola al cual ya nadie se sentaba, los cucharones de plata con los cuales un mesero con delantal blanco servía la sopa, las cortinas de satín sucias, cuando no desgarradas, el menú con nombres de platos en francés y en alemán, pero que no eran sino un bistec con papas o una salchicha con col, el viejo violinista húngaro, quien seguía hablando el español con acento extranjero a pesar de que ya ni él mismo se acordaba de cuándo llegó a México ni del país de donde vino todavía niño.

Desde el primer piso del Ku-kú oímos el ruido de los autos irse atenuando mientras la luz dorada de los rayos del sol, que nos llegaba a través de las ventanas, palidecía y, después de alumbrarse en una llamarada roja, tomaba los colores sombríos de su diario duelo segundos antes de desaparecer. Y con los últimos rayos de luz de esa tarde se fue también la calma tranquila que me causaba la sola presencia de Alberto, sin importarme que pensara en otra, se acordara con nostalgia de otra, soñase con otra, se consolase de la ausencia de otra conmigo.

Al contrario, hasta entonces, como esa primera vez alrededor de la fogata, cuando vi sus ojos, distraídos, mirarme con el amor que sentía por aquella muchacha, me había complacido escuchando su voz, baja y lenta, narrarme sus amores por esta o aquella mujer. Incluso su amor actual por una mujer casada —a la cual no podía ver sino cuando ella estaba libre, las escasas horas de algunas tardes—, me entretenía como algo terminado. Eran cosas del pasado. Pero su ausencia de esa mañana, el dolor que me causó no encontrarlo a mi regreso de Oaxaca, la posibilidad de verme separada de él otra vez, quién sabe por cuánto tiempo, la de convertirme yo misma en parte de su pasado y esa otra, aún más intolerable, de imaginar siquiera que un día yo misma lo vería como a un extraño, sin comprender qué quise en él, como un amor más en el mejor de los casos, me irían decidiendo a no separarme de Alberto nunca más. Evitarle y evitarme a toda costa esos momentos de soledad que permiten reflexionar y recobrar de nuevo el gusto de la libertad, cuando la ausencia del otro deja de pesar y el alivio que da su lejanía vuelve a hacernos sonreír a la vida que pasa.

Ignacio pidió la cuenta cerca de medianoche. Fueron más de quinientos pesos y Pedro comenzó a buscar su dinero en sus diferentes bolsillos. Los volteó todos, una y otra vez. No encontró nada.

—Tenía usted razón, señora: eran putas. ¡Oh, pues!

III. LA VOCACIÓN DE ALBERTO

Alberto se fue de mi casa tres meses después de aquella primera visita, cuando Ignacio lo condujo con un listón rojo en el cuello.

—Definitivamente —me dijo.

Había dejado de beber dos días antes y la violencia de la última semana se había apaciguado. Comenzó nuevamente a comer y durmió un poco. Se bañó, se rasuró y se cambió de ropa. Me pidió que guardara silencio y se puso a leer, con las manos todavía temblorosas por la cruda y el enorme desgaste de energía y gritos de los tres meses de borrachera, el insomnio de las últimas semanas. Lo vi levantar la vista, de vez en cuando, mirando —como si lo hiciera por primera vez— el lugar en donde estaba: los cuadros, las mesas, la chimenea, la terraza, los sillones, las flores. Sentí su mirada puesta en mí en varias ocasiones, pero no me atreví a mirarlo: me espantaba su silencio, sentía surgir en él a un desconocido, distinto al Alberto que vivió en mi casa tres meses, con el cual hablé, dormí, discutí, pensé, soñé, me peleé, me reconcilié y había llegado a extremos de violencia que no me conocía y que él supo despertar.

Tratábamos quizá de suplir con la violencia el desgaste de las cosas usadas, la vida que falta a esos actos pertenecientes a un pasado, aunque reciente. Porque, al igual que en los sueños y en cada encuentro, todo había ocurrido desde el principio, antes de que nos diéramos cuenta y de poder encontrar las palabras para contárnoslo con el paso del tiempo. Y toda nuestra violencia no bastaba para revivir ese pasado, al cual no podíamos modificar ni echando abajo las puertas tras las cuales siempre habría otras más.

Yo había abandonado mi trabajo desde mi regreso de Oaxaca. Encerrada con él, vivíamos inventando juegos y bromas con los cuales reíamos de nosotros y de los otros.

—Estás jugando con el fuego, Albertito.

La voz ronca de Pedro resonó contra los muros y apagó con su volumen el ruido nocturno de los automóviles, a esas horas desenfrenados en su carrera

hasta el próximo semáforo en avenida Insurgentes. Los ojos, ya enrojecidos por el alcohol, parecieron a punto de estallar: su boca ocupada por sus palabras, la rabia no encontró otra salida que la de sus pupilas. Sin embargo, ningún otro movimiento alteró el cuerpo inmóvil de Pedro, sentado en la orilla de un sillón frente a la mesa de cristal, una cuba libre en su mano derecha, las piernas cruzadas una sobre otra, ligeras como las de una modelo cuidadosa de su pose ante los fotógrafos.

Alberto se le quedó viendo, irónico, provocador, en espera de la erupción de lava que anunciaba el trueno de su voz. Las cóleras de Pedro, contenidas durante horas, imprevisibles para quienes no lo conocían, formaban parte de un juego de la verdad entre cuyas casillas Alberto y yo saltábamos al azar antes de echar los dados.

El homenaje organizado por Alberto, en honor de sus treinta años de militancia alcohólica, había hecho reír a Pedro, quien pudo tomarlo en serio, escindido entre el amor propio —gracias al cual Pedro era capaz de resistir a cualquier burla con una dignidad a toda prueba— y un sentido bufón, innato en él, el cual le permitía reír al mismo tiempo que se burlaba de él mismo.

—Un jefe que se respete no se burla así de sus tropas sin convertirse, tarde o temprano, en el hazmerreír de ellas. Más bajo que Marco Antonio, no te limitas a huir tras tu Cleopatra convertida en madrota, sino que sirves de payaso a tus propios hombres, de quienes pretendes reír y hacer reír a una mujer que te conduce a la más segura de las ruinas, más lejos que Alejandro, quien al menos dejó atrás su ejército, cuando éste no pudo seguir su paso de conquistador. Aquí estás emborrachándote, transformado en un títere, vestido con una bata de mujerzuela, olvidado tu imperio...

—¿Cuál imperio, Pedro?

—Cállese usted, señora. Una reina de España no se dirige nunca a un hombre distinto a su esposo y rey. Él solo puede cumplir sus deseos y de nadie más necesita ella. Cállese, no se rebaje aún más. Si rebajar al enemigo es rebajarse a sí mismo, ¿qué tan bajo puede caerse cuando se sobaja con la burla a los propios amigos, a sus tropas? Entiendo que te emborraches de vez en cuando, Alberto, nadie mejor que yo puede entenderlo. Los emperadores romanos se reposaban de sus combates, cuando habían obtenido la victoria, con una orgía. Los mismos aqueos nunca despreciaron el néctar de los dioses ni el cuerpo fresco de una esclava, ya no se diga de su mujer. Pero tú, Alberto, mis canas me permiten tutearte y recordarte tus deberes: ¿Qué victoria has obtenido? ¿Qué estás celebrando? Te estás convirtiendo en el hazmerreír de todo el mundo.

—El único hazmerreír de todo el mundo eres tú, Pedro Lugo y Bracho, profesor y catedrático, el último bolchevique, la miserable excepción.

—Orgullo mío, Albertito. No equivoques el objeto de tu ira a semejanza de Aquiles, quien después se arrepintió de haber dejado solo a Patroclo. La ira es sagrada, Alberto, cuando sabe dirigirse al enemigo. Y en estos momentos estás construyendo tu ruina y tu único enemigo eres tú mismo.

—¡Qué ira, ni qué Aquiles y Patroclo! Deliras, Pedrito.

—Ríete de mis canas, Albertito. Ya verás cuando tengas mi edad. Ve en mí tu espejo y tu futuro: jóvenes irrespetuosos y desmemoriados, como tú lo eres hoy, reirán de ti. ¿Sabes lo que me preguntó Marina el otro día?

—¿No te habías separado de ella?

—No nos separamos. Simplemente volvió a casa de su madre por respeto a mis soledades. Pero viene a mis departamentos a rendirme la visita que exige la etiqueta, una vez por semana...

—Cuando aprovecha para poner un poco de orden en el antro donde vives.

—Búrlate, Alberto, búrlate tú que no tienes ni casa, ni techo, ni cama donde caer muerto.

—¿Me vas a salir ahora, tú, el último bolchevique, con que crees en la propiedad privada?

—Vas a terminar de mantenido, Albertito. No confundas la propiedad privada con los abusos de un padrote mantenido por las mujeres.

—Basta —lo interrumpí viendo el enojo de Alberto a punto de estallar y volverse contra mí—, ¿qué te dijo Marina?

—Estaba yo tranquilo, sumergido en la lectura de Hegel, tú sabes, preparando mi seminario sobre *La fenomenología del espíritu*, sentado en mi salón, bebiendo un vinito escanciado por Marina, a quien imaginaba tejiendo un suéter para su hija...

—¿Cuál hija?

—¡Oh, pues! Su hija, la que tendrá algún día. Tejiendo, pues, un suéter para su hija, tan profundo era el silencio que nos envolvía. De repente, escucho su voz, perturbada, preguntándome mi edad. Dudé de todo ante su pregunta incongruente: ¿acaso no nos habíamos casado el año anterior? ¿No era mi esposa?

—La séptima, Pedro.

—La única, señora mía. La única ante la ley. Dejemos el pasado al pasado. Era su voz, la voz de mi esposa legítima, la que preguntaba mi edad. ¿Cómo podía ignorarla? ¿Qué sabía entonces de mí si ni siquiera conocía el

número de años que pesan sobre mí? No pude más que responderle: «Cuarenta y nueve, ¿por qué?» «Y Fidel, ¿cuántos tiene?», preguntó en vez de responderme, sin respeto alguno por mis canas y mi condición de marido suyo. «Cuarenta y nueve. Somos del mismo año, ¿por qué?», volví a preguntarle. «Porque estoy viendo aquí, en el periódico con fecha de hoy, una foto de Fidel en donde dice que tiene cuarenta y nueve años. Pero quería confirmar que no era un error. ¿Estás seguro que tienen la misma edad, Fidel y tú? No entiendo por qué él se ve mucho más joven que tú.» «Porque él hizo su revolución y yo perdí la mía, señora», respondí a Marina como un día tú responderás, Albertito, mira en mí a tu futuro. No se pueden llevar eternamente dos vidas, Alberto: una de las dos te ganará. Entonces podrás acordarte de mí.

Si a mí me daban risa las locuras y las profecías de Pedro, a Alberto muchas veces lo hicieron enfurecer. Yo atribuía al alcohol la violencia de las cóleras de Alberto contra Pedro, sin darme cuenta de que, a pesar de su borrachera, Alberto trataba de exorcizar con su enojo un futuro del cual huía por recodos que lo acercaban en vez de alejarlo. En esa época, yo no pude entender ni la verdad que encerraban las palabras de Pedro, ese lenguaje cifrado y hermético que compartía con Alberto, ni los miedos de este último porque todavía no había comprendido que Alberto llevaba una vida doble y que yo formé y formaría parte únicamente de la segunda. Esa segunda vida siempre renegada pero que se vengaba minando el terreno de la primera y ganando un tiempo, cada vez más largo, sobre ella.

Si sus primeras incursiones en esa segunda vida habían tenido lugar antes de su exilio, su brevedad y el vago recuerdo que entonces le quedaba de ellas habían hecho creer a Alberto que se trataba de simples borracheras, como cualquiera puede vivirlas, un día u otro, sin consecuencia alguna, acaso la cruda un poco más fuerte y la laguna en donde se pierde, tal vez afortunadamente, la noche en vela, un poco más extensa. Borracheras que duraban unas cuantas horas de una fiesta, durante las cuales olvidaba su amor por Silvia y se descubría enamorado de otra mujer con quien la engañaba y hacía sufrir a las dos, pues la mañana siguiente volvía con Silvia completamente olvidado de lo ocurrido. Borracheras un poco más largas cuando Alberto escapaba, durante dos o tres días, hacia el universo subterráneo de los teporochos, entre quienes hallaba la paz de un espacio hermético donde pasado y futuro no pueden penetrar, excluidos de ese limbo donde el tiempo ha dejado de pasar, y del cual Alberto volvía tembloroso y aliviado como de una cura que le proporcionase las fuerzas para hacer de

nuevo frente a los remordimientos y exigencias que se lo peleaban con la furia de las divinidades del principio de los tiempos, cuando éstos, al igual que los dioses, eran múltiples.

Tal vez la ruptura con su vida en México, la expulsión de un lugar que había creído desde siempre y para siempre el suyo, fue la causa de la doble vida que Alberto comenzó a llevar durante su exilio en Santiago de Chile.

La separación de Silvia, el nacimiento de su hijo, el desafío público al presidente de ese entonces, el odio personal de este último y del cual sólo pudo escapar escondido en el mundo eternamente nocturno de vagos y teporochos, el encierro de Silvia en el Lavista, saberla loca, la razón perdida tal vez para siempre, la matanza, la pesadilla instalada en cada rincón de la vida diaria, los muchachos —sus amigos— en la cárcel, cuando no muertos, y él mismo huyendo, acosado, amenazada su familia, su hijo, tratando de escapar a la muerte vuelta de pronto inminencia y realidad. Condenado. Alberto trataba, quizá, de recuperar todo eso de lo que el exilio lo había despojado llevando una segunda vida, la única en donde podía, al fin, acordarse de todo, pero a la cual nunca podría, o nunca querría, recordar al vivir la primera.

—No tenía un quinto y Allende me prestó quinientos pesos. De su bolsillo personal. Por eso se los fui a pagar cuando vino a México. Los muchachos seguían en la cárcel, quién sabe por cuánto tiempo. Como quién sabe por cuánto tiempo yo me quedaría en Santiago, solo, lejos de todo, sin poder saber qué pasaba exactamente aquí, si los dejarían salir algún día hacia mi mismo destino, si Silvia y el niño iban bien, si las amenazas contra ellos y contra mi padre habían cesado... Cuando estás lejos, las noticias se vuelven cada vez más vagas. La gente va dejando de escribirte y te va olvidando, te les vuelves un recuerdo, casi un fantasma, como si nunca hubieras existido. Sólo tu familia, la más cercana, tu padre o tu madre siguen acordándose de ti; pero si acaso te escriben, prefieren no preocuparte y te dicen que todo va bien, y tú mismo dices que todo va bien porque de todos modos no pueden hacer nada contra tu nostalgia y tus inquietudes.

La voz de Alberto surgía del fondo de la noche, cargada con todo el espesor de esa hora que precede a la madrugada, cuando la ciudad duerme y, en el silencio, pueden oírse las voces de los muertos, los otros, más cercanos a esos que nosotros mismos fuimos hace mucho. A solas, recostados en la cama, una sombra al lado de otra, mirando brotar en la oscuridad otras noches pobladas por otros hombres y otras mujeres, quienes, como Alberto y yo, las

papeles, decidí protegerla y decir que era mi mujer. Yo tenía papeles de refugiado y me dejaron ir sin mayor problema. Con un consejito: «No beba con estos vagos, hombre, usted, un refugiado», nada más. Mis pobres compañeros de borrachera se quedaron encerrados tres días. Me sentí culpable, ¿por qué ellos y yo no? ¿Qué podía hacer? Así que me dije: pues al menos ella. Se me quedaron viendo cuando declaré que era mi prometida. No querían creerme. «Pero si es una anciana», me dijeron. «No le hace, en gustos y edades se rompen géneros», les respondí. Y, a pesar de sus consejos y sus perplejas exclamaciones, me la llevé de ahí. Me sentía enamorado. De su voz y de las historias que me contaba, digna Sheherazada de su ya larga vida. Pero yo ni me percataba siquiera de lo vieja que era mi prometida y mujer. Viví con ella un poco más de un mes bebiendo día y noche. Hasta creí que, si volvía a México alguna vez, la llevaría conmigo. Imagínate, mi amor, había sido virgen, casada, ratera, puta, alcahueta y madrota, antes de caer en la borrachera de sus viejos días. Un verdadero guiñapo. Fea y sucia como no puedes imaginar. Se enamoró de mí como una quinceañera y yo le prometí matrimonio y toda la cosa. Íbamos a fundar un hogar católico y como Dios manda. La pobre estaba preocupadísima porque ya no podía darme los hijos que una familia necesita para serlo. «Adoptaremos», le dije para consolarla. Creo que hasta se bañó y se peinó las canas que le quedaban. Se metió en la cabeza que, para erigir nuestro futuro, debíamos dejar de beber. Y dicho y hecho, una mañana me despierto sobrio, con una cruda espantosa y veo al esperpento ése enamorado de mí, apapachándome y acariciándome como una jovencita a su primer novio. Tímida, virginal, con pudores de púber, el aliento fétido, los tres dientes amarillos en sus encías negras, las arrugas cuadriculándole cada centímetro de la piel y la voz carrasposa de la vieja alcohólica, con un pie en la tumba. Trato de acordarme quién diablos es esa anciana y qué hago en una cama con ella. Como de costumbre, una laguna cubre mis últimas semanas. Apenas unas ráfagas, imágenes dispersas y espaciadas de los momentos violentos. Y la cruda, la moral: la culpabilidad de haberme emborrachado mientras los compañeros siguen presos en México, mi hijo, mi padre, Silvia... Y yo, ahí, con una venerable viejita a quien prometí matrimonio y me adora. Me siento culpable de haberla dejado ilusionarse de esa manera —por eso te digo y te repito que no te quiero y que no te hagas ilusiones. ¿Cómo hacer para escapar de sus brazos sin romperle el corazón? Lloradero y reproches cuando le digo que todo se acabó entre nosotros, que no puedo casarme con ella. ¡Se lo había creído! Completamente. Lo del matrimonio y lo de la adopción de los hijos. Se veía un futuro. Ella, que ya no

creía en nada, quien sólo esperaba a la muerte, había vuelto a creer, resucitada de entre los muertos, y se imaginaba viviendo en México, a mi lado y el de nuestros hijos.

»Es increíble cómo la gente puede creer cualquier cosa, sin verse en el espejo, sin darse cuenta de que la muerte está ya a su lado y no le quedan sino unos cuantos minutos. Preferimos creer que podemos aliviarnos aunque el médico nos haya dicho que un cáncer nos roe todo el interior. Que vamos a salir de la miseria por un milagro divino aunque durante siglos nuestros antepasados no hayan vivido otra cosa distinta al hambre. Que somos grandes escritores, los mejores del siglo, aunque todos los editores nos rechacen un manuscrito tras otro y critiquemos a los demás, ya publicados, porque una escena nos parece artificial. Que vamos a encontrar y a vivir el gran amor a pesar de que somos incapaces de dar nada, llenos de rencor y de manías, incapaces de otra cosa que de hacer cuentas sentimentales y seguir odiando despechados. La pobre vieja se lo creyó todo. Como tú. Como yo mismo...

»Para atenuar sus sufrimientos, le dije que era cura. A pesar de mi amor por ella, no podía casarme. Qué importaba: viviríamos en concubinato. De ninguna manera, a pesar del cariño que ella me inspiraba, mi deber era volver a los brazos de Dios. Me separé de los de ella como pude y salí a recorrer las calles de Santiago. Me sentía mal: otra vez le había hecho daño a una pobre infeliz a quien di ilusiones. Pero la idea del sacerdocio, que le inventé para calmarla, comenzó a seducirme. Me puse a soñar con la paz de los monasterios, el encanto de las meditaciones, la sobriedad del ascetismo — porque ahora sí estaba dispuesto a no volver a probar una gota de alcohol—, la suave nostalgia de las oraciones de la infancia, la solemnidad de la misa, tal vez un rapto de misticismo. Dicho y hecho, me dirigí a un monasterio de franciscanos y solicité mi entrada. Duré dos meses... no te rías. Me creí incluso que mi verdadera vocación era la de un monje. Reflexioné día y noche en los innumerables errores que me habían alejado tantos años de mi destino, di gracias a Dios por haber puesto en mi camino a esa vieja, quien indirectamente permitió que descubriera, como una revelación, el sentido de mi vida. Ahora veía claro el por qué de mis estudios de filosofía: formaban parte de esa vocación, ese llamado de Dios al cual mi ignorancia había confundido. Gracias al cielo nunca me casé por la Iglesia con Silvia: el mismo ateísmo había servido para conservarme libre de cualquier unión ante los ojos de Dios. Si al principio me sentía raro, por no decir ridículo, con la falda larga de mi túnica anudada en la cintura, sin pantalones, con las piernas descubiertas bajo la tela, poco a poco me acostumbré a sentir subir desde mis

pies, hacia mi cuerpo, el frío de las losas del monasterio. Era un frío necesario para alejar los malos pensamientos y las tentaciones del demonio, concentrar mi imaginación fácilmente dispersa y ayudarme a meditar en la grandeza divina, la vanidad humana y las cenizas en las cuales todos nos convertiremos. Encerrado en mi célula, meditaba en lo efímero de todas las cosas, en la presencia cotidiana de la muerte, mórbidamente, encantado, alegre. Las imágenes de los monasterios de Sade iban desapareciendo con mis rezos. Pasé horas imaginando la desaparición de los cuerpos, los de tantos hombres y mujeres como ha habido sobre la Tierra desde el principio de la especie, los más amados, mi propio cuerpo, mi recuerdo mismo. No sé qué me pasó: una mañana, cuando nos dirigíamos a la capilla, en fila, uno tras otro, levanté los ojos y vi a los demás monjes y novicios. Quise verme. Me escondí atrás de una columna para ver pasar a los demás y tratar de imaginar cómo me veía, ahí, con ese hábito, los pies descalzos, mi escapulario al cuello, los ojos bajos. Y otra vez me pregunté, como si acabara de despertarme, qué hacía allí. Me escapé sin siquiera decir adiós. Me dio vergüenza».

El alba aparecía cuando Alberto terminaba de contarme esta y otras historias. Guardábamos el silencio durante esos instantes, cuando nace el día, sin poder dejar de estremecernos ante la solemnidad de su aparición y de esa misteriosa continuidad de la vida que, a pesar del olvido, de la muerte y de esas noches donde a veces creemos detenido el tiempo para siempre, sigue su paso. Entonces, las historias en las cuales había creído durante la noche y sentí pasar a mi lado, me parecían irreales. Y, cuando después de un breve sueño, despierta a otro día, me separaba de él para dirigirme al baño en donde oía tintinear las gotas de agua clara contra el esmalte de la tina, dejaba de creer en los relatos de Alberto y no veía en sus palabras, ahora ligeras y flotantes, sino un cuento de hadas: la narración monótona donde me acurrucaba, sabiendo de antemano que cualquier peligro será esquivado, gracias a la victoria de los buenos genios sobre los malos, y todo volverá a ser como antes.

IV. LAS PROFECÍAS DE PEDRO

Después de reírme de la pobre vieja que creyó en el amor de Alberto durante su exilio a Chile, hice lo mismo que ella: lo ayudé a dejar de beber creyendo que teníamos un futuro juntos, sin darme cuenta de que éste terminaría al mismo tiempo que su borrachera.

Incapaz de conciliar siquiera una hora de sueño, Alberto soñaba despierto, en voz alta, a mi lado, delirando entre todas esas apariciones con las cuales resucitaba épocas lejanas de su infancia, al lado de algunas más recientes, confundía a una persona con otra, haciéndome reproches y elogios que no me concernían.

—Para Alberto formas parte de sus parrandas. En ellas te quiere, pero sólo en ellas te querrá. Alberto no puede, nunca podrá dejar de embriagarse. Está poseído. Te renegará mil veces mientras permanezca sobrio y se aguante las ganas de beber. Pero estas ganas son más fuertes que toda su voluntad. Y sus borracheras serán cada vez más largas, sus periodos de sobriedad cada vez más cortos. Entonces pasará más tiempo contigo que con cualquier otra mujer. Porque tú serás siempre la misma y ellas serán siempre distintas. Alberto no puede permanecer fiel durante mucho tiempo, sus amores son más efímeros que sus borracheras. Cuando anda sobrio sólo le interesa el combate. Su inteligencia recibe, de golpe, todo lo que pasa. Él analiza, carbura y actúa. Es un guerrero, mi reina, una raza distinta a la tuya. No es un artista, a pesar de todos sus deseos. No puede estar quieto, necesita la lucha para poder respirar. Las mujeres no entienden eso.

—Yo entiendo, Pedro.

Traté de interrumpirlo con una frase complaciente acompañada de una sonrisa. Pedro sabía dónde estaba Alberto y, sobre todo, me hizo creer en esa época que él era el detentor único de una verdad de Alberto cuya revelación me permitiría no sólo comprender el mecanismo secreto de sus pensamientos sino, además, hacerlo volver a mi lado. Como si el amor obedeciera a un resorte del cual bastaría descubrir el funcionamiento. Pero Pedro, especie de

sátiro divino con los cabellos blancos, revueltos e hirsutos de un profeta, se hacía pagar al avance el anuncio de su oráculo con las noches prolongadas de su propia embriaguez. Gran conocedor del alma humana, o al menos de la mía, Pedro adivinaba que una vez poseedora de la información, vencida por el sueño, la fiesta terminaría y mi ingratitud lo pondría de patitas en la calle. Así, cuando después de horas de escucharlo desvariar sobre lo que él llamaba su tema predilecto, es decir, la vida, cayéndome de cansancio, adormecida por el espesor de su voz ronroneada, le pedía que se fuera, Pedro lanzaba dos o tres palabras enigmáticas, cuya interpretación y aclaración le hacían ganar varias horas sobre mis deseos de dormir. Otras veces, cuando yo sentía que todo estaba dicho, que no había más y que, de todos modos, sus revelaciones no me servirían de nada, Pedro utilizaba entonces la última de sus cartas: sus palabras me hacían daño como hace daño muchas veces la verdad. Y Pedro me la clavaba en el cráneo, con el martillo de su voz, una y otra vez, hasta quitarme la más ligera traza de sueño —y de sueños—, y poniéndome frente a ese otro rostro, el propio, que no es ni el de los otros ni ese que, complaciente, devuelve la superficie pulida y luminosa de un espejo. La verdad que de alguna manera yo sabía, pero me negaba a mirar. El oráculo me revelaba, así, un futuro ineluctable.

—Cállese, señora. Respeto para usted misma y para mis cabellos que se volvieron blancos cuando perdí mi lucha. Porque yo también combatí, señora, y una mujer no puede entender otra cosa que la guerra doméstica en la cual entretiene su vida como Penélope en su tejido, deshaciendo por las noches lo que construye de día. ¿Cómo puede quien da la vida, quien la lleva en sus entrañas, entender la muerte? Porque la verdadera lucha es un combate a muerte y sólo uno de los dos adversarios quedará con vida. No hay lloriqueos ni lamentos de mujer que valgan. Cállese y aprenda a escuchar si quiere que un día la escuchen. Los dioses nos dieron oídos para oír y ojos para ver: utilícelos si no desea que a su muerte juzguen desperdiciados los bienes que le otorgaron y se los cobren con el olvido eterno de los Hades. Alberto es un guerrero, mi reina. Y un guerrero siempre vuelve a la guerra, le es indispensable para vivir. La mujer es sólo un momento de reposo entre dos combates. Y las compañeras se dan cuenta. Por eso lo dejan. Ninguna mujer comprende que un hombre no le consagre la vida. Devoradoras, castrantes, posesivas como son, las mujeres creen, en su enorme vanidad, que porque ellas consagran a un hombre su vida, éste debe entregarse atado de pies y manos, renunciar al combate y quedarse en casa como una mujerzuela. La misma amorosa Helena habría despreciado a París, si éste, seducido por sus

caricias y sus juegos de gata mañosa, sus artificios femeninos y su voz capaz de imitar todas las voces de las otras mujeres, se hubiera quedado en su lecho, envuelto por sus brazos de nácar y rosa, sin participar en la mortífera guerra desencadenada por su adulterio.

»Ninguna mujer que lo sea puede amar al castrado que domina y se queda en su cama sin siquiera intentar su lucha. Vencido de antemano, su vida ignominiosa sólo puede conducir al crimen. La rebelión doméstica, cuando triunfa, provoca la confusión de los sexos y el hombre y la mujer se pierden el uno al otro sin ganar nada con ello. Ya no hay mujeres, ya no hay hombres, no hay héroes ni guerreros, sólo putas y padrotes. Porque el amor debe saber esperar: el amor es esperanza y no recuerdo. La más frágil de las esperanzas conserva la vida a la cual abre las puertas del futuro. El más sólido de los recuerdos no puede resucitar al amor ni inspirar nada distinto a una mórbida nostalgia que sólo aumenta el dolor que causa lo que se ha perdido para siempre. Aprenda a esperar si quiere un día ser una verdadera mujer y no una muñeca de porcelana con los labios pintados, una caricatura para hacer reír al vulgo, una prostituta a quien ningún hombre puede amar. Espera a Alberto: él volverá siempre a los brazos de la mujer que sepa esperar. Un guerrero necesita el amor de una mujer para conseguir la victoria. Cuando Helena imitó las voces amantes de la leal Penélope, la infiel Clitemnestra y las otras divinas esposas de los aguerridos aqueos, no hizo sino concederles el triunfo sobre Troya abandonada por sus dioses: les reavivó el amor y el deseo de volver pronto a ellas, de acabar con esa guerra que ya duraba tantos años, haciéndoles creer en la fidelidad de las esposas que los esperaban en sus tierras. Alberto sólo guarda una fidelidad: la de sus parrandas, ese único reposo que encuentra para su angustia».

La voz estentórea de Pedro había mantenido el mismo diapasón grave, el mismo volumen fuerte, a lo largo de la noche, resistiendo a cualquier amenaza de ronquera a pesar de los gritos que hacían afluir la sangre a las venas de su cuello, hinchadas a reventar, pero sus últimas palabras bajaron bruscamente el tono, casi murmuradas, suaves e insinuantes. Su melodía me auguraba una revelación insidiosa, ¿para mí o para Alberto? Seguramente para ambos. Pedro prefería matar dos pájaros de un tiro.

—Y tú eres parte de su borrachera. Si nunca podrás formar parte de su vida cuando está sobrio, nunca podrá olvidarte cuando bebe. Siempre volverá a ti. Las otras mujeres lo cansan: sus reproches lo fatigan. No puede hablar con ellas como contigo. A tu lado sueña porque tú embriagas como sólo la poesía puede embriagar. Contigo olvida el combate y busca el reposo. Con

ellas huye a la guerra. De todos modos, mi reina, Alberto nunca te querrá estando sobrio porque es un tímido moralista y cuando no bebe tiene miedo de la locura, del desorden, la aventura y tu tierno amor. Confórmate y acepta la parte que el destino te ha acordado. Porque tú misma no lo podrías amar si lo conocieras y vivieses con él durante sus periodos de sobriedad: lleva la vida aparente de un pequeño-burgués. Se levanta temprano, va a un parque a hacer sus ejercicios para mantenerse en forma y, vanidosamente, ocultar su edad; cumple con su trabajo, come a sus horas, lee los periódicos y espera que su mujercita le tenga preparada la cena a su regreso al dulce hogar, donde verá la televisión por las noches. Una salida al cine por semana, acaso una cena discreta con amigos más que aburridos, pues Albertito evita las fiestas donde la tentación de beber lo acosa con demasiada fuerza para su débil voluntad. Vacaciones sólo una vez al año —la voz de Pedro era ahora cristalina, sonriente como un manantial de agua bajo los rayos del sol— porque Alberto se vuelve avaro de tanto administrarse y administrar una honestidad revolucionaria que no le permite enriquecerse sobre el trabajo de los otros, ni aceptar puestos que lo comprometan. Como su mujer tampoco puede hacerlo. Sin contar con que Alberto, moralista como es cuando está sobrio, no puede aceptar ser mantenido por una mujer y considera un deber lo contrario. Y tú eres una reina acostumbrada al lujo, el fasto no te asusta y la miseria de los otros no te conmueve hasta hacerte perder el apetito o, al menos, dejar de comprar un perfume digno de tu piel. Caprichosa e injusta como todas las diosas, la verdad, princesita, no te veo andar en camiones, yendo al mercado con el dinero contado, zurciéndole los agujeros a sus calcetines para que duren más tiempo, preparándole su sopita de fideos a mediodía y su café con leche en las noches. Tu destino es mejor que eso: aprende a esperarlo, él volverá. Ámalo, conviértete en una mujer. Porque yo he de hacer de ti una verdadera mujer, aunque sea lo último que haga en lo que me queda de vida. Como he de hacer un hombre de Alberto. ¡Oh, pues!

Las predicciones de Pedro se cumplieron en parte y si Alberto se fue cuatro veces de mi casa volvió tres. No pudo volver la cuarta porque ya no había casa: yo me había ido.

Contra las advertencias y profecías de Pedro, o tal vez a causa de ellas, cuando acabé por comprender que nunca formaría parte de la vida oculta de Alberto, la de sus borracheras, levanté mi departamento, hice mis maletas, compré un pasaje de ida sin vuelta a París y me fui creyendo que lo hacía para siempre.

Alberto se había ido a Ecuador huyendo de mí y de su violencia. Enamorado, como siempre, de otra.

Cuando Alberto partió —«con boleto abierto hasta Buenos Aires por si te atreves a perseguirme a Quito»—, llevaba un dedo maltrecho a causa de una de nuestras peleas y yo misma tenía la espalda y los brazos adoloridos por las astillas de la botella de vodka que le rompí en la cabeza y sobre las cuales hicimos el amor tratando de reconciliarnos. Apenas una semana antes de ese pleito, habíamos rozado la muerte: para combatir los insomnios de Alberto y los míos —que en ese entonces comenzaban—, compré varios frascos de valium. Poco a poco subimos la dosis intentando conciliar al menos una hora de sueño. Y mientras buscábamos poder dormir, seguimos bebiendo e ingiriendo valiums. Yo me quedé dormida antes que él. Alberto se dio cuenta, casi dormido, de la profundidad de mi sueño. Alcanzó a telefonar. Dos días después tuve que cambiar la chapa de la puerta que los enfermeros de la Cruz Roja forzaron para poder entrar.

Como cada vez que se iba de mi casa, Alberto juraba que nunca volvería, completamente olvidado de mí mientras permanecía sobrio. Pero en esa ocasión, decidió irse del país y, para asegurar la firmeza de su voluntad, propuso matrimonio a una chica de quien se había enamorado antes de su última borrachera.

Cuando Alberto regresó de Quito, Ignacio le dijo que yo me había ido a París. Otros amigos le dijeron lo mismo. Creyó en un complot para hacerlo volver a mi lado. Se rio y se casó casi clandestinamente, temeroso de que yo me presentara a su boda. Un mes después se emborrachó y fue a tocar a la puerta del departamento de Insurgentes donde vivimos juntos. Le abrió otra persona y pudo ver el departamento transformado en consultorio médico.

Todavía pensó que se había equivocado de piso y fue a tocar a otras puertas.

V. LOS SECRETOS DE BABEL

La noche anterior a mi partida escuché a Pedro durante horas y su voz siguió resonando en el caracol de mis oídos mucho tiempo después de habernos separado.

No pude apaciguar su cólera con sonrisas ni con enojos, con lágrimas ni con las pocas palabras que conseguí pronunciar en medio de ese monólogo en el cual él decidía de antemano las respuestas que nunca pude dar.

Los ojos enrojecidos por la ira y el alcohol que llevaba consumiendo desde hacía varios días, la voz carrasposa, Pedro parecía afónico, su garganta usada menos por sus propios gritos que por la voz suave con la cual trató de convencerme de que no me fuera, como si le costara más esfuerzos hablar quedamente.

—Lárgate, lárgate de esta ciudad, que ya no es la tuya, que no puede ser la tuya, que nunca fue la tuya. Lárgate pero no vuelvas. Di adiós para siempre a quienes te aman y a quienes amaste, si acaso fuiste capaz de ternura alguna, cosa que no creo, como no puedo creer a mis ojos, ciegos, ahora me doy cuenta, cuando me dicen que eres mujer. Porque una mujer no abandona su casa. Mienten quienes dicen que alguna vez tu vientre engendró a una criatura, a la cual abandonas como abandonas a tus padres, tus hermanos, tus amigos, tu ciudad. Peor que la Malinche, quien al menos concibió de sus traiciones hijos y venganza para su tierra, vendió su vientre de perra para darnos a luz y salvarnos de una desaparición irremediable en el espíritu perdido en quimeras de Moctezuma. Peor: indiferente, abandonas tu país como una extranjera y te condenas a serlo en todos lados, porque nunca encontrarás otra patria distinta a la tuya, ésta que fue tuya, y perderás la tuya para siempre.

Bajo el peso de los gritos iracundos de Pedro, la voz de Ignacio brotaba clara como el agua de una roca. Pedro parecía congestionado de coraje, el rostro enrojecido por la turbulencia de la sangre, su voz daba la impresión de estar a punto de romper, de tanto forzarlas con sus gritos, sus cuerdas vocales.

—Vete, mi reina, vete de aquí. No te apreciarán sino cuando te vean lejos.

—¡Silencio, Ignacio, silencio! Guárdate tus estúpidos consejos para las cómicas de la legua que eres incapaz de dirigir y escándame un poco de ese licor divino.

Pedro suavizaba la voz, más ronca cuanto más baja, convirtiendo de esa manera su orden en una humilde petición, como un hombre al cabo de su vida, torturado, pediría un último favor.

—Claro, mi Pedro, ¿qué te sirvo?

—Ron blanco, evidentemente; no soy yo un apátrida para beber vuestros menjurges extranjeros. Una cuba libre, como siempre.

—La coca-cola no es muy mexicana que digamos.

—¡Oh, pues! Detalle sin importancia ante la muerte, señora mía. No está usted para dar lecciones. Gracias, Ignacio. Deberías quedarte, mi reina, suspender ese estúpido viaje que no te llevará a ninguna parte y no es sino un camino sin regreso. Tener que vivir esto a mi edad, con mis canas, las arrugas con las cuales me ha ido haciendo suyo la Parca, diosa impía entre las diosas, la única que siempre gana, mi cuerpo maltrecho y viejo, mis horas contadas. No. No volverás a verme. Vete y despídete para siempre de mí, el único hombre que te ha amado verdaderamente, y no los pobres títeres que has conocido en tus andanzas sin meta ni sentido donde pierdes la vida y, con ella, tu alma. Porque yo te amé, como se ama a una reina, sin otro deseo que el de servirte y proteger tu honor. Te amé como se ama a un ser libre y no a una esclava, creyéndote capaz de decidir por ti misma y no dejarte dominar, pobre sierva, por tus pasiones. Porque no eres tú quien decide tu viaje: es Alberto. Tu estúpida pasión por Alberto, a quien ni siquiera sabes amar.

Pedro no podía decir simplemente «te amo» o «te odio». Sus declaraciones, de amor o de odio, eran siempre parte de un pasado lejano. Como si su presente estuviera situado en un lugar distante, tan secreto como precioso, donde nadie podía tocarlo, ni emitir ninguna duda, inmóvil, acabado y, como todo lo que alguna vez existió, eterno. Esa manipulación del tiempo le permitía declarar su amor a varias mujeres en una misma noche, una enfrente de otra, sin que ninguna de ellas pudiese reprocharle la abundancia y variedad de esos amores a los que él calificaba de únicos. Pero si su presente era parte de un pasado casi ajeno, incomprendible para el Pedro que hablaba de él, hoy distinto, capaz de comprobar que eso existió pero sin poder explicárselo, mirándolo como algo extraño sucedido a una persona perteneciente a otra raza, otra lengua y otra época, con la cual no hay comunicación posible porque el mundo en donde existió ha desaparecido y es

imposible reconstruirlo, Pedro era capaz de extraer del pasado un hecho lejano y revivirlo ante nosotros con la pasión que sólo se tiene por lo que está ocurriendo y de lo cual desconocemos su futuro y su término. Resucitaba, cual Cristo a Lázaro —soplando con su aliento alcoholizado vida a las cenizas—, detalles, actos, hechos, sentimientos, instantes aislados de su historia, ya acabada, completa, como si ese detalle, ese acto, ese hecho, ese sentimiento encarnaran el instante presente y fuesen hoy decisivos para un destino a cuya fatalidad se intenta todavía escapar.

Sin embargo, si la posición preferida de Pedro para hablar de su pasado como de su presente, era la del cara a cara con su muerte, la cual vivía entonces como algo más cotidiano y próximo que su vida, la muerte —y con ella cualquier futuro— le parecía algo tan fútil ante la existencia como un vacío absoluto, donde nada hubiera podido ni pudiera existir; ante la aparición del más modesto de los seres, así fuese un organismo muerto, una piedra sin vida alguna. Quizás por ello, Pedro hablaba casi siempre en pasado: el mismo futuro contenido en un lejano presente, irremediable, sin sorpresa, adivinado, ya vivido.

—Estoy viendo otra vez a Lulú esa tarde en que, como tú, tomó un camino sin regreso. Un camino que no llevaba a ninguna parte.

—Vi al hijo de Lulú en San Carlos. Andaba tratando de inscribirse ahí. Quiere ser pintor —me dijo Ignacio en voz baja, tratando de ocultar sus palabras bajo las de Pedro.

—Te escucho, Ignacio, te estoy oyendo. Suspende tus secreteos de vieja comadre. Ignoras quién es Lulú, mi Lulú adorada, la única a cuyo olvido no podría subsistir, cualquier memoria de mi pobre existencia sometida a un recuerdo suyo. Lulú, por ti dejé a mi mujer, abandoné a mi hija, di la espalda a mi madre y perdí la herencia de mi padre.

Los ojos de Pedro, cada vez más rojos, dejaron caer una lágrima. La limpió con su puño, colérico, como un niño pequeño avergonzado ante sus amigos de su llanto. Ignacio me contagió su risa: habíamos visto a Pedro llorar mil veces por esa Lulú, su segunda mujer. Divorciado de ella hacía más de veinte años, nos había hablado cientos de noches de su amor por Lulú, a la cual no pudo reconocer, un año atrás en una fiesta, en la mujer gruesa, los ojos sumidos entre las mejillas, el pelo pintado de color zanahoria, un traje sastre a la moda, su voz de cuarenta años tratando de imitar la de su lejana adolescencia, chípil y artificial. Pedro había alzado los hombros, riendo, antes de pronunciar ante un público ausente la frase que sólo Lulú escuchó: «Aunque su cuerpo y su rostro fuesen los mismos de hace veinte años, no

habría podido reconocer en ellos a mi Lulú adorada. ¡Qué me importan las vanas apariencias, si de ella, de mi Lulú, conservo tantas imágenes como mujeres he conocido. En todas ellas la he amado!».

—¿Y qué me respondió, Ignacio; adivina qué me respondió cuando le recordé los cuatro años que vivimos juntos, nuestro amor, sus juramentos, nuestra dicha? Puedes reírte porque nunca has amado, no conoces más al amor que a la vida. Olvídalos que así te olvidarán, pobre actorzuelo que finges sentimientos ajenos, leídos y aprendidos de memoria. Tu ídolo no es Guillermo el Conquistador sino un histrión, capaz solamente de dirigir batallas sobre la escena, imitar los llantos de mujeres sin entrañas —ninguna de ellas capaz como Antígona de cumplir el rito funerario de su hermano sabiendo que, obediente a un orden superior, su desobediencia a los vivos la condenaba al único exilio del cual nunca se vuelve—, mujeres y hombres de pacotilla que confunden la muerte, ¿con qué, Ignacio? Respóndeme con qué la confunden tus pobres diablos de actores, responde en vez de reírte.

Las carcajadas de Ignacio eran tan fuertes que Pedro se vio obligado a alzar aún más el tono de su voz, sin por ello poder acallar la hilaridad de Ignacio, quien apenas podía pronunciar, muerto de risa, los ojos llorosos, el cuerpo doblado como si le hicieran cosquillas: «Marcela, Marcela, Antígona, mi Pedro...».

Marcela era la joven y hermosa hermana menor de Pedro. La última de una familia lo bastante numerosa para que, en el abanico formado por los hermanos y hermanas se encontraran tan diversos caracteres y tipos como edades. Si, para su fortuna, Marcela no se parecía físicamente en nada a Pedro, sus locuras habían sido cubiertas y solapadas por las de su hermano. Después de fugarse hacia los quince años con un muchacho de su edad, Marcela había recurrido a Pedro para conseguir dinero de sus padres. En nombre de la liberación sexual y, militancia aún más importante a los ojos de Pedro, el derecho a la libertad de la mujer, Pedro se decidió a hablar con el viejo cacique, como él lo llamaba, que era su padre. Ignacio lo acompañó a la entrevista, ambos vestidos con traje y corbata, pues Pedro no se atrevía a enfrentarse solo con su padre: «Testigo de mi duelo por el honor de mi hermana. Si no confundieras las reglas de la caballería con los usos de abogadillos y gente de toga sólo capaces de discutir inmundos intereses de comerciantes y de cortar el cuello a pobres criminales, no andarías repitiendo lo que debieras guardar secreto, pues su divulgación no te rebaja más que a ti, mi querido amigo», le dijo Pedro cuando Ignacio nos contó la visita a don Manuel, la antesala que hicieron en silencio, los servidores vestidos de blanco

que los espiaban, el viejo sentado tras un escritorio gigantesco al lado de una chimenea con fuego, sus ojos fijos en esas llamas que parecían ser lo único digno de su atención. «Nunca nos vio, peor que si no existiéramos, como si sus ojos pudieran contraer una grave enfermedad de posarse sobre nosotros», su mano señalando dos sillones donde Pedro e Ignacio se sentaron. Un «buenas tardes, señor» de Pedro, seguido de otro de Ignacio y tres frases breves, rápidas, intercambiadas en ese vacío suntuoso donde Ignacio creyó que las palabras se perderían para siempre: «Vi a Marcela, señor», había dicho Pedro con una voz pequeña, apenas audible, desconocida a los oídos de Ignacio quien se volvió buscando una cuarta persona; «se van a casar, señor, pero...», agregó Pedro interpretando el silencio de don Manuel como una pregunta; «ya la agarró el hambre... Pasa a ver a Leopoldo con el acta de matrimonio. Ni un quinto antes». La reivindicación de la libertad femenina ante el cacique pasó por las formalidades del matrimonio y se convirtió en una comuna, instalada en un caserón rentado con el dinero paterno, donde a pesar de los esfuerzos en su lucha contra la propiedad privada, cada uno de los parásitos que invitaron a compartir esa nueva experiencia revolucionaria —inspirada en una nueva lectura que Pedro hizo en esa época de Hegel— se apropió de un cuarto, una recámara, un pedazo de territorio, con los mismos miedos del pequeño-burgués a verse desposeído y a quien sólo la avaricia y la usura, practicadas durante años, le han permitido acceder a la propiedad privada. Pero, si no compartieron más que el dinero de Pedro —o de su padre— y la cama de su hermana, contribuyeron en cambio a la orgía organizada por Marcela cuando su joven marido, al descubrir sus infidelidades, la abandonó durante quince días después de gritar a Pedro que era un alcahuete. «Antígona, es Antígona», decía Pedro de su hermana, mientras Marcela bailaba encima de su cama y le preguntaba entre el rebumbio de las voces y la música: «¿Quién diablos es Antígona, Pedro?» Y sin prestar atención a las explicaciones de su hermano sobre la muerte, de las cuales apenas percibió la palabra «antigua», concluyó: «A mí no me confundas con tus vejstorios de amigas».

Pedro consiguió apagar las carcajadas de Ignacio con su voz, cada vez más fuerte, que repetía la misma pregunta.

—¿Con qué, Ignacio? ¿Con qué confunden la muerte tus cómicos de la legua, tú mismo? Respóndeme si acaso eres capaz de observar, ya no digamos a tus actorzuelos, sino a ti mismo.

—¿Con el sueño, mi Pedro?

—Ni siquiera conoces a tu Calderón, Ignacio, desconoces a tus clásicos. «Toda la vida es sueño», Ignacio, no la muerte. Y me vienes a confundir la muerte con los sueños. Se creen despiertos y están muertos. Te repito, tu ídolo no es Guillermo el Conquistador, sino Guillermo Shakespeare —Pedro pronunció el apellido de este autor en español.

—William Shakespeare, mi Pedrito —le dijo Ignacio pronunciando en inglés nombre y apellido.

—¿Acaso estoy hablando en una lengua extranjera o mi voz me traiciona hablando un inglés que ni tú ni yo conoceremos nunca? Ignoran su propia lengua y pretenden hablar otra que no comprenden, fascinados por su sonido, como Ulises por el canto de las sirenas a quienes nunca entendió, pues él mismo ya no sabía hablar su lengua, errante entre tanto país donde anduvo; sólo se encaminan a su pérdida, pues desconocen el sentido originario de las palabras tras cuyos múltiples velos se esconde la verdad, la más tímida de las diosas, la única ajena a la muerte y, por ello, la más fugitiva. Enamorados de las apariencias, se dejan engañar complacientes por la mentira. Y si te digo «Guillermo Shakespeare», así, en español, lo digo con la modestia de quien conoce sus límites y sabe que nunca podrá conocer el sentido íntimo de otra lengua, si ni siquiera conoce la suya. Y lo digo con el respeto que deberías tener por el más grande de los dramaturgos, si todavía pretendes convertirte en un director de teatro. Porque sólo textos como los suyos pueden soportar la traducción y la prostitución que muchas veces, creyendo traducirlos, hacen escribanos y mecanógrafos, quienes no conocen siquiera el uso del diccionario. Porque Shakespeare, Ignacio, soporta cualquier traducción y cualquier puesta en escena. Si conocieras un poco tu español, no tendrías necesidad de romperte la cabeza leyéndolo en inglés: cuando toques el origen de las palabras, cuando conozcas su significado primigenio, ahí, donde la palabra y el ser enunciado son lo mismo, bajo la luz crepuscular de la Creación, donde el día y la noche son lo mismo, cuando el verbo se hace carne y Gaia engendra a Kronos, dejarás de sentirte seducido por el maquillaje y los artificios con que los malos poetas vulgarizan y emputecen a la poesía. Podrás reírte entonces de las musiquitas personales y de los adornos floridos de tus poetas de guiñol. Sentirás entonces el ritmo primordial de las palabras: escucharás sus latidos porque vivirán, otra vez, para ti. Así escribió Shakespeare sus textos. Y un inglés que no conoce el significado originario de las palabras de su lengua comprenderá tanto de Shakespeare como un extranjero que, sin entender el inglés, intenta leer sus obras en esa lengua. Y porque su escritura devuelve el significado original a las palabras,

Shakespeare soporta cualquier traducción y su lectura es posible a todo aquél que conoce, en su propia lengua, esos significados. Sobran entonces los artificios y las mañas de un lenguaje acicalado. Basta con abrir los ojos y mirar.

Pedro había ido alzando la voz en su enojo contra Ignacio y el eco multiplicado de sus palabras nos llegaba de las otras piezas del departamento, ya vacío, a la sala iluminada sólo con la luz de los faroles de la calle, pues yo había puesto fin a mi contrato de electricidad. Nuestras sombras se reproducían en una y otra de las paredes, moviéndose como nosotros en ese claroscuro nocturno, empujadas aquí y allá por la luz de los faros de los autos que circulaban en la avenida.

Si Pedro era capaz de partir hasta la antigua Grecia o, un poco más cerca, a la corte de Felipe II, aprovechando el impulso de las oleadas de alcohol, y, de pie en el filo de la cresta de espuma, mirando sin parpadear el precipicio abierto en el mar, atravesar entre los muros de agua de un tifón para instalarse en la calma inmóvil de su centro, a pesar de su borrachera, o tal vez por la curiosidad obsesionante que la embriaguez despierta abriendo túneles y recovecos donde al día siguiente sólo hay tierra firme, Pedro podía abrir y cerrar innumerables paréntesis sin perderse en ellos ni extraviar el hilo que lo guiaba en el laberinto de sus palabras. Si no más vasto que el de los mares, si no más poblado con las trampas de los espejismos que el de un desierto de arena, la arquitectura de ese laberinto, donde los tiempos y los espacios se superponían según su capricho, era más incomprensible que una época terminada hace siglos y sus salidas más secretas e imprevisibles que las de la muerte.

Pedro dejó apagarse el último eco, tendió su vaso a Ignacio y volvió a frotarse con el puño la mejilla en donde ahora no había ninguna lágrima, su ira desaparecida mágicamente, la voz baja, enronquecida y carrasposa por la ternura que intentaba reanimar con sus palabras al convocar, ante nosotros, imágenes desvanecidas treinta años antes.

—Allí, en ese parque de virreyes, desde cuyas colinas de pasto los ojos de Juana de Asbaje miraron su ciudad y renunciaron a ella; allí, en los jardines de un convento, donde jugaron huérfanos más dichosos; allí, donde fueron encerrados los hombres cuyo delirio más libre no podían encerrar tras las rejas de la razón; allí, Ignacio, en ese parque Lira donde hoy ya ni los gatos se pasean, tan contaminado está por la peste de esta ciudad, allí mismo, Lulú me respondió: «De lo que tú y yo vivimos, Pedro, ya no me acuerdo ni tantito así». Y aproximó su índice a su pulgar para aplastar con la yema de sus dedos

cualquier recuerdo. Ahí se acabó mi vida, Ignacio. Pero si a mí se me fue la vida, Lulú tomó un camino sin regreso. Un camino que no llevaba a ninguna parte: huyó. Pero no se puede impunemente desertar. Mientras, yo me quedé aquí, de pie, esperando mi muerte. No iba yo a recurrir a estúpidos suicidios ni a faltar a mi cita con ella.

—Mi Pedro, mi Pedro —le dijo Ignacio dándole su vaso con otra cuba—, te has casado otras cinco veces y llamas a eso estar esperando tu muerte...

—Asuntos sin importancia para mi vida y que sólo conciernen a las compañeras. Ellas se casaron conmigo por su gusto y voluntad. A su salud, Ignacio, a la salud de cada una de ellas. ¿Qué tengo yo que ver con caprichos de mujeres cuando mi cita con la muerte está fijada? Para darles gusto, Ignacio. Usted conoce a las mujeres. Y tú —Pedro cambió bruscamente el tono de su voz otra vez iracundo—, al igual que Lulú, estás tomando un camino sin regreso, pero un camino que no lleva a ninguna parte. ¿En busca de quién vas? Si al menos, como Agamenón y sus fieles aqueos, fueras en busca de la divina Helena, la vil traidora víctima de Afrodita, para devolverla a los brazos de su esposo verdadero, Menelao, y salvar así a los dos del deshonor eterno... Si al menos, como esa misma Helena, un extranjero te llevara cautiva, recompensa de la vanidad de Afrodita al verse atribuir por Paris un premio de belleza que, por mi parte, mi queridísimo Ignacio, yo creo inmerecido en ese vulgar concurso de Miss Olimpo. La clara belleza de Hera cegó los ojos de ese pobre pastor, incapaz de contemplar directamente al sol, acostumbrado a bellezas mortales, esas que usan los años. Pero su recompensa costó la vida a Troya y a él porque era una recompensa doblemente injusta: Hera nunca hubiese otorgado una mujer ya desposada, ella, la protectora del matrimonio y de la familia. Tu guerra es aquí, tu tierra está aquí: nadie te rapta a tu patria ni te lleva a una ciudad extranjera como una cautiva; ninguna diosa te ha dado en recompensa injusta, ningún acto heroico con el cual sobrevivirías a tu muerte y darías lustre a tu país te espera al cabo de ese viaje. Irás y no volverás. Quédate o dime adiós de una vez para siempre porque nunca más nuestros ojos habrán de encontrarse. No estoy yo para reunir tro as e ir a buscarte guerreando, ¿contra quién? Dime: contra quién.

—Pedro, por favor, se trata simplemente de un viaje a París. ¿Qué quieres que haga aquí? ¿Que me quede esperando el regreso de Alberto para verlo casarse con otra mujer? ¿Que comience a odiarlo? No, gracias, mi Pedro, la fugitiva es reina.

—Bien dicho, muñequita: eres una reina. Vete de aquí y vuelve dentro de muchos años.

—¡Que nunca vuelva, Ignacio! ¡Que no vuelva nunca si se atreve a irse! Más le vale. A su regreso no encontrará sino ruinas. No se abandona en balde a su patria. Pregúntale a Agamenón qué encontró a su retomo: el cuchillo afilado por la divina Clitemnestra en el lecho conyugal donde se consumó el adulterio y se tramó su asesinato. Quienes se van lejos, a hacer la guerra y a destruir otras tierras, sólo encuentran la destrucción y las ruinas a su vuelta. Lárgate, pero no vuelvas. Muere lejos de nosotros y de tu patria, enterrada en una tierra extranjera.

—La tierra es la misma en todas partes, mi queridísimo Pedro.

—Una pregunta, señora mía, una sola pregunta, la última antes de su partida. ¿Tiene usted un perro? ¿Un perro al que haya cuidado?

—¿Un perro...?

—¿Tiene usted un perro, un perro grande, robusto, joven y sano? Un perro que la quiera. O al menos un perrillo faldero al que haya usted acariciado algunas veces con sus manos.

—No, ¿por qué? El último que tuve fue hace ya varios años...

—No interesa al asunto. Pregunto si tienes actualmente un perro.

—No, no tengo ningún perro. Lo sabes muy bien. ¿Qué tiene que ver un...?

—Silencio, señora. Un consejo, un consejo es mi último obsequio antes de su partida. ¿Dices que piensas volver?

—Algún día. Más pronto tal vez de lo que creo.

—Pospon tu viaje, entonces, por varios meses. Cómprate un perro y edúcalo. En el caso remoto de que pienses volver... —concluyó Pedro con la voz pausada y una mueca de risa.

—¿Cómo quieres que me ponga a educar un perro si me voy mañana? ¿Con qué objeto?

—Dije y me callo.

Pedro volvió la cabeza hacia la calle y se puso a silbar un viejo aire musical de la época de la emperatriz Carlota. De vez en cuando dejaba escapar una risilla con la cual interrumpía su silbido. Era una vieja táctica de Pedro para concentrar nuestra atención en sus palabras: cuando, milagrosamente, decidía guardar silencio, actuaba como si estuviera solo, fingía no vernos, dejábamos de existir ante sus ojos mientras él actuaba, ocupando toda la escena, frente a los nuestros.

—¿Quieres otra cuba, Pedro?

Siguió silbando, mirando hacia la calle, riéndose de vez en cuando. Se tomó el fondo de su cuba y extendió el vaso a Ignacio.

—Por favor, Ignacio, escánciame otra cubita. Hazlo por mis canas, el peso de los siglos que me oprime, tú, quien digno hermano de Antígona, te quedas entre nosotros.

—Ya basta, mi Pedro. Explícanos tu historia del perro.

—Fue mi último consejo y no quiso oírlo, Ignacio. Se fue. Desertó. Huyó. Que los demonios del infierno devoren sus restos porque no habrá tierra que la cubra. Ningún rito funerario será celebrado a su memoria, olvidada de todos aquéllos que la amamos y a quienes abandonó para ir, ¿a dónde Ignacio? Dime a dónde.

—A París, mi Pedro.

—París, Roma, Tokio: me da lo mismo. Lejos de su patria. ¿No me dijo ella misma, alguna vez, hace muchos años, que no partía a China, cuando pudo irse a conocer la experiencia maoísta en sus orígenes? ¿No dijo que nunca podría entender nada de nada del pensamiento de millares y millares de chinos así llegare a aprender el mandarín y cada una de sus lenguas y dialectos? La desdichada creyó que podría comprender otra lengua distinta de la suya, el francés, simplemente porque, como la nuestra, proviene del latín. ¿Acaso no creyó ella misma que enloquecería de partir a Pekín ante el misterio de un pensamiento tan alejado del nuestro, expresado en una lengua cuyos ideogramas sintetizan en imágenes lo que nosotros desnudamos de vanos adornos para extraer la esencia? Se volvió loca, Ignacio, enloqueció allá en París. Por eso no pudo volver. Muy tarde quiso volver a su patria: perdida entre dos países, sin hablar ni una ni otra lengua, el francés nunca aprendido y el español olvidado. Como los locos: incapaz de expresión alguna, encerrada en su delirio, emparedada. Pobre víctima de sus pasiones. Me equivoqué, Ignacio. Me equivoqué al ver en ella el milagro extrañísimo de una mujer, al fin, libre. Una esclava, una criada, ¿qué digo?, un juguete del más ligero soplo de aire. Si se hubiera decidido, como la fiel y divina Penélope, a esperar a Alberto... Pero es en vano hablar de lo que pudo ser y no fue. El infierno está poblado de lo que no fue. Y, sin embargo, Ignacio, mi querido poeta, no puedo dejar de extasiarme pensando en lo que pudo ser —la voz de Pedro se deshizo en un hilo de agua saboreado por el sediento—, como si la simple tentativa tuviera una realidad por el hecho de haber existido al menos en un sueño, un efímero deseo, una veleidad. Una tentación. Como si todo eso que pudo ser fuera también parte de nosotros. Me callo, Ignacio. Ni

siquiera compró un perro, a pesar de mi consejo. Sabía muy bien que no volvería. Nunca me engañó.

—¿Para qué diablos quieres que se compre un perro, mi Pedro?

—El paso de los años la usará, Ignacio, la está usando ya. Como su cuerpo, su recuerdo envejece, se arruga, se curva y morirá en nosotros, hambriento, falto del alimento de su presencia, abandonado por ella misma, convertida en esa otra que irá siendo y a la cual no podremos reconocer. Los pretendientes pillarán su casa, otros y otras tomarán su lugar y no habrá ningún Telémaco, para ir a buscarla, desear su regreso, proteger sus bienes, llorarla a su muerte... Y mis ojos no ven a Alberto tejiendo bordaditos durante el día para deshilarlos por las noches.

Ignacio estalló en carcajadas imaginando a Alberto con un tejido en las manos al mismo tiempo que al fin comprendíamos la historia del perro.

—Ríete. Carcajéate de mis palabras, mi pobre poeta. No podrás cantar sus aventuras, como Homero las de Ulises, porque no hay gloria en la huida. ¿Quieres irte tras ella, a semejanza de ese pobre de Lope tras la Armada Invencible? No se cantan las derrotas ni las huidas. El viejo Néstor, Aquiles, hijo de Tetis, el gran Ajax, el pequeño Áyax, que tanto mal atrajo a los aqueos por su impiedad, Patroclo llorado, el cornudo Menelao, Agamenón violador de la divina Clitemnestra —infame imitador de Abraham, mi pobre Ifigenia salvada por la cruel Artemisa—, Ulises y los otros aqueos no desertaron sus patrias. Fueron a una guerra, en busca de la mujer más hermosa de la tierra entonces conocida, a destruir Troya con proezas dignas hoy todavía de ser recordadas. Y muchos de ellos no volvieron, Ignacio —Pedro limpió una lágrima vertida más de veinte siglos después por los muertos de Troya, convertidos en sus íntimos amigos esa noche—. Nunca volvieron a sus tierras a pesar de sus hazañas. Y Ulises volvió después de tantos años que ni siquiera Penélope pudo reconocerlo. Afortunadamente ahí estaba su pobre perro, ya ciego por la vejez, el único que lo reconoció bajo el disfraz de mendigo. Pero ella no se compró un perro, ¿quién podrá reconocerla? Respóndeme, Ignacio.

—Tú y yo, mi Pedro. Somos unos perros —contestó Ignacio, tan divertido como yo de las locuras y los disparates de Pedro.

—Ladra, entonces. Ladra, pobre perro abandonado por su ama. Ladro yo mismo: guau-guau —Pedro se puso a ladrar ante nuestra hilaridad cada vez más grande al verlo saltar a cuatro patas y tratar de lamerme la mano.

—Ya cállate, Pedro, me duele el estómago de tanto reír.

—Ríete ahora, llorarás mañana. Como lloro yo mis errores y mi derrota. Salud, poeta, escándeme otra cuba. Escánciele una a la señora que bebe muy lentamente esta noche.

—No, gracias, Ignacio. Quiero estar al menos consciente cuando tome el avión.

—Bien dicho, mi reina, guarda toda tu lucidez para retener esa partida y ese viaje.

—¿Has dicho lucidez, Ignacio? ¿Cuál lucidez hay en partir? Hechizada por la infame Afrodita, ciega, huye como un títere de su pasión. Al igual que ese estúpido de París, quien cambió el más vasto de los imperios, el de Oriente, por una mujer —la ira de Pedro recrudeció al extremo de hacerlo escupir de repugnancia un trago de alcohol, lo cual lo obligó a interrumpir su discurso para extender su copa vacía a Ignacio—. ¿Qué digo? Si al menos hubiera sido la mujer más bella de su tiempo, la divina Helena. Su fantasma, Ignacio. Sólo un fantasma llevó a Troya. Causó la ruina de su patria por un fantasma. Como la señora aquí presente, toda vía, no encontrará sino ruinas y destrucción al regreso de ese viaje que emprende tras el triste fantasma de Alberto.

—Hace bien en irse, mi Pedro. ¿Qué quieres que haga en este país?

—Peor que la Malinche, Ignacio. Arráncale el corazón, si todavía tiene uno, y devóralo palpitante, si aún palpita. Sálvala con su muerte. Volverá del país del sol convertida en un ave de hermoso plumaje. Ofrécela a esos dioses, los únicos vivos, si quieres volver a verla. Su sangre encontrará, tal vez, gracia a sus ojos. Pero no. No te atreves, pobre civilizado, te evangelizaron para transformarte en siervo. Desprecias tu tierra y admiras la del extranjero porque te arrancaron tus ojos y te hicieron ver con los suyos. Pero tus viejos ojos siguen viendo, Ignacio: sigues mirando en el barbudo europeo montado a caballo a un centauro, ¿qué digo?, a un dios superior a los nuestros. Te equivocas, mi querido poeta. Has tomado el camino de la desaparición. Viva la Malinche: sobrevivimos en su vientre. Se quedó entre nosotros. No necesitaba viajecitos a Europa. ¿Qué tenía ella que ver con el turismo? Intérprete privilegiada, su voz dio un nuevo significado a la lengua extranjera y así la hizo nuestra. ¡Oh, pues!

El ruido de los primeros camiones comenzó a resonar en el interior del departamento. Los últimos minutos de la noche se llevaron la voz afónica de Pedro, los contornos de sombra cada segundo más precisos sobre las paredes. Otras voces distintas a las nuestras, los claxons, los tubos de escape de los autos, el bullicio de la vida que nace con cada día, se incrustaron en nuestros

cuerpos bajo la forma del cansancio, despertándonos a esa sucesión de pequeñas cosas de la vida real.

—Son las seis de la mañana, Ignacio. ¿Me llevas a casa de mis padres?

—Claro, mi reina. Podemos tomarnos un café en la esquina.

—Más vale. Me siento como en un segundo estado. Vámonos, Pedro. Tengo que entregar la llave a la portera. Se acabó este departamento para siempre.

—¿Quién irá a habitarlo? —se preguntó Ignacio un poco soñador.

—Siempre da un poco de tristeza dejar un departamento donde se han vivido tantas cosas.

—Testigos mudos estas paredes. ¿Quién vivió antes que tú, quién vivirá después?

—Ya cállate, Ignacio. A las banalidades que dices, agregas la locura. Hablas solo. Estás hablando una lengua muerta a la señora. ¿Por qué te diriges a ella? ¿Crees, acaso, que te comprende? Nuestro español es una lengua muerta para ella. Una lengua que ya no habla, una lengua que ya no escucha. Una lengua que, si acaso todavía lee, lo hace en silencio y sin comprender su significado cabal.

Pedro se levantó del suelo y de pie, contra la luz naciente de la aurora aún pálida, su figura, agigantada por su propia oscuridad, el brazo extendido hacia nosotros, parecía la de un viejo profeta.

—¡Una lengua muerta! Una lengua muerta nuestro español, Ignacio. En eso convirtió su propia lengua. Nuestras palabras se le fueron enrareciendo, le sonaron falsas con el paso de los meses. Extrañas, como la extraña que siempre fue en esa ciudad a donde huyó. Porque nunca entendió el francés. ¿Cómo podía comprender una lengua que no era la suya, un idioma que hablaba de cosas desconocidas para ella? Calla, Ignacio, guarda silencio. Muda y sorda. Siempre estuvo sorda: no pudo oír mis consejos. Nunca oyó la voz de los vivos, ¿por qué oiría la de nuestros muertos? Lope: muerto. Quevedo: muerto. Cervantes: muerto. Calderón: muerto. Sor Juana: muerta. Tirso: muerto. Villaurrutia: muerto. Gorostiza: muerto. Rulfo: muerto. Muertos también sus griegos leídos en español, sus poetas franceses memorizados en español, sus dramaturgos y sus novelistas ingleses, rusos, árabes y portugueses, sabidos de memoria en español. Nunca podrá sentirlos igual en una lengua que no es la suya. Más vale callar que hablar una lengua muerta, Ignacio. Dejemos al viento hablar y llevarse con él las voces de los vivos y los muertos. Porque yo soy el último que sobre esta tierra queda.

—El último bolchevique, mi Pedro.

—¡Oh, pues! Tiene usted razón, poeta. ¿Y si nos tomamos la última para desearle un buen viaje a la compañera? La cara que va a poner Alberto cuando sepa que te fuiste, princesita. No te me vayas a adelantar con la noticia, Ignacio. Quiero ver su cara —insinuó Pedro riéndose coquetamente para convencernos de esa eterna penúltima copa.

VI. CAMINO AL AEROPUERTO

Dejé México la tarde de un sábado de fines de enero, hace más de quince años, unos cuantos meses después de que Alberto llegó a mi casa.

Desde las ventanillas del auto que me condujo al aeropuerto, traté de fijar las imágenes de esas calles que, así lo creí en ese momento, lo seguiría creyendo durante meses, lo quise creer al final de mis breves viajes a México, podrían siempre devolverme esa ciudad.

Hubiera querido ir sola al aeropuerto, poder mirar en silencio ese México en donde quedaban todas las personas, las más amadas y las más odiadas, pero quienes habían ocupado mi vida a lo largo de más de veinte años y poblaban cada una de las palabras que hablaba; como, todavía un mes antes, mis esperanzas ahora hechas añicos, clausurado su futuro ese sábado de enero, no iban más allá de sus imágenes.

Una sola persona faltaba a esa ciudad y todo en ella se me había vuelto intolerable porque todo me hablaba de su ausencia. Que Alberto volviera un día, que viviese en esa ciudad, que caminase y respirara en ella me era igualmente insoportable: nunca más me querría. Nuestra historia había terminado antes de empezar, muchos años antes, alrededor de una fogata donde ardían los pinos de Navidad. Y yo veía con el mismo temor que suscita el desplazamiento brusco de un jarrón de porcelana, único resto de una civilización desaparecida siglos antes, la fragilidad de mi amor por Alberto. Con el minucioso miedo que provoca la muerte a las vidas más vacías, la usura de esa obsesión a la cual el olvido terminaría fatalmente por ganar. Con el fetichismo de los niños por un pedazo de franela usada o un viejo oso de peluche acariciado noche a noche y sin los cuales no pueden conciliar el sueño, vivía el vicio de mi amor por Alberto.

Incapaz de amar a otro distinto del ser amado, no podía mirar más allá de él y percatarme de que esa unicidad que el amor otorga a una sola persona, la muerte la hace, al fin, evidente para cada ser. Había recorrido el camino al aeropuerto cientos de veces a lo largo de mi infancia. Mi padre siempre

estuvo convencido de que las cartas al extranjero llegaban más pronto si las ponía en el buzón del aeropuerto. Cada martes por la tarde, al terminar su artículo semanal para un periódico de Missouri, emprendíamos el viaje a través de esa ciudad que no cesaba de crecer alrededor nuestro y cuyos cambios permanentes eran casi nuestro único tema de conversación.

En aquel entonces no existían los ejes y los circuitos con los cuales cuadrícularon la ciudad de norte a sur y de este a oeste, carreteras urbanas de donde desapareció cualquier otro paisaje diferente al de los autos a la derecha, a la izquierda, adelante y atrás. Existían aún las avenidas arboladas, los camellones con palmeras y pirules, las avenidas entre casas y edificios al alcance de la vista. Salíamos de la colonia por Cumbres de Maltrata y doblábamos enfrente de una pequeña iglesia en cuyo patio seguía vivo un árbol partido en dos por un rayo varios años antes, para tomar la calle de Bolívar, en ese entonces de doble sentido, cuando no agarrábamos San Juan de Letrán. Cuando sustituyeron la avenida por una carretera con un solo sentido, los nombres del héroe y del santo fueron borrados de las pequeñas placas clavadas en las esquinas de las calles y sustituidos por la designación administrativa de ejes con números.

Sentada al lado de mi padre, más silenciosa que él, miraba las fachadas de las casas, los escaparates de las tiendas, las puertas de las cantinas, las entradas de los cines, deseando con todas mis fuerzas un embotellamiento o, al menos, la suerte de llegar a cada esquina cuando el semáforo indicara un alto que me permitiera ver la cara de la gente, más numerosa a medida que avanzábamos hacia el centro y cuya vida trataba de adivinar a través de su ropa, su edad, los rasgos de sus rostros, las voces que algunas veces alcanzaba a oír, la brizna de una conversación, una frase en cuyas palabras, aunque conocidas, presentía nuevos sentidos, tras las cuales seguramente se escondían historias distintas a las que guardan las páginas de los libros leídos.

Me sentía extranjera a la gente que veía caminar en las aceras de San Juan de Letrán, desde el auto conducido por mi padre: todos esos trabajadores cargados con paquetes, ¿qué llevaban en ellos? ¿De dónde venían, a dónde iban? ¿En qué soñaban? Esa mujer elegante, sola, a pie, entre el hormiguero de esa multitud corriendo hacia todos lados, ¿qué hacía ahí, con quién se había citado, a quién despojaba con su ausencia? El borrachín titubeante que salía de la pulquería, ¿qué trataba de olvidar? O, tal vez, de recordar. El hombrecito con el traje brillante de tanto usarlo, la mancha de mole en la corbata, de pie junto al auto de mi padre, al alcance de mi mano, sus ojos mirando a lo lejos, a su izquierda, de frente, sumidos en el vacío, sin verme

junto a él, ¿qué buscaba? ¿A cuántos deseos no había renunciado a lo largo de su vida, tal vez sin siquiera darse cuenta, dichoso de estar vivo y de ser eso que era hoy y que nunca imaginó en su infancia? Esa mujer tan triste, con la vista baja, ¿desde cuándo no había visto el cielo? Ese muchacho, mejor vestido que los otros, el paso apresurado, la mirada directa de quien sabe a dónde va, ¿se convertiría en un hombre rico semejante a ese que sale con varios amigos de un restorán, llegaría a la edad de ese viejito que arrastra los pies ayudándose con un bastón, o corría simplemente a su muerte, la cita fijada ya en unos cuantos años, unos meses?

Varias veces traté de fijar el rostro de una niña de mi edad imaginando un encuentro futuro, muchos años después, ambas adultas, donde yo le diría que la vi en esa esquina de San Juan de Letrán, de la mano de su madre, con un abrigo azul, calcetas blancas, el pelo recogido en una cola de caballo. «Pensé que ibas a ser bailarina.» «No, soy bibliotecaria. Pero, qué curioso, fíjate que soñé con ser bailarina cuando tenía unos diez años».

El auto de mi padre arrancaba y tan bruscamente como había arrancado se me borraban los rasgos del rostro de esa niña, la forma de su vestido, el color de sus cabellos y los otros detalles con los cuales había creído poder reconocerla, muchos años después, entre toda la gente que caminaba por las aceras de San Juan de Letrán. Otro hombre, otra mujer, otra niña llamaban mi atención. De repente, la voz de mi padre me distraía de las historias que me contaban las caras anónimas del gentío.

—Mira nomás, ya tumbaron el cine Coliseo. La cúpula era una obra de arquitectura colonial. Fue un teatro muy elegante antes de convertirse en el cine de quinta que se incendió. Ni modo, hubieran podido restaurarlo como hicieron con el Iris. Que les cambien de nombre, bueno, pero que los tiren...

En otra ocasión decía:

—¡Ah! Qué bueno que echaron abajo ese edificio. Siempre fue rete feo. Ahí vivió mi primo Samuel cuando era chico.

En vano trataba de acordarme del cine Coliseo o del edificio tan feo: mi padre repetía en voz alta, más para él que para mí, frases que habían sido pronunciadas antes de mi nacimiento y con las cuales seguramente invocaba personas que ya no existían y convocaba así sus recuerdos. Hubiese querido preguntarle cómo habían sido ese teatro, esa casa, ese edificio, ese cine, ese restorán, todos derruidos tantos años antes. Pero su infancia me daba miedo. ¿Y si él también había deseado ser otro distinto al que hoy era? Acaso, como toda esa gente que pasaba al lado nuestro, fue renunciando poco a poco a sus sueños, se había imaginado un futuro diferente y hubiera preferido morir

antes de llegar a ser el hombre en que lo convirtieron los caminos de la vida que fue tomando, pero al cual yo quería tal cual era.

Otras tardes, mi padre debía pasar al periódico donde trabajaba todas las noches. Aunque el martes era su noche libre, a veces se daba una vuelta para supervisar la redacción que dirigía. Entonces seguíamos Cumbres de Maltrata más allá de la pequeña iglesia de Bolívar hasta llegar a la glorieta de Etiopía, con su fuente de cemento al centro de sus árboles centenarios.

—El dineral que se gastaron para hacerle creer al rey de Etiopía que los mexicanos pensábamos en esos pobres etíopes desde que nacimos —me decía mi padre mientras rodeaba la glorieta entre decenas de automóviles, evocando así la visita del jefe de Estado de Etiopía, unos años antes, cuando en ese cruce de varias avenidas construyeron en unos cuantos días glorieta y fuente, transplantaron árboles centenarios y sembraron pasto y flores, sin olvidar colocar una placa para conmemorar la vieja amistad que une a México y a Etiopía y poner el nombre de este país en cada una de sus esquinas.

Tomábamos después avenida Cuauhtémoc, todavía con el nombre del héroe y de doble sentido: entonces aún se podía volver por el mismo camino por donde se iba, dar la vuelta en cualquier cruce y regresar por el otro lado de la calle dividida por un camellón con palmeras. Veía a mi padre volver la cabeza hacia la izquierda cuando pasábamos frente a un edificio de dos pisos construido a lo largo de un patio paralelo y hundido en relación al nivel más reciente de la acera y de las otras construcciones. Algunas veces, mi padre se preguntaba en voz alta cuándo lo tirarían, expresando un deseo atrás del cual se escondían recuerdos que él hubiese querido derrumbar junto con el edificio, donde un día fueron presente sin remedio. Mi padre nunca pudo convencerse de que no fue la inundación del río de La Piedad, entonces descubierto, cuyas aguas llegaron hasta nuestra casa y cubrieron la planta baja, la causante de mi poliomielitis y de las largas tardes, durante varios años, de reeducación de mi brazo izquierdo para devolverle el movimiento perdido de golpe y evitar su atrofiamiento. Yo no recordaba de esa historia sino lo que cientos de veces me contaron mi padre y mi madre; en cambio, veía el día de la inundación como una fiesta, una ruptura en la vida cotidiana, un desarreglo en el diario mecanismo de las horas que regían la comida, el envío a la cama, el sueño. Confundida con la alegría de ese primer recuerdo —en mi memoria aparecían simultáneamente sus imágenes intercaladas sin orden— me dejó un sabor distinto otra ruptura, más grave, menos festiva, y que anunciaba, por vez primera en mi vida, no las puertas que se abren a otras puertas, sino las que se cierran definitivamente impidiéndonos el acceso a los

lugares que quedan tras ellas: la desaparición de seres, imaginarios, cierto, pero que hasta entonces había creído eternos.

Fue durante esas tardes, después de una discusión con mi madre, quien le reprochó estar enfermándome con sus cuentos de duendes y brujas —una de las cuales tenía el peso y el nombre de mi tía Eva y otra, bella pero latosa, se parecía extraordinariamente a mi madre en sus relatos—, cuando mi padre comenzó a leerme *Las mil y una noches*.

Nunca lloraría tanto tiempo como la tarde cuando mi padre me dijo que no volveríamos a ver a Belfegor, el duende azul que hacía estrellas, pintaba el cielo de colores y se iba de pinta porque no quería convertirse de grande en un dios, como su abuelo, sus tíos, sus primos mayores, todos ellos encerrados en iglesias y templos oyendo todo el día las quejas de viejas mujeres y las monótonas oraciones de las beatas. Se había ido para siempre. Con él se fueron Azimuth, Alienor y los demás duendes, los gnomos, el pájaro que sabía hablar y me relataba historias, las hadas de cabellos de oro e, incluso, Eva, Ágata y las otras brujas malas.

La discusión entre mi padre y mi madre, a causa de mi llanto, había llegado hasta mi recámara con la claridad sonora que adquieren las palabras cuando sabemos que hablan de nosotros aunque no comprendamos su significado ni su sentido: las memorizamos, entonces.

—Ves cómo yo tenía razón. La estabas volviendo loca. Si no, ¿por qué lloraría como llora?

—Tú me forzaste a desaparecerle los duendes...

—Ya los veía. Mejor que llore una noche a que la tengamos que encerrar en el manicomio en unos años. ¿No te das cuenta de que a esa edad se lo creen todo? ¡Qué bueno que se me ocurrió ponerme a oír el otro día lo que le contabas! Mira que mezclarle duendes, dioses griegos, aztecas, gnomos, brujas, leyendas paganas y quién sabe cuánto invento más con los santos católicos, con la santísima Virgen y con los ángeles del cielo. No te faltaba más que Dios.

—Tú le cuentas la historia de la cigüeña...

—Es distinto. No se le puede explicar todo a esa edad. ¿No querrás que le cuente cómo se conciben los niños? Ya sabrá la verdad a su debido tiempo. En fin, ya se calló. Ya verás cómo pronto se le olvidan tus inventos. A buena hora intervine: mi pobre hija ya veía duendes por todos lados. Parálitica y loca, es todo lo que me faltaba.

—No está parálitica, no digas eso.

—Gracias a Dios y no a tus duendes. En lugar de llenarle la cabeza de patrañas, deberías leerle historias reales, que la vayan formando, un buen libro, cuentos para niños, *Las mil y una noches*, por ejemplo.

Mi padre compró al día siguiente la edición de Aguilar de *Las mil y una noches*, en la traducción de Rafael Cansinos Assens, y se puso a leerme sus páginas después de tratar de consolarme.

—Tu mamá tiene razón, pingo, no hay que creerse todas esas historias que te conté. Son como mentirillas, como cuando vacilamos a tu tía Eva o como cuando tu tío Sergio nos presume que ganó mucho dinero y no tiene ni para pagar lo que apuesta al dominó. La gente inventa cuando habla. No cree en sus propias palabras y se imagina que, después de todo, si descubren sus mentiras o si cambian de opinión, siempre pueden decir que nunca dijeron esto o aquello. Las palabras habladas se olvidan. Ni quién se acuerde. No quedan huellas ni pruebas. Y como ya no eres un bebé sino una niña bien grande, de cinco años ya muy pronto, te mereces algo mejor que todo ese palabrerío en donde a la gente se le va la vida sin darse cuenta y sin acordarse de nada. Por eso te voy a leer un libro. Eso es lo único real. Lo demás son puros cuentos para mengos y bebés. Ya vas a ver: son historias más bonitas que todas las que te he contado —y que se te van a olvidar muy rápido. En cambio, las que están escritas en este libro, siempre puedes leerlas y releerlas, siempre serán las mismas y ni quien te las pueda cambiar ni desaparecer: están escritas. Existen desde hace como mil años, antes de que tú nacieras, y seguirán ahí después de que tú y yo ya ni existamos. Son de verdad, ya vas a ver.

Si al principio me distraía, tal vez por el tono monótono de su lectura, poco a poco me fui interesando en todos esos genios, hadas, princesas, viajeros, mercaderes, pájaros roc, ermitas, magos, lámparas maravillosas, caballos alados, anillos mágicos, cuevas y castillos encantados. Me di cuenta, entonces, de que mi padre saltaba partes de ese relato. Lo veía cuando daba vuelta a las páginas más rápidamente, cuando guardaba silencio y sus ojos recorrían en diagonal las líneas, callado. Las primeras veces me quedé quieta, esperando que continuara, sin saber qué pasaba. Un día le vi dar vuelta a dos páginas sin leerme.

—¿No dice nada ahí?

—Puras bobadas, cosas bien aburridas.

—El misterio que encerraban esas líneas negras formadas por los diminutos dibujos repetidos aquí y allá me despertó una curiosidad que los genios y los magos, las princesas y los sultanes, los deseos mágicamente

cumplidos convirtieron en obsesión. ¿Cómo estaban ahí? ¿Cómo salían de entre esas páginas? ¿Cómo hacía mi padre para verlos? ¿Para oírlos? Sus respuestas —«son letras, ya pronto aprenderás a leer y tú misma formarás las palabras»— no me satisfacían. Allí había un secreto: tal vez en las páginas que saltaba. Dejé de sentarme enfrente de mi padre y me acerqué a su lado tratando de seguir el movimiento de su mirada sobre las líneas. A veces ni siquiera escuchaba su lectura tratando de descifrar, de adivinar.

Yo había visto a mi padre escribir a máquina sin prestar atención —«estoy trabajando», me decía—. Un día descubrí que él hacía con la máquina los mismos signos —muy parecidos, en todo caso— de donde surgían las lámparas maravillosas y las esclavas negras y bellas en ese libro de *Las mil y una noches* que yo volteaba por todos lados, sacudía y me quedaba mirando durante horas tratando de ver sus imágenes p, al menos, de oír sus voces.

Cuando le pregunté a mi padre si eran efectivamente los mismos dibujitos —o letras, como él decía— del libro, éstos que él hacía con su máquina, comprendí que el misterio era superior a cuanto había podido imaginar: no sólo eran los mismos signos, sino que eran sólo unos cuantos, muy pocos, los cuales, reunidos de una y otra manera, como un rompecabezas o un mecano, podían decir todo lo que hablaban mi padre, mi madre, mis tías, las otras niñas, la gente de la televisión y la del radio, toda la gente —yo misma.

—¿Y tú escribes las historias de los genios y las hadas?

—No, yo escribo notas para el periódico. Le cuento a la gente que no pudo ver el partido de béisbol cómo estuvo el juego. Las historias y los cuentos que te gustan están en los libros. Son cosas más serias. No, no más serias. ¿Cómo te explicaré, pingo? Son cosas que duran más tiempo, que no se olvidan tan rápido como un partido de béisbol o la declaración de un político. No todos los libros, claro. Hay también libros que son como los periódicos, apenas si duran una tarde. Pero hay otros que duran para siempre, más que tú y yo, y éstos son los buenos.

Camino al aeropuerto, de paso por el diario en donde trabajaba pasábamos frente al Parque Delta —allí iba mi padre para cubrir los partidos de béisbol—, después de cruzar el río de La Piedad, en esa época ya entubado y convertido en viaducto. Había sido reconstruido después de un derrumbe que costó la vida a decenas de personas, las cuales se precipitaron, tratando de salvarse, hacia las puertas en donde se aplastaron unas a otras.

—Ahí venían tus tías a noviar con el pretexto de pasearte —decía mi padre cuando atravesábamos enfrente del parque de Las Américas, a donde las hermanas de mi madre, más jóvenes que ella, me llevaban al atardecer,

después de hacerme llorar para convencer a mi madre de que debían darme una vuelta.

Más adelante cruzábamos Álvaro Obregón, con su ancho camellón arbolado y sus tranvías amarillos a una y otra de sus orillas.

—Al menos ahí sirven las vías. Pero, aquí, ni tranvías hay ya. No las van a quitar hasta que no se mate un político cuando le patine el carro y se le voltee con esta lluvia.

Muy poca gente seguía usando los tranvías de Álvaro Obregón, destartalados y lentos. Apenas algunos hombres que me parecían viejísimos, con sombreros que ya nadie usaba, y algunas mujeres, igualmente legendarias, con sus paraguas en la mano.

La circulación de autos y camiones se hacía más densa a medida que avanzábamos por avenida Cuauhtémoc hacia el norte y se transformaba en un verdadero embotellamiento —para mi gusto y el disgusto de mi padre, quien sabía de memoria los horarios de los aviones con destino a Missouri, comprendidas sus escalas, y temía que su carta no partiera antes de la mañana siguiente— al cambiar su nombre por el de Bucareli.

A diferencia de San Juan de Letrán, los edificios de Bucareli me atraían más que la gente en las aceras. Antiguos, o simplemente viejos, sus fachadas me despertaban tanta curiosidad como la cara de los transeúntes de San Juan de Letrán. Trataba de atisbar, a través de sus entradas, los patios, las diferentes puertas, los portones, a veces incluso el mobiliario de algún interior. Las paredes no eran lisas como las de los edificios modernos: tenían relieves e, incluso, algunos de ellos, verdaderas esculturas sobre los muros. El colorido de las casas pintadas de rosa, azul, amarillo, verde o rojo se acababa, pero el gris oscuro, sucio, de esos edificios me parecía casi palpitar, como si las viejas piedras con las cuales estaban contruidos tuvieran vida. En ocasiones, alcanzaba a ver un armario pesado, un sillón, un reloj de pie con su péndulo, muebles muy distintos a los de mi casa —más claros y ligeros, casi aéreos en comparación con los vejestorios que entreveía en el claroscuro de esas piezas quién sabe desde cuándo cerradas al sol y al aire.

—Ahí te trajimos durante un año a inyectarte todos los días y a que te aplicaran rayos ultrarrojos o ultravioletas, ya no me acuerdo, a lo mejor eran rayos X. Ya me dolían a mí más los piquetes nomás de verte la cara cuando íbamos llegando al consultorio. Ni la dona de chocolate te consolaba. Y tu madre no quería creer que era la polio y le creyó al charlatán ése que la convenció de que podía curarte. Nomás perdimos tiempo: un año de reeducación... Hasta el brazo moverías bien.

Si mi padre aludía de vez en cuando a mi enfermedad, nunca me habló del accidente donde perdió, en gran parte, el movimiento de su pierna derecha, ocurrido en esa misma avenida Bucareli. Yo conocía el relato por mi madre, la única que se acordaba de los hechos y había sufrido esos momentos. Mi padre y yo habíamos olvidado: él, su accidente —el empujón que dio a mi madre para salvarle la vida cuando vio venir el camión, el choque brutal de su cabeza contra el autobús, los camilleros de la Cruz Roja negándose a transportar un muerto, la espera desesperante de la Cruz Verde, la esperanza asida por un hilo, la decisión entre la parálisis de por vida y los riesgos mortales de una trepanación a ciegas, la fe en Dios como último recurso de mi madre, hasta entonces atea, sus dieciséis años súbitamente envejecidos, la amnesia de mi padre que cubriría los dos meses siguientes para siempre—, yo, mi poliomielitis.

Después de pasar al lado del reloj chino, la circulación de automóviles y camiones se estancaba casi completamente y yo tenía tiempo de ver el interior de los cafés, alguna fonda, una o dos torterías, el fondo de algunos callejones sin salida, donde los voceadores se distribuían entre ellos los paquetes de diarios vespertinos recién salidos de las imprentas, entre gritos, canciones, albures, insultos, o alrededor de una mujer enrebozada quien les preparaba sopes y quesadillas sobre un brasero.

Mi padre encendía un cigarrillo, el cual se le consumía entre los labios antes de que pudiera volver a avanzar siquiera unos cuantos metros. Sin mi curiosidad, un tanto escéptico, él también miraba hacia el interior de un gran café con grandes ventanales cubiertos de cortinas, pero cuyas puertas abiertas de par en par dejaban ver sus clientes, sentados a las mesas, abajo de los grandes ventiladores que giraban colgados del techo.

—¿A qué horas trabajan? —se preguntaba mi padre, casi con celos y un poco de condescendencia, mirando a los hombres, algunos de su misma edad, la mayoría más viejos, quienes discutían alrededor de sus tazas de café—. No se aburren de discutir lo mismo todos los días. Como si los estuviera oyendo: «Franco cae este año» —decía imitando el acento de un viejo catalán—, «ahora sí lo tumban, ya verán cómo vemos su caída antes de morir». Llevan años repitiendo la misma cantinela y apostando que este año cae. Es muy buena gente el viejo Ramiro, pero está tocado. No sé a qué horas puede ocuparse de su tienda de pinturas si se la pasa todo el santo día discutiendo de política. No sabe nada de política más que lo que leyó en sus libros y por eso cree que tiene la razón. ¿No nos apostó que tiraban a Stalin antes de que se muriera y que el pueblo ruso iba a levantarse para llevar a cabo la verdadera

revolución, la anarquista? No sé a quién odia más: si a Franco o a los comunistas. Se me hace que si le das a escoger, lo pones en un dilema. Yo le he ganado ya dos apuestas, pero el viejo se empeña. A mí hasta me da pena: como si le quitara su dinero a un niño. Más le valdría aprender a jugar dominó y callarse un rato. Ya se lo dije, pero ni caso me hace. Y la bola de dizque pintores que lo rodean, nomás se aprovechan de él dándole por su lado y contándole de conspiraciones contra Franco, que inventan para hacerse pagar el café o pedirle fiadas las pinturas. Nunca volverán a España, ni Ramiro ni los otros españoles, pingo, morirán aquí antes o después de la muerte de Franco, tan viejos como él. Y el día que se les muera no van a saber de qué discutir. Al menos al pobre Ramiro le queda la Unión Soviética, pero los otros españoles no tienen más tema que la caída de Franco y su vuelta a una España que a mí se me hace que ni existe, que la han inventado de tanto contársela y se la han creído. Si vuelven, que no lo creo, no la reconocerían...

Cuando mi padre lanzaba una tirada tan larga como ésta, enmudecía el resto del viaje de ida al aeropuerto. El de regreso siempre lo hacíamos en silencio, tal vez por el peso del crepúsculo.

Yo trataba de imaginarme esa España a la cual no volverían todos esos hombres que no hacían sino hablar de ella y, según mi padre, habían olvidado a fuerza de recordarla, inventando poco a poco nuevos detalles, de sus calles, su gente, sus ciudades, su vida misma, para tratar de suplir, así, lo que la memoria iba enterrando para siempre, con un paraíso perdido que nunca existió.

En otras ocasiones, su auto quedaba detenido un poco más adelante, frente a una cafetería más pequeña donde discutían hombres de la edad de mi padre o más jóvenes que él.

—Ahí está la banda de estalinistas, como todas las tardes. No entiendo por qué no se van a vivir a Rusia si no hacen otra cosa que soñar con ella. Quisieran instalar aquí el comunismo, pero no se les va a hacer. Sobre todo si no hacen más que discutir todo el día un montón de teorías, tácticas y estrategias, como ellos dicen. Se les llena la boca de agua cuando repiten párrafos que leyeron en quién sabe qué libros... Y se los recitan los unos a los otros, en el mismo orden todos los días, como si fueran suyas esas teorías que ni entienden. La gente que hizo la revolución contra Díaz no tuvo ninguna necesidad de teorías. No entiendo cómo el viejo Renato se la pasa con ellos, tan bien como escribe de toros. Dicen que es un buen poeta, yo no conozco nada de eso. Pero lo que es el otro viejo, ese que se la pasa perorando como si diera clases todo el día, tan mal como redacta sus notas de fútbol, que ni quien

entienda, no sé cómo le dieron los rusos la medalla Lenin como poeta. Yo creo que sólo vieron el nombre de Stalin escrito a cada línea.

A veces quedábamos frente a las puertas de la imprenta de *Excelsior*, rodeados de voceadores que corrían de un lado a otro con la edición vespertina de los diarios. El interior negro, oscuro y sucio, de donde salían los bultos de periódicos, daba la impresión de un horno gigantesco recién apagado. Un infierno en desuso.

Mi padre compraba los diversos diarios y recorría rápidamente los titulares de las páginas políticas. En ese entonces, yo no entendía cómo podía conocer de antemano todas esas noticias: «Aprovecharon la declaración del regente», murmuraba para él, «ya ni la hacen, qué manera de agrandar una pobre acuchillada para hacer tanto escándalo», «le deformaron sus declaraciones al pobre gobernador, la traen contra él... deben ser órdenes de Gobernación, si no, no veo por qué, pues era rete cuate del director de este diario», «esta cabeza debe ser de don Víctor, se le reconoce en seguida, es muy buena; él hizo la cabeza más corta de la historia, un simple YA, cuando murió Stalin». Pasaba con más calma a la sección de deportes, donde leía con atención noticias y comentarios: «Buena crónica la de mi compadre, no cabe duda que conoce los caballos», «mira nomás, se nos fue este jonrón de Ávila en Veracruz: el Poncho se ha de haber emborrachado durante el juego y no nos envió nada, pero ahora sí me lo voy a poner parejo, si no lo suspendo una buena semana», «en fin, en internacionales no se nos fue nada, se lo dije a Manuelito, hay que checar siempre con las agencias, incluso para nacionales, a ésas no se les va nada».

Después de cruzar avenida Reforma y darle vuelta al Caballito, la circulación mejoraba. El edificio de Lotería Nacional, con sus muros cubiertos de hollín, daba más la impresión de un tribunal donde eran interrogados, juzgados y condenados los criminales, que la de una lámpara maravillosa de donde obedientes genios brotaran para cambiar la suerte y decidir la buena fortuna, cumplir los deseos y hacer realidad los sueños.

Esperaba a mi padre en el auto, mientras él subía a la redacción del diario de deportes donde trabajaba: «Ahí me esperas, si viene un agente le dices que vuelvo en seguida». A veces, yo insistía en acompañarlo: «Mejor quédate ahí, así me cuidas el carro, son muy mal hablados allá arriba». Los cinco minutos de espera previstos por mi padre se transformaban en treinta o cuarenta: comenzaba esa hora ciega del ocaso de la ciudad de México, esos momentos cuando el día ya terminó y la noche no empieza todavía, la luz del sol ha

desaparecido y la eléctrica de los faros de los autos y los faroles de las calles se pierde, sin poder iluminar, entre las sombras grises de la bruma.

—Ya se nos hizo tarde, pingo —decía mi padre invariablemente, mientras se instalaba tras el volante y echaba a andar el auto—, a ver si llegamos antes del vuelo de Western.

Tomaba, entonces, por las calles estrechas de la colonia Degollado, para evitar las grandes avenidas aún embotelladas por la circulación a esas horas. Farmacias de luz amarillenta, donde el neón no hacía aún irrupción; estanquillos de dulces, caramelos, agujas, hilos, listones; un salón de belleza que más me parecía de fealdad, tan sucio y promiscuo se veía su interior; viejos portones de madera, paredes escarapeladas, escaleras de fierro uniendo los pisos con su herrería oxidada y en cuyos escalones faltaban a veces algunos de los travesaños y abrían así a los pies al vacío; muchachos jugando fútbol a media calle y quienes se hacían de lado, para dejar pasar a los autos, sólo cuando escuchaban la insistencia de los claxons; viejas mujeres sentadas en los quicios de las puertas, platicando entre ellas mientras vigilaban de reojo a los niños que corrían por las banquetas o jugaban a las canicas; mendigos deformes que extendían la mano a los pasantes, tan pobres como ellos, con la misma mirada ausente de sus colegas ciegos, menos numerosos en esa parte de la ciudad que en los alrededores del Zócalo. Las tardes calurosas y secas oía zumbear a las moscas, tranquilas y lentas, su vuelo inmóvil, acostumbradas a toda esa gente sobre cuyos cuerpos se posan seguras de no encontrar hostilidad alguna y de formar parte de su vida cotidiana, símbolos, si no de la abundancia, al menos de la comida segura cuyo guiso oloroso atrae a insectos y personas. Las tardes lluviosas, en cambio, guardaban el silencio, la gente en sus casas, el ruido de los autos atenuado por el del agua que caía e iba formando arroyos al lado de las aceras. La luz de los faroles se reflejaba, entonces, sobre el suelo donde, a veces, se descomponía en una tentativa de arco iris terrestre. Las lucecillas rojas y brillantes de los faros traseros de los automóviles bailoteaban bajo la lluvia y daban, así, por unos momentos, una sensación acogedora de pueblito en medio de esa inmensa ciudad donde la piedad parece haber desaparecido de las calles.

Las colonias se iban haciendo más pobres a medida que nos acercábamos al aeropuerto: construcciones nuevas de cemento —cualquier idea de proporción o armonía, ya no se diga de belleza, tan ausente de ellas como los árboles de un desierto de arena— desplazaban poco a poco a las barracas levantadas con pedazos de aluminio, troncos, alambres, y unos cuantos ladrillos entre el lodazal. El ruiderazo de los aviones se iba haciendo más

fuerte, más grandes los aparatos que se achicaban o crecían al cruzar el cielo sobre nosotros y a los cuales veíamos desaparecer entre las nubes o sumirse de golpe entre las construcciones que nos ocultaban todavía el aeropuerto. Oscurecía cuando aparecían titilantes las lucecillas azules de las pistas, frías como las estrellas al fondo del firmamento, como el viaje.

Mi padre se estacionaba enfrente de la puerta más cercana al correo y yo bajaba corriendo a echar su carta al buzón.

El viaje de regreso se hacía en silencio.

La circulación se despejaba y, tal vez porque el día estaba terminado, entonces, cuando ya no tenía prisa ni nada que hacer, mi padre tomaba por avenidas más rápidas, desiertas a esas horas.

Recorrimos ese mismo camino, secreto cuando no mudo, gris y opaco, la tarde de mi partida a París: como si la ciudad se hubiera callado o no tuviera ya nada qué decirme. Sus sirenas despechadas, a semejanza de esas otras que cantaron a los griegos en la lengua hablada por ellos y prefirieron enterrarse en el fondo de los mares a ver extraviado el sentido de sus voces, se habían sumergido en los fondos de la ciudad buscando tal vez el silencio, más sonoro, de sus muertos.

Como en las tardes de enero de mi infancia cuando todo volvía a comenzar con el nuevo año sin los pequeños estorbos que el pasado va dejando más tarde, esas huellas que el cúmulo de años incrusta cada vez con más fuerza apoderándose así del futuro, el viento había despejado de sus brumas matinales ese fin de día. La excitación del viaje había barrido cualquier traza de sueño: el tiempo corría contra mí sin que yo pudiera verlo pasar, ocupada con los últimos preparativos, el viaje al aeropuerto, los velices, la aduana, los adioses —mi abuela me preguntó si yo sabía de quién para siempre me había despedido—, los interminables pasillos hasta la última sala de espera antes de subir al avión.

Algunas personas se arrancan la vida en un acto de rabia o desesperación y, con el mismo gesto, abandonan todo lo que amaron: sus odios, sus manías, sus pertenencias, sus mismos amores, lo que fueron y lo que todavía podían ser, sin saber a dónde van ni en qué han de convertirse. Yo dejé México de la misma manera. El sentimiento de lo que dejaba veló toda noción de mi destino final, esa ciudad de París que creía escogida al azar y de la cual no sabía nada, su idea tan vaga en ese entonces como la que nos hacemos de la

muerte o de la resurrección eterna, unas cuantas imágenes aisladas vistas en los grabados de los libros.

Llamas del infierno, desaparición definitiva, dicha eterna en la corte de arcángeles y querubines, ciudad donde incluso las porteras leen a Proust, país de la moda y de la elegancia, centro de la cultura; ahí las mujeres son libres, los celos no existen, el machismo no lo conocen, capital del anonimato y de la celebridad, nadie se ocupa de ti, nadie es importante, la gloria se gana, el qué dirán no existe, la mejor cocina del mundo, los franceses son de acceso difícil pero su amistad, de poseerse, es de por vida, se siente todo el peso de la Historia, ahí exactamente, en medio del puente Alejandro, entre los Inválidos y el Grand Palais.

El avión despegó a las seis de la tarde, en la cima del crepúsculo, esa hora ciega entre todas, cuando las montañas y los volcanes extienden sus sombras sobre México, el sol atrás de algunas de ellas, alejándose en su paso hacia ese occidente que en América se vuelve oriente, sus rayos iluminando todavía un cielo claro sobre la ciudad ya oscura que enciende sus luces y se transforma en un inmenso mar de joyas relampagueantes.

Rápida, muy rápidamente, el avión se fue alejando de la tierra, su vista cada vez más amplia: el horizonte seguía creciendo enjoyado de luces para esa fiesta nocturna. Muy pronto fue quedando atrás esa ciudad, su ruido, su voz, su mismo silencio y, sobre las montañas, unas cuantas lucecillas parpadeaban extendiendo cada día un poco más sus límites.

El avión entró en la noche como una flecha, sin retardarse en ese crepúsculo con el cual terminan los días. Las estrellas aparecieron en el firmamento al otro lado de las montañas, arriba de ese valle, pálidas guías de ese viaje contra el tiempo donde en lugar de perseguir al sol se vuela a su encuentro.

TERCERA PARTE

¡TIERRA A LA VISTA!

I. EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

El nombre de Roberto Monasterio pertenecía a la configuración del firmamento mexicano de la misma manera que los de María Félix, Lupe Marín, el Indio Fernández, Ruiz Cortines, José Revueltas o Juan Rulfo. Célebres o secretos, los nombres de la actriz, de la mujer de Diego Rivera, del cineasta, del expresidente o de los dos escritores constituían parte de esa mitología de un país donde son inútiles las explicaciones y los conversadores se reconocen entre ellos por su aproximación, verbal o física, a esas figuras. Vivas o muertas, las personas que designan sus nombres pertenecen al dominio público: interesan menos que las anécdotas inventadas a su alrededor. Todavía vivas, su imagen es legendaria, parecen venidos del siglo anterior hasta nosotros y, a semejanza de los muertos, carecen de edad, como corresponde a todos los inmortales. Su muerte, cuando al fin ocurre, sorprende al hacernos comprender que seguían en vida. Ya muertas, viven familiarmente a nuestro lado, forman parte de todas las pláticas y hablan, al fin, la lengua de todos.

Yo había visto a Monasterio en México apenas en tres ocasiones, muy de lejos, a pesar de haberme sentado junto a él en una de ellas. Con su gorra vasca, su barba, un anillo gigantesco en uno de sus dedos largos, finos y huesudos, la enorme estatura en donde se perdía su vientre, un bastón de ébano con mango de marfil entre sus manos, Roberto Monasterio atravesaba las viejas calles del centro de la ciudad de México, asistía muy raras veces a una exposición de su propia obra, iba inusualmente a una fiesta donde las voces bajaban de volumen a su entrada, lo seguían los murmullos, algunos temerarios se le acercaban, sea porque creyesen contagioso el genio, sea porque de no hacerlo hubieran sentido escaparles una oportunidad histórica —en todo caso, en busca de una anécdota que contar después.

A pesar de todas esas apariencias que hacían de él un personaje mítico al extremo de hacerlo entrar en el panteón mexicano, al menos en el ala de los pintores, Roberto Monasterio no había cumplido sus cincuenta años cuando lo

encontré, de pie, en la calle de Longchamp, afuera de la embajada de México. Sin embargo, Roberto se conducía, de la misma manera en que el resto de los mortales respiran, como si ya hubiera entrado, no se diga a los libros de historia del arte o a un diccionario cualquiera, sino en la misma Historia. Las preocupaciones económicas que en otras personas pueden acabar con las ilusiones, atraídos hacia los suelos con la fuerza magnética que tiene la tierra y hechos añicos al caer, no existían ni remotamente para Roberto Monasterio, jugador in nato, capaz de encontrar tan fácilmente una fortuna como de hacerla desaparecer entre sus manos de mago. Tal vez conservado en alcohol, su salud, a pesar de ser considerada por él mismo de primordial interés público, no sufría altibajos más notorios que los de la cruda o los de una ligera gripe que lo excusaba de la baja costumbre de dar la mano a seres mortales. Los lugares en donde comía eran parte de una historia más antigua, la cual le servía de decorado y escenografía. Los nombres de sus amigos, en general muertos, no podían encontrarse en un simple directorio telefónico: Roberto abría diccionarios donde, en vez del número telefónico, leía las fechas de nacimiento y muerte. Sus propias mujeres, con las cuales mantenía relaciones de amistad, habían sido transfiguradas por el matrimonio con Monasterio o el hecho extraordinario de haberle dado un hijo, por la gracia de los inmortales.

La vida de Roberto Monasterio tenía dos etapas que se sucedían y alternaban en un orden tan preciso como el del día y la noche. Una de ellas, en general cuando quienes no lo creían muerto no daban un quinto por su vida, lo cual aumentaba los precios de su obra, durante la cual, Roberto resurgía lentamente de una larga borrachera, donde la fiesta y la depresión eran indistinguibles, y preparaba una nueva exposición, más brillante aún que las anteriores a pesar de los augurios en contra y las aves de mal agüero clavadas en sus telas entre latas de sardinas, enanas, reinas y arcángeles femeninos. La otra etapa comenzaba el día mismo de la inauguración de su exposición, fecha histórica antecedida por semanas y meses de sobriedad y trabajo, expectativa nacional, entrevistas de la prensa escrita, la radio y la televisión, interpretaciones críticas de su obra, telefonazos a ministros y diversos responsables de la difusión de la cultura en el país, recapitulaciones de expertos y del propio Monasterio sobre el significado de sus nuevas telas, cuya creación modificaba la teoría pictórica en la misma medida, si no más, que una nueva jugada de un campeón mundial de ajedrez modifica las posibilidades de este juego. Llegada la fecha histórica —la víspera, Roberto hacía telefonar para exigir que cerraran las vías de acceso al Palacio de

Bellas Artes, al museo o a la galería donde la suerte había colocado su nueva obra— Monasterio prestaba fe a sus propios ojos —a pesar de las afirmaciones contrarias de su mujer en turno, sus secretarios, sus admiradores, sus amigos, su público, el ministro encargado de la inauguración, la prensa— cuando no veía las colas formadas por el pueblo de México para deleitarse con la contemplación de sus telas.

Auténtico discípulo de André Breton, las virtudes surrealistas de Monasterio le permitían sobreponerse con humor, a pesar de algunas expresiones de ira, a esos complots organizados —sea por el creciente fascismo de la burocracia, sea por un grupo de pintores mediocres interesados en desacreditar el genio, sea por su propia mujer— para impedir al pueblo mexicano —y en algunos casos al español o al francés, según la ciudad en donde exponía— despertarse con la explicación de su propia historia, al fin puesta de pie, clara y precisa, en las últimas telas de Roberto Monasterio. Cuando, en su cólera, Roberto no destruía él mismo algunos de sus cuadros la noche de la inauguración, los días siguientes eran ocupados en concebir venganzas y tomar, por ejemplo, la decisión, terrible, de clausurar su exposición, de cualquier manera fuera del alcance de ese gran público al cual decidía privar, castigo ejemplar, de la vista de su obra. Roberto se encerraba entonces a rumiar su destino, tan raro en esa época de mediocres, acompañado por algunos íntimos de su corte, con quienes gastaba la fortuna, ganada gracias a la venta de sus cuadros, en una larga fiesta, al final de la cual había perdido en ocasiones hasta a su mujer.

Yo llevaba ya varios meses en París, precariamente instalada en un hotel de la calle Monge.

—Necesito una secretaria. No te alces de hombros. No te estoy proponiendo un trabajo cualquiera de secretariado. Sé que te ofendería ofreciéndote un sueldo. Se trata de acompañarme. A mi lado tendrás la suerte, y no hay que desperdiciar la oportunidad a la cual pintan calva, de conocer lo más selecto de la *intelligentsia* de esta ciudad, *plaque tournante*, caja de resonancias de la cultura, capital de Europa. Tu suerte está echada y tu fortuna hecha. A tu edad tendrás acceso a personas y salones a los que hombres de mi edad, o más viejos, mujeres de belleza incomparable, jóvenes ambiciosos, multimillonarios, príncipes y jefes de Estado no pueden siquiera acercarse. Has de preguntarte, asustada, dudosa, soñadora, por qué tú y no otra. Tú, ni más ni menos inteligente que cualquier mujer, sin ningún talento particular manifestado hasta ahora, con más lagunas que cultura, y una belleza que deja qué desear —te hablo de esta manera, franca, directa, como lo hicieron los

grandes escritores españoles del Siglo de Oro, quienes no temían llamar al culo culo y a la mierda mierda, porque te considero una igual a mí y no veo la necesidad de disfrazar la realidad bajo eufemismos indignos de nosotros, con los cuales sólo se deforma la verdad y se hace degenerar al lenguaje.

Monasterio tenía, entre otras, la doble virtud de humillar a su interlocutor y elogiarlo al mismo tiempo, evitándose así disputas y enemigos inútiles, pues podía hablar de él en los peores términos en su ausencia, como ya lo había hecho en persona, sin darse el trabajo de agregar el bálsamo consolador, a fin de cuentas inútil en esos momentos, sin que el aludido pudiera protestar en el caso de que las opiniones expresadas por Roberto, quien podía jurar que no hablaba por detrás de sus amigos más mal que delante de ellos. Otra cualidad suya era la de evitar personas con las cuales conversaba cualquier esfuerzo: sea el de responder, emitir una opinión, expresar un deseo u oponerse a proposición alguna. Roberto consideraba que la narración de la vida de cualquier persona, incluidas las presentes, era mejor hecha por él mismo y, sobre todo, mejor interpretada. Estas bondadosas disposiciones hacia el resto de los seres humanos eran coronadas por la idea, aún más generosa, de imaginar a quien se le acercaba una fortuna o, en último caso, un absoluto desinterés por el dinero.

—Así, puedes considerar nuestro encuentro, aquí, en la calle de Longchamp, en el barrio XVI de la ciudad de París, a mediodía de esta fecha que deberás grabar en tu memoria, como un momento decisivo en tu destino, seguramente preparado por los dioses para hacer tu fortuna. No busques explicación alguna: los caprichos divinos obedecen a otras leyes, y su moral, como la mía, está libre de inútiles juicios y procesos. Yo lo quiero así. Yo quiero hacerte ese regalo. Simplemente porque se me pega la gana. ¿Ya comiste?

—No.

—Empiezan tus funciones. Acompáñame al banco y después vamos a comer al Train Bleu.

Tuve que correr a buscar un taxi en la esquina, pues había quedado contratada sin poder oponer ni quejas ni peticiones. Roberto me esperó mirando, con la concentración de un místico frente a la cruz, el escudo de la bandera mexicana a la entrada de la embajada. Más tarde comprendería que esa actitud de concentración le permitía ver, sin ser visto, cuanta gente pasaba a su lado y, así, evitarse saludar a quien no quería entre la multitud de desconocidos cuya admiración le hubiera sido insoportable, sus muestras demasiado numerosas y fatigantes.

Aunque ya había escuchado contar la manera en que Roberto Monasterio había tomado un taxi en la ciudad de México para ir a Oaxaca a visitar a un amigo, y cómo convenció a un chofer parisino, al salir de una comida en La Coupole —restorán donde Roberto daba sus citas clandestinas a mujeres con quienes no quería comprometerse—, de conducirlo a Bruselas con el objeto de rectificar en su memoria los colores precisos de un Rembrandt, no dejó de sorprenderme cuando lo oí dar sus instrucciones al taxista, en un francés con fuerte acento español, pero claro, alto e imperativo.

—Nos va usted a llevar al bulevar de los Italianos, a la sede del Crédit Lyonnais. Di instrucciones —se interrumpió dirigiéndose a mí en español— de que me enviaran el dinero a ese banco, pues es el único donde esperas en sillones amplios y confortables. La espera es más larga que en la BNP y su cúpula no puede compararse, ni de lejos, con la maravilla de orfebrería de la Société Générale, pero al menos no tienes que formarte en una cola. Esto no significa que yo haya hecho nunca una cola, pero me disgusta sobremanera el espectáculo vulgar de la gente formada esperando..., como si fuera una época de racionamiento o un país autoritario. No, espérese —Roberto cambió al francés para hablar al chofer—, tome a la derecha por Presidente Wilson y denos la vuelta lentamente en Trocadéro. Baje después hasta la *rive droite*, siga por el carril derecho y tome a la derecha en el puente Alexandre. Cruce el Sena muy despacio, siga por todo el muelle de la *rive gauche*, continúe por el bulevar Saint-Germain y dé vuelta en la esquina de la calle de Bonaparte. Así podrá usted pasarnos bajo los arcos del castillo del Louvre antes de emprender el camino por la avenida de la Opéra, siempre muy despacio.

A diferencia de esas personas que respiran aliviadas al confirmar el orden de las cosas, cuando visitan ruinas y lugares antaño habitados donde hoy sólo quedan espacios desiertos y, si acaso subsisten algunos vestigios de ese fastuoso ayer, sus restos —inoperantes, absurdos a veces en medio de otro paisaje— han sido transgredidos por el trabajo del tiempo, Roberto Monasterio negaba la ausencia de ese pasado, así como la simple idea de percibir, en esas ruinas, en esas escasas huellas, en esos vestigios o en ese nuevo paisaje bajo el cual quedó enterrado el viejo, la desaparición de esos lugares bajo la realidad más brutal. Las cosas, la gente misma, seguían ahí presentes, sin necesidad de surgir de un remoto ayer, rebeldes a ese paso del tiempo que Roberto violaba a su antojo. Louise de La Vallière sollozaba en un rincón del Louvre cuando pasamos entre sus jardines. Napoleón —a pesar de la prueba contundente de su muerte en la construcción del mausoleo en donde están sus restos— respondía a una carta de su hermano Jerónimo desde

su cuartel general en los Inválidos. Colette ponía el punto final a *Le chat* en su departamento de la Place Royale justo cuando pasamos bajo sus ventanas, y Balzac, Rubempré, Rastignac o Marsay —los personajes imaginarios y los difuntos poseían para Roberto la misma realidad que los vivos—, se dirigía a pie por la avenida de la Opéra hacia el Rocher de Cancale, restorán que Monasterio me mostró con el dedo sin imaginar mi ceguera ni dudar un instante de sus visiones.

Pero a semejanza de otras enfermedades, el delirio de Roberto era contagioso. Sentados a una de las pesadas mesas de caoba del Train Bleu, bajo la pintura mural del Jockey Club en la *belle époque*, alcancé a mirar, a través de sus grandes ventanales cubiertos con el encaje de las cortinas, a un joven elegante y a su madre, quienes subían al antiguo tren llamado Expreso de Oriente con destino a Venecia.

—Cuántas veces no pospuso ese viaje por Albertine. Un hombre como él reducido al espionaje de los celos, porque a fin de cuentas, querida amiga, *La recherche* no es sino una novela de espionaje, la mejor novela de espionaje que se haya escrito.

Vimos pasar al marqués de Saint-Loup, acompañado de una mujer de aspecto dudoso, hacia uno de los privados, y pudimos escuchar la conversación, a nuestro lado, de Robert de Montesquieu con Palamède de Guermantes.

Si Roberto huía con un sagrado horror, semejante al que podía sentir un creyente por un acto blasfematorio, de sus exmujeres —consideradas por él como un submundo marginal—, de la misma manera en que rechazaba cualquier peregrinaje a los cementerios —visitarlos habría significado aceptar la desaparición de mucha de la gente con la cual se rodeaba—, tenía en cambio una fascinación que lindaba con el respeto, tan extraño en él como el sacrificio para un epicúreo, por las viudas de escritores, pintores, diversos artistas y personajes célebres.

No pasaba un día sin que Roberto visitara, o cuando menos telefonease, a algunas de las viudas que conocía. En su agenda, sus nombres eran numerosos y encabezaban la lista en casi cada letra del alfabeto. Al lado del nombre, el teléfono y la dirección, estaban marcadas dos fechas: la del aniversario de la viuda en cuestión y la de la muerte del célebre marido. En ambas, Roberto enviaba un ramo de flores, blancas en el primer caso, rojas en el segundo —«en símbolo del amor que tuvo y conserva por el difunto».

La mujer de Roberto, a quien me presentó esa tarde, pasaba la mitad de su tiempo sumida en la lectura de memorias y biografías de viudas, ante la entera

satisfacción de Monasterio quien la veía prepararse al oficio, superior al de cualquier vestal, de guardar su memoria.

De alguna manera, su conversación con las viudas, quienes hablaban del célebre difunto como de alguien cercano, casi presente, a quien llamaban por su nombre, cuando no por un apodo cariñoso, confirmaba a Roberto en su idea de esa presencia cotidiana donde la muerte no tenía más importancia que una ausencia momentánea, un ligero retardo a una cita.

Así, esa tarde en el Train Bleu, se levantó a telefonar dos veces, sin prestar atención al plato que acababan de servirle. A su regreso, una sonrisa radiante desvanecía la severidad de su gesto, con el cual seguramente imaginaba sus futuros bustos en los museos.

—Elisa va este fin de semana a la casa de campo de la viuda de Paul. Invitó a mi mujer. Antonieta Rivas de Monasterio pensaba partir a Córcega con Edith, la ex esposa de un pintor. Afortunadamente, irá con Elisa a Saint-Cyr. La casa está arreglada al gusto de André. Nada ha cambiado en ella.

La pronunciación, rápida, tenue, del nombre de André, sin el peso del apellido, natural después de su conversación telefónica con la viuda, bastaba a Roberto para poner en orden el mundo, es decir, para ordenarlo a su gusto, y reafirmar sus convicciones frente a cualquier duda que pudiera surgir de la desaparición de los seres y las cosas, movimiento perpetuo que Roberto veía con horror.

—En este mismo restorán, Luis Buñuel y yo charlamos toda una tarde de ese deseo encarnado y en parte realizado por un emperador, Tiberio, y un monarca, Felipe II.

A diferencia de los muertos y de sus viudas, a quienes aludía sólo con sus nombres de pila, Monasterio daba el nombre y apellido de los vivos, comprendidos su mujer y sus hijos, a semejanza de esos nobles que hablan entre ellos pronunciando sólo el nombre, o el apodo, de otros aristócratas, pero dan todos los títulos de éstos cuando hablan con alguien que no pertenece a su medio, para marcar así las distancias y recordar de esa manera las jerarquías.

—De ahí la construcción de ese pudridero en donde metió a sus ancestros, esa magnífica construcción del Escorial, a la cual hizo transportar todos los restos. Felipe soñó con detener el tiempo: una quimera para perpetuarse, querida amiga. Evitar cualquier movimiento que pudiera hacer variar su mundo y precipitar la desaparición del orden establecido, un orden del cual él era el centro vital. Creyó que bastaba con encerrar las cenizas, los huesos y despojos de todos aquellos que lo antecedieron para cerrar la puerta a su

propio pasado, y vivir cada mañana sus funerales, metiéndose en un ataúd, para ganarle el paso al futuro, anticipando así su muerte y petrificando su época. Para Felipe, Hernán Cortés, marqués de un valle de Oaxaca cualquiera, que no significaba nada para ese monarca, nunca fue más que un don nadie. ¿Cómo podía reconocer que más allá del océano Atlántico había otro mundo capaz de desquiciar el suyo? Una cosa era aceptar la propiedad de esas tierras, extendiendo así su poderío, y otra imaginar la existencia de tierras distintas, habitadas por hombres y mujeres diferentes, con otros dioses, otras lenguas... Tal vez por eso encadenaron y metieron en prisión a ese visionario que fue Cristóbal Colón. No se rompe tan fácilmente un orden establecido. Hay que pagar la cuenta. Cuando pienso que el pobre de Colón ni siquiera se percató, al pisar la tierra que hoy llamamos americana, de su descubrimiento: creyó que llegaba a la India. Se topó con un continente. Buen tropiezo. Un tropiezo que causó la desaparición de dos mundos: el de las antiguas civilizaciones prehispánicas y el de una Europa petrificada por el catolicismo, la Inquisición, la fe en ellos mismos, sus dioses y su orden. Se aproxima el aniversario de los quinientos años del descubrimiento de América, la mitad de un milenio... y los europeos no acaban de percatarse de que existe otro mundo. No, querida amiga, todavía no descubren América. A semejanza de ese pobre de Cristóbal, siguen encadenados a un remoto ayer en donde seguimos sin existir porque descubrimos significaría cambiar su visión. No cabemos en ella. No somos más que un reflejo.

Roberto estaba empeñado, reencarnación de Cristóbal Colón, en descubrir América. Al igual que el navegante genovés, pretendía dar la vuelta para regresar al punto de partida, convencido de que el camino más corto era el de la circunvolución, descubriendo lo que ya existía, inventando lo que estaba ahí, presente.

II. LA VUELTA AL MUNDO O DE VUELTA DE ÉL

Como no poseía pasado alguno en la ciudad de París, desarraigada y vacilante, me creí un futuro en ese universo imaginario que era el de Roberto Monasterio.

Algunas veces, traté de hablar inútilmente de mi vida en México, de Alberto, con Roberto o con su mujer: no lo conocían, su nombre no les decía nada. Me escucharon por cortesía, cambiaron de tema lo más rápidamente posible. Todas esas personas y esas cosas a las cuales yo había dado tanta importancia, al extremo de partir para tratar de olvidarlas, que formaron mi existencia durante años y me condujeron a donde estaba, haciendo de mí lo que era, no sólo no existían para los franceses: no decían nada a Monasterio ni a su mujer.

Al mismo tiempo, las cartas cada vez más espaciadas que seguía enviando a México, en las cuales intentaba narrar lo que iba viviendo y describir los personajes presentados por Roberto y los encuentros fortuitos en las calles de París, relatos con los que creía excavar pasadizos por donde trataba de escabullirme hasta México, parecían, al contrario, ir clausurando las últimas puertas, en la misma medida en que no recibían respuesta. Echar las cartas en el buzón del correo me proporcionaba, así, un respiro similar al de los niños cuando salen de misa el domingo y ven el día extenderse libremente ante ellos, terminada la obligación. Al ver partir esas cartas que nadie respondería, pero con las cuales mantenía una comunión imaginaria, sentía el alivio que muchos años antes, durante mi infancia, cuando acabado el día con una oración, podía al fin soñar libremente en un mundo de aventura.

Algunas mañanas, sin embargo, ese París aparentemente próximo, donde en vano trataba de hacerme un lugar y por donde seguía errando como un fantasma, intentando pisar una tierra firme que desaparecía al tocarla, carente de peso y gravitación, sabiendo que podía irme como había llegado, sin que nadie resintiera mi ausencia, sin que yo misma pudiese acordarme muy pronto de esos meses vividos ahí, ese París, me parecía tan ajeno tan distante, como

las imágenes de una ciudad de México cada vez más alejada. Creía, así, esas mañanas, haber cortado definitivamente con todo lo que fui al ver los recuerdos escabullirse de mi memoria hacia un tiempo más remoto que el de la infancia, esa edad donde el absoluto presente no deja nada para mañana. Me daba, entonces, tristeza pensar en la fugacidad de mi amor por Alberto: tan efímero que no había resistido a esa separación, al paso de unos cuantos meses, al trasplante a otra vida. Apenas unos cuantos meses lejos de Alberto, del país, de las personas y las cosas que me hablaban de él, y ya no me quedaba casi nada de ese amor, apenas algunas imágenes invocadas voluntariamente, calladas como esas tarjetas postales de países que no conocemos. Sonreía cosquilleada por la nostalgia, sin percatarme de que si yo había partido de México, tal vez mi amor por Alberto se había quedado allá, donde seguía intacto.

A principios del verano, acompañé a Roberto Monasterio a un taller de litografías donde trabajaba. Monasterio me había presentado tantos personajes, reales e imaginarios, que apenas prestaba atención a los nombres refulgentes de esas nuevas caras. Escritores venidos de los más diversos países del mundo, poetas reconocidos en el fondo de África, mujeres iluminadas cuya obra y amantes eran señalados en libros y diccionarios surrealistas, guías de las siempre más nuevas escuelas filosóficas y literarias, críticos cuya firma era el indispensable pasaporte para cruzar las fronteras a la Historia, y pintores, sobre todo pintores. El mejor, los dos, los tres mejores pintores de cada país, los más caros, los más sobrios, los más imaginativos de cada escuela y cada tendencia. Al contarlos, yo me preguntaba qué pared podía aún quedar libre, sin una tela, cuando no varias colgadas en ella, quién compraba tantos dibujos, acuarelas, pasteles, óleos, serigrafías y litografías. Qué importaba. Todos esos artistas seguían realizando obras inmortales donde expresaban, bajo todas las formas conocidas y por conocer, emociones, ideas, filosofías, realidades, sueños, fantasmas, miedos, deseos, fantasías, placeres, sufrimientos, instantes, cambios, apariciones y desapariciones.

Un grupo de seis o siete artistas trabajaba en esa época en el taller. El patrón, un danés gigantesco, dirigía actividades de pintores y obreros como las de un barco, capitán incontestable y seguro de conducirlos otra vez a tierra firme. En su nave, nadie era más que otro: cualquier manifestación de vanidad era inmediatamente castigada con la expulsión, y el respeto al trabajo de los otros era una condición indispensable para la travesía emprendida.

Al fondo del taller, instalado a una de las gigantescas mesas, entre las prensas, un hombre pequeño dibujaba las hojas de un árbol. A lo largo de los

meses siguientes, vería caer y nacer esas hojas, crecer, tomar los tonos verdes de la primavera, dorarse bajo los rayos del sol, oscurecerse con la edad. El árbol quedó desnudo en invierno y, de nuevo, vistió sus hojas bajo la luz, frondosas, sensuales, acariciadas por el viento. Luis intentaba pintar el viento y perseguía un sueño.

El nombre de Luis Torres, de una manera distinta a la de Monasterio, pertenecía a la configuración del firmamento mexicano. A diferencia de Roberto, Luis era una estrella demasiado distante: sólo podía verse en las noches muy oscuras, pues su luz venía de muy lejos, de mucho tiempo atrás. Luis había dejado México treinta años antes. Viajaba.

Llegado muy joven de su estado natal de Jalisco a la ciudad de México, Luis había vivido los largos meses de la guerra civil española en los cafés de la capital, desde donde grupos de intelectuales y artistas seguían paso a paso los eventos. Torres había visto partir a varios de sus amigos, mayores de edad, a esa guerra por la república que creían ganada en la medida en que todavía creían en el progreso de la Historia. Él mismo estuvo a punto de partir, pero la derrota tuvo lugar antes de que sus dieciocho años se cumplieran. Esperó, como los otros, la llegada de García Lorca inútilmente y, como los otros, se estremeció cuando supo de su asesinato. Vio volver a muchos de sus amigos —aunque no a todos— y llegar a los refugiados españoles, sobre todo los escritores, filósofos y artistas que extendieron los círculos de los cafés.

—Cuando llegué a México aún había canales atrás del Zócalo. Podías navegar por ellos hasta Xochimilco y ver las chalupas llenas de frutas y legumbres que llevaban al mercado de La Merced. La ciudad era muy pequeña, la gente se conocía entre ella, sabías de qué familia era cada quien.

—Yo creía que los canales habían desaparecido desde la época de la Conquista.

—No todos. Los españoles taparon muchos de ellos llenándolos con tierra y piedras, pero algunos subsistieron hasta hace algunos cuantos años. Cuando las cosas dejan de existir antes de que puedas verlas, parecen desaparecidas en un pasado más remoto que el del paso real del tiempo, como si pertenecieran a otros siglos, confundidas con cosas más viejas que tampoco viste. En cambio, si una persona muere o una cosa desaparece cuando ya tuviste la oportunidad de verla, considerarás a esa persona o a esa cosa como parte de tu tiempo, muy próximo, creerás incluso que sigue ahí, todavía presente, y se te olvidará muchas veces que ya no existe. Yo, por ejemplo, a pesar de tantos años como han pasado, cuando regreso a México y me paseo por el Zócalo, agarro las calles que van hacia atrás de Palacio Nacional, me distraigo

reconociendo un detalle olvidado, una esquina, una sala de billar donde jugué de joven, sigo caminando, doy la vuelta y me sorprendo cuando no veo los canales. No acabo de acostumbrarme a su desaparición. Tal vez porque me fui hace mucho de México y no he caminado lo suficiente para habituarme a ese nuevo paisaje, a esas calles sin agua, secas, polvosas, llenas de comerciantes y autos. Lo mismo me pasa con la gente. A ti te parecen lejanísimos Alfonso Reyes, Vasconcelos, la historia de esta pobre María Antonieta Rivas Mercado que fue a matarse, aquí, en Nôtre-Dame. Reyes ya era una celebridad cuando yo llegué a México, pero en fin, estaba todavía vivo y no era tan viejo como yo mismo hubiera podido imaginar. Al igual que don Alfonso, Vasconcelos era otro monstruo sagrado, cierto, pero tenían acaso la edad que tengo yo ahora, unos cuantos años más apenas. El suicidio de la tía de Antonieta, la mujer de Monasterio, acababa de ocurrir, la gente en México estaba todavía bajo el choque de la noticia. No te hablo de Villaurrutia, Owen o Gorostiza, en la flor de la edad, abriéndose paso como tú ahora. ¿Cómo quieres que me acostumbre a sus muertes, esas desapariciones que te parecen tan lejanas, anteriores a tu vida, simplemente porque cuando oíste hablar de ellos acababan de morir? Sigo viendo a Villaurrutia como lo conocí, a mis quince años, más joven ahora para siempre que yo.

Durante las siguientes semanas vi a menudo a Luis. Conversador infatigable y animado, me hacía reír con sus relatos de donde yo no conseguía separar los inventos y las leyendas de lo real, sencillamente —me daría cuenta más tarde— porque la narración de Luis remontaba muy atrás en los años, sucedía en ciudades cuya vida me era desconocida o, como la del México de la juventud de Torres, ya no existía. Las personas de las cuales me hablaba eran para mí imágenes fijas, acabadas como un retrato encuadrado: muy viejas algunas de ellas, su vida terminada, habían entrado en el limbo de sombras.

Luis no inventaba. Simplemente se movía en el tiempo sin prestar atención a su paso ni al modelado que hace de las personas y las cosas, resucitando imágenes lejanas, anteriores a la vejez de los personajes de quienes me hablaba y a los cambios de la ciudad donde vivieron. Personas y país abandonados por él treinta años atrás. Luis los seguía viendo como en aquel entonces. Fiel a su excelente memoria, sin ilusión sobre éxitos y logros que no le interesaban. Al contrario de Roberto Monasterio, cuya capacidad para magnificar y mitificar era parte de su instalación en la Historia, o del resto de los desmemoriados mortales, quienes inventamos —sea porque preferimos olvidar un pasado que nos es insoportable, sea porque ni siquiera

vivimos lo que pasó a nuestro lado—, Luis Torres describía la realidad brutal, sin los adornos de la emoción ni la vanidad bajo la cual se ocultan vergüenzas y miedos. Me hacía reír.

Mientras Roberto habría relatado una cena con un coleccionista y su mujer, en un gran restorán, como un homenaje a su persona, cada gesto y cada palabra integrados a un rito iniciático, cada plato inspirado en una ceremonia propiciatoria y cada botella de vino consumida para celebrar su obra, Luis, curado de su propia imaginación, sin ilusiones ni decepción, contaba la expedición al gran restorán, invitado por el posible cliente, a quien había que halagar, con la suave ironía que hace caer cualquier disfraz.

—El pobre Sotelo se quedaría muy tranquilo sin su viaje a Europa cada año. Imagínate, el viajecito le cuesta una gastritis, una recaída de su gota y un aumento de su diabetes gracias a las suntuosas salsas de los restaurantes recomendados por la guía Michelin. Sin contar los varios millones de pesos, no tanto por lo que gasta entre hoteles cargados de estrellas y servidores persiguiéndote por las propinas, como por lo que le roban sus honestos asociados en su ausencia. Pero, qué quieres, cuando se hace una fortuna colosal como la suya hay que quitarse el aire de provinciano y darse un barniz de cultura, aunque no sea más que gastronómico. Quién le manda andar de prestanombres para producir anticonceptivos baratos, al alcance de las mujeres mexicanas y centroamericanas. Tan católico y tan cumplido, caballero de Colón y presidente de no sé cuántas ligas morales. Pero Sotelo tiene de veras talento para los negocios, ¿no se le ocurrió crear una cadena de universidades privadas, las más caras del país, cuyas inscripciones se venden como pan caliente? Universidades para señoritas modernas con cursos en lenguas extranjeras, profesores venidos directamente de los Estados Unidos y de París, programas de educación sexual, preparación al matrimonio y, lo más importante, un seminario de introducción jurídica al divorcio. Porque hay que saber defenderse en esta sociedad machista. No se lo digas al buenazo de Sotelo, quien se deshace de exmujeres y amantes como de sus empleados: de patitas en la calle y sin un quinto. A menos que le hayan dado un hijo. Por eso las pobres se mueren por quedar encintas. Pero, no te creas, Sotelo tiene buen corazón, nada más que no tiene suerte con sus mujeres: como si no les bastara con ser ricas, bellas y caprichosas, les da por la cultura. Debe ser una enfermedad de millonarias. Cuando su primera mujer empezó a pintar, Sotelo no dijo nada creyendo que así la tenía ocupada. Era normal en ella: de buena familia y con estudios en Suiza. Pero luego empezó a frecuentar pintores y quiso una galería. Sotelo se la compró sin prever el desastre matrimonial con

todos esos artistas barbudos y con el pelo largo que le llenaban la casa en las noches, para colmo, hablando de marxismo y revoluciones. A la segunda le dio por la fotografía. Empezó con las fotos de los cumpleaños de los niños, a pesar de que el generoso de Sotelo le enviaba a las fiestas todos los fotógrafos del diario. Como la chica era una antigua secretaria suya, de origen clase media y sin estudios, él no desconfió del asunto, muy creído de que era el amor maternal el instigador de esa pasión por la fotografía, y le compró cuanta cámara, más sofisticada una que otra, ella veía en revistas especializadas. Pero, precisamente su lado clase media la tenía medio acomplejada frente a la primera exmujer, para quien no dejaba de ser una secretaria. Empezó a hablar de fotos de arte y todo el tralalá que oía en exposiciones y leía de través en los libros que le caían entre las uñas barnizadas de azul —estaba convencida de que el barniz rojo era vulgar. No hubo remedio: de las fotos pasó al cine de arte y a frecuentar una fauna de cineastas y actores peor, para Sotelo, que la de los artistas plásticos. De ahí a querer hacer cine ella misma no hubo más que un paso. Yo creo que por eso mi Sotelo, a pesar de su propia familia y de la oposición de su santa madre, como él llama a la especie de sargento bigotudo que le dio la vida, se casó con la Yoyis. Creyó que con una bailarina se aseguraba contra el accidente de la cultura. Y fíjate, si tuvo razón contra su madre, quien le aseguró un buen par de cuernos, «pues una mujer capaz de exhibirse frente a tanto hombre no puede sino ser una criada o una prostituta, cuando no las dos cosas», no la tuvo contra el destino. Así que ahí me tienes a Sotelo, a la hora que te cuento, visitando el Louvre tras la minifalda de la Yoyis. Con lo gordo que está y los tobillos tan finos como los tiene, «de buena raza, como un pura sangre» me dice, la caminata en los corredores y salas del Louvre se le convierte en un suplicio, mientras la Yoyis se extasía diciendo: «Qué geometría», «qué líneas», «qué claroscuros», «qué óptica», reconociendo en las gordas de Rubens a las exmujeres de su marido, preguntándole a Benavides si su sonrisa no es más enigmática que la de la Mona Lisa y si a poco prefiere esas mujeres tan corpulentas como la Victoria de Samotracia a su cuerpecito bien formado de bailarina. No te puedes imaginar la cena de anoche: lo que no tiene uno qué hacer, qué comer, y qué oír para vender un cuadro. Sobre todo en verano, cuando vienen a París nuestros nuevos ricos mexicanos, muertos de miedo por el frío, con sus mujeres pensando que ahora sí podrán lucir sus pieles... No me canso de decirles que vengan en otoño, Navidad es en familia, si quieren vivir un París menos artificial, vacío, sin espectáculos, plagado de turistas. En fin, recibo el telefonazo de Sotelo para invitarme a cenar:

—Luisito —diminutivo de confianza, paternal y protector para ver si le bajo el precio del cuadro—, habla Toribio, Toribio Sotelo, tu compadre del alma —yo nunca he bautizado a ninguno de sus hijos, pero para mi hombre la raza se divide en dos: compadres y empleados.

—No me digas que estás en París de vuelta, paseador como siempre, me parece que te acabas de ir —es lo único cierto: todavía no me recupero de su última visita, hace ya un año.

—¿Qué quieres, Luisito? Tú conoces como yo a las mujeres, es decir, tú, como ellas, quiero decir, en fin, ya sabes —sí, ya sé que sintió que metió la pata al hablarme de mujeres. Mi moralista Sotelo acepta la homosexualidad en los artistas como yo, pero el asunto no deja de turbarlo. No entiende cómo alguien puede preferir un bigotón a una escultural chica. Ha de verse a menudo en el espejo para preguntarse cómo alguien puede querer besarlo. Las mujeres han de tener el gusto más malo.

—Tenemos que vernos, Luisito —la invitación se le convierte en una necesidad. En México nunca ve a un pintor, pero en París no tiene empleados y como la única relación que conoce es la del dinero pues ahí me tienes: a soportarlo y reírme de sus bromas si quiero venderle un cuadro.

—Cuando tú quieras, Toribio.

—¿Qué te parece si cenamos esta noche? La Yoyis se muere por verte y preguntarte un montón de cosas sobre unos cuadros que vio, espérate, deja que le pregunte el nombre del museo ese... Lorancherí o algo así. Ya sabes que mi fuerte no son las lenguas.

—Ni las necesitas, Toribio. Para eso tienes tanto dinero, que otros traduzcan, trabajo de secretarias.

—Tienes razón, Luisito. ¡Qué voy a perder mi tiempo aprendiendo lenguas! Como si se hiciera dinero con ellas. Está bien para las viejas, pero uno... Bueno, tú, porque vives aquí y con tantos años, pues algo se te ha de haber pegado. ¿Estás libre esta noche?

—A tus órdenes, Toribio. ¿A dónde quieres que vayamos? Algo simple, sin complicaciones, uno de esos restorancitos franceses con una buena comida sana, sin mido.

—Exacto, Luisito, tienes los mismos gustos que yo. ¿A dónde quieres que te mande el chofer? Mejor que pase antes por ti, para que no te hagamos esperar. Ya sabes cómo son las mujeres de tardadas para vestirse.

»Dicho y hecho. La *limousine* que alquiló en el Crillon pasa por mí al hotelito donde vivo. Yo en la puerta, ya listo, pues más vale que la patrona no vea al chofer uniformado y me suba el alquiler que me da por mes. En el bar

del Crillon, bien instalado frente a un vodka, me pago una hora de espera hasta que baja la Yoyis. Toribio no ha terminado de rasurarse y no consigue entrar en el *smoking* que no se había puesto desde hace un año. El “restorancito de comida simple” es el Lasserre. Y ahí nos tienes: Toribio pujando en ese traje donde no cabe, la Yoyis con un escote más bajo que su ombligo, un sombrero de través con dos orquídeas y una falda larga abierta de lado para enseñar la pierna, y yo con mi traje brillante de tanto uso, la corbata que me estrangula y los únicos zapatos que tengo sin agujeros, bien boleados, que me aprietan. Bajamos de la *limousine* ayudados por el chofer, el portero y otro servidor, como si fuéramos parálíticos o trajéramos una pata enyesada. Casi nos cargan hasta el elevador: para subir un piso. Muy listos, con la experiencia que tienen, ya le midieron los complejos al Toribio y calculan las propinas con que Sotelo tratará de convencerlos de que es muy rico. La Yoyis sonrientísima, enseñando la pierna y los senos a los meseros para que vean que aparte de rica es guapa. Una vez sentados a la mesa, comienza la tortura: el número de mis empleos se multiplica y me vuelvo, al mismo tiempo, traductor, secretario, dama de compañía, guía de turistas, profesor de arte contemporáneo, *mâitre d’hotel* para explicarles los platos, degustador de vinos, cortesano, payaso, psicoanalista, presentador de noticieros, hombre de negocios y vendedor de cuadros.

»Obviamente, como soy el más viejo y el único que habla francés, el *mâitre d’hotel* se dirige a mí para saber qué aperitivos tomamos. Lógicamente, me da a mí el menú con los precios, el cual le paso no tan rápido a Sotelo como para no haber visto las cifras astronómicas de unas ensaladas, con el precio de una de las cuales yo vivo una semana. Luego de ordenar entradas y platos, después de una larguísima discusión con el *mâitre d’hotel*, comienza la conversación intelectual antes de que yo pueda carburarme con mi aperitivo.

—¡Ay, Luis! No sabes... Ayer fuimos a ver una pieza de Marguerite Duras. No te imaginas. ¡Divina!

—¿Dónde?

—Tú sabes cómo es este París. Al fondo de un edificio rete feo, en el barrio ese muy viejo, atrás de Nôtre-Dame.

—¿El Marais?

—Eso mero. Un grupo de teatro experimental, no de esos comerciales, sino de los que trabajan por puro amor al arte, sin vestidos ni decorados, todo en la imaginación. En una especie de garaje gigantesco, con un techo transparente...

—Una especie de vidriera bajo una lona. No te imaginas el calor, Luisito. Mejor hubieran hecho en darnos unas toallas y poner duchas a la salida. Parecía sauna. Afortunadamente, como tú sabes, soy un iniciado en la yoga y aproveché para hacer mis ejercicios respiratorios, bien concentrado, mientras duraba la representación.

—¡Ay, Luis! Una vergüenza. Se oyeron sus ronquidos. Tuve que darle un codazo para que se despertara.

—¿Cómo crees que alguien puede dormirse en esas sillas tan chiquitas que nos dieron? Unas sillitas para enanos, Luis.

—Bueno, es cierto que hacía un calor enorme, pero la pieza valía la pena. Tienes que ir a verla, Luis. Si quieres, vamos mañana, yo la vería otra vez.

—«La vería otra vez» —dijo mi buen Toribio arremedando a su dulce Yoyis—, «la vería otra vez». Es lo único que puedes hacer, mi vida, porque de entender, no entiendes nada.

—Si lo dices por el francés, te equivocas, Tori. Conozco la pieza perfectamente. Mi maestra me explicó todo. Es un impugnamiento metafísico de la soledad femenina a tres voces. Y como dice Noris, mi maestra, todo es escritura, la anécdota no importa. Simples detalles frente al cuestionamiento general de la visión del mundo. Se va a poner feliz cuando le cuente que vi la pieza. Lástima que no la leímos antes de venir. Pero no importa. El chiste es el sentido global.

—Ya sabes que la Yoyis se decidió a estudiar. Parece que es muy dotada, según me dicen los profesores. Yo prefiero que estudie a que se vuelva una bohemía como las otras. La cultura bien aprendida, nunca está de más. Tú, ¿qué piensas, Luisito? ¿Crees que se vería mal si pedimos una botella de whisky para no estar pidiendo una copa tras otra? Después de todo, no soy manco y yo puedo servirme solito.

—¡Ay, Tori, no! No nos hagas pasar otro ridículo. ¿No puedes beber vino como los otros?

—Pídeme la botella, Luisito. Si se las pagamos al precio de la copa, ¿qué más les da?

—Lo único que falta es que saques tu lata de chiles.

—¿Y qué? Soy yo el que se los come, no ellos. Además, ni te hagas, ayer bien que te comiste unos cuando saqué mi lata.

—El ridículo ya estaba hecho. Imagínate, Luis, allí, en La Tour, ¿La Tour de cómo?

—La Tour d'Argent.

—En ésa. Tori sacó su lata y le pidió al mesero que se la abriera.

—Hizo bien.

—¿Tú crees?

—Claro, Yoyis. Para eso es rico. Si no, ¿para qué quieres que le sirvan sus millones? Los complejos son para los pobres como yo.

—Pero los de las otras mesas son también ricos y han de pensar que somos unos indios patarrajados.

—No, para nada, Yoyis. Ni saben qué son los indios patarrajados y si de casualidad se fijan, piensan que ustedes son unos originales, gente extravagante. Nada más «chic», como ahora dicen.

—Pídeme la de whisky, Luisito.

»Mientras llamo al mesero y pido la de whisky, la cabeza de papirote de la Yoyis se me distrae de la cultura con la visión de un plato en la mesa de los vecinos. Cambio de menú. Pero la Yoyis Sotelo tiene sus ideas fijas.

—¿Vamos mañana, Luis?

—¿A dónde?

—A ver a Marguerite Duras. No te imaginas qué belleza.

—¿La pieza?

—No, ella, Marguerite.

—¿Dónde la viste?

—Pues en la pieza.

—¿Allí estaba?

—Una horrible flaca escurrida, con cara dramática y una voz para dar miedo a cualquiera.

—A Tori sólo le gustan las muchachas bien formadas como yo. Pero la Duras tiene su estilo: alargada, melancólica, con voz pausada.

—Pero, ¿cómo la oíste?

—¿No entiendes? Te digo que en la pieza. Tenía el papel principal de las tres mujeres.

»Te juro que dudé. Capaz que la Duras se puso a dieta y se decidió a actuar. Nunca se sabe. Pregunté su edad.

—Unos treinta años.

»¿Para qué aclarar la edad de la Duras? Después de todo mi Yoyis está feliz de haberla visto actuar en carne y hueso y yo no soy un aguafiestas para echarle a perder su “souvenir” parisino. Que su profesora le explique... en el caso de que sepa algo más que la metafísica. Yo estaba ahí para vender un cuadro y no para discutir sobre la identidad de la Duras que me importa más o menos tanto como la ontología de la soledad femenina o masculina. Si no, ¿para qué diablos soy homosexual? En fin, comienzan a llegar nuestras

entradas. Ahí tienes a mi Sotelo tratando de deshacerse de su plato ofreciéndole probaditas a la Yoyis o tirando bajo la mesa todo lo que puede. Yo hago como que ni veo, mientras intento llevar la conversación hacia mi negocio, pero necesitaría un tercero para hacer el elogio de mi pintura. Allí es donde hace falta una mujer apasionada por tu dinero, que hable de ti como de un genio, te haga pasar por un hombre distraído, lejos de los ínfimos intereses económicos, a quien no debe molestarse con bagatelas de ese orden, tan ensimismado como está en su arte. Para eso está ella: para discutir nimios detalles como son los varios miles de dólares con que los grandes coleccionistas se pelean cada uno de tus cuadros. Debí haberme casado, sería millonario. No sabes la envidia que me da Monasterio: no conozco a nadie más capaz de hacer su propio elogio de manera tan desinteresada —como si hablara de las pirámides de Egipto—. Puede dar un curso de historia sobre sus propios cuadros con una fe que no puedes dejar de creerle. Pero yo no puedo, me da una pena horrible hablar de mis telas. Roberto habla de las tuyas como si fueran las de otro. Incluso, a veces, se permite una ligera crítica como, por ejemplo: “Tres de mis Reinas Católicas, realizadas en 1959, son una desviación de mi trabajo, tal vez por la influencia sufrida durante un viaje a Grecia del clasicismo dórico, rápidamente asimilado a mi obra, tal cual puede verse en mis siguientes óleos así enriquecidos”.

—¿Quieren pasar a ver mis últimos cuadros? —lanzo de sopetón con una vocecita tan tímida que ni Sotelo ni la Yoyis me escuchan, uno ingiriendo su whisky y la otra extasiada ante sus «carottes nature à la manière du chef, avec une sauce à la saumonelle et un vol-au-vent soufflé garni d’épinards frais», unas zanahorias enanas apenas hervidas con una cucharada de crema encima.

—¡Ay, Luis! Qué suerte la tuya de vivir en París: pensar que comes esto durante todo el año.

»Me cree conejo para comer zanahorias crudas todo el año. Con las zanahorias que hay en México. Nomás porque se las sirven en una pila de platos de porcelana. Mi Yoyis engulle sus zanahorias mientras sus ojos voraces buscan lo que hay en mi plato. Debe estar en edad de crecimiento, pues liquida mi *foie-gras* y los restos del “coulis de langoustines a la mode aérotomique” que Sotelo intenta desaparecer bajo la mesa, olvidando el humilde pasado de muerta de hambre de su exquisita esposa, cuando se atiborraba de fritangas escurriendo grasa. Sin contar con que en México me la tienen a dieta, pues la chiquita tiende a engordar y Sotelo la compró flaquita, y no considera los kilos de más como una plusvalía rentable. ¿Cómo quieres que se llene con los platos delicados de la “nouvelle cuisine”? Mi riñón

flameado a la moda de no sé qué época, el salmón de los mares del norte salpicado con caviar a la ayatollah de Benavides y el *turnedos* de la vaca alimentada con pasto destilado de la abadía de Cluny, sin contar los *dauphinois*, las *mousses* de legumbres y el pan, pasan al estómago de la Yoyis con una rapidez que le deja tiempo para espiar los platos de los vecinos. Toribio ni cuenta se da, preocupado por el vacío creciente de su botella de whisky. Siguen los heladitos con alcohol para hacer el agujero normando, inútil en nuestros casos: Sotelo lo llena con whisky, en la Yoyis se abre a medida que come y yo no he podido probar bocado. Los quesos pasan también a su curvilíneo estomaguito y, ya sin las máscaras y disimulos de esas formas tortuosas con las que desde niños reprimen nuestra verdadera naturaleza y frustran nuestros mejores instintos, formas a las que dan los lindos nombres de cortesía y educación, Sotelo puja y señala su botella de whisky vacía, mientras la Yoyis me dice:

—¡Ay, Luis! —no sé por qué ese tipo de mujeres comienza siempre sus frases con un «ay» cargado de dolor, como si tuvieran un cólico—, estamos entre amigos, como al fin ni Tori ni tú comen nada y ni les gustan los postres, mejor yo los escojo.

»La pequeñuela se zampa un pastelito de dos kilos de chocolate cubierto de cacao fundido, un *soufflé* relleno de almendras y otras dulzuras con su merenguito encima flameado con cuatro alcoholes, y unos *profiterolles* rociados con su respectivo chocolate fundido, sin contar los *petits fours* y trufas de chocolate, más chocolate, que llegan a la mesa para acompañar los cafés. La Yoyis empieza a sudar cuando, al fin, Sotelo recuerda que soy pintor y me propone que haga un dibujo de su hermosa mitad.

—A ver, Luis, dibújate a mi Yoyis. Así, al natural. Sin poses. Que te traigan papel y lápices. Un artista como tú puede hacer un retrato donde sea. No necesita la dizque inspiración de los impotentes que se tardan tres años para hacer unas cuantas líneas. ¿Eh, mi Yoyis? Que le hagan su retrato para que guarde un recuerdito de esta noche. Pídete unos cognacs, Luis, para que te inspires.

»Me animo y me digo: pues de una vez, si no cuándo. Pido el papel, saco un carbón que traigo conmigo y comienzo el dibujo de la Yoyis haciendo cuentas de mis deudas, calculando lo que puedo pedir, los millones de Sotelo, el precio del restorán. No sé cómo hablar del precio de mi dibujo cuando oigo al buen Toribio adivinarme.

—¿Cuánto se hace pagar un artista de tu prestigio por un dibujo como ése?

»Respiro tan aliviado que decido no exagerar. Después de todo me invitan a cenar y más vale pájaro en mano que ciento volando. El dibujo quedará terminado esta noche y ve tú a saber cuándo pueda venderle un óleo.

—Cinco mil francos, para ti, Toribio. En galería un poco más. Sin contar que se trata de un pedido, un retrato, no es un tema libre, tú comprendes.

—La galería te quita una buena parte, si entiendo bien.

—Cobra su comisión, claro. Pero me vende bien.

—Y aquí tienes hasta a la modelo. Bailarina, por si fuera poco. Cinco mil francos en... ¿cuánto tiempo? ¿Quince minutos, treinta...?

—Muchos años de preparación, Toribio —lo interrumpo temiendo una rebaja por parte de este excelente hombre de negocios que es Sotelo.

—Y no olvides su talento, Tori —siento que la Yoyis me ayuda y le mejoro los dientes un poco saltones de su sonrisa, le quito el doble mentoncito que se le ha ido formando.

—Con el talento que tiene ni trabajo le cuesta un dibujo. Cinco mil francos... Lo que me cuesta esta cena. No está mal.

»Doy los últimos trazos a mi dibujo, convencido de embolsar mis cinco mil francos, y le extiendo su retrato a la Yoyis.

—¡Ay, Luis! Está divino. Se van a morir de envidia mis amigas. Cuando les diga que eres el mismo que pintó a la Félix y a Dolores del Río...

—Lo que cuesta la cena... —repite Toribio mirando de reojo el dibujo—. Buen negocio. Date cuenta, Yoyis, sin la inversión del restorán, los salarios de los empleados, el precio de los productos y en menos de media hora. Debes ser riquísimo, compadre. Has de tener tus ahorros en Suiza. Ni impuestos pagas...

—Depende, Toribio.

—Otra vez le harás su óleo a la Yoyis.

—¡Ay, sí, Luis! ¡Qué ganas de posarte para un retrato de verdad! En colores. Uno bien grandote para ponerlo en la sala, ¿eh, Tori?

—Claro, mi Yoyis. En el próximo viaje, cuando te haya crecido el pelo un poco más. A ver, déjame ver.

»Yo sigo esperando mis cinco mil. Inútil insistir, sería grosero. Ya me los dará cuando liquide la cuenta de la cena, me digo sin querer ver lo evidente.

—Muy bien, Luis, muy bien. Son los ojos de la Yoyis. Tu muestra acaba de convencerme: le harás su óleo. ¿Cuánto cobras por un buen óleo?

—Treinta y cinco, Toribio.

—Treinta y cinco mil francos, dólares ¿o qué?

—Francos, Toribio. Aquí vivo.

—La próxima vez, mi Yoyis. A ver, Luis, pídetes otros cognacs para celebrar tu regalo. Después de todo, bien puedes regalarle a mi Yoyis una muestra. Treinta y cinco mil francos... Nada mal. Pídetes la cuenta, compadre. Me salen ustedes muy caros: cenas, óleo. Yo no hago oro, compadre. Ni soy un artista como tú. Trabajo todo el año, temprano a la oficina. Con el sudor de mi frente.

»En efecto, Sotelo se limpia el sudor que le escurre de tanto alcohol. Liquida la cuenta y deja un billete de quinientos de propina.

—No soy un artista como tú, compadre. Yo tengo que hacer mis cuentas si no quiero pasar mi vejez en la miseria. Pero, no te creas, avaro no soy: más de cinco mil francos la cena. No cualquiera te invita a un festín como éste, ¿eh, compadre?

»Ni quien dude que mi Sotelo sabe hacer cuentas», concluía Luis muerto de risa.

En esa época, Torres se alojaba en un pequeño hotel al lado de La Madeleine. Estaba en París provisionalmente para hacer una serie de cinco litografías encargadas por la Fiat. En realidad vivía en Londres al lado de un viejo amigo, desde hacía veinte años. Sin ilusiones, pero con humor, Luis había alcanzado la serenidad después de años de dramas y sainetes, querellas y delirios. Vivía al día, sin temores ni ambiciones.

—Una mañana me desperté curado de mi imaginación. Había cumplido cincuenta años, treinta y cinco de los cuales se me habían pasado en unos dramas horribles que yo inventaba solito. Con el pretexto de que yo era un pintor genial, me emborrachaba e insultaba a la gente, hacía reír a los otros hablando mal de todo el mundo, perdía todo mi dinero, seguro de la llegada inminente de mi fortuna, y me despertaba al día siguiente con una cruda moral horrible, sin siquiera atreverme a abrir los ojos, tratando de recordar dónde diablos estaba. No te imaginas qué horror: toda la mañana imaginando cómo conseguir dinero, dónde comer, con qué pagar el hotel. Ya por la tarde, otra vez eufórico y convencido de mi inmortalidad, echando pestes contra la injusticia y la ceguera del mundo incapaz de reconocer al genio incomprendido, es decir, yo mismo. Por si fuera poco, me inventaba unos amores apasionadísimos, evidentemente nunca correspondidos, completamente imaginarios, donde yo interpretaba a mi favor una frasecita de amistad o de piedad, cuando no de rechazo. Así martirizaba a unos pobres señores a quienes chantajeaba con miles de reproches forzándolos a decirme que me querían —para deshacerse de mí al menos ese día. Sufría muchísimo, pero estaba contentísimo con todos esos dramas. A mis ojos, yo era todo un

personaje y casi podía leer mi biografía escrita por gente muy erudita, un montón de investigadores capaces de reconstruir todos esos amores tan apasionados después de mi muerte. La última vez me duró cuatro años: torturé a un pobre hombre que no buscaba más que mi amistad y terminé con ésta y con mi famoso amor. Después de una de esas escenas donde se me iba la energía de un año de trabajo, me hacía tratar como la *Traviata* y subía el tono más alto que *madame Butterfly* antes de hacerme un hara-kiri moral, extenuado al extremo de no sentir siquiera remordimientos, ya no digas tristeza alguna, me puse a hacer cuentas. Acababa de cumplir los cincuenta: imposible considerarme el jovencito que ya no era ni el efebo que nunca fui, chaparro y feo como soy. ¿Cómo podía imaginar que desataba pasiones? Se necesita estar loco, me dije. Traté de acordarme de todas esas historias tan aburridas como repetitivas. Volví la cabeza tratando de distinguir qué quedaba de todo eso: nada. Un enorme vacío. No podía acordarme de nada. Ninguna huella. Un blanco tan grande como el de las miles de telas que soñé pintar y nunca pinté. Me había pasado treinta y cinco años de mi vida buscando y viendo fantasmas, mirando triunfos y glorias donde no había sino quimeras y visiones. ¿Cuántos años me quedaban? Menos de treinta y cinco, en todo caso. Me vi, sin necesidad de recurrir al espejo donde nunca había podido verme, bien disfrazado con mis delirios, tal como era: un cincuentón con el pelo ralo, un montón de canas, otro montón de arrugas, cansado, ojeroso, el pasado —ahora sí— definitivamente más largo que el futuro. Más de la mitad de mi vida estaba atrás y no sólo no era el genio célebre y millonario que me creí todos esos años, sino que no tenía dónde caerme muerto. Hay una edad en la que no puedes seguir soñando: los dientes se aflojan, cuando no se caen; las gripes te dejan sus lastres; la respiración se te entrecorta cuando subes más de un piso; te duelen los huesos cuando hace frío; en fin, surgen una serie de achaques contra los cuales no hay remedio ni marcha atrás: tu cuerpo está usado exactamente como un viejo traje. Solamente que no lo puedes tirar y comprarte otro. Se resienten en él las negligencias y los abusos brotan de su interior como una erupción mucho tiempo contenida. La maquinaria ya no funciona igual que antes: como esos viejos relojes que comienzan a atrasarse o a ir más rápido, el tiempo se te disloca y empieza a correr fuera de ti. Tu vida pasada te parece un instante, aun cuando sabes que es la parte más larga del pedazo que te corresponde, y los años, esos mismos que antes te parecían tan lentos, atrapado como estabas por la ansiedad, pasan ahora demasiado rápido. No estás tan viejo para ponerte a pensar en la muerte, pero ya no puedes seguir imaginando que

mañana todavía hay tiempo. Afortunadamente, se desvanecen todos esos sueños que estorbaban la vista y puedes mirar a tu alrededor: se desploman las grandes amistades por recién conocidos, las pasiones amorosas que dos días antes te inventabas se caen, se pierde la fe en el espejismo de tu fortuna, alcanzas a ver los límites de ese futuro del que ya no te queda gran cosa. Estaba curado de mi imaginación, una de las enfermedades más peligrosas cuando se quiere hacer algo y no se la domina con la maestría de Roberto Monasterio, capaz de imponerla a los otros. Se necesita una fuerza que yo nunca tuve: me creía solito las novelas que me inventaba y de las cuales no me quedaba, después, más que el tiempo perdido. Pero más vale tarde que nunca: y así como ya no podía seguir engañándome, con la edad tampoco pueden seguir engañándote los otros, lees en ellos, oyes lo que piensan de ti, de los otros y de ellos mismos.

Luis me dio las claves, ese verano, para aprender a viajar. Yo seguía buscando en París los nombres de las calles de mi ciudad, el sonido del español, la cara conocida y familiar que pudiera devolverme la pequeña seguridad del hogar y la identidad como una herencia y no un encuentro. Me relataba, ante los otros, mi historia desde la época de Cuauhtémoc.

Tardaría varios años antes de poder dejar México: de encarnarlo y no de huirlo, abrir al fin los ojos y despertarme del sueño hipnótico de la infancia. Acceder al anonimato del extranjero, ese lugar donde la vida me había citado, muchos años antes, a solas.

La desaparición de las cosas que yo creía más reales, el desplome del México que dejé, su fragilidad y su fugacidad, las sucesivas partidas de la gente con quien creí establecer amistades duraderas y de quien nunca volví a saber nada, mi propia inestabilidad económica, cuerda floja en donde me sostenía cada vez más precariamente gracias a mi trabajo secreto de escritora fantasma y al no menos absurdo, e irreal, de corresponsal de un periódico que nunca veía, pero el cual me obligaba a buscar noticias que concernieran a México, mi cada día más polvorienta obsesión por Alberto, de quien no tenía ninguna noticia, a la cual acariciaba noche a noche tratando de mantener en vida, y que yo creía lo único real que me quedaba de lo vivido en México: sí, quizás todo eso, o simplemente el miedo y el mismo deseo que me hizo dejar mi país, me fueron orillando a vivir en un espacio imaginario, a fin de cuentas más duradero que el real, pues el tiempo no puede pasar sobre lo que no existe.

III. NIDO DE ESPÍAS

A las decenas de discos de canciones mexicanas que ya nadie escuchaba en el país, con la excepción de unos cuantos nostálgicos, de las lavanderas en las azoteas, de los borrachines en las pulquerías de los pueblos más atrasados y de los nacionalistas para quienes era una cuestión de principio rechazar la coca-cola, las hamburguesas y la música norteamericana, agregué una auténtica colección de discos de viejas canciones francesas, muchas de ellas ya fuera de moda antes de la segunda guerra.

Como si quisiera así atrapar el pasado que dejé en México, me sumergí entre los resquicios del tiempo por donde asomaba un viejo París a punto de desaparecer. Tal vez uno de los precios que el extranjero debe pagar por vivir en otro país, donde el lugar que usurpa será siempre tan precario como todo aquello que no pertenece legítimamente, es ese desencuentro con su época.

Las voces de Lucienne Boyer, Liz Gauty, Aristide Bruant y Susy Solidor poblaron con ese eco que surge de los surcos abiertos en los discos por el paso frecuente de la aguja, el espeso silencio de las noches, cuando creí haber olvidado a Alberto, como las voces usadas de Agustín Lara, Fernando Fernández, Elvira Ríos o Toña la Negra resonaron en el caracol de las horas que forman las madrugadas en que así revivía las semanas pasadas con él tantos años atrás.

Sentía al fin venir el sueño, mecida por esas canciones conocidas de memoria, cuando Charles se despertaba hacia las cuatro de la mañana, sobresaltado por el aullido de las sirenas que, en su infancia, anunciaban el bombardeo de Lyon. Otra vez, cada una de esas noches, Charles abría los ojos buscando el fuego que venía del cielo. Iniciaba entonces un monólogo, con toda la fuerza de quien se acaba de despertar, con el curioso terror de sus cinco años, cuando escapó a su madre y al mundo subterráneo de los refugios y las pesadillas, para mirar caer las bombas sobre la ciudad y ver brotar, de la tierra y de los edificios en llamas, los géiseres de fuego. Nunca conocí, antes

ni después, a alguien capaz de contemplar tan apasionada, hipnóticamente, los fuegos de artificio.

Frotándose las manos de angustia, súbitamente envejecido quizás por ese largo viaje al pasado que hacía noche a noche, Charles, quien cientos de veces me afirmó nunca haber soñado, saltaba de la cama donde había dormido, con los ojos abiertos, mirando todavía las imágenes de su infancia o de sus sueños. Murmuraba, entonces, las palabras conocidas que lo traerían hasta esa noche, a mi lado, tan lejos de todos modos del verdadero presente, ése más real: el de los otros.

Aviones ingleses y norteamericanos, Pétain, De Gaulle, soldados con el uniforme nazi penetrando en el castillo de su padre, Darlan, el conde de París. Él mismo, años más tarde, tirando al aire con su ametralladora «para no matar a nadie», corriendo entre los túneles de la Kashba tratando de reconocer la geografía de la ciudad secreta, Londres, Dijon, Bruselas, Berlín, París. Yo veía desfilar las imágenes difusas de ésas y otras ciudades, cuarenta, treinta, diez años antes, bajo los ojos alucinados de Charles-Emmanuel, quien se contaba su vida acumulando acontecimientos, viejas noticias, historias ajenas, procesos de criminales nazis, condenas de inocentes, ejecuciones de infanticidas, confesiones de espías, asesinatos en serie de grupos del *milieu*, guerras de policías, miedos personales, torturas imaginarias, crímenes célebres un siglo o diez años atrás, el escándalo Markovitch cuyos hilos secretos él conocía mejor que el mismo Pompidou, los complots alrededor del Shah de Irán a quien veía caer víctima de sus abusos y de la guerra del petróleo, intrigas y misterios de pobres asesinos, fugas de delincuentes a quienes la policía se cansó de perseguir pero que Charles sabía dónde estaban, imágenes del monasterio a donde su padre huyó de su madre, el hambre y el frío de la pensión en donde pasó su infancia, sus propios procesos contra sus cuñados, contra el fisco, contra el Estado, contra su mujer, contra sus inquilinos, detalles y más detalles en un desorden con el cual creía esconder las claves de su existencia —de todos modos, me percataría más tarde, detenida años atrás— y en cuya telaraña se atrapaba él mismo buscando un futuro a lo que ya había terminado.

Yo veía despuntar el día a través de las ventanas, atrás, muy atrás de la silueta de Charles, quien daba vueltas en la pieza contándome otra vez las noticias leídas hacía quince años, o ayer, en un libro de historia, en el *Figaro* de una semana atrás, en las memorias de un coronel inglés.

Era inútil tratar de intervenir, poner un orden, querer comprender, escuchar al oír. Si Charles sentía surgir tales peligros —incluso de una

persona a quien decía amar, o de otra, completamente desinteresada, pero quien trataba de entender y hacía una pregunta por simple cortesía—, escapaba por la tangente abriendo cláusulas, agregando detalles, borrando pistas y murmurando rápidamente quejas, protestas, reivindicaciones de él mismo y del pueblo corso, previendo el desmoronamiento de los Estados actuales, la muerte de un administrador judicial, el Apocalipsis y el juicio de los muertos, la autonomía de las regiones.

Al principio de nuestra vida en común, yo había creído poder traducir, aclarar, entender, seguir siquiera ese discurso: la cascada de palabras bajo cuyo torrente me sentía aplastar y se deslizaban como el agua sin poder retenerlas. Creí, primero, que mi incapacidad para seguirlo venía de mi falta de dominio del francés. Meses más tarde —su monólogo conocido, aprendido casi de memoria— atribuí a mi ignorancia de las anécdotas y referencias propias de un país, por cuya simple mención se reconocen sus habitantes, mi impotencia para seguirlo a través de esas variaciones sobre el mismo tema, en ocasiones semejantes a las de esas músicas orientales en cuyas repeticiones tardamos en distinguir las diferencias, a veces similares a las fugas de jazz que parecen extraviarse en otros ritmos, más puros, alejándose del tema original y al cual terminan por volver a través de otras melodías.

Sus respuestas a mis preguntas eran nuevos escondrijos donde Charles acumulaba detalles para hacer perder la pista a sus perseguidores, a cualquier curioso, a la misma persona de quien exigía, desesperadamente, la ayuda.

Yo me adormecía acurrucada por ese murmullo que me contaba cada mañana la misma historia. Como los niños pequeños solicitan, cada noche, el relato exacto del mismo cuento para poder dormirse, quizás sintiéndose así seguros de encontrar a su despertar las personas y las cosas que desaparecen durante el sueño, yo me aferraba a la narración repetitiva de Charles en donde creía hallar el descanso que proporcionan las cosas permanentes, la tierra firme, la entrada en el puerto después de una larga travesía en barco, la vieja amistad después de la efímera pasión, segura de encontrar a mi despertar ese día ya comenzado y el cual desaparecería, en el crepúsculo, con el silencio de la noche.

La visión de un gigantesco rodillo compresor avanzando sobre él, el engranaje de una maquinaria inhumana donde se sentía atrapado y la fragilidad de los andamios en los cuales él mismo veía vacilar su razón; eran las ilustraciones preferidas de Charles para referirse a la guerra que encarnizadamente sostenía desde hacía veinte años, defendiendo milímetro a milímetro su territorio contra múltiples enemigos. A pesar de sus disfraces,

Charles era capaz de reconocer sus rostros, perseguirlos en sus incursiones y anticipar sus actos en los seis o siete periódicos que recortaba por los dos lados de la hoja cada mañana. Documentos y testimonios evidentes, a los ojos de Charles, sobre las trampas y los peligros que acechaban su paso. Pruebas completadas semanal, quincenal o mensualmente con los recortes de revistas, los cuales conservaba, si no con los cuidados y el orden del director de la Biblioteca Nacional, sí con la misma vigilancia. Sus archivos —así denominaba las montañas de recortes— obedecían a clasificaciones particulares, sólo conocidas por él, su secreto celosamente guardado en contra de las grandes agencias de espionaje, de algunas otras menos conocidas pero no por ello menos eficaces, y de la simple curiosidad de vecinos indiscretos.

Charles escondía, bajo la apariencia del simple amontonamiento de recortes —donde ojos inexpertos no hubieran visto sino un desorden digno de los servicios de salubridad—, el secreto de una clasificación con la cual protegía sus archivos. Desgraciadamente, a pesar del misterio de las clasificaciones que inventaba, los espías robaban regularmente los archivos.

Prueba irrefutable de esos robos: los periódicos publicaban la noticia, por ejemplo, de la expulsión de algunos diplomáticos soviéticos y era inútil que Charles pasara la mañana completa expurgando sus archivos. Evidentemente, todos los recortes en donde él hubiese podido estudiar, bajo la luz de esa expulsión, los verdaderos motivos que condujeron al gobierno francés a tomar la drástica decisión, habían desaparecido. ¡Había gente interesada en borrar los rastros!

En ocasiones, Charles continuaba sus excavaciones en esa montaña de recortes durante varios días. Yo era testigo de la existencia y del robo de los documentos, Charles estaba seguro de ello —a pesar de mi falta de atención, él podía recordármelo—: yo lo había visto guardar en un cartón los preciosos papeles —sí, esos mismos que, inconsciente de su valor, yo había querido tirar a la basura. Afortunadamente, él había salvado de mi barbarie esos recortes.

Negro de la tinta de los periódicos, Charles salía de entre sus recortes, noches después del descubrimiento del robo, perdida cualquier noción del tiempo, con una sonrisa y un grito de victoria en la boca. «Oui, ma petite», repetía varias veces, antes de comunicarme en un susurro, al oído, volviendo la cabeza para asegurarse de que estábamos solos y nadie podría escucharnos, dudando por unos instantes de mi discreción, los resultados de su investigación: se trataba, Charles poseía las pruebas, de la D. S. T. Era transparente como un cielo límpido una mañana de verano.

La angustia de los primeros momentos, ésos en que Charles descubría el robo —calmada durante la investigación y convertida en una sabrosa satisfacción al localizar al culpable—, estallaba otra vez. De vuelta a la realidad, si así puede llamarse a la simple cuenta de las noches y los días pasados bajo las colinas enmohecidas de recortes, no quedaba a Charles más remedio que hacer frente a las cartas recomendadas que llenaban su buzón y, drama no menos grave, a la pérdida de todos esos diarios publicados durante su semana de ausencia de la superficie terrestre. Muy tarde para comprarlos, aún más para recuperar su totalidad en los corredores del metro, en los basureros, en casas de vecinos sin piedad —quienes podían regalarse con un banquete enfrente de un hambriento y tirar los restos sin pensar en tanta gente que no había comido un trozo de carne desde hacía años, ya no se diga de arrojar un periódico a la basura sin siquiera leerlo, sin pensar en tantas personas que no habían podido procurárselo por falta de medios. ¡Y Charles no hablaba de los lejanos habitantes del Tercer Mundo! Él veía los problemas más cercanos, sí, esos que lo concernían en carne y hueso. Charles se refería, a través de esa circunvolución, al único intento que hizo por crear un negocio independiente: una librería.

A dos cuadras del bosque de Boloña, en la periferia de París, Charles poseía un viejo caserón cuya construcción central databa del siglo XVI. Alrededor de ésta, probablemente una pequeña casa de campo en sus orígenes, ya derruida en gran parte, se habían ido amontonando otras paredes, escaleras y techos a lo largo de los últimos dos siglos. Paredes, escaleras y techos que, tal vez, fueron correspondiendo a las necesidades o a los caprichos de sus sucesivos habitantes, uno de los últimos dueño de una lavandería: la máquina de vapor, una vieja locomotora de varias toneladas, todavía sobre sus rieles, seguía ahí. Charles había comprado el terreno en donde estacionaba el pequeño tren: poco después, construyó sobre él y a su alrededor piezas y terrazas, sin que la remota idea de deshacerse de la máquina hubiese siquiera rozado su imaginación.

Deshacerse de cualquier objeto, así fuera una cajetilla de cigarrillos vacía, era algo tan doloroso para Charles como separarse de un diente, un dedo o una pierna, sin que la importancia de las cosas o de los miembros y el sufrimiento de la pérdida poseyeran una jerarquía proporcional a su valor, a su rareza o a la posibilidad de sustituirlas: el dolor manifestado por Charles, la angustia que lo devoraba en esos momentos, eran los mismos por una pila de viejos periódicos ilegibles, por una lata de sardinas vacía —el dibujo grabado sobre el metal le era tan precioso como a un antropólogo la única figurilla

descubierta entre las ruinas de una civilización—, o por un diente que se le caía.

Desgraciadamente, la carencia de capitales financieros —así designaba su falta de dinero— o tal vez la guerra que sostenía contra el futuro haciendo de sus mañanas algo tan inimaginable como la propia muerte, había pospuesto indefinidamente la edificación de la mitad del techo y de tres de las paredes que debían encerrar en una sola pieza a la locomotora.

En ese enorme espacio, alrededor de la máquina de vapor y de un pozo seco, abierto al cielo, Charles acumulaba sus tesoros: sillas sin una pata, sofás vetustos, refrigeradores inservibles, radios sin sonido, televisores sin imagen, una vieja imprenta cuyo transporte hasta ahí le costó un dolor de vértebras, afortunadamente calmado por la posesión del material, cafeteras y cojines podridos, colchones destripados, macetas con troncos secos, calefactores rotos, pedazos de lámparas, llantas, puertas de autos y de casas, armarios de los que no quedaba sino el recuerdo de sus formas, amplificadores fundidos, alfombras deshiladas, trozos de lavabos, una tina antigua, tuberías oxidadas, cajas con vajillas y trapos, bóileres y aspiradores cuya vida había cesado dos décadas atrás, toneladas de fierro, madera, polvo y telas de araña multiplicadas al infinito por los espejos hechos trozos que Charles había colocado, aquí y allá, entre los estrechos pasajes que quedaban y por los cuales se movía como un bailarín sobre la escena.

A pesar de las dimensiones de esa pieza y de la reproducción de su vastedad por los espejos de todas formas y tamaños, su volumen era, como todo en esta vida, limitado: los objetos invadían el resto del caserón, los pasillos, la entrada, el salón, el comedor, la cocina, las escaleras, las recámaras, las terrazas, los techos y la multitud de pequeños cuartos que formaban las construcciones vecinas, más nuevas, edificadas por los sucesivos habitantes, seguramente obligados a dividir el espacio para multiplicarlo. Pequeños cuartos en hilera por los cuales se debía pasar para acceder al otro extremo de la casa, en donde se encontraba la librería.

Charles acababa de comprar la tienda cuando lo conocí y había decidido hacer de ella una librería —en su imaginación, el único noble de los comercios. Sin embargo, esta nobleza inherente a la escritura de los libros, la cual lo protegía incluso contra el contacto plebeyo del dinero, no podía augurar un negocio sumamente fructífero: el caserón estaba ubicado en una zona residencial sin comercios ni restaurantes a su alrededor.

Estas circunstancias, aunadas a su pasión por los periódicos — participantes de la nobleza de los libros gracias al goce, aunque en menor

escala, del sagrado fenómeno de la escritura—, lo decidieron a extender el comercio de los libros al de los diarios y revistas.

Charles nunca pudo saber cuál agencia de espionaje, cuál fuerza secreta, cuál de sus enemigos se opuso a la distribución de periódicos en su librería. Luchó durante semanas en las diferentes oficinas de la agencia distribuidora de los periódicos, para tratar de obtener la concesión. Sus burócratas, más secretos que los misterios de las antiguas divinidades, nunca pudieron, o nunca quisieron, responder directamente al porqué de esa negativa. Peor: ni siquiera aceptaron haberse negado, sencillamente posponían la autorización. Charles tuvo que resignarse a reconocer un solo enemigo, el más pequeño del gigantesco engranaje de ese sistema represor que así censuraba la información: el dueño de una papelería vecina, quien monopolizaba los escasos clientes de esa parte del barrio.

Después de varios estallidos de cólera y angustia, Charles tomó la decisión de hacer frente a ese monopolio y de luchar, solo, una vez más, contra los abusos de ese mismo Estado que le negaba la herencia de su madre, lo desposeía de sus bienes, había pillado la Borgoña de sus antepasados, se oponía a la independencia de Caledonia, Bretaña y Córcega, continuaba entrometiéndose en la política de sus antiguas colonias africanas y aún pretendía que él, Charles, pagara por el armamento para reprimirlo.

Decidido a luchar hasta el fin, el cual no tardó ni tres meses en llegar — para Charles la vida eterna se extendía de las cosas a los hombres, ciego al envejecimiento de los objetos, como algunas personas al de ellas mismas, incapaces de ver en el espejo un rostro distinto al aprendido de memoria treinta años atrás—, Charles instaló un estante más en su librería, donde colocó cada mañana los periódicos del día comprados a su vecino y enemigo, pues para acceder a otro vendedor habría tenido que caminar más de veinte minutos.

Así, tras los vidrios amarillentos de las vitrinas —Charles sostenía que era mejor para la salud de los libros una buena capa de polvo que los protegiera del sol, sin contar con la ventaja de una semioscuridad interior, la cual desmoralizaba a los espías eventuales—, podían percibirse vagamente los estantes y mesas con libros, y, junto a la puerta, los periódicos expuestos al lado de las revistas.

Durante los cuatro o cinco meses que duró la aventura de la librería, raramente entró un visitante en ella. Pero, cuando al azar, tejido en este caso con los hilos del ocio y la distracción, condujo a algún extraño a cruzar el umbral, podía leerse la sorpresa en su rostro de la misma manera en que la

manifestaría un paseante en un cementerio convertido súbitamente en restorán, al ver las mesas alineadas entre las tumbas. Charles, temeroso de los posibles robos y, al mismo tiempo, dichoso de la llegada de ese mesiánico cliente, se precipitaba sobre él sin darle tiempo de responder a su saludo, girando alrededor suyo, alto y nervioso, barajeando, ante los ojos del presunto comprador, libros antiguos de su biblioteca personal, los cinco ejemplares de la *Pléiade* y algunas novedades que yo le había prestado para ayudarlo a llenar el vacío de sus estantes, libros de ocasión en inglés comprados en la venta de caridad de la iglesia americana, libros amarillentos, sus hojas roídas, que sacó de los subterráneos de su casa donde habían pasado años de humedad.

Y, como si el visitante hubiese reprochado la pobreza de la librería o la escasez de novedades, anticipando cualquier pregunta e imaginando un diálogo en donde el otro fuera sucesivamente un cliente, un cómplice, un espía, un ladrón de libros, un agente fiscal, un adversario encarnizado, un psicoanalista, un enemigo y un confidente, Charles se justificaba alegando la reciente apertura de su librería, las dificultades para formar un fondo de libros valioso seleccionado entre la basura que lanzan los editores todos los meses al mercado, y las mil y un trampas del sistema para atrapar incautos, provocar quiebras e impedir el establecimiento de un comercio, coartando la libertad individual, para no hablar del creciente analfabetismo, obviamente orquestado por un plan internacional, a través de la televisión, o de esa americanización con la cual se pretende uniformar, peor que en la Unión Soviética —el presunto cliente trataba, ya no de abrir la boca, sino de buscar a quién se dirigían todas esas incongruencias—, a hombres, mujeres y niños —Charles continuaba implacable y sin piedad el ataque— para quienes el libro ya no existe, reliquia de tiempos antiguos como ese ejemplar que les viene de sus ancestros —Charles defiende el libro entre sus manos— y que, desgraciadamente, a pesar de sus deseos y de las ganas evidentes del cliente —las evidencias, para Charles no se manifiestan sino ocultas—, no puede vender. Pero ahí están esos otros libros. Inútil tratar de robarlos: a pesar de su aspecto un poco usado por manos poco cuidadosas y de su aspecto vetusto, son tiernamente vigilados, cada uno de ellos.

Charles daba vueltas alrededor del visitante, mientras discurría sobre el problema que representa el robo en el comercio, sin dejar de mirar ostensiblemente el movimiento de las manos del cliente extraviado en su librería, quien comenzaba a hacer tentativas de huida, todavía inconsciente de la trampa en la cual había caído. Ignoraba la agilidad verbal y física de

Charles, quien daba un salto hacia la puerta de entrada y, al mismo tiempo que señalaba con un dedo acusador la calefacción encendida, haciéndole sentir con su gesto el sacrificio al que puede llegarse por la comodidad de una persona tan endeble como para temblar de frío en un interior, colocaba un rodillo de tela al pie de la puerta para evitar cualquier corriente de aire.

En vano, el distraído paseante coqueteaba con la idea de la fuga: Charles le impedía cualquier tentativa de acercamiento a la puerta girando a su alrededor, mostrándole uno y otro libro, contándole sus proyectos y tocando tanto tema diferente que, a veces, uno de ellos terminaba por interesar a la mosca por fin atrapada en el tejido verbal. Pero, si Charles no podía tolerar que el incauto visitante partiera sin comprar un libro o, más bien, sin el deseo de adquirir alguno, cuando la casualidad o la fatiga —el ingenuo podía creer que pagando podría partir— lo inducían a tratar de comprar un libro, Charles descubría instantáneamente el valor incalculable de ese objeto del cual no podía deshacerse a ningún precio. El más maltratado de los libros de ocasión, el más anodino, despertaba una pasión amorosa en el corazón de Charles ante la idea de su pérdida. Así desgarrado entre el deseo de vender y el de conservar ese tesoro, prometía conseguir otro ejemplar, alegando incluso el mal estado del ejemplar o la promesa de venta a otro cliente, pidiendo un adelanto para financiar la búsqueda, verdadera labor, no se diga de un simple bibliófilo, de un antropólogo, de un detective, de un arqueólogo. Sí: un arqueólogo de la edición.

En ocasiones, un cliente más decidido entraba en la librería con el claro objetivo de comprar un periódico y dirigía su mano hacia el diario que su imaginación había soñado poseer contra el intercambio de unas cuantas monedas. Charles saltaba sobre el estante interponiendo su cuerpo entre la ávida mano y la hoja de papel expuesta al peligro. Desgraciadamente, el desplante de algunas personas en los lugares públicos, los comercios considerados parte de éstos, superaba la rapidez de Charles tomado de improviso, y, con un desenfado irrefrenable, cogían entre sus manos la única hoja que quedaba del periódico en cuestión: el vicio de Charles por los recortes lo había hecho sucumbir a la tentación y del diario expuesto en el estante no subsistía completa sino la primera página, señuelo ya devorado en parte por el propio pescador.

Su crimen descubierto, Charles no manifestaba arrepentimiento alguno. Como todos los criminales empedernidos, en quienes la perversión ha deformado cualquier sentimiento natural y ven en los gestos más inocentes de los otros la propensión al mismo vicio, recurría entonces a la complicidad, al

proselitismo y a la corrupción: ante la mirada atónita del cliente, anestesiado por el estupor, sin poder comprender todavía el porqué de esa hoja única del diario, Charles mostraba algunos de sus recortes y, convencido de compartir su manía con el visitante, confundía el asombro con el interés. Charles comprendía que su interlocutor deseara hacer sus propios recortes, él mismo no había resistido a las sabrosas noticias del día, las cuales completaban informaciones más viejas —bastaba echar una ojeada a sus recortes, si así lo requería la ávida curiosidad del cliente, mientras él iba a buscarle un diario completo. Si el visitante podía adelantarle el pago del diario tanto mejor.

Seis meses, diez, un año, ni nosotros mismos supimos cuánto tiempo duró la aventura de la librería. La gente del barrio la vio morir poco a poco sin saber con exactitud cuándo cerró sus puertas para siempre. Los recortes de periódicos se fueron acumulando rápidamente en su interior, sobre los libros, en sus pasillos, como antes en el resto de la casa, llenando el espacio y convirtiéndolo en un depósito más de los archivos de Charles.

Los recortes terminaron por acumularse contra la puerta de la librería, cada semana cerrada más tiempo, sus horarios de apertura más reducidos, pero Charles siguió creyendo durante años que un día volvería a abrirla.

Como la librería, el despacho de arquitectura donde algunos alumnos, reclutados por Charles en un curso que impartía en la universidad, trabajaban preparando proyectos y concursos quedó invadido un día por los recortes de diarios y revistas que desde el sótano de su casa, habían ido subiendo las escaleras invadiendo cada rincón del viejo caserón. Pero antes pasaron los años con esa lentitud que poseen los días y sus noches, habituándonos suavemente a sus cambios, raptándonos con su paso silencioso el tiempo de darnos cuenta: ese tiempo que a veces nos devuelve, al regreso, la ausencia.

IV. LA CONQUISTA

Si no llegué a parecerme a Charles a pesar de los nueve años durante los cuales nos vimos a diario y compartimos todo cuanto un hombre y una mujer, en esta vida, pueden compartir cuando no creen que envejecerán juntos, nunca vi en él los cambios ni las huellas con que el tiempo señala su paso de la misma manera en que no podía verlos en mí misma.

Simplemente los días se convirtieron en años y la presencia del otro en una costumbre que fue haciendo imposible imaginar cualquier futuro sin ella. Por eso a veces me digo que Charles se quedó con todo y que mis recuerdos deben estar escondidos entre sus archivos, clasificados como el resto de los recortes, perdidos bajo la montaña de papeles en donde ninguna agencia de espionaje podrá nunca encontrar nada, porque cuando yo trato de acordarme de mi vida a su lado no surgen sino los añicos de algunas imágenes dispersas, piezas extraviadas de un rompecabezas. Como si durante todos esos años el tiempo nos hubiera abandonado llevándose con él las palabras para recordarlo y, sin su paso, hubiésemos dado vueltas entre las piezas idénticas de un laberinto. Y, sin embargo, cuando otras historias ocurridas en esos años brotan por azar en el filo de las horas, ahí, donde el presente da vuelta y atrapa por un recodo los viejos días de antaño, aparece la imagen de Charles con el fajo de periódicos bajo el brazo, recogiendo fotografías, papeles, objetos y muebles, restos del paso de cada una de esas personas a quienes la falta de dinero, un fracaso o la simple nostalgia hicieron volver a México intempestivamente.

Extranjeros el uno para el otro, si yo aprendí a vivir en francés, al lado de Charles y a lo largo de semanas y meses, hasta sentir temblar las palabras cuando volvía a hablar español durante los dos o tres breves viajes que hice a México en esos años —salían vacilantes de mi boca, titubeando, convalécientes—, de vez en cuando y a pesar de tantos años, volvía a ver en el rostro de Charles los rasgos mudos de un desconocido cuando su mirada cruza la nuestra en el azar de los corredores del metro: Charles tenía frente a

él a una extranjera que hablaba otra lengua y en cuyos gestos no conseguía adivinar el significado de esa cascada de sonidos incomprensibles. Yo tardaba en darme cuenta, tal vez porque yo misma debía volver de muy lejos, de dónde venía su extrañeza, de nuevo extranjeros el uno para el otro, mirándonos sin comprender los gestos de ese desconocido. Charles nunca aprendió el español y nunca fue a México. Pero me oyó hablar de mi país casi cada día durante todos esos años: la claridad del cielo algunas mañanas de París donde yo veía los vientos de enero de mi infancia, el aroma de las rosas rojas que me paseaban entre las chinampas de Xochimilco, el olor de la canela que me evocaba el arroz con leche de mi madre, los chiles verdes de las tiendas árabes, los cuales me recordaban el mercado de Oaxaca, el raro aguacero de un verano semejante a esos otros bajo los cuales me empapé en las calles de México, los horarios continuos de La Coupole como en los restaurantes mexicanos, los mercados sobre ruedas con sus marchantes cantando los nombres de las frutas y las verduras donde yo volvía a ver los viejos tianguis, las palmeras de Niza como en los camellones de la ciudad de México, la sonrisa de Ignacio en el rostro de Dominique, la voz de Véronique cuyo timbre era el mismo de Silvia, los calcetines blancos, los choclos azul marino, las faldas plisadas, el moño en las trenzas de las niñas, las mañanas del domingo afuera de una iglesia integrista, similares a esas otras niñas corriendo en el patio de la iglesia de San Francisco cuando salíamos de misa.

Imágenes imaginarias, Charles las olvidaba tan pronto como las oía sin poder ver en los Champs-Élysées la avenida Reforma ni en los árboles centenarios del bosque de Boulogne los pirules y los ahuehuetes de Chapultepec. Historias desvanecidas de su memoria tan rápidamente como yo se las contaba: las palabras donde yo veía la gente pulular en las calles, la entrada del cine Roble, las terrazas del San Ángel Inn, la coctelera de plata donde el mesero preparaba un martini seco, los rayos de un sol dorado, los ojos tan brillantes de Alberto, la risa de Ignacio, el sabor de una jícama, palabras transparentes para mí, eran opacas para Charles quien no podía ver sino las vagas sombras que pasan sin dejar huella.

Pero si él sólo conoció México y mi vida allá a través de mi relato, yo nunca conocí de su vida anterior a nuestro encuentro sino lo que él me contó. Porque si yo dejé mi pasado en México, Charles lo guardaba secretamente, protegiéndolo de espías, inaccesible al robo, acumulándolo hora sobre hora, escondido bajo las apariencias del desorden y el polvo, sin dejar escapar ni un detalle, en los sótanos del viejo caserón cuyos pasadizos sólo él conocía.

Así, a veces, cuando trato de acordarme de Charles y no consigo ver sino una silueta a contraluz, cuando en vez de una historia, por incoherente que sea, sólo quedan algunas imágenes dispersas, termino por decirme que el tiempo, fuera de las palabras, tal vez no existe. Quizás por eso los sueños que no me conté, aunque sea en el secreto de la voz baja, se esfumaron sin dejar recuerdo.

Y yo aprendí a hablar en francés durante esos años al lado de Charles, dejando de traducir cada palabra y de mirar en la palabra *bois* a Chapultepec para ver aparecer Boulogne, aprehendiendo a través de otra lengua una realidad distinta e intraducible como las mismas cosas porque nunca bajo la palabra *cahier* surgirán los cuadernos en blanco del primer día de clases de cada año en los meses de febrero de mi infancia y bajo la palabra *sombrero* jamás veré instantáneamente la vitrina con los sofisticados *chapeaux* en terciopelo negro de la calle de l'Abbaye, la poesía cubriendo con los cabellos de *Venus et Neptune* cabezas de Nefertitis.

Cuando las cosas se alejan hasta perderse de vista y de ellas no me quedan sino las palabras para contarlas, desprovistas de inútiles cargas sentimentales, huecas a veces cuando los años llevan a cabo su trabajo de recuperación y olvidos, aparece lo que realmente existió, recordándome así que cada ser es único y nada podrá ser nunca lo mismo. Quizás por ello, los sótanos, los patios, las piezas y los corredores del caserón de Charles perturbaban a quienes se decidían a adentrarse en ellos con una mirada distinta a la del ama de casa dispuesta a hacer la limpieza: barrer con su escoba todos esos restos, sacudir el polvo y crear el vacío que necesitan las ilusiones para darnos la impresión de que se puede volver a empezar. Pero, una mirada más curiosa — que tratara simplemente de distinguir cada uno de los objetos ahí acumulados, comprender por qué Charles había guardado ese mueble, aquel libro, descifrar en cada uno de ellos y por su sola presencia los secretos que guardan, las manos por las cuales pasaron— no podía sino extraviarse, confundida la razón a la cual obedece, esa razón cuyo único escudo es el olvido.

Pero si algunos de esos cientos de objetos que Charles guardó en su casa seguían hablando a un oído atento —murmurando pedacitos sin coherencia de sus vidas, lejos de sus orígenes familiares, perdidos entre tantos otros objetos ya mudos—, nunca contaron la misma historia, distinta cada vez, quizás sencillamente porque las palabras, para seguir hablando, también cambian. Y mientras Charles se empeñaba en conservar y proteger contra cualquier hurto todos y cada uno de los momentos de su vida, los cuales creyó poder retener enteros en los restos de las cosas que escondía en su caserón, yo creí poder

guardar intactos mis recuerdos, las palabras con las que me los conté por las noches, sin percatarme de que simplemente los iba inventando. Sin darme cuenta de que las palabras también iban olvidando.

Al lado de las cómodas y armarios estilo imperio de su madre, del péndulo de su padre detenido a las dos horas de una mañana o una tarde de hace quién sabe cuántos años, de los sillones cuya pátina tanto lo enorgullecía, junto a las estufas y televisores inservibles recogidos por Charles aquí y allá, quedaron los muebles, los objetos y los papeles de varios de mis amigos, partidos bruscamente a México por unas cuantas semanas y atrapados allá otra vez para siempre. Allí también deben estar todavía las cosas que traje cuando llegué a París y esas otras que acumulé durante los años pasados con Charles.

Las fotografías en donde yo me seguí mirando idéntica durante tanto tiempo, creyéndomela misma con esa confianza ciega que, a lo largo de la vida, inspira la memoria en los hechos más recientes, haciéndonos olvidar los más lejanos. Fotos a donde Charles, para quien constituían una novedad tan actual como el presente pues nunca antes las había visto, se asomaba tratando de saber, a través de esas imágenes, todo eso que las palabras no podían contarle simplemente porque su tiempo, distinto al presente, tiene lugar en ellas mismas. Menos imaginativo que el auténtico celoso, Charles apenas prestaba atención a los rostros de Alberto, de Ignacio, de Pedro y de otros amigos, irreales como todas esas personas de quienes se oye hablar a sabiendas de que nunca nos cruzaremos con ellas. Pero, a semejanza del celoso —víctima del engañoso juego del tiempo— quien convierte para él en presente lo que para el ser amado ya terminó al extremo de volvérselo algo ajeno, Charles creía poder atrapar en esas caras, que habían sido las mías, lo que yo misma ya no recordaba.

Junto a las fotografías quedaron mis discos de canciones mexicanas y francesas, rayados de tanto escucharlos, los vestidos largos que traje de México como esos otros que adquirí en París, y con los cuales, excepto los ojos adormecidos de Charles, ningún otro par de ojos me vio. Vestidos de satín negro bordados de perlas de fantasía alrededor del escote o con faldas de seda tan amplias que su tela, cuyo ligero volumen cabía en el puño de una mano, hubiera podido servir para confeccionar una decena de blusas. Aún más teatrales: el vestido estilo Imperio en terciopelo rojo escarlata que sólo usaba para escuchar la *Tosca* y ese otro cubierto de lentejuela rosa, robado del armario de mi abuela —quien siguió confesando hasta sus últimos días haber despertado la lascivia de más de diez hombres la única vez que lo usó,

obligada por la obediencia que toda mujer debe a su marido, a cambio, claro, del respeto a un legítimo pudor porque «tu abuelo», terminaba con un ruboroso orgullo, «nunca me vio desnuda en los cincuenta y siete años de matrimonio que convivimos noche a noche»—, vestido predilecto para oír una y otra vez los discos de Josephine Baker, los de Pérez Prado y un viejo chárleston. Un vestido comprado en Drouot, el cual sólo pude ponerme una vez: su edad había dado al encaje negro, de por sí fino, la textura y la transparencia casi luminosa de una tela de araña bajo los rayos del sol; si conseguí entrar en él después de dos horas de movimientos donde cualquier asomo de violencia, así fuera tan leve como el de un suspiro de mi tórax, estaba excluido, no pude salir de él al día siguiente. La filigrana de sus rosas negras, desgarradas aquí y allá por el paso de la noche, dibujó sobre mi piel sus pétalos caídos unos momentos antes de desaparecer convertidos en polvo. Vestidos fuera de moda, como lo son casi siempre los grandes sueños, nunca pude ponérmelos sino durante esas madrugadas de fiestas solitarias, pero no por ello menos suntuosas.

Como esos vestidos, los abanicos, los sombreros, los guantes largos, las zapatillas y el resto de mi ropa quedaron en los armarios de mi departamento, la mañana de un veintidós de abril, la primavera en el aire otra vez tibio, cuando salí de ese departamento con las manos vacías, sin saber yo misma que me iba para siempre dominada por esa fascinación que ejerce la desaparición de una época o de un sitio, tal vez porque las cosas de este mundo, como todo lo que tiene un principio, no adquieren de otra manera esa nostalgia que inspira lo absoluto.

Vestidos largos, ropa, libros, botellas de vino vacías, máquina de escribir, vajillas, maquillajes y todos esos pequeños objetos personales que persuadieron a Charles durante varios meses de mi inminente regreso a su lado, hasta el día en que el silencio —«más atroz que todo el resto»— de ese departamento desocupado de mi presencia, pero donde seguían todas las que fueron mis cosas, lo decidió a meter todos esos objetos en cartones y a transportarlos, junto con el resto del mobiliario, a su casa de Boulogne.

El sofá-cama de terciopelo rojo donde durmieron muchos amigos de paso por París. La mesa del comedor quemada, aquí y allá, por las colillas de cigarrillos que dejé caer adormecida esperando ese momento de la noche donde a veces el tiempo se detiene. El escritorio en donde escribí los libros de los otros y los artículos diarios y desgastantes que me dejaban vacía, no sólo porque muy rara vez me llegaron sus recortes, sino porque cuando terminaba de grabarlos, después de las largas horas de espera para obtener la llamada

por cobrar en los teléfonos continuamente ocupados de la agencia de prensa, durante unos breves instantes, antes de cortar la larga distancia, por fin acallado el eco de mi voz, oía los gritos de los técnicos en esa oficina al otro extremo de la línea, el acento cantarín y nasal de las voces mexicanas, creía caminar entre ellos y poder tocar —tan cerca me parecían— sus manos morenas para despedirme de ellos, a esas horas tan tempranas cuando el día comenzaba para ellos, mientras aquí, en París, ya todo había sucedido y la cuenta de las horas de ese día estaba hecha sin remedio. La comunicación cortada, la distancia que me separaba de México otra vez gigantesca, la irrealidad de cualquier viaje me aparecía, entonces, con la fuerza de esas alucinaciones a las cuales no nos queda sino acostumbrarnos y aprender a movernos entre las imágenes que ocultan las cosas reales, pues aunque los ojos, aun cerrados, sigan mirando su espejismo, las manos nunca podrán tocarlo.

Charles debe haber guardado también todas esas páginas y páginas de noticias y artículos que nunca tuvieron otro futuro distinto al de ser enterradas, lo más rápidamente posible, bajo nuevas noticias y artículos. Centenas de hojas con las exitosas imágenes de los mexicanos en París para el consumo nacional. Imágenes guardadas por Charles en los sótanos de su casa, como si hubiera querido conservar las huellas hasta de lo que no existió, de lo que nunca existió, de lo que jamás podría existir. Otra vez, como en la época cuando mi padre me leía *Las mil y una noches*, la magia de la escritura me revelaba otro de sus misterios: como si bastara con ver escritas las palabras para dar realidad a los sueños.

Qué importaba el vacío de la Salle Pleyel si en los periódicos mexicanos aparecían, se escuchaban casi, los aplausos interminables de un público delirante de entusiasmo ante la interpretación del concierto para piano y violín de Schoenberg por el maestro Raúl Lemus Castro y su asistente checoslovaca Marina Kostolaveck. Apenas seis meses después, pianista y violinista se mataban juntos en un accidente de avión ocurrido cerca de Monterrey, ciudad donde debían continuar su exitosa gira en el interior de México. Nunca sabré si Lemus Castro, quien respondía con toda sinceridad preparar sus conciertos con veinticuatro horas de sueño sólo interrumpidas tres veces para devorar un jugoso bistec rojo, se creía él mismo lo publicado sobre él en los periódicos. Artículos donde era reproducido su larguísimo currículum y las palabras preparadas por su amante esposa, ella misma agregada cultural en una embajada mexicana ante un país nórdico. Puesto desde el cual organizaba con ternura la carrera musical de su marido. Excelente pianista, Lemus Castro no

creía en el genio incomprendido. Bastaba con ver su éxito, escuchar los aplausos que lo obligaban a repetir hasta el agotamiento uno y otro trozo.

Con una hora de retraso, la vasta sala apenas ocupada por una decena de personas —su propia mujer, el agregado cultural en París, un viejo periodista amigo suyo acompañado por su esposa, las dos acomodadoras, dos desconocidos, Charles y yo—, Lemus Castro se decidió a aparecer sobre la escena seguido de su asistente y violinista. Yo había leído varias veces el currículum impreso de Lemus Castro: a los premios del Conservatorio sucedía una lista interminable de conciertos en los más diversos teatros de las ciudades europeas, la cual ocupaba cuatro páginas. Después de éstas, seguía la reproducción de artículos aparecidos en los periódicos mexicanos sobre el triunfo de sus interpretaciones, acompañados por una nota preparada de antemano para explicar el significado, en la carrera musical del maestro mexicano, del concierto que íbamos a tener el honor de escuchar esa noche. Presentación única dada la escasa disponibilidad del artista requerido en otras capitales.

Yo no comprendía el vacío de la sala. Imaginé incluso que se suspendería el recital, que un error en los anuncios de la programación había impedido acudir al público, qué se yo. Estuve a punto de irme, intimidada por el drama que creía prepararse, pero la mujer de Lemus Castro me detuvo. «Hay que acompañarlo.» Había que acompañarlo. Sentí vergüenza cuando lo vi, iluminado por los reflectores, inclinarse ante la sala vacía, la decena de personas presentes sangrándonos las manos para tratar de poblar con aplausos la ausencia de sus admiradores retenidos quién sabe dónde.

La violinista, una mujer desgarbada, tan alta como el maestro era bajo y tan flaca como él era gordo, escondida tras el cuerpo de Lemus, su cabeza sobre la del pianista, se instaló a su lado. El escote de su vestido de tul dejaba ver el movimiento formidable de sus huesos bajo la piel transparente: una maquinaria perfecta que manipulaba al mismo tiempo su cuerpo, el violín, las hojas de la partitura del maestro —a las cuales daba vuelta sin interrumpir su propio virtuosismo—, su cabeza en movimiento perpetuo.

Lemus interpretó el programa anunciado sin dejar ver con ninguno de sus gestos desasosiego alguno ante el vacío de la sala. Se condujo verdaderamente como si cada uno de los sillones de la Salle Pleyel estuviese ocupado. A las obras ya difíciles de Schoenberg, agregó la sonata compuesta en su honor por uno de sus admiradores. El viejo periodista se inclinó para comunicarme al oído su admiración por Lemus: ningún músico podía tocar una pieza donde la ausencia de cualquier ritmo, la negación de toda melodía,

la rebuscada disparidad de nuevas tonalidades exigían tener la partitura enfrente, sin la extraordinaria memoria de Lemus Castro, quien había decidido interpretarla mirando hacia su público.

Después de varias repeticiones solicitadas por nuestros aplausos, Lemus Castro se retiró de la escena seguido por su sombría violinista.

La mujer de Lemus se acercó para invitarnos a cenar: «Hay que acompañarlo». Había que acompañarlo. La invitación se convertía, así, en un deber moral, casi patriótico. La esposa de Lemus Castro, me percataría en el curso de la cena, consideraba a su marido exactamente como un monumento histórico en peligro, por cuya conservación debía acudir a todos los organismos internacionales.

Charles y yo llegamos al pequeño restorán antes que el resto de los invitados. A la puerta del diminuto espacio, sus cinco mesas reservadas para la celebración gastronómica del recital, se mantenía de pie, como una estela, la violinista, quien ahora hacía mover la magnífica maquinaria de sus huesos para recibir a los invitados. Apenas cubierta con su vestido de tul —el frío no parecía afectar el funcionamiento de su esqueleto, tanto más visible cuanto la piel, transparente como la de un fantasma escapado de su tumba, permitía admirar un complicado engranaje cuya vista no perturbaba ningún movimiento muscular ni gesto alguno de su cara, donde los ojos giraban en sus órbitas sin ninguna expresión—, la joven checa era ahora una modesta recepcionista. Nada en ella, en su actitud, en el vestido tan ridículo sobre la escena del teatro como a la puerta del restorán, en su voz sin tonalidades ni acento, podía hacer imaginar su reciente virtuosismo, o un pasado distinto al de la ocupación, día y noche, de recibir a los invitados de un restorán.

Lemus Castro llegó antes que su mujer, en compañía del viejo periodista y la mujer de éste. Arrojó su abrigo y su bufanda a la joven checa, súbitamente convertida en camarera particular del gran pianista, de quien seguía o, más bien, anticipaba cada uno de sus movimientos, exactamente como la maquinaria escondida de un reloj anticipa el del péndulo. Atrás, adelante de él, a sus lados, Marina se movía y respiraba en un acorde perfecto con el maestro. De la misma manera, debe haber muerto un instante antes que Lemus, sin necesidad de mirarlo para obedecer su última orden, anticipando su gesto para abrirle el paso entre los muertos.

Mi temor de una cena mórbidamente dramática, con quejas, acusaciones, escenas y promesas de reivindicación y venganzas, se esfumó muy pronto ante la sonrisa de Lemus Castro, quien nos pidió, a Charles y a mí, que nos sentáramos más cerca de él. Su mujer apareció en esos momentos

acompañada de dos periodistas que no habían asistido al concierto. Otras personas hacían su entrada, también ausentes al recital.

Lemus nos abandonó para dirigirse a su esposa, quien le tendió, un ramo de rosas rojas:

—¡Mi amor! ¿Contenta de su marido?

—¡Qué éxito, qué éxito! Salí del teatro escuchando todavía los aplausos... Te quieren devorar, mi vida, son capaces de matarte, no pueden pensar que tú también tienes derecho al descanso...

—Los aplausos no cansan, mi amor.

—Pero te hicieron repetir una y otra vez...

—Ve usted, don Arturo —Lemus se volvió hacia el viejo corresponsal—, ve usted por qué me preparo durmiendo y comiendo carnes rojas... Se necesita energía para un concierto de esta envergadura.

—Déjame abrazarte. La última entre tus admiradoras, ¿no merezco un abrazo?

—La primera, mi amor. La sala llena. Me dijeron que la gente se aglomeraba a la entrada...

—No se les podía contener. Pero ya no había cupo. Peor que en Viena. Ustedes —nos dijo a don Arturo, a los dos periodistas recién llegados y a mí—, ustedes cuyos ojos vieron, testigos de este evento, de este triunfo merecido por el verdadero genio, sí, ustedes, pueden ahora darse cuenta de lo que sucedió en Viena, en Praga, en Londres, en Bruselas, en Copenhague...

—Pero esta noche, mi amor, lo de esta noche es in-ca-li-fi-ca-ble.

—¡Incalificable! En París, mi vida, París. Ninguna ciudad más apropiada para reconocer al genio.

—La capital del mundo.

—Del arte, mi vida.

—Don Arturo, relate en su periódico lo que vio. Que sepan en México el triunfo de uno de sus hijos, que vean allá cómo representamos a nuestra patria en el extranjero, cómo la ponemos en alto.

—Desde luego, Lemus, respondió don Arturo mientras limpiaba sus anteojos de ciego. «Envié mi nota antes de asistir al concierto, para sentirme más libre y no estar con la angustia. Todo estaba previsto.»

—Y usted, señorita, ¿en qué diario colabora?

Le dije el nombre de la agencia y de los dos diarios a donde enviaba mis notas.

—Conozco a sus patrones. Amigos íntimos los tres. Estarán felices con usted cuando reciban sus artículos. Y cuando sepan que usted cenó con

nosotros... Se van a morir de celos.

—Con lo que te quieren, mi amor. No sabe usted, señorita, cómo lo reciben cuando vamos a México. Escriba lo que vio: el triunfo de Lemus Castro, su conquista de Europa.

—Hubiera querido invitar a todo el público, pero no se puede. Imposible invitar a la sala completa.

Todavía en esos momentos creía poder asegurar que el número de personas invitadas al restorán era superior al de los asistentes al concierto. Cuando, cerca de las dos de la mañana, después de cuatro horas de escuchar los más delirantes comentarios sobre el éxito de Lemus, esa noche, en la Salle Pleyel, Charles y yo caminábamos solos, comencé a dudar de mis ojos y de mi propia cabeza. Charles respiraba el aire frío de la noche, cargando con un bulto de currículums y comunicados de prensa de Lemus, los cuales recogió a la salida del restorán. La excelente cocina del chef y la calidad de los burdeos le habían hecho olvidar sus angustias. Como Lemus y su mujer, como don Arturo y los otros, Charles sentía aún la sensación de un triunfo. Se había puesto de acuerdo con la esposa de Lemus para promover, en las más diversas regiones, el talento del maestro, del cual no debían dejar de gozar las más modestas personas: los seres más olvidados de esta tierra tenían también derecho a escucharlo al piano. Y Charles quería hacer funcionar un organismo, del cual él era el creador, el presidente y el único miembro —pero esto no podía saberlo la mujer de Lemus—, con cualquier pretexto.

Meses más tarde, cuando llegó la noticia del accidente en el cual murieron Lemus y la violinista, Charles buscó en sus archivos la centena de currículums y comunicados del concierto. Nunca pudo encontrarlos, tan bien escondidos quedaron. Me pidió que le tradujera el artículo aparecido en un diario mexicano, donde relataban el avionazo y daban los nombres de las personas más célebres fallecidas en el accidente. La mujer de Lemus había anunciado inmediatamente su proyecto de consagrarse a la conservación de la gloria del difunto. Empezaría a viajar por todo el mundo, al día siguiente del entierro, para recordar su memoria, en conferencias y mesas redondas, en los más pequeños pueblos, en el último rincón del planeta. Charles sintió una alusión a su conversación con él y dejó caer una lágrima por la muerte de Lemus.

Porque Charles podía decir, tomando entre sus manos el resto de un mueble, una hoja manuscrita, un viejo periscopio oxidado que un amigo encontró en él desierto de sal de Baja California —donde un barco atracó quién sabe cuándo ni por qué lejos del mar— y trajo hasta París: «Aquí tengo

el sueño de un hombre. Aquí está el proyecto de una persona para su vida entera».

V. MUDANZAS AL ESCORIAL

Nada se olvida de manera más definitiva que los sueños cuando no se les cumple. Excepto, tal vez, el pasado. Quizás por ello me fui acostumbrando tan fácilmente al futuro cuando llegó. Imágenes que me habrían parecido insoportables unos años antes, si una vidente me las hubiera hecho ver en su esfera de cristal, se eslabonaron en la filigrana de los olvidos con más celeridad y mayor maestría que cualquier recuerdo: terminé por vivirlas como si nunca hubiera deseado otra cosa.

Y, sin embargo, hay personas capaces, más aún que de morir por él, de dedicar su vida a un sueño. Su fidelidad les cuesta a veces una existencia donde la desesperación va ganando cada día terreno a la esperanza: el oasis de sus sueños al alcance de sus ojos alucinados, fuera del alcance de sus manos, acaban por no creer a sus ojos, ciegos, ni a sus manos, insensibles, cuando tocan al fin la tierra prometida. No pueden reconocerla, tanto la han imaginado. Qué importa, los grandes soñadores no aspiran a la posesión: el sentimiento vulgar de la propiedad empujearía la grandeza de su sueño al tamaño de una vida humana. De los grandes sueños no hay regreso que no conduzca a la más desesperada de las muertes: ésa donde se desvanecen las esperanzas.

Quizás por eso Charles no sólo nunca se atrevió a deshacerse de objeto alguno, por viejo o inútil que fuera, sin sentir vacilar lo que él llamaba los andamios de su razón. A través de cada uno de esos objetos mantenía vivo el contacto con personas ya fallecidas, con gente a la cual no volvería a ver — como los amigos partidos a México y cuyas cosas él les guardaba «para cuando regresaran»—, con su propia juventud, con cada uno de los días de su vida, con sus distintos amores, con algunos trozos de ese México a donde nunca fue y con los cuales creía atrapar ese otro lado de mi vida en ese país.

Tal vez por eso, también, Charles luchaba desde hacía años para hacer abrir las puertas del viejo *manoir* clausurado bajo los sellos judiciales a la muerte de su padre: completamente saqueado después de tantos años de

abandono, los techos podridos, de los muebles que no habían sido pillados no podían quedar sino unos cuantos trozos de leña, demasiado húmedos para, con su lumbre, secar el enmohecido sudor de los muros.

Pero ahí estaban los cuadernos que Charles utilizó en la escuela. Roídos, polvorientos, yo me preguntaba qué podía quedar de ellos. La pregunta que me hacía en silencio, imaginando las salas devastadas, los pedazos de gobelinos colgando en jirones menos espesos que las telas de araña, los cuadros de donde había huido para siempre la luz y no podían quedar sino las sombras de la noche, esa pregunta, que hubiera sido cruel formular en voz alta, suponía una relación distinta con las cosas a la que Charles tenía con ellas. Algunas veces, terminé por rendirme a la evidencia, contra mi razón tan crédula ante las apariencias que no miraba sino a través de ellas: Charles no veía los cambios. Habría reconocido sus cuadernos en un puñado de polvo: y en esos cuadernos estaba contenida para él, viva todavía, su infancia. Los años pasados en la escuela, las noches frías de la pensión, los viejos jesuitas ya muertos, los detalles de los días y las noches que se extendían innumerables, repetitivos, raras veces distintos, durante un tiempo que para él seguía transcurriendo con su lentitud hecha de temores y sorpresas, igual que en aquel entonces.

Algún verano, hace muchos años, antes de comprender que Charles no percibía esa labor del tiempo que hace del pasado un bloque compacto, traté de poner orden en su casa. Más me tardaba yo en tirar un ramo de flores seco que él en recoger de la basura tallos y pétalos podridos, de donde extraía de paso nuevos viejos objetos. Apenas sacudía el polvo de un mueble, tratando de hacer relucir su superficie, él depositaba sobre él una pila de recortes amarillentos. Yo miraba ese amontonamiento como un bloque, sin poder distinguir los tesoros que Charles veía en él. El desaliento me invadía entonces, después de horas de lucha inútil contra el polvo: volvía a mi departamento y dejaba las cosas en ese desorden deliberado donde Charles adivinaba un orden y, tal vez, un alto a todos los tiempos ahí fundidos.

Después, con el paso de esos mismos años, yo también dejé de ver un simple desorden en esa cueva de Alí-Babá y aprendí a descubrir, aquí y allá, si no las riquezas que Charles veía en cada objeto, sí la oscura belleza de un clavecín, sepultado bajo pilas de libros, sobre el cual adivinaba las manos temblorosas de una joven jugando con sus teclas hace más de cien años. La candidez de un viejo piano negro, quién sabe cuántas veces desafinado por el salvaje aprendizaje de jóvenes alumnos, más ávidos de juegos bajo el sol que de severas lecciones de música. La viudez inconsolable de la reina negra a la

que faltaba un pedazo de su corona, parte del gigantesco tablero de ajedrez, sus figuras, de una altura media de treinta centímetros, labradas en marfil por las manos orgullosamente anónimas de esa época hoy terminada, cuando todavía los hombres creían que sólo a través del amor de Dios se accede a la perfección y se participa de una obra a la cual se loa con pálidos reflejos, resultado del humilde trabajo que forjan las manos mortales de los hombres. La soledad de un marinero para siempre joven al lado de una barca de pescadores, perdido entre la inmensidad de un mar unido al cielo, los rasgos de su cara iluminados con una luz interior, inspirada por la piedad de un monje que nunca vio el cielo sino desde las ventanillas de su convento y sólo imaginó el mar a través de sus lecturas.

Al igual que a Charles, los esbozos de algunas telas de Roberto Monasterio, conservadas en esa casa en espera de un regreso cada día más legendario, me daban la ilusión de la presencia de Roberto en París, como en aquel viejo entonces de mis primeros meses en esa ciudad, comiendo a esas horas en el Train Bleu en compañía de Alberto Gironella, también ausente hacía muchos años.

Ahí estaba también la serie de litografías donde Antonieta, en aquel entonces la esposa de Monasterio, había dibujado en el espejo los ojos envejecidos de Paulina Bonaparte viéndose, igual que muchos años antes, en el esplendor de su belleza esculpida para siempre por Canova bajo las formas de esa estatua donde el tiempo se había detenido. ¿Cuál era la verdadera Paulina: la mujer de la estatua o esa otra que la mira, apenas nostálgica, y se mira en el espejo, vieja, sin darse cuenta de que no es la misma?

Antonieta se fue un día a México para vender la mitad de esas litografías. Las metió en sus velices, junto con sus vestidos, su frasco de perfume, su agenda y unos cuantos regalos. Debía volver en dos meses. Llegar a París justo a la salida del invierno. Monasterio la esperó un año antes de irse él mismo, por fin convencido de que Antonieta nunca sería su viuda a pesar de todas las edificantes lecturas que él la había hecho leer.

Pero antes de irse de París, Roberto se gastó los cinco millones de francos ganados con su última exposición. Para matar el tiempo mientras esperaba el regreso de Antonieta, decidido a no cruzar el Atlántico para no dar la impresión de ir a buscarla, invitó a algunos amigos a quienes pagó los viajes desde México o Brasil, Tokio o Jerusalén —los hoteles y los gastos de su estancia en París. Fiel a Antonieta, se negó a contratar una cocinera —nadie debía sustituirla en su cocina— y tomó todos sus alimentos en restaurantes. No dejó lavar su ropa por otras manos, distintas a las de su mujer, pues nada más

íntimo que el lavado de las prendas del marido; cuando la suciedad lo obligaba a cambiarse, Roberto hacía comprar, por alguno de sus amigos, calzones, camisetas, camisas, pantalones y corbatas, y echaba a la basura su ropa apenas usada. También en signo de fidelidad, se rehusó a dejar que una extraña hiciera la limpieza de su departamento o pusiera orden en él. Se negó a abrir su correspondencia, «tarea de Antonieta de Monasterio, quien no tardaría en volver y podría reprocharle —con legítimos celos— un signo de confianza de tal naturaleza en otra», y Roberto no podía correr el riesgo de pasar a la Historia, en las memorias que su viuda necesariamente escribiría a su muerte, como un hombre de pasiones ligeras, capaz de la mínima deslealtad al amor loco por su musa e inspiradora.

El teléfono y la electricidad cortados por la falta de pago, Roberto vivió durante dos meses iluminándose con velas durante la noche. Tal vez para probar los sentimientos de Roberto hacia Antonieta, quien ocupaba día y noche sus sueños y sus desvelos, el destino, bajo las prosaicas formas del dueño del departamento y el taller, lo expulsó de él: ignorancia o mala fe, el hombre dedujo una quiebra general de lo que no eran sino las manifestaciones de fidelidad de Roberto. Alarmado por los vecinos, quienes espiaban el desorden de un marido evidentemente abandonado por su esposa y oían —con el temor que causan los extranjeros en cualquier lugar— las discusiones en español de Roberto y sus extraños amigos —gente disfrazada con trajes y corbatas para ocultar actividades seguramente vergonzosas, pero quienes no podían engañarlos dado el horario nocturno de las citas y su duración tan sospechosa—, el propietario exigió de Monasterio su partida inmediata a pesar del año de caución que se guardó de recordar, mientras reclamaba los tres meses de atraso en los pagos de la renta.

«Antonieta arreglará las cuentas cuando regrese», dijo Roberto, en el fondo deseoso de partir de un lugar que sólo perfeccionaba su dolor al recordarle los tiempos dichosos al lado de su amada. Solicitó a uno de sus parásitos que telefonara a mi casa, sin dejar irse al propietario a quien decidió entregar ese mismo día las llaves. Roberto nunca vio en el desorden y en la acumulación que yo veía en el caserón de Charles otra cosa que una especie de biblioteca de Babel y un museo privado: ahí haría guardar sus cosas mientras Antonieta volvía. Así, ante el asombro creciente del propietario, Charles —con la energía que da el hallazgo de un tesoro— trasladó muebles, ropa, libros, esbozos, telas pintadas o no, cuadernos, vasijas, platos, botellas vacías y basura a un camión que condujo a su casa, donde guardó todo —incluido el polvo— «para cuando Roberto quisiera

recuperarlo». Monasterio sólo se quedó con la ropa que llevaba puesta y los dos velices donde metió, como él dijo, «varios kilos de papel del Banco de Francia», es decir, los cuatro mil y pico de billetes de quinientos francos que aún no había gastado y que sacó —ante el desconcierto catastrófico del propietario— de atrás de un armario.

Roberto se instaló ese mismo día en el Ritz, su hotel preferido, entre los cinco o seis *palaces* de París, por sus cocteles de tequila y por la excelente memoria de su barman, quien no sólo siempre lo reconocía sino que le reservaba su mesa favorita al lado del piano. Desde el Ritz hizo enviar a Antonieta un telegrama diario contándole la dureza de la vida en los hoteles, a la cual se ve condenado un soltero, y prometiéndole instalarse otra vez en un dulce hogar cuyo cuidado y vigilancia dejaba a su cargo exclusivo, conocedor del encanto que tienen, para el eterno femenino, la cocina y el quehacer diarios. Cartas de relación y de promesas, dictadas a uno de los dos choferes a quienes convirtió en sus hombres de compañía, sus respectivos taxis estacionados en la plaza Vendôme, día y noche, con el taxímetro contabilizando en francos el tiempo de espera. En ocasiones, Monasterio utilizaba chofer y taxi para desplazarse a un restorán, a su galería, a Bruselas o simplemente al Louvre. Cuando un insolente se atrevió a criticar el desperdicio que para él significaban esos taxis, alternadamente estacionados día y noche frente al hotel, con el taxímetro marcando, Roberto se le quedó mirando sin responder. Noches después, con un grupo de amigos del cual el impertinente avaro había sido excluido, Roberto salió de su mutismo para repetir varias veces: «Si pudiera comprarse con dinero el tiempo, qué fácil sería ser inmortal». Varias horas y botellas después, aún perplejo, Monasterio se preguntaba cómo alguien podía inquietarse más por unos cuantos francos que por el escaso tiempo contado que puede quedarnos de vida. «Y pensar —agregó— que a veces pagaríamos el doble por ver pasar más rápido la espera.»

Menos de un año más tarde, Roberto Monasterio hacía una nueva quiebra en su vida —como cada una de ellas, creída por él definitiva. Y total: quiebra financiera y sentimental, no le quedaba ni un quinto en la bolsa ni un ápice de amor para ninguna mujer. Dejó el Ritz y emprendió una peregrinación a la amistad a través de visitas a los amigos que, misteriosa y proporcionalmente, se iban escaseando con el paso de los días en sus respectivas casas y en la misma medida en que Roberto iba aumentando su dosis de alcohol. Después de pasar una semana bajo los puentes de París, mendigando la amistad y el vino ordinario de un grupo de *clochards*, Roberto Monasterio comprendió que

su amor por Antónieta había terminado y podía volver a México sin comprometerse ni dar la impresión de buscarla. De cualquier manera, nunca hubiera sido una viuda capaz de guardar su memoria... Con lo olvidadiza que era. La prueba: ¿no lo olvidó al llegar a México? Sin contar con su juventud, signo de inexperiencia. Esa misma juventud sobre la cual Roberto había contado para sobrevivirlo largos años después de su muerte. Iría a México a recuperarse. Volvería muy pronto.

Como Roberto, otros amigos llegaron a instalarse para siempre en París y se fueron, demasiado pronto, para volver en unos cuantos meses muy pronto convertidos en años.

Charles iba guardando las cosas de unos y otros a medida que partían y yo podía, al verlas en su casa, hacerme la ilusión de una ausencia momentánea. Como si no se hubieran ido hacía muchos años, me complacía imaginando despierta un mundo en París que nunca existió al mismo tiempo, mientras soñaba por las noches en un mundo que ya no existía en México.

Algunos, como Federico, partieron simplemente porque su trabajo en París se había acabado y lo cambiaban de un país a otro: sus raíces nunca ahondaron en ninguna tierra, su paso no marcaba a los otros y, como las plantas artificiales, se confundía su duración con la uniformidad de su aspecto, casi siempre polvoriento y carente de vida. Otros, en cambio, a la manera de Agustín, alargaron sus años de estudiante como a veces se alarga la juventud, hasta el día en que la edad los aplasta con su peso: sumidos en un profundo engaño de sus propios deseos, fundan una familia, establecen una rutina, creen vivir una aventura y un día se despiertan cansados de esa bohemia que les permitía ver desde una altura imaginaria a los demás, hartos de la pobreza tan ostentada, y vuelven a su país, olvidados de los extranjeros que se vuelven mujer, hijos y amigos, seguros de hallar un lugar, que se cuidaron de perder.

Muy distinta la llegada de Mariana a París con diez mil francos en el bolsillo y dos hijos pequeños: se instaló en un hotelito de la Île Saint-Louis y telefoneó al padre de los dos niños para decirle que estaba dispuesta a consagrarse a su educación en esta ciudad «hecha para la cultura». El viejo millonario, quien la había mantenido lujosamente durante su juventud, creyó ver en la madurez de Mariana una vuelta a sus brazos después de los devaneos que habían durado casi cinco años. Envió el dinero para la modesta, «pero no miserable», instalación de Mariana y de sus hijos. Buen jugador, propietario de casinos y caballos, hipódromos y ranchos, el viejo hombre conocía los trucos que, si no le permitían siempre ganar, al menos le evitaban

perder: si su hipódromo estaba en Buenos Aires, su casino y sus ranchos estaban en California y su capital en bancos suizos, si enviaba el dinero suficiente a Mariana para que ella pudiera independizarse de su tutela económica ahorrando la mitad de sus mensualidades, la incitaba a gastar con un ejemplo que Mariana rebasaba, buena alumna, endeudándose mes tras mes.

Después de nueve meses entre La Tour d'Argent a mediodía —«te estacionan el carro igual que en México»—, las compras en las boutiques de Dior, Giudicelli —«vestidos para una noche, como ella, únicos»— y Chanel por las tardes, las apuestas en Longchamp los domingos —«para que los niños respiren el aire fresco y puro del campo»—, dos o tres aventuras amorosas con jovencitos enchamarrados de cuero —con quienes imitaba la actitud del viejo millonario hacia ella, a su vez enternecida ante el asombro de «esos muchachos que te agradecen, de veras, cuando los invitas al Lucas Carton y les enseñas a comer»—, la compra de algunas telas de pintores jóvenes —«para educar a los niños en las artes plásticas nada como los cuadros en casa, pues su visión diaria vale más que cien visitas a museos enmohecidos»—, un curso de Cordon bleu para aprender a escoger el vino adecuado al plato, Mariana se percató de la tristeza del más pequeño de sus hijos. Nunca vi un amor maternal más agudizado y dispuesto al sacrificio: la inadaptación del niño la condujo —después de un viaje a Moscú en compañía de un joven rubio soviético— a hacer sus maletas para regresar a su rancho en California, donde aprovecharía para mostrar al ruso los encantos de Occidente, en los cuales el joven decía, al igual que Santo Tomás, no creer hasta no mirar.

Si Mariana encontró el amor de su vida en París, Lourdes, lo perdió. Vino tras de él y volvió con las manos y la memoria vacíos, perdidos hasta los recuerdos en París. Cuando Raymundo se fue de su lado, Lourdes decidió que no volvería a México sino curada de su amor. Retomó su trabajo de escultora, una vieja vocación anterior a sus aspiraciones amorosas, y organizó una exposición con magníficas piezas reproducidas en mármol de Carrara por esos orfebres seculares cuyo oficio es heredado de generación en generación desde la Edad Media. Entre uno y otro viaje a Italia, en los corredores de un vagón, conoció a un hombre de apenas cuarenta años. Un invierno más largo y las traiciones de una lengua en la cual no podía sentir las sutilezas, la sumieron en una rutina compartida con ese hombre de quien no conocía ni el origen, ni la familia, ni el idioma verdadero, ni amigo alguno. Apenas que tenía dos nombres distintos y que desaparecería sin dejar una señal de su

destino, durante dos o tres días, igual que volvía sin decir de dónde. François o Henri, qué le importaba a Lourdes la complicada explicación de ese doble bautismo y la pelea entre sus padres para apoderárselo cuando niño. ¡Cuánta gente no tiene dos nombres y no da ninguna explicación! Y a Lourdes, después de su amor por Raymundo, sólo le interesaba la presencia del otro, sobre todo por las noches, a esas horas de la madrugada cuando aparecían los fantasmas con quienes ella se había ido acostumbrando a hablar «para darles un poco de calma». Los fantasmas centenarios de ese viejo edificio de donde no quiso mudarse cuando Raymundo se fue. «Tal vez por eso en México demuelen los viejos caserones —comentaba Lourdes con un suspiro, mientras Charles aprobaba como si él fuera capaz de destruir siquiera un mueble viejo —, no hay otra forma de hacer partir todos esos espíritus que no se acostumbran a vivir sin sus cosas.»

A la visita de los fantasmas siguió el episodio de la paloma estrangulada en su ventana. Las señales se sucedieron y, una madrugada, en el fondo de una de las noches más frías de ese invierno, Henri o François se sentó en la cama después de hacerle el amor. Lourdes trató de convencerlo de que se quedara a su lado acariciándole el rostro, pero la piel, dura, muerta, la hizo estremecerse de miedo ante la horrible intuición. Sí: François se había rehecho la cara después de un accidente. Al saltar de un avión, en paracaídas, cayó mal. Desfigurado. En Indochina. ¿Qué digo? No, en Argel. De todos modos, a Henri nunca le había gustado su rostro de antes. Era muy feo. ¿Lourdes podría ver alguna fotografía de ese entonces? François o Henri las había destruido, no quedaba nada de ese pasado, para qué, por qué. No valía la pena guardar huellas de alguien tan distinto y con quien, a fin de cuentas, ya no tenía que ver. Lourdes recordó las manos de Henri o François, extrañamente arrugadas, las de un hombre viejo, muy viejo. Quiso encender la lámpara, como si la luz pudiera iluminar su presentimiento. Se acordó entonces, de los dos apellidos, el de, François, en alemán, el de Henri, corso, y se acordó también de esa manera que Henri o François tenía de hablar de cosas y hechos que tuvieron lugar antes de su nacimiento, como si las hubiera vivido, cuando, ¿en realidad?, sus padres, su abuelo, unas tías se las habían contado. Y todos esos errores de fechas. Tan buena y tan deficiente memoria. Quiso encender la luz para mirar esas manos. François usaba guantes casi siempre: una extravagancia que había hecho sonreír a Lourdes varias veces. Y el cuerpo de Henri: su piel demasiado suave, blanda como la de un viejo, le parecía pertenecer a un hombre que no correspondía a su rostro. Extendió la mano para alcanzar la lámpara y oyó la voz de François o Henri, la voz de un

viejo, decirle duramente que se quedara quieta. Y el acento muy viejo de otra lengua, sí, ese acento que oyó en Berlín cuando los alemanes le hablaban en francés. ¿Por qué el interés de François en ir a México, su insistencia cuando ella tenía la exposición en París? ¿Y sus relatos sobre las ventas de armas? Su curiosidad por tantos detalles extraños sobre la vida en México. Lourdes cerró los ojos buscando refugio en una oscuridad más negra que la de la noche.

Al día siguiente tomó un avión para México, después de darme las llaves del departamento. Se sentía perseguida, espiada, acosada. En peligro. No tomó más que su bolso de mano y un abrigo. «Si me ven con maletas, no llego al aeropuerto. Guárdenme las esculturas. Tiren lo demás si quieren. El teléfono de la dueña está anotado en mi agenda. Si te molesta hablarle, le das por favor las llaves a la portera.»

Otra vez, Charles vació el departamento, ahora de Lourdes, y llevó muebles, objetos, ropa, fotos, libros, valijas, cuadernos y esculturas a su casa. De nuevo, yo miré las piezas vacías y heladas antes de cerrar, tras de mí, para siempre, otra puerta.

Una luz anémica penetraba por las ventanillas del cubo de la escalera en caracol. El miedo me hizo atenuar el ruido de mis pasos sobre los viejos escalones de madera reseca, inclinados por los siglos de uso. Varias veces creí oír la voz de Lourdes y ver su silueta transparente, la imagen de François grabada para siempre en sus pupilas muertas. Sentí el peso de una mano sobre mi hombro, pero no me atreví a volver los ojos, la vista fija en esas escaleras, cada vez más oscuras, empinadas sobre un pasado más lejano que el mío. El crujido de los escalones bajo mis pies me tranquilizó con esa gravitación que tienen las cosas reales, cuando, en el último viraje de la escalera, una voz me hizo trastabillar y ahogar un grito de terror. Creí que era Henri o François. La portera, una vieja, había entreabierto su puerta, seguramente intrigada por las idas y venidas de Charles transportando, en ausencia de Lourdes, sus cosas. Le entregué las llaves y salí a la calle.

Respiré y sentí en la nariz, en la boca, en la garganta, en los pulmones, ese aire tibio que los largos inviernos hacen olvidar. Muy pocas personas circulaban a esas tempranas horas de la mañana en la calle de La Harpe, pero su realidad, sus cuerpos, me hizo sentir el alivio de un fin de travesía en un mar picado. Di la vuelta rápidamente en la primera esquina y sentí la tibieza del sol cayendo en la piel de mi cara, atravesando mi ropa. Lourdes era la última de las personas amigas que partía. Monasterio, Torres, Mariana, Socorro, todos y cada uno se habían ido yendo. Otros más llegarían para irse también un día, después de acostumbrarme a su presencia, haciéndome creer

en su realidad. Una realidad que después me negarían en México, durante los escasos encuentros de mis viajes, el tiempo contado siempre hacia atrás. Porque, como antes Monasterio o Antonieta, Mariana o Socorro, Lourdes también olvidaría. No sólo el desastre de la partida, esa expulsión súbitamente transformada en regreso al país de origen, jalados por la gravitación de esa tierra en donde volvían a ser reales, a encontrar su realidad. No sólo todos esos mínimos actos cotidianos automáticamente repetidos, sin acceso a la palabra y su memoria, los cuales forman ese sustrato donde sin avisamos se esfuman los días y los años. También las amistades y los amores, los odios y los miedos: su olvido más definitivo que el de esas imágenes del pasado cuando, desprovistas de la espera y la sorpresa, se nos vuelven insoportables. Más total que el del dolor, cuyo recuerdo no puede guardarse sin enloquecer. Un olvido pálido como el del sueño desvanecido al despertar, la memoria del viaje se acaba con él, tal vez porque su realidad —tejida con las horas de un tiempo diferente— no puede existir en un espacio distinto a ése por donde, sin raíces ni anclajes, el viajero camina lejos de su país.

El sol, momentos antes radiante en medio de un cielo azul, se ocultó bruscamente tras los nubarrones grises traídos por el viento. El día, que se anunciaba largo y asoleado como un asomo del verano en ese mes de marzo, terminó su mañana convertido en crepúsculo bajo la violencia de un aguacero.

Me subí a un taxi y le pedí que me llevara a casa de Charles. Ahí estaban todas esas cosas dejadas por Roberto y Antonieta, Daniel y Mariana, Diana y tantos otros. Los muebles de Lourdes transportados este amanecer. Ellos se habían ido, pero quedaban sus cosas, los objetos abandonados que me probarían, con su existencia, la del paso por París de todos esos amigos. Más fieles que sus dueños, las cosas no podían negar el pasado. Algunas de ellas durarían poco tiempo, su vida más corta que la nuestra obedecía a otra edad. Pero otras, en cambio, como el clavecín de la bisabuela de Charles, los armarios estilo Imperio de su madre, el piano de su tío, las telas de Monasterio, las *Paulinas* de Antonieta, los dibujos de Torres, las esculturas de Lourdes y esos libros viejísimos cuyas palabras recuperaban su sentido original con el paso de los años, modeladas por el tiempo que las descubría de ornamentos y disfraces, hasta hacerlas parecerse, por fin, a ellas mismas.

Llegué a casa de Charles y lo vi empapado, bajo la lluvia, metiendo los últimos muebles de Lourdes en el *hall* abarrotado todavía por su conjunto, el cual sería muy pronto dispersado entre los sótanos, los graneros, los patios y las piezas del primer piso. Esconderlos a cualquier mirada curiosa,

perdiéndolos entre el resto de muebles y periódicos, era la manera de Charles de poseer las cosas y detener, así, su tiempo.

Traté de caminar entre esa acumulación y algo en la descomposición de algunos objetos, en las hojas amarillentas, en la capa de polvo, en las maderas podridas, en los metales oxidados, me hizo entrever que, tal vez, el mundo que dejé en México había desaparecido, de la misma manera en que tampoco existía el París donde viví durante los primeros años.

Después de la partida de París de cada uno de los sucesivos amigos con quienes creí formar un pequeño mundo, desbaratado entre mis manos antes de que pudiese siquiera dejarme su huella, después de tantos años, de los recuerdos cada noche distintos, de los olvidos cada vez más numerosos que iban vaciando ese pasado en cuyos corredores se perdían hasta las señales, sí, después de todo eso, en su caserón, quedaba Charles.

Amurallado entre tantas viejas cosas, dándose y dándome la ilusión de una permanencia que no podía existir —la apariencia perenne a la cual me así tantos años—, Charles seguía luchando contra el futuro, impidiendo su llegada en las orillas de su vida, deteniéndolo con todas sus fuerzas mientras viviera. Llegaría, ineluctable como la muerte, sí, pero nunca antes que ésta.

Esa mañana, tomé la decisión de regresar a buscarlo.

VI. EL PUERTO

Creí que me acordaba de México cuando volví.

Habían transcurrido demasiados años —demasiadas noches en París inventando a fuerza de olvidar. Vistos ahora desde esta orilla, me parecían compactos y herméticos, su misterio otra vez velado. Y las personas, los amigos que poblaron esos años surgían de ellos como siluetas aisladas, cual marionetas en un vasto teatro desmantelado, sus movimientos disparates, sin coordinación, los rostros mudos, la sonrisa fija, actuando los mismos papeles, una y cuántas veces más todavía, en historias sin conexión, los hilos de su trama rotos. Figuras tan borrosas como las soñadas en aquella orilla, ahora con nombres, fechas precisas, cumpliendo algunos de mis deseos, algunos de los suyos, eliminando para siempre muchos otros. Parecía la misma masa compacta, sí, pero algo distinto iluminaba, ahora, esos años desde esta orilla donde terminaban: la muerte estaba al fin ausente de ellos. Esa sombra, que había planeado a cada esquina, en cada vuelta, por las mañanas, en la misma oscuridad de la noche, a media tarde, a lo largo de su transcurso, inminente y amenazante en cada momento, no podía ahora nada contra ellos.

Demasiados años. Quizá por eso creí que nada había cambiado, en México o en mí, durante las primeras mañanas luminosas, su sol naranja atravesando las brumas de calor. Las tardes que se extienden alrededor de la mesa y las botellas de ron, los limones frescos, los chiles jalapeños en la cazuelita de barro, los últimos rayos de luz tintineando sobre los cubos de hielo, la música de la sinfonola atravesando el pentagrama donde zumbaban las moscas y se perdían tantas palabras, como ésas con las que Alberto me contaba, otra vez, lo que estábamos viviendo. Los largos crepúsculos convertidos en alba sin que nos diéramos cuenta: el viaje emprendido por los corredores de la noche, intenso y deslumbrante como un sueño de opio, el tiempo desvanecido en un parpadeo, salíamos a la mañana con los cuerpos desgastados por la vela, las manos temblorosas, hambrientos como un

guerrero después de la batalla y el triunfo, sin sueño, ganadores de ese nuevo día que se presentaba ante nosotros como un trofeo.

Por eso me quedé en México esa mañana y vi partir el avión desde la terraza del bar de San Ángel. Había contado las horas, visto pasar los minutos, calculando el tiempo que me quedaba si quería alcanzarlo antes de su partida. Creí oírlo despegar y emprender su vuelo contra el sol, sumiéndose en esa noche a la cual atraviesa como una flecha para llegar al encuentro del día. Imaginé a Charles, dormido a esas horas en su viejo caserón, quien mañana iría al aeropuerto a buscarme, con su pila de periódicos bajo el brazo, sin sentir el frío helado de ese mes de enero en París, distraído. Miré a Alberto, sus ojos cerrados, la cabeza oscilando mientras cantaba en silencio la canción que habíamos bailado durante la noche. *Tu voz se adentró en mi ser y la tengo presa...*

Allí estábamos, por fin, después de tantos años, el uno frente al otro. Fantasmas surgidos de la noche en vela, todavía irreales, cubiertos con el mejor de los disfraces: el recuerdo que mutuamente nos dejamos, fuimos cobrando realidad con el paso de la tarde. Creímos, al contárnoslos, borrar los años de ausencia. Pero su aparición desvaneció definitivamente los sueños de aquel entonces y se llevó, con ellos, las esperanzas de ese día.

Yo había ido a México otras veces. Tres o cuatro. Apenas unos cuantos días: el tiempo justo para ir olvidando sin darme cuenta. A los antiguos y más jóvenes rostros de mis padres, de Ignacio, de Alberto, de Pedro y de tantos otros amigos, había ido sobreponiendo las nuevas caras, incrustando a mi recuerdo los cambios y las arrugas que la edad les iba imprimiendo. Pasada la primera sorpresa, ese brevísimo instante que tardaba en reconocerlos, creyendo haber olvidado cuando, en realidad, surgía por última vez el viejo recuerdo de sus caras más jóvenes, el cual perdió en ese momento, el olvido imponiéndome con toda su fuerza, como si nunca hubiera tenido otras, sus nuevas caras. De la misma manera en que también ellos, sin darse cuenta de que ya me habían olvidado, creían reconocermme durante esos pasajes por México, demasiado breves para permitirnos ver los cambios. Seguimos, así, creyéndonos los mismos durante muchos años, simplemente porque, apurados por la carrera con la muerte, no nos detenemos para ver pasar el tiempo.

Al igual que en los viajes anteriores, había buscado a Alberto, mi obsesión por él, la necesidad de su presencia, reanimada por el paso de los días en México.

Después de tocar a los trescientos números de la calle de Las Campanas, y casi a cada uno de los departamentos de los edificios, había oído la voz ronca

de Alberto al otro lado de la puerta:

—¡Ah! Eres tú. Creí que te tardarías más en encontrarme.

El juego había comenzado otra vez, como en aquel lejano entonces, reviviendo en mí, al mismo tiempo, la sensación envolvente del amor que se respira por todos los poros y el vértigo del abandono. Instantáneamente. De nuevo, todo desaparecía alrededor mío. Citas, compromisos, prisas, horarios, ansiedades, se esfumaron frente a la presencia de Alberto.

Como en las viejas ocasiones, Ignacio me había guiado en esa búsqueda del paradero de Alberto, escondido de mí, dejando aquí y allá las vagas y casi imperceptibles señales del lugar donde me citaba, oculto. Comenzaba otra vez el descenso al fondo, cada vez más profundo, de esa inmensa ciudad, donde las direcciones y sentidos, los nombres de las calles y avenidas, la disposición de ellas mismas cambiaban todos los días o, simplemente, dejaban de existir en cualquier esquina.

Alberto abrió su puerta y tardé varios segundos en reconocerlo —esos cuantos segundos durante los cuales desapareció el recuerdo anterior corregido por el que me hacía ahora, como cada mañana lo hacía con mi propio rostro frente al espejo— y convencerme de que Alberto seguía idéntico, de nuevo atrapada por ese otro recuerdo, menos breve, de mi relación con él hacía ya muchos años. Un recuerdo tan viejo como el de la cara de Alberto, el cual también habría desaparecido bajo uno más nuevo, pero que, extendido en el tiempo, necesitaba del paso de éste para hacerme olvidar y borrarse para siempre. La brevedad de nuestros raros encuentros no le habían dado el tiempo necesario para desaparecer.

Al igual que las otras tres o cuatro veces, iba a partir aún poseída por el viejo recuerdo, al cual seguiría alargando la vida con mi ausencia.

Pero, después de repetimos las mismas viejas pláticas donde nos contábamos la historia que vivimos hace años y esa otra que estábamos viviendo, después de otra pelea y otra ruptura, Alberto vino a mi fiesta de despedida y, al día siguiente, fuimos a pasear a Xochimilco tal como lo hacíamos antes, muchos años antes. Y, de la misma manera que en aquel entonces, Alberto relató otra vez el principio de nuestra historia y todo pareció comenzar una vez más, igual que entonces. Pero había otras cosas que contar con tanto tiempo como había pasado. Alberto me narró algunas de ellas esa tarde, en la terraza de una cantina de San Ángel. De nuevo, el tiempo se detuvo, hostil al juego de las apariencias. Estábamos solos, el uno frente al otro, sin prisas ni culpas, como hacía tantos años, cuando se abrían las puertas del paraíso frente a nosotros.

Caía la noche cuando Ignacio reapareció en el bar de San Ángel. Nadie, excepto ellos dos, Alberto e Ignacio, sabía que yo continuaba en México. Para todos los demás, yo iba en ese avión rumbo a París. Mañana estaría allá. Pero Charles no me encontraría en Roissy a la bajada de los pasajeros de ese Boeing. Yo seguiría en México, donde sólo existía para Alberto. Como una sobreviviente entre los muertos, vivía mi ausencia. Y, al igual que en aquellos viejísimos años, mientras mis padres me creían en la escuela y las monjas me imaginaban en casa, cuando me iba de pinta, volví a recorrer a escondidas la ciudad.

Ignacio nos condujo a un cuarto donde a veces habitaba Alberto, en medio de la Gertrudis Carrasco, una de las tantas ciudades perdidas que forman la ciudad de México.

—Es uno de mis escondites. Nadie lo conoce y nadie, ni siquiera yo cuando ando sobrio, sabe llegar. Pero ahora no tienes a dónde ir y soy yo quien te da hospedaje como tú me lo diste hace años.

—Dime por dónde, Alberto —interrumpió Ignacio.

—Tú sígueme. Yo reconozco de repente.

Dimos vueltas en ese laberinto de casuchas, pilas de cemento y varilla, cabañas de madera, en un sube y baja de colinas sin calles, entre dos paredes, de bache en bache cuando por azar había un trozo de pavimento, bajo los alambres de electricidad que colgaban de los postes de donde se robaban la luz los más diestros, entre viejas carrocerías de autos transformadas en casas, una que otra construcción de ladrillo. De pronto, Alberto reconoció y dirigió a Ignacio hasta un edificio de tres pisos, carcomido por el tiempo inmemorial que llevaba ahí, levantado antes de que las ciudades perdidas tomaran por asalto esos terrenos y lo fueran sitiando, devorado por su espiral.

—Mañana paso por ustedes —se despidió Ignacio arrancando en la oscuridad.

Subí tras Alberto unas viejas escaleras de cemento. No había luz en ese edificio. Llegamos a su cuarto, atrás de una puerta entreabierta.

—Estás en tu casa —me dijo con una voz donde, bajo la burla, quise sentir la ternura.

Hemos de haber hablado hasta quedamos dormidos cuando el día despuntaba. No hubo peleas ni amor. Sólo la vieja conversación comenzada tantos años antes, las voces aisladas en el silencio de la noche. Cuando me desperté, Alberto se había ido —como tantas veces, al igual que las otras veces. Sentí una desesperación infinita, casi igual que en las otras ocasiones, hacía años, cuando se iba de mi casa sin decirme a dónde, sin que yo pudiese

saber si volvería. No: era una desesperación distinta, cansada y, de alguna manera agotada, sin esperanzas. Todo estaba acabado hacía muchos años. Antes incluso de que me fuera del país. Y yo lo supe desde entonces, cuando vi, desde aquella orilla, los años que pasarían, su bloque compacto y hermético, las vagas siluetas atravesándolo, y al no poder soportar la ausencia de Alberto, decidí la mía. Pero ahora, todos esos años —ese futuro que en aquella época deseé cambiar y quise distinto, pero contenido ya entonces con la fuerza de lo irrevocable— habían pasado como un suspiro. Quedaban ahora atrás esas absurdas repeticiones con las cuales creí alargar mi historia con Alberto y sólo impedía su recuerdo envejecer, irse borrando bajo los sucesivos olvidos con los cuales me evitaba verme morir.

La luz del atardecer, luz gris de tormenta, penetraba por las ventanas abiertas. Las voces de los niños que jugaban en el lodo, afuera, sonaban adentro de ese cuarto. Busqué un reloj inútilmente. Otra vez la angustia me encadenaba a los horarios de las manecillas avanzando regular, rítmicamente. Sonreí pensando que, el día anterior, me había creído libre de mi tiempo porque nada ni nadie me esperaba. Igual que hoy, simplemente la prisa había vuelto a atraparme.

La tormenta tardaba en estallar y los pájaros volaban en desbandada, perturbados por el juego de claroscuros del cielo, entre cuyas nubes, abriéndose paso por un agujero, atravesaba de repente el sol en todo su esplendor.

Hubiera podido entretenerme mirando los papeles de Alberto, sus intentos de escritura, sus cartas, tal vez un diario. Matar el tiempo actuando ese otro papel que me salvaba, de otra manera, de la soledad, haciéndome creer que compartía la vida del otro, espionando secretos que, a veces, ni siquiera existen. Pero la fatiga me impedía interesarme en mí misma, un hastío venido de muy lejos, de otros años, tal vez de cuando descubrí que muchas cosas existieron desde antes de que yo hubiera nacido y seguirían ahí, mucho tiempo después de que yo hubiese muerto.

Las voces de los niños se acallaron cuando se hizo de noche. Dejé pasar varias horas sumida en la oscuridad. El apetito y la falta de cigarrillos me decidieron a partir. Por grande que fuera esa ciudad perdida, debería tener límites. Por lejos que se hallase la ciudad conocida, yo podría caminar hasta ella.

Debo haber caminado tres horas entre el lodo y la tierra. No sentí dolor en los pies ensangrentados —había tenido que quitarme mis zapatos de tacón alto— sino cuando, completamente perdida, me senté sobre una pequeña

barda de cemento. Varias veces había preguntado, a las siluetas anónimas que crucé, el camino a seguir. Me señalaron siempre de frente ante ellas, siempre situadas frente a mí. A pesar de lo avanzado de la noche, las sombras pululaban, escondiéndose, en esa ciudad sin calles ni caminos. Nunca creí que fueran tantos los que nacieran, tantos los que ahí moraban o simplemente pasaban en silencio, efímeros pasajeros como yo misma. Por mi cabeza cruzaban imágenes cada vez más viejas, recuerdos cada vez más lejanos, con la rapidez que tiene la vida cuando nos detenemos a mirarla. Las estrellas brillaban en el cielo, numerosas, más numerosas entre más miraba entre ellas. Algunas ya habían muerto hacía siglos y su luz apenas ahora llegaba hasta nosotros. Cerré los ojos, mareada por el vértigo que provoca el vacío entre las estrellas, y otra vez vi las imágenes de tanta gente apenas conocida, de tantas personas amadas, de amigos nunca más vistos, de los seres más queridos, de Ignacio, de Charles, de Pedro, de Alberto hace años alrededor de una fogata, de Alberto hacía diez años en mi departamento de Insurgentes, de Alberto ayer, de Alberto niño cuando no lo conocía, imágenes, unas y otras, que ya no existían, que existieron, sí, pero pertenecían ahora a un ayer guardado por los muertos —y yo seguía oyendo sus voces, mirando sus sombras. Caminaba entre ellos.

De repente, entre todas esas imágenes y esas voces, apareció una más vieja, anterior a todas, a mi mismo nacimiento. Ahí estaba, enfrente de mí, ese sueño. ¿Cuántas veces no lo había visto? Bajo diferentes formas. La tarde en que aprendí a unir las letras del abecedario y, después de formar mi primera frase y de leerla en voz alta, levanté los ojos hacia el rostro de mi maestra y vi un arco iris atrás de sus cabellos rubios, jugando con ellos, que entraba por la ventana bailando con el ritmo tintineante de la lluvia. La noche cuando terminé de leer mi primer libro y lloré durante minutos y minutos, sintiendo mojarse mis manos, empapando las sábanas de mi cama, al comprender que la vida podía tener un sentido, superior al de todos esos actos cotidianos sin hilación aparente: bastaba dárselo, de la misma manera en que el heroísmo daba sentido a los actos de esos hombres y mujeres en esas páginas. Y mucho antes, todavía antes, tan lejano que me parecía ocurrido en otra vida, casi un cuento, la tarde en que mi padre comenzó a leerme *Las mil y una noches*, cuando me dijo que no me creyera tantas mentirillas como me había contado, que había cosas que duraban más que nuestra vida, personas más reales que las reales, como esos genios y esas princesas, que existieron antes que nosotros y seguirían existiendo después de nuestra muerte, libros que eran de verdad porque duraban más, como si tuvieran su propio reloj, un reloj distinto

al de los días y las noches con sus manecillas marcando siempre el paso de las mismas doce horas. Un reloj que señalaba un tiempo distinto al nuestro y al cual, a veces, accedíamos. Como esa primera vez, cuando ni siquiera distinguía entre la vigilia y los sueños, el futuro y el pasado, lo real y lo irreal, cuando todo estaba ahí, al mismo tiempo, en un solo lugar. Bastaba descubrir el misterio de esas cuantas letras de la máquina de escribir de mi padre. Esa primera imagen, la cual volvía bajo diferentes formas, donde estuvo, desde el principio, contenida toda mi existencia. Esa primera orilla. Un día llegaría a la otra. Entonces vería, al menos por un instante esclarecerse ese misterio que guardaban las palabras, el único espacio donde tenía lugar el tiempo. Después, yo misma desaparecería arrastrada por el olvido. Sólo quedarían algunas palabras. Las dictadas. Esas que no se acaban con nosotros porque vienen de más lejos que nosotros.

—Mi reina, por fin te encuentro.

Ahí estaba Ignacio, mi más viejo amigo. Tan viejo como mis más viejos olvidos. Tranquilo y sonriente, sin inquietarse del paso del tiempo, viviendo el presente, sin preocuparse de la hora.

Me subí a su auto.

—¿En dónde estamos?

—A unos pasos del edificio de Alberto. Me asusté cuando no te encontré ahí. Perdí todo el día con Alberto y ni cuenta nos dimos de que la tarde había acabado hacía un buen rato cuando vi la hora: medianoche. Pensamos que tendrías hambre. ¡Mi reina: mira tus pies! ¿Qué quieres que hagamos?

—No sé. Necesito bañarme.

—¿Te llevo a un hotel? No tengo casa que ofrecerte en estos días que corren.

—Sí, por favor, Ignacio. Mañana me iré. Estoy muerta.

—Vete muy lejos, mi reina. Con mi Alberto nunca llegarás muy lejos. Olvídalo.

—Ni siquiera se despidió de mí, Ignacio. No pude decirle adiós.

Minutos después llegamos a la periferia de la ciudad perdida. Ignacio me mostró desde una colina la ciudad de México. Sus últimas luces. Arriba, las estrellas comenzaban a palidecer.

Ignacio señaló con su índice el cielo, donde comenzaba a aparecer el sol, y me dijo:

—Sólo la luz puede oscurecer la luz.

En lugar de llevarme a un hotel, Ignacio tomó el camino a Xochimilco a donde nos fuimos a pasear después de encontrar la Gloria y embarcarnos en

ella.



AYER ES NUNCA JAMÁS

GLORIA

Lectulandia

VIRGINIA FUENTES